



P.D. ME
G·U·S·T·A·S

KASIE WEST

neo 

P.D. Me gustas

KASIE WEST

Traducción de Yaiza García Carmona

Plataforma
Editorial



Título original: *P.S. I Like You*, originalmente publicado en inglés, en 2016, por Scholastic Inc., Nueva York

Copyright © 2016 by Kasie West. All rights reserved. Published by arrangement with Scholastic Inc., 557 Broadway, New York, NY 10012, USA

This book was negotiated through Ute Körner Literary Agent, S.L.U., Barcelona - www.uklitag.com

Primera edición en esta colección: marzo de 2018

© 2016 by Kasie West

© de la traducción, Yaiza García Carmona, 2018

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2018

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-17114-77-0

Diseño y realización de cubierta: Lola Rodríguez

Fotocomposición: Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

De nuevo y por siempre para Jared

CAPÍTULO 1

«El fogonazo de un rayo. El ataque de un tiburón. Ganar la lotería.»

No. Taché todas las palabras con una línea. Demasiado típico.

Me di unos toquitos con el bolígrafo en los labios.

«Crudo.» ¿Qué era crudo? «La carne», pensé con una risita. Eso quedaría muy bien en una canción.

Mi bolígrafo dibujó un par de líneas más, ocultando las palabras hasta que quedaron irreconocibles, antes de escribir una única palabra: «amor». Eso sí que era crudo de encontrar en mi mundo. En su versión romántica, al menos.

Lauren Jeffries, la chica que se sentaba a mi lado, carraspeó. Entonces me di cuenta de lo silenciosa que estaba la clase, de que había vuelto a distraerme, aislándome de lo que sucedía a mi alrededor. Con el paso de los años, había aprendido a pasar desapercibida y a manejar la situación si alguna vez llamaba la atención sin quererlo. Deslicé mi libro de Química por encima de mi cuaderno, que estaba lleno de cualquier cosa menos de apuntes de Química, y alcé la cabeza lentamente.

La mirada del señor Ortega estaba fija en mí.

–Bienvenida a la clase de nuevo, Lily.

Todo el mundo se rio.

–Estoy seguro de que estabas escribiendo la respuesta –dijo.

–Claro. –Había que seguir como si nada, como si no tuviera sentimientos.

El señor Ortega lo dejó pasar, como yo esperaba que hiciera, y procedió a explicar la actividad de laboratorio de la siguiente semana y lo que teníamos que leer para prepararla. Como me había dejado escapar de su anzuelo tan fácilmente, pensé que podría escabullirme sin que se diera cuenta cuando acabara la clase, pero cuando sonó el timbre me llamó.

–¿Señorita Abbott? Concédeme un minuto de tu tiempo.

Intenté pensar alguna buena excusa para irme con el resto de mis compañeros.

–Me debes al menos un minuto, en vista de que los últimos cincuenta y cinco no me los has dedicado a mí.

El último alumno salió de la clase y yo di unos pocos pasos hacia delante.

–Lo siento, señor Ortega –dije–. La química y yo no nos llevamos bien.

Él suspiró.

–Esto es cosa de dos y tú no has estado poniendo de tu parte.

–Lo sé. Lo intentaré.

–Sí, lo harás. Si vuelvo a ver tu cuaderno en clase, me lo quedo.

Ahugué un gruñido. ¿Cómo iba a sobrevivir a cincuenta y cinco minutos diarios de tortura sin distracción?

–Pero tengo que tomar apuntes. Apuntes de Química. –No me acordaba de la última vez que había tomado un solo apunte en Química, mucho menos en plural.

–Puedes tener una hoja de papel, que no esté unida a un cuaderno, y me la enseñarás al final de cada clase.

Apreté mi querido cuaderno verde y morado contra mi pecho. Dentro tenía cientos de ideas para canciones y sus letras, estrofas a medias, dibujos y esbozos. Era mi salvavidas.

–Este castigo es poco corriente y cruel.

Él soltó una risita.

–Mi trabajo es ayudarte a aprobar mi asignatura. No me has dejado otra opción.

Podría haberle ofrecido una lista de otras opciones.

–Creo que hemos llegado a un acuerdo.

«Acuerdo» no es la palabra que habría elegido yo. Eso implicaba que ambos habíamos dado nuestra opinión al respecto. Una palabra más acertada habría sido «norma», «ley»... «decreto».

–¿Tienes algo más que decir? –preguntó el señor Ortega.

–¿Qué? Ah, no. Está bien. Nos vemos mañana.

–Pero ¡sin el cuaderno! –gritó a mi espalda.

Esperé a que la puerta se cerrara detrás de mí para sacar de nuevo el cuaderno y escribir la palabra «decreto» en una esquina. Era una buena palabra. No se usaba lo suficiente. Mientras escribía, mi hombro chocó contra alguien y casi salgo volando.

–Ten cuidado, Imán –dijo un chaval de último curso que no reconocí.

Ya habían pasado dos años y la gente seguía llamándome por ese mote. No reaccioné, pero, cuando me dejó atrás, me imaginé tirándole el bolígrafo que tenía en la mano a la espalda, como si fuera un dardo.

–Parece que vayas a matar a alguien –dijo mi mejor amiga, Isabel Gonzales, caminando a mi lado.

–¿Por qué la gente sigue acordándose del estúpido mote que se inventó Cade? –gruñí. Un mechón rebelde de mi pelo oscuro y ondulado se había escapado de su prisión de goma y se me había caído en los ojos–. Ni siquiera rima.

–Los motes no tienen por qué rimar.

–Ya lo sé. No estaba cuestionando sus habilidades para crear motes. Decía que los chavales no deberían acordarse de él. Todavía. Después de dos años,

ya no tiene gracia.

–Lo siento –dijo Isabel agarrándome del brazo.

–No tienes que disculparte por él. Ya no es tu novio. Y, de todas maneras, no quiero que te sientas mal por mí.

–Bueno, pues lo hago. Es estúpido e infantil. Creo que la gente lo dice por costumbre en lugar de pensar en lo que están diciendo.

Yo no estaba muy segura de coincidir con ella, pero decidí dejar el tema.

–El señor Ortega me ha prohibido tener el cuaderno en clase.

Isabel se rio.

–Vaya, vaya. ¿Cómo vas a vivir sin una de tus extremidades?

–No lo sé, y encima tenía que ser Química. ¿Cómo esperan que atendamos en esa clase?

–A mí me gusta la química.

–Deja que lo diga de otra forma: ¿cómo esperan que una persona normal atienda en esa clase?

–¿Te estás llamando normal a ti misma?

Bajé la cabeza, dejando que ella se anotase el punto.

Ambas nos detuvimos al llegar a la bifurcación en la acera, pasado el edificio B. El paisaje de roca rosada que bordeaba el camino tenía un aspecto especialmente soso aquel día. Levanté el pie, enfundado en una zapatilla deportiva roja, y pateé unas pocas piedras para apartarlas de la acera.

El paisaje venía bien para la eficiencia hídrica, pero, de cerca, el panorama en Arizona me inspiraba más bien poco. Tenía que observarlo desde la distancia para dar con algún verso digno de mi cuaderno. Aquel pensamiento me recordó que debía levantar la vista. Los edificios de color beis y los grupos de alumnos no eran mucho mejores que las piedras.

–Bueno, ¿vamos a comer comida mexicana de mentira hoy? –le pregunté a Isabel mientras Lauren, Sasha y su grupito pasaban a nuestro alrededor.

Isabel se mordió el labio con una expresión preocupada.

–Gabriel quiere quedar hoy fuera del campus para celebrar nuestro segundo cumpleaños. ¿Te importa? Puedo decirle que no.

–Es verdad, vuestro segundo cumpleaños. ¿Era hoy? Me he dejado tu regalo en casa.

Isabel puso los ojos en blanco.

–¿Qué es? ¿Un libro hecho a mano sobre por qué no se debe confiar jamás en los chicos?

Me puse la mano en el pecho y resollé.

–Eso no sería propio de mí, para nada. Y el título era *Cómo saber si tu chico es un cerdo egoísta*, pero bueno...

Ella se rio.

–Pero nunca te daría un libro así por Gabriel –añadí, propinándole un codazo a Isabel–. Me cae muy bien. Lo sabes, ¿no?

Gabriel era dulce y trataba bien a Isabel. Era su novio anterior (Cade Jennings, el rey de los motes estúpidos) el que inspiraba los libros imaginarios.

Me di cuenta de que Isabel estaba mirándome fijamente, aún preocupada.

–Claro que puedes ir a comer con Gabriel –le aseguré–. No te preocupes por mí. Pásatelo bien.

–Puedes venir con nosotros, si...

Sentí la tentación de dejarla terminar la frase, de aceptar su invitación solo para hacer la gracia, pero la libré de su sufrimiento.

–No, no quiero ir a tu comida de cumpleaños. Por favor. Tengo un libro que escribir... *Los segundos cumpleaños son el comienzo de la eternidad*. Capítulo uno: A los sesenta días, sabrás que va en serio si te rescata del profundo sopor del instituto para llevarte al Taco Bell.

–No vamos a ir al Taco Bell.

–Vaya, vaya. Un capítulo nada más y lo tuyo ya tiene mala pinta.

Los ojos oscuros de Isabel destellaron.

–Bromea todo lo que quieras, pero a mí me parece romántico.

Le tomé la mano y se la apreté.

–Lo sé. Es adorable.

–¿Estarás bien aquí? –Señaló hacia el comedor–. A lo mejor podrías irte con Lauren y Sasha.

Me encogí de hombros. La idea no me volvía loca. Me sentaba con Lauren en Química y hablábamos de vez en cuando. Como cuando me preguntaba cuáles eran los deberes o me pedía que apartara mi mochila de su carpeta. Y Sasha no me decía ni eso.

Bajé la vista hacia mi ropa. Aquel día llevaba una camisa demasiado grande con botones en el cuello que había encontrado en una tienda de segunda mano. Le había cortado las mangas para que se pareciera más a un kimono y me había ajustado un cinturón marrón *vintage* en el talle. En los pies llevaba unas zapatillas altas desgastadas de lona roja. Mi estilo era peculiar, nada moderno, así que llamaría la atención en un grupo como el de Lauren, en el que todas iban perfectamente arregladas con sus vaqueros de pitillo y sus camisetas de tirantes.

Levanté el cuaderno y asentí hacia Isabel.

–No pasa nada. Así tendré la oportunidad de trabajar en alguna canción nueva. Ya sabes que nunca puedo quedarme sola en casa.

Isabel asintió. Entonces, con el rabillo del ojo lo vi. Y me quedé helada.

Lucas Dunham. Estaba sentado en un banco, en medio de un grupo de chavales de último curso, con la sudadera abrochada hasta arriba, los auriculares puestos y mirando al infinito. Como si estuviera presente, y al mismo tiempo no lo estuviera. Un sentimiento con el que me sentía identificada.

Isabel siguió mi mirada y suspiró.

–Deberías hablar con él, ¿sabes?

Me reí y sentí cómo me ruborizaba.

–Ya recuerdas qué pasó la última vez que lo intenté.

–Te pusiste nerviosa, eso es lo que pasó.

–No pude decir nada. Nada de nada. Me intimidaban él, su pelo perfecto y su ropa hípster –concluí en un susurro.

Isabel ladeó la cabeza mientras lo miraba, como si no estuviera de acuerdo con la evaluación que había hecho sobre su apariencia.

–Solo necesitas practicar. Empecemos con alguien por quien no lleves dos años colada.

–Yo no llevo dos años colada por...

Dejé de hablar cuando me dirigió una mirada que indicaba que lo sabía todo. Tenía razón. Sí que estaba colada por él. Lucas era probablemente el chico más guay que conocía... Bueno, en realidad no lo conocía, pero puede que aquello lo hiciera aún más guay. Era un año mayor que nosotras. Tenía el pelo largo y oscuro, y su vestimenta consistía en camisetas de grupos musicales o en polos clásicos, lo cual era un contraste que me impedía clasificarlo dentro de una categoría.

–¡Ven conmigo y con Gabriel el viernes! –exclamó Isabel de repente–. Yo te consigo una cita.

–Paso.

–Venga. Hace mucho que no tienes una cita.

–Eso es porque soy torpe y rara y no nos divertiríamos ni yo ni el pobre desgraciado que accediera a salir conmigo.

–Eso no es verdad.

Me crucé de brazos.

–Solo tienes que salir más de una vez... o dos... con alguien para que vean lo divertida que eres –razonó Isabel, ajustándose las asas del bolso–. Conmigo no eres torpe.

–Sí que soy torpe contigo, lo que pasa es que no sientes la presión de tener que besarme en algún momento, así que me toleras.

Isabel se rio y negó con la cabeza.

–No te tolero por eso. Te tolero porque me gustas. Solo tenemos que encontrar a un chico con quien puedas ser tú misma.

Me puse la mano sobre el corazón.

–Y aquella calurosa tarde de otoño, Isabel emprendió una misión imposible en busca de un pretendiente para su mejor amiga. La búsqueda le llevaría toda la vida, pondría a prueba su determinación y su fe, la llevaría al borde de la locura y...

–Cállate –me interrumpió Isabel, dándome un golpe en el hombro con el suyo–. Es esa actitud lo que lo hace imposible.

–Eso es exactamente lo que intento decir.

–No, no voy a aceptarlo. Ya verás. Hay un chico adecuado para ti en alguna parte.

Suspiré y mi mirada vagó de nuevo hacia Lucas.

–Iz, en serio, estoy bien. No me organices más citas.

–Vale, no te organizo ninguna, pero tienes que estar receptiva, o te perderás lo que tienes delante de las narices.

Abrí los brazos.

–¿Acaso hay alguien más receptivo que yo?

Isabel me dedicó una mirada escéptica. Se disponía a contestar cuando una voz la llamó a gritos desde el otro lado del césped.

–¡Ahí está! ¡Feliz cumpleaños!

Las mejillas de Isabel se arrebolaron, y se volvió hacia Gabriel. Él recorrió al trote la distancia que lo separaba de ella y la levantó del suelo en un abrazo. Hacían una pareja estupenda: ambos tenían el pelo y los ojos oscuros y la piel morena. Resultaba extraño ver a Gabriel en nuestro instituto. Él iba a uno que estaba en la otra punta de la ciudad, y yo lo asociaba con eventos que tenían lugar después de clase o los fines de semana.

–Buenas, Lily –me dijo al dejar a Isabel en el suelo–. ¿Te vienes con nosotros? –Su invitación parecía sincera. Era un chico majo de verdad.

–Sí, ¿no te importa? He oído que pagabas tú y me he dicho: «Me apunto».

Isabel se rio.

–Genial –dijo Gabriel.

–Era broma, Gabe –dijo Isabel.

–Ah.

–Sí, no dependo de la caridad. –Estaba empezando a pensar que ellos creían que sí.

–No, claro que no. Es que me siento mal por no habértelo dicho antes –explicó Isabel.

Gabriel asintió.

–Era una sorpresa.

–Chicos, no os va a dar tiempo a comer si seguís mimándome. Idos. Pasadlo bien. Y... eh... felicidades. Hace poco leí un libro que iba sobre cómo los segundos cumpleaños son el comienzo de la eternidad.

–¿En serio? Qué guay –dijo Gabe.

Isabel puso los ojos en blanco y me dio un golpe en el brazo.

–Pórtate bien.

Entonces me quedé sola en el camino, viendo cómo los grupos de chavales a mi alrededor hablaban y se reían. La preocupación de Isabel era infundada. Estaba bien sola. A veces prefería que así fuera.

CAPÍTULO 2

Estaba sentada en los escalones de entrada del instituto con el cuaderno en mi regazo, dibujando. Añadí unas pocas flores al esbozo de la falda y rellené las medias con un lápiz verde. Tenía los auriculares puestos y estaba escuchando una canción de Blackout. La vocalista, Lyssa Primm, era básicamente mi ídolo en cuanto a moda y a música: una letrista genial que lo petaba con sus labios rojos cereza, sus vestidos *vintage* y su omnipresente guitarra.

«Abre tus pétalos marchitos y deja que entre la luz», decía la canción en mis oídos. Yo seguía el ritmo con el pie. Quería aprender a tocar esa canción en particular con mi guitarra. Esperaba poder practicar más tarde.

El ruido del monovolumen fue lo bastante fuerte como para ahogar la música, así que no me hizo falta levantar la vista para saber que mi madre acababa de llegar. Cerré el cuaderno, lo metí en la mochila, me quité los auriculares y me levanté. Pude ver las cabezas de mis dos hermanos en los asientos traseros. Mi madre debía de haber ido a recogerlos del colegio a ellos primero.

Abrí la puerta del copiloto. Una canción antigua de One Direction inundó el ambiente y comprobé que el asiento estaba ocupado por los cajoncitos donde mi madre guardaba los abalorios.

–¿Puedes montarte en el asiento trasero? –preguntó mi madre–. Tengo que entregarle un collar a un cliente de camino a casa.

Apretó un botón. La puerta de atrás se abrió, deslizándose y revelando a mis dos hermanos pequeños peleándose por un muñeco de acción. Un vaso de plástico rodó y se cayó al suelo. Miré a mi alrededor para comprobar cuánta vergüenza tenía que sentir. Ya no había mucha gente en el aparcamiento; unos pocos chavales se estaban subiendo a sus coches o gritando a sus amigos. Nadie parecía estar prestándome atención.

–Siento llegar tarde –añadió mi madre.

–No pasa nada. –Cerré la puerta de delante, aparté el vaso del asfalto y le di una palmadita a mi hermano en la espalda–. Quita, Cosa Dos.

Retiré con la mano unos *snacks* de queso que había en el asiento y me senté.

–Pensé que iba a venir Ashley a recogerme –le dije a mi madre.

Mi hermana mayor, Ashley, tenía diecinueve años. Tenía su propio coche, trabajaba e iba a la universidad. Sin embargo, como todavía vivía en casa (privándome de mi oportunidad de contar con una habitación propia), debía cumplir con ciertas obligaciones familiares. Como recogerme de clase.

–Hoy trabaja hasta tarde en la tienda del campus –me recordó mi madre–. Eh, ¿te estás quejando de que la supermoderna de tu madre haya venido a recogerte? –bromeó, mirándome por el retrovisor.

Me reí.

–¿Las madres supermodernas utilizan la palabra «supermoderna»?

–¿Guay? ¿Chula? ¿Molona? –En medio de su enumeración, se volvió hacia mi hermano y dijo–: Wyatt, tienes diez años. Déjaselo a Jonah.

–Pero ¡si Jonah tiene siete! Solo es tres años más pequeño. No tiene por qué quedárselo todo él.

Jonah me dio un codazo en la tripa tratando de hacerse con el muñeco de Iron Man.

–Ahora es mío –dije, y provoqué un griterío indignado por parte de mis dos hermanos cuando les arranqué la figura de acción y la tiré al maletero.

Mi madre suspiró.

–No sé si eso ha servido de mucha ayuda.

–Mis intestinos lo agradecen mucho.

Mis hermanos interrumpieron sus quejidos y soltaron unas risitas, que era el resultado deseado de mi declaración. Les revolví el pelo.

–¿Qué tal el cole, Cosas?

Mi madre dio un frenazo cuando un BMW negro se cruzó en su carril. Estiré el brazo para impedir que Jonah se golpeará la cabeza con el asiento de delante. No tuve que mirar al conductor para saber quién era, pero lo vi de todos modos, con su pelo oscuro y ondulado perfectamente peinado. Cade tenía toda la pinta de ser un chico majo del montón (alto, con una gran sonrisa y unos ojos castaños de cachorrito), pero sin la personalidad correspondiente.

–Alguien no sabe conducir de forma segura –murmuró mi madre mientras Cade se alejaba con su coche. Ojalá le hubiera pegado un buen bocinazo.

–Hay muchas cosas que no sabe hacer. –«Por ejemplo, conseguir que los motes rimen.»

–¿Lo conoces?

–Es Cade Jennings. Aunque la gente lo llama Cade *el Cateto* –Eso sí que tenía gracia. Aliteración. Imán... ¿Lily? ¿Cómo se podían acordar de eso?

–Ah, ¿sí? –preguntó mi madre–. Pues eso no está nada bien.

–Era una broma –mascullé. Pero deberían hacerlo. Sonaba bien.

–Cade... –Mi madre entrecerró los ojos, pensativa.

–Isabel salía con él. En primero. –Hasta que Cade y yo nos peleamos tanto que básicamente mi mejor amiga tuvo que elegir bando. Ella decía que la ruptura no fue culpa mía, pero lo más seguro es que lo fuera. La mitad del tiempo me sentía culpable por ello y la otra mitad pensaba que le había ahorrado mucho sufrimiento.

–Ya decía yo que me resultaba familiar –dijo mi madre mientras giraba hacia la derecha–. ¿Ha venido a casa alguna vez?

–No. –Gracias al cielo. Sin duda, Cade se habría metido conmigo por el eterno desorden de nuestra casa. Con cuatro hijos, se encontraba en un estado de perpetuo desastre.

Isabel me había arrastrado una vez a casa de Cade por su decimocuarto cumpleaños. Cuando llamamos a la puerta y él abrió, en su cara se pudo ver perfectamente cómo se sentía al descubrir que yo también me había apuntado.

–Menuda sorpresa de cumpleaños –dijo en tono sarcástico al entrar de nuevo en la casa, con Isabel y conmigo detrás.

–Créeme, yo tampoco quería venir –le contesté.

Isabel corrió para alcanzar a Cade. Mientras tanto, yo me quedé parada en el vestíbulo. El interior de la casa era enorme y sorprendentemente blanco. Hasta los muebles y los adornos eran blancos. Nada habría conservado la blancura en mi casa ni por un segundo.

Me estaba dando la vuelta lentamente, absorbiéndolo todo, cuando Isabel asomó la cabeza por una esquina y preguntó: «¿Vienes?».

Las voces de mis hermanos me sacaron del recuerdo y me trajeron de vuelta al interior del coche, con mi familia. Ahora se estaban peleando por un paquete de M&M's.

–Lo he encontrado yo debajo del asiento, así que es mío –dijo Wyatt.

Saqué el cuaderno y me puse a trabajar otra vez en la falda.

–Oye, mamá, ¿podemos comprar hilo negro? Se me ha acabado.

Mi madre giró hacia la calle principal.

–¿Puedes esperar a que acabe la semana? Papá está terminando un trabajo.

Mi padre era diseñador de muebles autónomo. Era imposible predecir la cantidad de trabajo que iba a tener, así que nuestro presupuesto familiar tampoco se podía calcular. Básicamente, todo lo relacionado con mi familia era impredecible.

–Sí, claro. –Intenté no suspirar.

* * *

Una vez en casa, pasé por encima del montón de mochilas que había justo detrás de la puerta y fui a mi habitación.

–Voy a usar el portátil –grité a quien quisiera escucharme, y agarré el ordenador que estaba sobre la mesa de la entrada.

Nadie respondió.

Entré en mi habitación... Bueno, mía era la mitad. La mitad limpia. La mitad con muestras de tela y paletas de colores colgadas en las paredes, no la mitad con recortes de revistas con ideas para maquillajes y famosos guapos. Aunque alguna que otra vez me hubiera sorprendido a mí misma admirándola.

Sin embargo, como Ashley no estaba, era libre de tirarme sobre la cama y poner vídeos de YouTube. Busqué un tutorial para tocar la canción de Blackout. No era muy conocida, así que no estaba segura de poder encontrar a alguien que enseñara a tocar la parte de la guitarra. Tuve que pasar varias páginas, pero al final encontré uno. Coloqué el portátil sobre la cómoda.

Guardaba la guitarra debajo de la cama, dentro de una funda rígida. No era por precaución; con dos hermanos pequeños, era por necesidad. Saqué la funda y la abrí. Tardé seis meses en ahorrar para aquella guitarra, mi pequeña. Había renunciado a todos los viernes por la noche para cuidar a los

gemelos de dos años de los vecinos. Eran los niños más difíciles que jamás había cuidado y, teniendo en cuenta el mote que les había puesto a mis propios hermanos, eso era mucho decir. Pero mereció la pena. Esa guitarra era todo lo que siempre había soñado. Su tono era perfecto y tocarla me hacía sentir menos torpe de lo normal. Me hacía sentir que había algo que estaba destinada a hacer. Eso. Hacía que todo lo demás desapareciera.

Bueno, hacía que todo lo demás desapareciera durante un rato. Estaba colocando los dedos para tocar el primer acorde cuando la puerta de mi... nuestra... habitación se abrió de golpe.

–¡Lily! –dijo Jonah, entrando a la carrera y derrapando delante de mí–. ¡Mira! ¡Se me mueve un diente! –Abrió bien la boca y se empujó el diente de arriba a la derecha con la lengua. No se movió ni un milímetro.

–Qué guay, chaval.

–Vale, ¡adiós! –Salió tan rápido como había entrado.

–¡Cierra la puerta! –grité tras él, pero o no me oyó o no quiso oírme. Suspiré, me levanté y la cerré. Luego volví a concentrarme en el vídeo y en la guitarra.

Dos minutos después, llamaron a la puerta y apareció mi madre.

–Te toca sacar el lavavajillas.

–¿Puedo terminar esto? –pregunté, señalando mi guitarra con la barbilla.

–No puedo empezar a hacer la cena hasta que el fregadero esté vacío, y no estará vacío hasta que lo esté el lavavajillas.

–Vale, ahora voy. –Cerré los ojos y rasgué las cuerdas una vez más, dejando que la vibración se extendiera por mis brazos. Todo mi cuerpo se relajó.

–¡Date prisa, Lily! –gritó mi madre.

Aj.

* * *

A la mañana siguiente, antes de clase, pasé por la cocina para prepararme unos cereales. Mi madre ya había llevado a Jonah y a Wyatt y estaba doblando ropa en el estudio. Mi hermana, Ashley, seguía arreglándose (tardaba horas) y mi padre estaba sentado a la mesa de la cocina, leyendo el periódico.

Saqué la caja de cereales de la despensa. Me estaba poniendo unos pocos en un bol cuando vi algo en la encimera que me hizo negar con la cabeza. Había dos collares sobre el granito beis con un papel debajo de cada uno. El collar de la derecha tenía dos marcas en el papel. El de la izquierda tenía otras dos.

–No –dije.

Mi padre levantó la vista por encima del periódico.

–Tú vota. No es para tanto.

–Dices que no es para tanto, pero luego sí lo es. ¿Al amigo de quién has obligado a votar esta vez?

–Votar es un privilegio. No he obligado a nadie. Todo ha sido de buena fe.

–Pues los dos son igual de bonitos. Voto por ambos.

–No. Tienes que elegir.

–Mira que sois raros, mamá y tú. No hay esperanza para ninguno de nosotros si vosotros hacéis cosas así de extrañas. –Me serví un poco de leche y me senté a la mesa. Papá aún tenía el periódico delante, como si siguiera leyéndolo. Solo estaba intentando darme una sensación de falsa seguridad, fingiendo que la competición no era importante.

–Sabes que mamá no va a dejarte en paz hasta que votes –dijo.

–Ya. Es a mamá a quien le importa. Tú solo dime cuál es el tuyo y voto por él.

–Eso es hacer trampa, Lil.

–¿Por qué empezasteis con esta tradición? Mamá no se mete en tu trabajo ni intenta superar tus elegantes muebles tallados.

Papá se rio entre dientes.

–Seguro que me ganaría.

Tomé una cucharada de cereales. Para hacer que pensara en otra cosa, pregunté:

–¿Por qué seguimos comprando el periódico? ¿Sabes que esas mismas noticias están en Internet... desde ayer?

–Me gusta tener las palabras en la mano.

Me reí, pero me callé cuando vi algo en el reverso de la página que tenía delante y que me hizo cambiar de opinión acerca de los periódicos.

De repente, me encantaban los periódicos.

«Concurso de canciones. Gana cinco mil dólares y un curso intensivo de tres semanas con un destacado profesor del Instituto Musical Herberger. ¡Visita nuestra web para ver más detalles! www.herbergerinstitute.edu.»

–¿Lista para irnos? –preguntó Ashley al entrar en la cocina. Iba bostezando, pero, como era habitual, perfectamente arreglada: llevaba unos vaqueros ajustados, una camiseta rosa escotada, unos zapatos de plataforma, el pelo recogido en una coleta y un maquillaje impecable. Aunque nos parecíamos (teníamos el mismo pelo oscuro y rizado, los ojos de color avellana y pecas), nuestros estilos eran totalmente opuestos. Ashley habría encajado bien con Lauren y Sasha en el instituto.

–¿Qué? –Parpadeé mirando a mi hermana, confusa—. Eh, sí. Eh, papá, ¿puedo quedármelo?

Papá miró su plato, donde había dejado un *bagel* a medio comer, se encogió de hombros y lo empujó en mi dirección.

–Qué asco. No, me refería al periódico.

–¿El periódico? ¿Quieres leer el periódico?

–Sí.

Ashley se acercó y agarró el bollo con un movimiento rápido.

–Eh, era para Lily.

–No era para mí –dije–. Quiero el periódico, no el bollo.

Papá gruñó.

–No, tampoco me ha sonado creíble la segunda vez que lo has dicho.

–Muy gracioso, papá.

–Te lo dejo si votas.

Puse los ojos en blanco, aparté la silla de la mesa y volví a examinar los collares. El de la derecha tenía plumas. Mi madre estaba pasando por una fase de plumas. Normalmente me gustaba su bisutería, pero lo de la pluma era demasiado *hippy* para mi gusto. Aunque a otras personas parecía gustarles. Levanté el de la izquierda.

–Aquí tienes al ganador.

Mi padre levantó el puño.

–¡Ha votado por el mío, Emily!

Yo alargué la mano.

Papá me dio el periódico, me besó en la mejilla y se fue seguramente a buscar a mi madre.

–Tiene gracia que crean que no sabemos de quién es cada uno –dijo Ashley–. Como si la competición fuese a estar siempre tan igualada.

–Ya. Deberíamos hacer que mamá ganase por goleada todas las veces, y así tal vez dejarían de competir.

–Le viene bien al amor propio de papá. Venga, pequeña, que te llevo a clase.

Me apreté el periódico contra el pecho, abrazando las palabras, y seguí a mi hermana. Ahora solo tenía que escribir la canción perfecta y ganar ese concurso.

CAPÍTULO 3

Había algo en la clase de Química que estimulaba todos los pensamientos de mi cabeza y hacía que se me disparasen a la vez. Quizá fuera una mezcla entre lo aburrida que era la asignatura, el profesor monótono y la silla fría. Me pregunté si habría una ecuación química para ello. Esos tres factores combinados daban lugar a un cerebro medio derretido. No, ese no era el término adecuado. El cerebro no se me cansaba: se me llenaba de cosas y daba vueltas y vueltas, todo a la vez. Un cerebro hiperactivo. Un cerebro que me impedía concentrarme en las perezosas palabras que salían de la boca del señor Ortega. ¿Serían sus palabras más lentas de lo normal?

Aquel día, entre todos los pensamientos normales y las palabras que ya no podía escribir en un cuaderno, tenía la canción que había aprendido a tocar con la guitarra el día anterior dándome vueltas en la cabeza. Era una canción que me torturaba: me encantaba y la odiaba a la vez. Me encantaba porque era genial; la clase de canción que me hacía querer escribir una igual de buena. La odiaba porque era genial; la clase de canción que evidenciaba que yo nunca podría escribir una igual de buena.

Y seguía pensando en aquel concurso.

¿Cómo iba a ganarlo? ¿Cómo iba siquiera a participar?

Mi lápiz se cernió sobre mi hoja de papel, la única hoja que el señor Ortega aceptaba. Si pudiera escribir la canción, se me iría de la cabeza y así podría concentrarme en la clase. Aquella hoja tenía que llegar a las manos del señor Ortega en exactamente cuarenta y cinco minutos. ¿Cuarenta y cinco minutos? Esa clase no se acababa nunca. Pero ¿de qué estaba hablando? Hierro. Algo sobre las propiedades del hierro. Escribí la palabra «hierro» en la hoja.

Entonces, como si mi lápiz tuviera vida propia, se movió por la mesa de contrachapado y anotó las palabras que sonaban en mi cabeza:

Abre tus pétalos marchitos y deja que entre la luz.

Añadí un dibujo de un sol pequeñito cuyos rayos rozaban un poco el texto. Después, solo quedaban cuarenta y tres minutos de clase.

* * *

Estaba escribiendo en mi cuaderno mientras caminaba por el pasillo, algo que todavía no dominaba a pesar de todas las veces que lo había hecho, cuando oí las risas.

Pensé que eran por mí, así que levanté la vista. No lo eran.

Un chico rubio, quizá de primero, estaba en medio del pasillo con los libros bien apretados contra el pecho. Sobre su cabeza había un bate de béisbol en precario equilibrio. Cade Jennings estaba detrás de él con las manos a los lados, como si acabara de soltar el bate.

–Pásame la pelota –le dijo Cade a su amigo Mike, que estaba frente a él y frente al pobre chaval de primero.

Mike se la pasó y Cade se quedó pensando cómo podría alcanzar la parte superior del bate para ponerla encima. El chico parecía estar demasiado aterrorizado como para moverse.

–Necesito una silla. Que alguien me traiga una silla –dijo Cade, y la gente corrió de inmediato a obedecer su orden. El bate empezó a menearse, se cayó

y rebotó por las baldosas del suelo hasta llegar a las taquillas—. Te has movido, tío —le soltó al chico de primero.

—Inténtalo otra vez —dijo alguien entre la multitud que los observaba.

Cade sonrió con su enorme sonrisa de perfectos dientes blancos. Esa que usaba tanto, consciente del poder que contenía. Yo fruncí el ceño. Parecía ser la única que permanecía inmune a ella.

Aunque no quería llamar la atención, sabía que debía ayudar al chico, que estaba encogido de miedo.

Pero no estaba segura de qué podía hacer. Ser el centro de una atención que no deseaba gracias a Cade Jennings era algo con lo que estaba muy familiarizada...

Recordé la clase de Educación Física de mi primer año de instituto. No era una de esas chicas a las que se les daba fatal todo, pero sí conocía mis debilidades, y Educación Física era una de ellas. El baloncesto mixto era el deporte por excelencia de esa clase, así que hacía todo lo que podía para mantenerme lo más alejada posible de la pelota.

Por razones que, según supe más tarde, eran probablemente maliciosas, siempre me pasaban la pelota a mí. Los de mi equipo y los del equipo contrario. Y yo nunca conseguía atraparla. Era como si estuviéramos jugando al balón prisionero y yo fuera el único blanco. Me daban en el hombro, en la espalda, en la pierna...

Fue entonces cuando Cade, que estaba sentado en la grada, gritó para que todo el mundo lo oyera:

—Es como si tuviera un campo de fuerza que atrae la pelota directamente hacia ella. Un agujero negro. Un imán. Lily Abbott, el Imán.

Lo último lo dijo como si fuera la voz en off del tráiler de una película. Como si me hubiera transformado en una superheroína torpe o algo así.

Luego lo imitaron todos por el gimnasio entero. Con aquella misma voz y riéndose.

Se reían y se reían, y su risa se me quedó en el oído como el mote «Imán» parecía haberseles quedado a todos en la cabeza.

Y ahora esa risa había vuelto a aparecer en aquel pasillo, a costa de la última víctima de Cade.

Carraspeé y dije:

–Anda, mira, un juego para ver quién tiene la cabeza más dura: Cade o su bate. –Asentí hacia un lado, intentando decirle al chico que se fuera, ahora que había distraído a Cade.

La sonrisa de Cade se hizo el doble de grande cuando me miró de arriba abajo: desde la coronilla, donde sentía que, bajo su escrutinio, mis rizos estaban aún más alocados de lo normal, hasta mis zapatos Dr. Martens con los cordones de distinto color.

–Anda, mira, la guardiana de la diversión. ¿Están pasando demasiadas cosas, Lily?

–Solo veo que se esté divirtiendo una persona.

Cade miró a su alrededor por el pasillo lleno hasta los topes de alumnos.

–Entonces es que no estás mirando bien. –Bajó la voz–. Ya veo. Te cuesta mirar a alguien que no sea yo, ¿verdad?

Si se me notaba el enfado, estaría dejando que él ganara.

–Solo he venido a salvar a otro pobre desgraciado de tu arrogancia –dije con los dientes apretados.

Aunque tal vez no estuviera salvando a nadie. El chico no se había movido. Le había dado la oportunidad de marcharse y seguía allí. De hecho, abrió la boca y dijo:

–¿Y si pones la bola encima del bate primero y luego me pones el bate en la cabeza?

Cade le dio una palmada en la espalda.

–Bien visto. ¿Adónde ha ido a parar el bate?

Suspiré. No había hecho falta que interviniera. Al chaval le gustaba el maltrato, por lo visto. Seguí andando.

–La próxima vez, ven antes. No queremos que se nos vayan las cosas de las manos –dijo Cade, suscitando más risas.

El enfado me subió en una oleada por el pecho y me di la vuelta.

–¿Alguna vez has oído hablar de la aliteración? Deberías probarla. –Era una respuesta patética, un argumento interno que él no pillaría, pero era lo único que me salió. Los chavales que había a su alrededor se rieron todavía más. Me giré y me costó Dios y ayuda alejarme caminando a una velocidad normal.

CAPÍTULO 4

–Voy a participar en un concurso de canciones –dije.

La mano de Isabel se detuvo en el aire cuando fué a buscar el pijama.

Era viernes por la noche y estábamos en su casa, a punto de ver una película de miedo. Había estado guardándome la noticia desde que me enteré del concurso el día anterior, dándole vueltas a la cabeza. Ahora lo había dicho en voz alta, lo cual significaba que tendría que seguir con ello. Que iba a seguir con ello.

–Ah, ¿sí? –Su voz mostraba más que un poco de escepticismo.

Me acosté de espaldas sobre su cama de matrimonio y me quedé mirando la foto de Einstein que tenía en el techo. Me pregunté, como siempre, cómo era capaz de dormir con él mirándola de aquella manera. A mí me costaba mucho.

Pero me encantaba dormir en casa de Isabel. Era hija única, así que su casa era como un oasis de tranquilidad para mí. Cenábamos con sus padres (deliciosos tacos caseros con arroz y frijoles) y luego nos íbamos al piso de arriba y nos quedábamos en su gigantesca habitación, con su sofá cama, su televisor y su nevera pequeña donde guardaba helados y Coca-Cola *light*.

–¿No me crees capaz? –pregunté con el ceño fruncido.

–No es eso, Lil. Estoy segura de que tus canciones son geniales –contestó Isabel, sacando el pijama del cajón de la cómoda–. Podría decírtelo con seguridad si me enseñaras alguna. Ya sabes, a tu mejor amiga en el mundo entero.

Gimoteé.

–Lo sé, lo siento. Todavía no he terminado ninguna.

–Eso dices siempre. ¿Cómo vas a participar en un concurso si ni siquiera me enseñas una canción a mí?

Me tapé la cara con las manos.

–No lo sé.

Se sentó a mi lado en la cama.

–Lo siento. Sé que puedes hacerlo, Lily. Solo tienes que creer en ti.

–Gracias, mamá.

–No seas niñata. Intento ayudarte.

Me aparté las manos de la cara y la miré.

–Lo sé.

–Cuéntame lo del concurso.

Me incorporé sobre los codos.

–Es en el Instituto Herberger –empecé a decir.

Isabel tomó aire, sorprendida, y abrió mucho los ojos.

–¡Hala! ¡Ese tiene mucho prestigio, Lil!

Asentí y me tiré de una punta abierta del pelo, nerviosa.

–Lo sé. En fin, que dan un premio de cinco mil dólares, lo cual sería maravilloso, por supuesto, pero, aún mejor, también dan un curso de tres semanas con uno de sus profesores.

Isabel sonrió.

–Qué pasada. Conocer a un profesor te ayudaría a conseguir plaza, ¿verdad?

Asentí. Estaba intentando no pensar mucho en eso. Ganar el concurso no solo me daría algo de dinero para pagar la universidad, algo que mis padres no podían permitirse, sino que, además, podría serme de ayuda para entrar en el programa con el que llevaba años soñando.

–Bueno, pues enséñame algo. ¿Alguna idea para una canción, al menos? – Isabel señaló mi cuaderno verde y morado, que estaba encima de la mochila que había llevado para aquella noche, en el suelo.

Sentí una ola de timidez y me encogí de hombros.

–Tengo un par de ideas. Necesito mejorarlas. Quiero enseñártelas, pero ahora no.

Ella puso los ojos en blanco y se levantó para ponerse el pijama.

–Cobarde.

Le lancé un calcetín y volví a tirarme bocarriba sobre su cama, con el póster acaparando mi campo de visión. Tenía razón. Era una completa cobarde.

–Creo que Einstein me está juzgando.

–Es posible. A lo mejor ha leído tu cuaderno.

Me reí y fui a sacar mi pijama de la mochila.

Isabel cambió de tema para que no tuviera que hacerlo yo.

–¿Vemos una peli hoy o dos?

Eso, en clave, quería decir: «¿Hasta cuándo nos quedamos despiertas?».

Sonreí.

–Dos. Tenemos toda la noche.

* * *

Mi móvil vibró contra mi muslo y me levanté del sofá cama de Isabel, momentáneamente desorientada. El televisor emitía un color azul delante de

mí. La pálida luz de la mañana se colaba por las rendijas de las persianas. El móvil dejó de vibrar, pero empezó de nuevo a los diez segundos.

–¿Hola? –contesté, adormilada.

–Lily. –Era mi padre—. Tu hermano tiene hoy el último partido de fútbol. Sé que dijiste que querías ir a uno. Solo quería darte la oportunidad.

–¿A qué hora es?

–A las ocho. Quedan treinta minutos.

Bostecé. Isabel y yo no nos habíamos dormido hasta las tres de la madrugada, pero intenté despejarme.

–Sí, quiero ir.

–Vale, te recojo de camino en veinte minutos.

–Gracias.

–¿Quién era? –gimió Isabel desde la cama. Se sentó. Sus rizos, que normalmente eran espirales perfectas, se le habían aplastado contra la cabeza.

Intenté domar mi propio pelo, que por las mañanas siempre tenía más rizos alocados que ondas suaves.

–Mi padre. Vuelve a dormirte. Tengo que irme corriendo.

–¿Qué? ¿Por qué? ¿Y las tortitas?

–Para la próxima. Cosa Dos tiene partido y se me había olvidado.

–Siempre tiene partido.

–No he ido a ninguno este año y le prometí que iría.

Isabel se derrumbó de nuevo sobre la almohada con los ojos ya cerrados.

–Vale. Nos vemos el lunes.

CAPÍTULO 5

El lunes tardé cinco minutos en verlo. Había sacado el libro, el lápiz y una única hoja de papel. El señor Ortega había empezado la clase. Mis ojos se posaron sobre la canción que había escrito el viernes en la mesa. Fue entonces cuando vi un verso escrito debajo del mío en letra más gruesa.

Pues la noche traerá pronto de nuevo sus sombras.

Era el verso siguiente de la canción. «¿Qué?» Estaba confusa. ¿De verdad alguien que también iba a ese instituto había escuchado una de mis canciones *indie* favoritas? Por lo visto, no era la única que se aburría en esa clase.

Sonreí y escribí rápidamente bajo aquel verso:

Blackout lo peta. Quiero ser Lyssa Primm cuando sea mayor. Me sorprende que los conozcas.

Me pregunté cada cuánto tiempo limpiaban los conserjes las mesas. Era posible que el mensaje ni siquiera llegara al destinatario correcto, pero no importaba; solo con saber que alguien más en el instituto tenía un exquisito gusto musical, me sentía feliz. Me pregunté si lo conocía. El Instituto Morris no era pequeño. Sin embargo, solo los de tercero usábamos el aula de Química, lo cual descartaba que fuera la persona en la que había pensado

inmediatamente: Lucas. Parecía que podrían gustarle las mismas bandas oscuras que a mí, pero él era de último curso. Pero bueno, solo eran ilusiones mías. Las probabilidades de que fuese alguien a quien yo conociera eran escasas.

«El señor Ortega.» ¿Y si hubiera escrito él el mensaje? ¿El señor Ortega, fan de Blackout? La idea me hizo reír. En voz alta. Mi mirada viajó rápidamente hacia el frente del aula, pero mi profesor estaba a mitad de frase, así que, gracias al cielo, no parecía haberse percatado de mi arrebató.

Lauren, sentada a mi lado, sí que se había dado cuenta, a juzgar por la cara que había puesto. Ya conocía esa mirada. Básicamente, era la versión silenciosa de «¿por qué eres tan rara?». Quise decirle que me había imaginado al señor Ortega bailando, pero eso no me habría servido de mucha ayuda. Además, ya había aprendido la lección sobre decir cosas fuera de contexto, así que solo me encogí de hombros.

Luego volví a mirar los mensajes de mi mesa.

El resto de la clase pareció pasar un poco más rápido de lo normal.

* * *

Me reuní con Isabel en el pasillo.

–¿Cómo es que estás tan sonriente? –preguntó.

–Yo siempre sonrío.

Se rio y luego se calló.

–Vale, sí que sonríes mucho. Pero no sueles hacerlo en el instituto.

–Eso es porque el instituto es un destructor de almas.

–No es por ponernos dramáticas ni nada de eso –dijo.

–Exacto. –Pero tenía razón, estaba de buen humor y solo se me ocurría una razón—. ¿Te acuerdas del grupo del que te hablé, Blackout?

Nos paramos frente a su taquilla. Isabel sacó unos libros de su mochila y los metió en el interior.

–No. ¿Qué cantan?

Le canté en voz baja unos pocos versos de una canción y, como no mostraba signos de reconocimiento, pasé a otra.

–¿No? –Se las había puesto varias veces. Me sorprendía que no se acordara.

–Perdona, pero es que te gusta una música muy rara –dijo Isabel, cerrando la taquilla con una sonrisa burlona.

–Creo que quieres decir «música muy buena», pero en fin.

–¿Qué pasa con ellos?

–Alguien más los conoce.

–Bueno, por el bien del grupo, espero que no seas tú su única fan.

Sonreí.

–No, digo aquí, en el instituto. Nos hemos intercambiado un par de versos de una canción sobre la mesa. Ha estado bien.

–¿Has escrito en la mesa? ¿Tú quieres meterte en problemas?

Suspiré. Isabel no entendía la importancia de esa revelación.

Se oyó una fuerte risotada desde el otro lado del pasillo. Me volví y vi a Cade con su tropa. Sasha, la única chica del grupo, iba de su brazo. Debían de estar saliendo. Dudaba que fueran a durar mucho; Cade parecía ir con una chica nueva cada semana. Iba mirando el móvil mientras Sasha le hablaba animadamente. Volví a acordarme de su fiesta de cumpleaños.

Después de que aquel día Isabel me hubiera sacado de mi ensimismamiento en la entrada de la casa de Cade, la seguí hasta la cocina, que era al menos tres veces más grande que la mía. La isla estaba llena de unas bandejas calientaplatos plateadas cuyas tapas estaban quitando unas personas con americana blanca y pajarita. ¿Quién contrataba un cáterin para

su decimocuarto cumpleaños? Cade estaba apoyado en una encimera en el otro extremo y miraba la pantalla de su móvil como si su propia fiesta no fuera con él. Aquel día era a Isabel, que iba de su brazo, a quien estaba ignorando tranquilamente. Ella le susurró algo después de un momento y él se metió el móvil en el bolsillo como si le hubiera molestado que lo interrumpieran. La expresión no le duró mucho; un segundo después, exhibió su falsa sonrisa y dijo:

–Comed mientras esté caliente, chicos.

Yo asentí hacia las bandejas y dije:

–La mayoría de la gente sirve *pizza* y tarta.

Él me miró con aquella arrogancia engreída suya y dijo:

–Yo no soy como la mayoría de la gente.

Yo le contesté algo borde. Algo como «menos mal».

–¿No puedes ignorarlo y ya está? ¿Ser maja? –me suplicó Isabel.

Aquel día no pude ignorarlo, no después de cómo había tratado a Isabel. Hoy iba a demostrarle a Isabel que sí podía. Mientras nos acercábamos a él, hacia la única salida del edificio, me prometí que no iba a responder a ningún insulto suyo. Sin embargo, solo le dedicó a Isabel su típica sonrisa deslumbrante y llena de confianza, sin reconocer siquiera mi presencia. Ella se la devolvió. Me di cuenta de que me había quedado mirando de mala manera, así que suavicé mis rasgos y mantuve la boca cerrada. Me resultó más difícil de que lo había imaginado.

–Impresionante –dijo Isabel cuando salimos del edificio.

–¿El qué? Solo he hecho lo que hago siempre.

Ella se rio.

–Pero te has dado cuenta de que él también ha sido educado, ¿verdad?
¿Ves lo que pasa cuando eres maja?

–Sí... –«Espera, ¿qué?» ¿Estaba insinuando que era yo la que iniciaba siempre las discusiones con Cade? La mayoría de las veces empezaba él. Suspiré. Parecía mi hermano de siete años. Tal vez tuviera razón. Si no estuviera dispuesta a discutir, al menos me dejaría en paz. Me gustaba la idea: Cade dejándome en paz. Ambos dejándonos en paz. Aquello haría del instituto un lugar mucho más agradable.

CAPÍTULO 6

Mi hermana Ashley estaba esperándome en una zona donde no estaba permitido aparcar cuando me subí a su coche.

–Buenas.

–Hola –dijo–. ¿Qué tal las clases?

–Como siempre.

Por un momento, pensé en mencionar los mensajes de la mesa, pero decidí no hacerlo. Si Isabel no comprendía su importancia, Ashley mucho menos.

Esperó a que un grupo de chicas cruzaran por delante de nosotras y luego avanzó con el coche.

–Cuando yo iba al instituto...

–El año pasado –la interrumpí.

–Sí. Tenía que volver a casa en autobús o esperar a que mamá me recogiese con el monovolumen.

–Mamá me recogió a mí en el monovolumen la semana pasada.

–Bueno, pues en mi caso era todos los días. Todos los días, Lily. Y, aun así, me las apañé para tener muchos amigos. Tienes suerte de que me haya comprado un coche. Un coche bonito que no da vergüenza. –Ese era el discurso que solía echarme cuando me llevaba de vuelta a casa. Me había quedado ya sin respuestas sinceras.

–Sí. Qué suerte tengo. Gracias, Ashley. ¿Cómo podré devolvértelo? – Apoyé la cabeza contra la ventanilla y me pregunté si se daría cuenta si me echaba una siesta.

–A lo mejor debería trabajar más horas en la tienda del campus para que experimentaras todos los días la verdadera tortura que es mamá. –Ashley suspiró y miró por el retrovisor–. Una vez se tiró diez segundos tocando el claxon porque no la veía. Y otra vez me hizo llevar a Jonah al baño y él estuvo gritando todo el rato que se iba a hacer pis en los pantalones.

Me reí.

–Te hace gracia porque no te pasó a ti.

–Me hace gracia porque yo tengo mis propias historias, Ashley. Tú no eres la única dentro de este coche que tiene tres hermanos y una madre rara.

–Dentro de este coche tan bonito y casi nuevo.

–Sí, el culmen de la clase y la sofisticación. Precioso. ¿Cómo se llama este color? ¿Azul cobalto o azul Prusia?

–Ni gracias ni nada.

Sonreí y Ashley encendió la radio. No teníamos el mismo gusto musical, ni de lejos. Cuando me vio poner cara de asco, bajó la ventanilla, subió el volumen y sonrió ella también.

* * *

–¿Qué es eso? –preguntó Ashley cuando entramos en la cocina y puso las llaves del coche sobre un plato que había en la encimera.

Yo estaba detrás de ella, así que no podía ver a qué se refería. Al dar un paso hacia un lado para mirar, una cosa blanca y peluda pasó como un rayo junto a mi pie, y mi hermano Wyatt salió corriendo detrás. Ashley gritó. Yo tiré la mochila al suelo y me subí a la encimera, sentada con la espalda apoyada contra los armarios y observando el suelo con desconfianza.

Mamá se rio entre dientes.

–Es un conejo. –Levantó la vista desde donde estaba, sentada a la mesa, ensartando un abalorio en un trozo de alambre para lo que parecía ser un pendiente.

–¿Un conejo? –preguntó Ashley—. ¿Nos lo vamos a comer?

–No, claro que no. Lo he salvado de ese destino. Los niños tienen que aprender a ser responsables, así que les he traído una mascota.

Me bajé de la encimera deslizándome.

–¿Un perrito normal no era suficiente?

El conejo entró de nuevo en la cocina dando saltitos y Wyatt lo recogió del suelo, radiante. Jonah apareció al lado de Wyatt y se puso a acariciarlo.

–Pero se queda fuera, ¿no?

–Sí –dijo mi madre, usando los alicates para doblar un trozo del alambre—. Solo está haciendo un poco de ejercicio.

–Claro. –Recogí mi mochila y agarré una manzana del bol que había sobre la encimera.

Ashley, que seguía en el mismo sitio desde que entramos, dijo:

–Esa cosa da mucho asco. Tiene los ojos rosas.

–Es una monada –replicó Wyatt.

La puerta de mi habitación estaba entornada cuando llegué. No era buena señal. Terminé de abrirla con la punta del pie y eché un vistazo a mi alrededor. En la mitad de Ashley, como de costumbre, había unos cuantos vaqueros tirados por el suelo, pero, aparte de eso, todo estaba normal. Me quité las deportivas rojas y de una patada las metí en el armario. Me volví y, cuando le di un bocado a la manzana y fui a sacar la guitarra, pisé algo húmedo. Me agarré el pie y enseguida vi que lo que en principio parecía un montoncito de pasas era caca de conejo.

–Qué asco.

–¿Qué? ¿Quién se muere? –preguntó mi madre cuando entré en la cocina con una expresión un tanto enfadada.

–El conejo, si de mí dependiera. Esa cosa se ha hecho caca en mi cuarto. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Puedes decirles a los chicos que no entren?

–Sí, perdona. –Se levantó y se fue, esperaba yo, a limpiar la caca o a pedirle a Wyatt que lo hiciera él.

Oí un ruido en el patio trasero y abrí la puerta. El conejo estaba ahí, en una jaula negra de metal. Era grande. No era una bolita mullida y peluda, sino un conejo grande y feo. Se incorporó sobre las patas traseras y olisqueó el aire.

–Eso, huele –le dije al conejo–. Es el olor de tu enemigo. Huélelo bien. No somos amigos. –Seguramente estaría oliendo la manzana que aún tenía en la mano, no a mí. Arranqué un trozo de un mordisco y se lo tiré a la jaula, transmitiéndole un mensaje muy confuso, teniendo en cuenta el discurso que acababa de dar–. Solo te mantengo a raya.

–¿Con quién hablas? –preguntó Ashley.

Cerré la puerta y me volví para encararla.

–Con nadie.

–Creo que deberías hacértelo mirar.

Pasó de largo y se dirigió hacia nuestra habitación. Adiós a mi sesión de práctica de aquel día.

CAPÍTULO 7

Otro mensaje me esperaba en clase de Química al día siguiente. Debajo de mi «Blackout lo peta. Quiero ser Lyssa Primm cuando sea mayor. Me sorprende que los conozcas», habían escrito:

Lo siento, lo de ser ella ya me lo había pedido yo.

Había una carita sonriente torcida y luego:

¿Has escuchado a The Crooked Brookes? La. Caña.

No había oído hablar de The Crooked Brookes. Asumí que era el nombre de un grupo o el título de alguna canción. Las similitudes en nuestro gusto musical habían terminado.

Sin embargo, mi interlocutor me había dejado su primera pista: era una chica. Aquello no me ayudaba a reducir la lista de candidatas para adivinar su identidad. De hecho, me había dejado aún más descolocada.

Mientras el señor Ortega estaba de espaldas a mí, escribí: «No, tendré que echarles un vistazo». Mi respuesta ocupó lo que quedaba de espacio libre en la parte derecha de la mesa; el único lado en el que podía escribir sin que se me notara. Parecía que me había quedado sin distracción en la clase de Química hasta que tocara limpiar las mesas.

Un agujero en el puño de mi camisa me llamó la atención. Se habían deshecho las puntadas. Los peligros de comprar en tiendas de segunda mano.

No lo había visto antes. Tendría que arreglarlo luego. Me doblé dos veces la manga para ocultar el agujero e hice lo mismo en el otro brazo.

A mi lado, Lauren susurró:

–La verdad es que no deberías escribir así en la mesa. –Estaba leyendo la conversación. Quise taparla para que no pudiera verla, pero me pareció una ridiculez. Cualquiera que quisiera podía venir y leerla.

–Solo es lápiz. Se puede borrar. –Para demostrarlo, borré la primera letra de mi primer mensaje—. Mira.

Eso pareció satisfacerla y volvió a ponerse a tomar apuntes. Yo intenté tomarlos también, pero aquella A que acababa de borrar me estaba distrayendo. Volví a escribirla y luego escuché con mucha atención lo que estaba diciendo el señor Ortega.

* * *

Odiaba los periódicos. Los periódicos que anunciaban concursos. No, odiaba los concursos. No tenía nada. Menos que nada. No tenía canciones en el cuaderno que llevaba encima todo el día y en el que escribía letras de canciones. Sí, tenía alguna estrofa buena aquí y allá, montones de palabras y montones de ideas. Bueno, «ideas» era una palabra generosa. ¿Qué narices quería decir cuando escribí «Una canción sobre monstruos en los árboles estaría genial»? ¿Monstruos en los árboles? ¿De verdad pensaba que algo de lo que tenía en aquel cuaderno era digno de un concurso de canciones?

–¿Por qué estás refunfuñando? –preguntó Ashley desde el asiento del conductor mientras me llevaba al instituto. Me había pasado la noche entera hojeando el cuaderno. Dormir no hacía que aparecieran más letras por arte de magia.

Levanté la vista. Acababa de parar el coche en la entrada del aparcamiento del instituto.

–No era mi intención refunfuñar.

–Parece que haces muchas cosas que no tienes intención de hacer. Tal vez deberías intentar no hacer cosas así. Tendrías más amigos.

–Gracias, Ashley. Buen consejo.

Fui a abrir la puerta justo cuando un grupo de personas pasó por delante del coche de Ashley, Cade entre ellos. Se deslizó sobre el capó, aterrizó de pie al otro lado y luego le guiñó un ojo.

Ashley abrió la boca, disgustada.

–¿Quién es ese cerdo arrogante?

–Nadie.

Tocó el claxon tres veces.

–Ashley, para.

Bajó la ventanilla.

–¡Eh! –le gritó a Cade–. Eso que acabas de hacer es una grosería.

Me bajé de un salto.

–Hasta luego.

Me aparté del flujo de la bronca que le estaba echando mi hermana. Intenté no sonreír, pero era divertido escuchar a alguien regañando a Cade, para variar. Nadie parecía atreverse a hacerlo en ese instituto. Él se había dado la vuelta, como si de verdad estuviera escuchándola, con aquella sonrisa engreída suya. Apreté el paso para que no me viera.

Un minuto después, escuché una voz a mi espalda.

–Veo que es cosa de familia. –¿Había venido corriendo hasta mí solo para decirme eso?

–¿Nuestros sentimientos hacia ti? –dije, olvidando que se suponía que estaba ignorándolo–. Sí, debe de ser genético.

–Creo que hay medicamentos para eso.

Ladeé la cabeza.

–¿En serio? ¿Eres tú quien vende las pastillas para las molestias anti-Cade?
¿Es así como se las apañan tus amigos?

–No, me refería a lo tuyo, pero...

Levanté las cejas.

–Sí, esta ronda la he ganado yo.

–¿Cómo vamos, entonces? ¿Tú llevas tres ahora y yo doscientas?

–¿Las estás contando?

–Siempre.

Dicho esto, se apartó de mí y se reunió con un grupo de amigos.

«No merece la pena», me repetí una y otra vez hasta que desapareció de mi vista sin que tuviera lugar percance alguno. Me dolía la mandíbula y me di cuenta de que estaba apretando los dientes. Exhalé profundamente e intenté relajarme. Ver a Lucas caminando en solitario a seis metros de mí me ayudó. Casi pude sentir toda la tensión abandonando mi cuerpo al verlo andar tan relajado.

Más allá de Lucas, Isabel me saludó desde el otro lado de las piedras. Las cruzó de un salto, con sus oscuros rizos dando botes. Cuando se puso a caminar a mi lado, ya me había olvidado por completo de Cade y, dado que todavía estaba fingiendo que no existía, no iba a contarle lo que acababa de pasar. Me sentía orgullosa de mí misma por morderme la lengua.

–Buenas –dijo, agarrándome del brazo. Sus pulseras de plástico tintinearón al chocar entre sí.

–Buenas –respondí.

–Me sorprende que no haya notado el agujero que le has grabado a fuego en la nuca.

–¿Qué? ¿A quién?

–Sí, claro. Como que no sabes a quién estabas mirando.

Las mejillas me ardieron y volví a mirar a Lucas, que ya casi había llegado a las taquillas que estaban al otro lado del comedor.

Iba a evitar el tema preguntándole si había terminado el trabajo de Historia, pero entonces cuatro chicas de segundo se encontraron delante de nosotras y pegaron unos fuertes chillidos. Todas se intercambiaron unos vasos con tapa del Starbucks que llevaban en la mano. Yo estaba confusa hasta que Isabel susurró:

–Cada una se compra una bebida por la mañana y luego se las intercambian.

–¿Por qué?

–¿Por qué no? Es divertido. –Las rodeamos–. Necesitamos una tradición matutina.

Señalé a las chicas, a nuestra espalda.

–¿Esa tradición matutina?

–Esa no. Pero sí algo que hagamos o digamos cada mañana para empezar bien el día.

–Eh...

–¿Un apretón de manos?

Levanté las cejas.

–Con «buenas» nos hemos apañado bastante bien durante los últimos tres años.

–Pero es que son muy monas –dijo Isabel, señalándolas con la cabeza mientras se reían.

–¿No somos ya lo bastante monas para ti?

–No. No lo somos. –Sonrió.

–Justo anoche, antes de dormirme, pensé: «Ojalá Isabel y yo tuviéramos una tradición matutina». Así nuestra amistad sería mucho más mona.

–Y anoche, antes de dormirme, yo me pregunté cómo tienes la suerte de tener una mejor amiga como yo, con lo petarda que eres.

–Qué suerte.

Isabel abrió mucho los ojos.

–¡Eso es! ¡Esa es nuestra tradición!

–¿Hablar cada mañana de lo estupenda que eres tú y de la suerte que tengo yo?

Ella negó con la cabeza.

–No... Bueno, eso podemos hacerlo también, pero ¿y si nos decimos cada mañana lo último que pensamos antes de irnos a dormir la noche anterior? Antes de decir cualquier otra cosa.

–No funcionará. Tú dirás «Gabriel» cada mañana. Lo dirás tantas veces que pronto ya no sabré si me llamo Gabriel.

–Eso no es verdad. –Hizo un puchero–. Vale, supongo que no nos hace falta ninguna tradición, pero, hablando de Gabriel, quiere salir con nosotras este fin de semana. Vas a venir, ¿no?

Tiré de las asas de mi mochila.

–Creía que habíamos decidido que no ibas a organizarme más citas.

–No te he organizado ninguna cita. Vamos a ir en grupo. Unos amigos suyos y nosotras.

Fruncí el ceño, recelosa.

–¿Qué vamos a hacer?

–Ir a los karts.

La pista interior no era barata. Calculé cuánto dinero tenía ahorrado en el bote que guardaba en el armario. Después de comprarme la guitarra, la madre de los gemelos contrató a una niñera a tiempo completo, así que ya no podía contar con mi fuente de ingresos habitual. De vez en cuando trabajaba para mi madre en ferias de artesanía, pero ya hacía bastante tiempo de eso. No

recordaba si me había gastado todo el dinero la última vez que fuimos al cine con Gabriel y sus amigos.

–Vale, sí. Hablaré con mi madre. Suena divertido.

–Suena genial. –Sonó el timbre–. Te veo en la comida. Si no te mueres en Química, claro.

–He de correr ese riesgo cada día.

–Yo creo en ti.

Se había alejado diez pasos cuando grité:

–¡Iz!

Se volvió.

–¿Sí?

–No necesitamos tradiciones cursis. Somos inseparables.

CAPÍTULO 8

Aquella vez no me moriría de aburrimiento. Me moriría de la impresión.

En Química, había una flecha dibujada a mano debajo del último mensaje que había escrito el día anterior. Apuntaba hacia abajo, hacia el borde de la mesa, como si hubiera algo ahí detrás. Abrí mucho los ojos. ¿Habría algo debajo de la mesa? Miré al suelo, pero ahí solo estaban mis deportivas altas rojas.

«¿Y si...?»

Con la mirada fija en el señor Ortega, pasé la mano por la parte de debajo de la mesa. Sentí mucho asco al tocar un bulto que supuse que era un chicle masticado. Puaj.

De todas maneras, dejé que mi lápiz rodara, se cayera de la mesa y aterrizara en el suelo. Atraje el lápiz hasta mí con la zapatilla y luego me incliné para recuperarlo. Mientras estaba agachada, giré el cuello. En efecto, había un papel doblado en cuatro partes metido debajo de la tira de metal que unía las patas de la mesa. Agarré el lápiz y el papel rápidamente y me incorporé, sintiendo cómo la sangre me bajaba a toda velocidad por la cara.

Tan silenciosamente como pude, desdoblé el papel y lo alisé. Como si fuera lo más normal del mundo, como si esa persona y yo nos intercambiáramos notas todo el tiempo.

Bueno, ¿escuchaste algo de The Crooked Brookes? ¿Qué te parecieron? A lo mejor son demasiado oscuros para ti. Es un grupo un poco deprimente, pero pensé que, si te gustaba Blackout, te podrían gustar también. A veces, escuchar canciones deprimentes me hace sentir que mi vida no es tan mala. Psicología inversa o algo así. Ja. Bueno, espero que esta nota te haya distraído al menos durante un minuto. Tardarás otro par más en responder. Luego solo te quedará... una eternidad de estar ahí sentada. Lo siento.

Me reí en voz baja. Así que a mi amiga por correspondencia le gustaba Blackout y odiaba la clase de Química. Éramos espíritus afines. Le di la vuelta al papel, intentando decidir qué responder. Me di cuenta de que este sería el tercer mensaje que le enviaba.

Había empezado una tradición mona con una completa desconocida sin darme cuenta. Me sentía como si le estuviera poniendo los cuernos a Isabel. No, no se los estaba poniendo. Ya se lo había contado. Y eso ni siquiera era una amistad real. Era una distracción. Además, Isabel tenía otros amigos. Yo podía tener una amiga por correspondencia anónima. Los amigos anónimos me venían perfectamente.

No he tenido la oportunidad de escuchar nada de The Crooked Brookes. Mi vida en casa es un poco... caótica. Lo haré en cuanto pueda. Me encanta la música que hace que mi vida parezca mejor. Y tienes razón, Blackout son deprimentes, pero no son solo deprimentes. La octava canción de su disco Blue, por ejemplo. Nunca me he sentido tan viva como cuando la escucho. Me hace sentir como si estuviera volando. Como si me elevara sobre mi vida y la observara desde arriba. Sobrevolarla durante un rato hace que me resulte más fácil vivir cuando vuelvo a ella. No sé si lo que digo tiene sentido. En fin, más vale que vuelva al aburrimiento soporífero.

Por un momento, no pude creer que le hubiera escrito eso a una completa desconocida. Hasta consideré no volver a doblar el papel ni meterlo debajo de la mesa, pero me decidí a hacerlo por dos razones. Una: cuando hablaba de música, me daba cuenta de que podía abrimme más que de otras maneras. Las

personas que apreciaban la música tanto como yo parecían entenderlo. Sentía que mi amiga por correspondencia también lo haría. Dos: el anonimato era liberador. Podía decir un montón de cosas si no tenía que firmar al final. Y no lo hice.

Devolví la nota a su lugar bajo la mesa y me puse a trabajar en algunos apuntes de Química que aún tenía que enseñar al señor Ortega al final de cada clase.

Debía de sentirme un poco culpable por el intercambio de cartas, porque, durante la comida, le solté a Isabel:

–Me ha escrito una carta.

Isabel, conocida por sus cambios drásticos de tema, no procesó el mío.

–¿Qué?

Estábamos volviendo de las *food trucks* con nuestros burritos y nuestros refrescos. A Isabel le encantaba la comida mexicana «de mentira», como la llamaba ella, aunque su padre hacía la mejor comida mexicana de verdad del mundo entero. Tal vez fuera esa su forma de rebelarse como adolescente.

–¿Recuerdas que te dije que me estaba escribiendo con una chica en Química? –empecé mientras caminábamos hacia el comedor exterior del instituto–. ¿Esa a la que le gusta el mismo grupo de música que a mí?

–Sí –dijo Isabel–. Pensaba que era un chico.

–No. Me escribió algo acerca de querer ser Lyssa Primm cuando fuera mayor.

–¿Quién es Lyssa Primm?

–La vocalista de Blackout.

–Oh, qué mona, has encontrado una nueva amiga rara por correspondencia. Es como si las dos fuerais la misma persona. –Me dio un golpecito con la cadera.

–¿Dos como yo? Este instituto no lo soportaría.

–Muy cierto.

–Pues bueno, esta vez me ha dejado una carta más larga debajo de la mesa y yo he contestado.

Isabel soltó un «Ah».

–¿Quién crees que puede ser?

–No lo sé.

–¿No sientes curiosidad? A lo mejor es alguien a quien ya conoces. Obviamente, alguien con quien te llevarías bien. –Repasó el comedor con la mirada. Los chavales estaban apiñados en grupos divididos por cursos, comiendo, riendo y tirándose servilletas arrugadas los unos a los otros. Vi a Lucas sentado con sus amigos e intenté no quedarme mirándolo. Especialmente porque Isabel me había pillado la última vez—. Deberíamos averiguarlo.

–No. –Sabía que era una estupidez sentirme insegura por lo que otras personas pensarán de mí, pero no podía evitarlo. Me preocupaba que, si esa chica descubría quién era yo, pensara que no era lo bastante guay para ella. Además, ya había decidido que el anonimato hacía que escribir fuera mucho más fácil, y ese intercambio de cartas me impedía volverme loca en Química—. Solo es una distracción. De verdad, no quiero saberlo.

Isabel se encogió de hombros.

–Bueno, vale. Si fuera tú, la curiosidad no me permitiría dejarlo estar.

Y yo me pregunté si la curiosidad le permitiría dejarlo estar, aunque no fuera cosa suya. Le dediqué mi mejor mirada de «no vamos a seguir hablando de esto» y cambié de tema.

–Hoy no tienes ninguna comida de aniversario, ¿no? –pregunté.

Ella sonrió.

–Sí. Hoy cumplimos dos meses y un día. Lo entiendes, ¿no?

Nos sentamos en nuestro sitio, debajo de un árbol. No había escogido ese lugar porque tenía las mejores vistas de Lucas; eso era solo una feliz coincidencia. Repasé de nuevo el comedor con la mirada. Tal vez mi interlocutora fuera alguien a quien ya conocía, pero ¿quién?

CAPÍTULO 9

Estaba garabateando en mi cuaderno mientras The Crooked Brookes sonaban a todo volumen en mis auriculares. No podía esperar a escribir a mi amiga al día siguiente y decirle lo increíble que era esa música. La canción era de una sinceridad brutal, impenitente y muy pero que muy depresiva. Sin embargo, por alguna razón, me inspiraba. Una canción sobre secretos se abrió paso retorciéndose por mi mente y se liberaba a través de mi bolígrafo.

*Si te cuento mis secretos, ¿tú me mentirás?
Si digo que te creo, ¿todo se arreglará?
Es difícil confiar en alguien nuevo,
pero eso no quiere decir...*

Unos golpecitos en mi espalda cortaron el hilo de mis pensamientos. Me volví y vi a mi hermano Jonah junto a mi cama.

Apagué la música.

–Hola, Cosa Dos. ¿Qué pasa?

–¿Me lees un libro? –Ya tenía uno en las manos.

–Sabes leer.

–Me gusta cuando lees tú.

El cuaderno me suplicaba que continuase, me rogaba desde mi almohada.

–Claro, chavalín –dije–. Sube. –Cerré el cuaderno y Jonah se subió

sonriendo a la cama.

Me dio el primero de Harry Potter.

–Haz las voces también.

–Qué exigente.

Llevaba leyendo veinte minutos cuando Jonah empezó a distraerse. Le dio un toque con el dedo al artículo del periódico sobre el concurso de canciones perfectamente recortado que había colgado en la pared.

–¿Qué es eso?

–Mis sueños, nada más... Como siempre.

–Soñar es divertido –dijo Jonah–. Anoche soñé con dinosaurios. ¿Con qué has soñado tú?

Mi mirada se clavó como una flecha en el cuaderno, abandonado sobre mi almohada, y luego volvió a mi hermano.

–He soñado con un principito llamado Jonah que tenía tres hermanos mayores que siempre le daban todo lo que quería porque era el principito más consentido del reino.

Jonah hizo un puchero.

–No lo soy.

–No estaba hablando de ti. Hablaba del príncipe Jonah de mi sueño. ¿Es que te crees que todo el mundo habla siempre de ti?

–Sí.

Le hice cosquillas.

–Buenas noches, príncipe Jonah.

–Creía que era Cosa Dos.

–Solo cuando te portas mal. –Lo empujé suavemente con los pies para que se bajara de la cama–. Hablando de males, ¿cómo anda ese conejo tuyo?

–Mamá no deja que duerma en mi cama.

–Mamá toma buenas decisiones, a veces. ¿Le has puesto nombre?

–Bugs Conejo.

–Querrás decir Bugs Bunny.

Apretó los labios.

–Se llama Bugs Conejo.

–¿En serio? ¿Y cómo vas a acordarte?

–Fácil. Se llama Bugs y es un conejo.

–¿Es que ya nadie usa la aliteración?

–¿Qué?

–Nada.

–¿Nos vas a llevar a pedir caramelos el viernes?

–Es verdad, el viernes es Halloween.

Jonah se llevó sus pequeños puños a la cadera.

–¿Se te había olvidado?

–No, pero yo ya soy demasiado mayor para pedir caramelos... así que Halloween ya no me hace tanta ilusión.

–Yo nunca voy a ser demasiado mayor para pedir caramelos.

Le revolvió el pelo.

–Sí, claro que os llevo... Si me dais una chuche.

Jonah soltó un gritito de alegría y salió corriendo de mi habitación.

–Pero ¡una de las buenas! –grité a su espalda.

Abrí el cuaderno y volví a la canción que estaba escribiendo, pero ya era demasiado tarde. La inspiración había huido. Si intentaba escribir alguna, iría sobre conejos, dinosaurios y caramelos de Halloween. Casi igual de buenos que los monstruos en los árboles. Tendría que intentarlo otra vez más tarde.

* * *

–Monstruos en los árboles –le dije a Isabel a la mañana siguiente cuando la vi junto a nuestras taquillas.

–¿Qué?

–Lo último en lo que pensé anoche antes de irme a dormir. ¿Vamos a hacer esto o no?

Isabel aplaudió y se mordió el labio, pensativa.

Me reí.

–Gabriel, ¿a que sí?

–Chist. Había algo después de eso. A ver si me acuerdo. ¡Ah! Crepes de Nutella.

–Ahora tengo hambre.

–Y yo no entiendo nada –dijo Isabel cerrando la taquilla–. ¿Monstruos en los árboles?

–Una idea de mentira para una canción. Pero empecé a escribir una de verdad; una que te voy a leer cuando esté terminada.

–Eso estaría bien.

–Esta tradición va a ser divertida.

Se rio.

–Pues sí. Ya siento cómo nuestra amistad se está volviendo más mona.

* * *

Puede que hubiera empezado la tradición matutina con Isabel porque me sintiera culpable por tener tantas ganas de leer esa carta. La carta que había recogido de debajo de la mesa en clase de Química y que estaba abierta delante de mí.

¿La octava canción del disco Blue de Blackout? Aún no he escuchado ese. Solo tengo su primer álbum. No obstante, aunque vaya en contra de la teoría sobre psicología inversa que sigo en la vida, si tú crees que es bueno, le daré una oportunidad. ¿Algún otro grupo que deba añadir a mi «lista de reproducción para aislarme del mundo»? No me vendría mal para enfrentarme a la vida en estos momentos. ¿Ha sonado muy patético lo

que acabo de decir? La mayor parte del tiempo no soy así. En realidad, soy un tío bastante divertido cuando no estoy en casa.

«¿Tío?» Parpadeé. ¿Mi amiga por correspondencia era un chico? Mi mirada volvió a la conversación que habíamos escrito en la mesa, al mensaje que me había hecho pensar que era una chica. Aún seguía ahí: decía que se había pedido ser Lyssa cuando fuera mayor. Entonces ¿era broma? Le gustaba bromear.

Era un chico. Un chico al que le gustaba la misma música que a mí, que se aburría en Química y que tenía sentido del humor. Éramos almas gemelas. Sonreí un poco y luego negué con la cabeza. El chaval se aburría y me escribía cartas para pasar el rato. No me estaba pidiendo salir.

Me di cuenta de que se me había parado el cerebro a media carta. Leí el resto.

Bueno, ¿de qué hablamos que no sea tan deprimente? Estoy abierto a sugerencias. Quizás uno de los siguientes temas: la muerte, el cáncer, el calentamiento global (¿o ahora se llama cambio climático?), el maltrato animal...

Le di la vuelta a la hoja, pero ese era el final. Habíamos llenado una página entera con nuestras conversaciones. Lo cual significaba que podía quedármela. La doblé con cuidado y me la guardé en la mochila.

Miré fijamente la nueva hoja en blanco que tenía delante y escribí:

¿Por qué no hablamos de que eres un chico? Casémonos y tengamos niños monísimos de rock indie.

Me mordí la parte interna del carrillo para no reírme y tiré esa hoja de papel al interior de mi mochila, a mis pies. No iba ni a mencionar que era un chico. Iba a fingir que lo sabía desde el principio. Porque eso no cambiaba nada.

Por fin he tenido la oportunidad de escuchar algo de The Crooked Brookes en el caos que es mi casa. Maravillosos. La cuarta canción. Debo de haberla escuchado cinco veces seguidas. Antes no estaba segura de poder confiar en tu gusto musical, pero ya has demostrado tu valía. Escucharé todo lo que me recomiendes. Voy a incluir una lista de mis favoritos al final de esta hoja. ¿Tocas algún instrumento? Yo toco la guitarra de forma-autodidacta-y-no-se-me-da-bien-pero-yo-me-creo-que-sí. Vale, me has convencido. Podemos montar un grupo juntos. A no ser que tú también toques la guitarra. Lo siento, no voy a pelearme contigo por hacer los solos.

Releí tres veces lo que había escrito. Era yo, pero no estaba segura de que debiera ser yo. No tenía el mejor historial en lo tocante a chicos, pero, al menos sobre el papel, él podía leerlo con una voz suave y segura de sí misma, no como lo habría dicho yo en persona: con torpeza e incomodidad.

Daba igual. ¿Por qué de repente me importaba tanto cómo me percibiera? Ojalá no hubiera descubierto que era un chico. Todo había sido muy divertido hasta que averigüé ese detalle. Hasta había estado esperando con ganas la clase de Química durante la última semana; algo que no me había pasado nunca. Y seguiría esperándola con ganas. Todavía teníamos el anonimato de nuestra parte.

CAPÍTULO 10

Abrí otro de los cajones de mi cómoda y tiré varias camisas encima de mi cama.

«¿Dónde está?», pensé, frustrada.

La organizada en esa habitación era yo. Yo no había cambiado mi camisa favorita de sitio. Especialmente cuando me la estaba reservando para noches como esa: noches en las que salía con Isabel, su novio y un puñado de amigos suyos a los que no conocía.

Saqué la cesta de la ropa sucia de mi armario y la vacié en el suelo. Luego rebusqué cuidadosamente entre el montón de ropa. Como no la encontré, se me escapó un gruñido. Fue entonces cuando vi la cesta de mi hermana al otro lado del armario. Me abalancé sobre ella y, después de remover algunas prendas, encontré mi blusa verde favorita. La sostuve en alto. Estaba arrugada y tenía una mancha oscura enorme en un costado.

—¡Ashley!

Los ojos me ardían de furia. Salí de la habitación como un rayo con mi blusa y mi enfado.

Ashley estaba en el sofá comiéndose un bol de helado. Abrió mucho los ojos al verme.

—¿Qué pasa?

–¡Esto! –Levanté la blusa para que la viera.

–Iba a lavarla.

–¿Por qué te la has puesto? Ni siquiera me la pediste. Además, seguro que no te queda bien. –Ashley era mucho más alta que yo.

Hizo una mueca.

–No estabas en casa y no podía pedírtela.

–Ashley. En serio.

–Vale. Tranquila. Te la pediré la próxima vez.

En ese momento, mamá entró en la habitación.

–¿Qué pasa, chicas?

–Nada. –Eché a andar. Ya no se podía hacer nada por la blusa. Había quedado con Isabel en una hora. Tendría que ponerme otra cosa.

–¿Adónde vas? –preguntó mi madre.

Debía de haberse fijado en mi pelo. Había intentado domarlo hasta que quedó relativamente liso.

–A terminar de arreglarme –dije.

–¿Arreglarte para qué?

Entonces apareció Jonah dando botes, enfundado en un disfraz verde y azul de dinosaurio.

–¡Vamos, vamos, vamos! –gritó más alto de lo necesario.

Mi madre le puso una mano en el hombro y él dejó de saltar. Seguía mirándome, esperando a que contestara.

–Voy a salir con Isabel –dije.

–No me lo habías dicho.

Me entró el pánico y mi mente rebobinó toda la semana en busca de la conversación que juraba haber tenido con mi madre para poder remitirme a ella. No existía.

–Dijiste que ibas a llevarnos a pedir caramelos –lloriqueó Jonah.

–Ashley puede llevaros –dije.

Mi hermana sacudió la cabeza.

–Pues no. Voy a ir a una fiesta de Halloween.

–¿No os puede llevar mamá? –dije, desesperada porque sabía cómo se comportaba cuando se le metía algo entre ceja y ceja.

Mi madre me miró decepcionada, pero le dijo a Jonah:

–Sí, os llevo yo.

La cabeza del dinosaurio se inclinó hacia delante cuando Jonah miró al suelo, haciendo un puchero. Daba muchísima pena. Aferrada a mi blusa manchada, supe que ni ella ni yo íbamos a salir aquella noche. Suspiré. Pues nada. De todas maneras, iba a ser una cita en grupo en la que tendría que haberme gastado mis últimos veinte pavos. Más valía que me guardase el dinero para algo que quisiera hacer de verdad.

–Os llevo yo, Jonah.

Jonah gritó de alegría.

–Gracias, Lily –dijo mi madre, dándome un abrazo rápido–. La noche de mañana es toda tuya.

–Suena bien.

Volví a mi habitación arrastrando los pies y llamé a Isabel.

Respondió al segundo timbrazo.

–Más te vale no estar cancelándome el plan.

–Lo siento. Le prometí a Jonah que lo llevaría a pedir caramelos.

–¿Cómo? Llevamos toda la semana planeándolo. ¿Por qué no puede llevarlo Ashley?

–Tiene una fiesta. –Me llevé la blusa al baño, donde restregué la mancha con jabón y un cepillo de dientes viejo.

–Lily –gimoteó Isabel–. Me lo prometiste.

Cerré el grifo.

–Lo sé, pero, por desgracia, el poder de mi familia es el que impera en mi vida.

–¿No le pediste permiso antes?

–Pensaba que se lo había dicho, pero supongo que no.

Suspiró.

–Vale. Luego hablamos. –Colgó antes de que me diera tiempo a decir adiós. Me sentía mal, pero ella tenía a Gabriel. Le iría bien sin mí.

Me miré el pelo en el espejo. Mis ondas estaban más suaves y lisas. Si ponía empeño con el secador y un poco de laca, podía conseguir que me quedara así. Rara vez lo lograba.

–¿Por qué no puedes estar así de bonito cuando sí voy a salir?

–Deja de hablar contigo misma –canturreó Ashley al pasar por delante del baño.

–Estaba al teléfono –grité a su espalda. Luego me recogí el pelo en una coleta y me fui a por una sudadera.

CAPÍTULO 11

Cuando Isabel me dijo que hablaríamos luego, no me imaginé que quería decir que estaría esa misma noche en el porche de mi casa, con un chico a cada lado.

Después de llevar a mis hermanos a pedir caramelos, me había cambiado de ropa y me había puesto unos pantalones de pijama de franela y una camiseta. Estaba sentada en el sofá con un bol enorme de caramelos sobre mi regazo, por si pasaba alguien a pedir.

Sin embargo, cuando llamaron a la puerta y abrí, no encontré a ningún niño disfrazado.

Sujeté con fuerza el bol de caramelos al mirar fijamente a Isabel. Se me quedó la cara de pez que ponía a veces cuando no me salían las palabras.

–Hola –dijo, ignorando mi expresión. Se ajustó las orejas de gato que llevaba en la cabeza–. Truco o trato. ¿Podemos pasar?

–Yo...

Isabel pescó un tubo de Smarties de mi bol, me echó a un lado y pasó arrastrando a Gabriel de un brazo y al otro chico, cuyo pelo lacio y cuerpo larguirucho me resultaban ligeramente familiares, del otro.

–Claro, entrad –dije sin convicción alguna, y dejé el bol de caramelos en la mesa del vestíbulo.

Los tres se quitaron los zapatos en el borde de baldosas de la entrada.

–Ah, no tenéis que quitaros los zapatos. La moqueta ya está hecha un asco.
–Cerré la puerta. Se quedaron descalzos–. Vale. Dejad que me... eh... ponga unos vaqueros.

Mis hermanos, que habían oído el timbre, vinieron corriendo desde el cuarto de la televisión con el bol de palomitas que les había hecho. Iban dejando un rastro blanco tras de sí a medida que se les caían por los bordes.

–Id a ver la peli, Cosas. Ahora mismo vuelvo. –Me metí rápidamente en el baño, me pasé los dedos por mis entonces alocadas ondas con la esperanza de poder alisarlas y me apliqué un poco de brillo de labios. Luego fui a mi cuarto y me puse enseguida unos vaqueros y la primera blusa decente que encontré (de un pálido color mostaza con pajaritos).

Cuando volví al salón, Isabel y los chicos estaban sentados en el sofá, junto a varios montones de ropa doblada. Mis hermanos se las habían apañado para sacar al conejo de la jaula y lo habían dejado suelto por el suelo. Iba dando saltitos y olisqueando el rastro de palomitas.

–¿Desde cuándo tienes un conejo? –me preguntó Isabel.

Yo también tenía preguntas para ella, como qué estaba pasando y por qué no me había avisado.

–Eh... Desde la semana pasada. Creo. –Amontané las prendas y las metí de golpe en la cesta de la ropa limpia que estaba en el suelo–. Hola, soy Lily
–le dije al desconocido antes de que fuera demasiado tarde para presentarnos.

–David –dijo el chico–. Íbamos juntos a mates el año pasado.

Lo miré otra vez, más de cerca, en ese nuevo contexto. Claro que lo conocía: íbamos a la misma clase de mates en segundo. Mi cerebro no lo había procesado al pensar que era amigo de Gabriel.

–Tú vas al Instituto Morris. –Lo dije como una acusación. Y lo era, pero para Isabel, no para David. La miré mal. Ella solo sonrió y se encogió de

hombros. Así que sí me había organizado una cita, después de todo. Me había organizado una cita con un chico del instituto. Normal que se hubiera enfadado tanto cuando le dije que no podía quedar.

–¿Sí? –dijo David, mirándome con el ceño fruncido.

–Perdona. Es que pensaba que eras amigo de Gabriel.

El conejo dio unos saltitos alrededor de una caja caída de Lego y por encima del pie de Isabel. Ella dio un chillido y encogió los pies en el sofá antes de decir:

–Es amigo de Gabriel, pero resulta que también va a nuestro instituto.

Volví a meter los Legos en la caja y la puse derecha. El conejo correteó hasta David y le olisqueó el bajo de los vaqueros.

–Cosas, a terminar de ver la peli. Pero, primero, devolved el conejo a su casa antes de que lance algún hechizo maligno.

–No es maligno –dijo Wyatt.

–Mira, ¿ves? Ya te ha hipnotizado. A los demás nos gustaría conservar nuestros sentidos intactos. –Me di cuenta de que estaba diciendo tonterías. Tenía que callarme, pero, cuando estaba nerviosa, tendía a dar vía libre a todos mis pensamientos raros a través de mi boca. Bueno, en realidad, me pasaba casi todo el tiempo, pero especialmente cuando estaba nerviosa.

Jonah agarró al conejo por la mitad de la tripa. Sus patitas se agitaron como locas durante un momento y luego se quedaron quietas. Los niños salieron de la habitación.

–¿Tu madre les ha traído un conejo? –dijo Isabel, viendo marcharse a mis hermanos.

–Sí, ya conoces a mi madre. Supongo que vio que alguien lo vendía a un lado de la carretera y le preocupó que fuera a acabar en la olla... o en el horno... o quizás en el asador... ¿Cómo narices se prepara un conejo?

Todos estaban callados.

–¿Dónde está tu madre? –preguntó Isabel finalmente.

–Cuando dije que me quedaba en casa, mi padre y ella decidieron irse a la fiesta de Halloween de unos amigos suyos o algo así. –Me pasé la mano por el pelo alborotado y me dejé caer en el sofá junto a Isabel.

–¿Se han disfrazado?

–Aunque parezca mentira, no. A no ser que su disfraz haya sido el de «padres raros».

Sonó el timbre y fui a abrir la puerta. Esta vez metí un puñado de caramelos en las bolsas de unos pequeños ninjas muy emocionados. Cuando volví a sentarme junto a Isabel, dije:

–Bueno... ¿Tenemos un plan? ¿O habéis decidido venir solo a decir hola?

Isabel se volvió hacia mí. Sus ojos oscuros brillaban.

–Hemos decidido venir a decir hola y a presentarte a David. Está en la orquesta del instituto.

Ese se suponía que era nuestro punto en común, según pude adivinar por la sonrisa orgullosa de Isabel.

–Ah, qué bien. ¿Qué instrumento tocas?

David se apartó el pelo castaño lacio de la frente. Para lo delgado que estaba, tenía cara de niño: mejillas redondeadas y nariz ancha.

–El clarinete.

–¿Como el rey del *swing*?

–¿Quién?

–Pues eso, Benny Goodman. ¿No es él la prueba de que los clarinetistas pueden llegar de verdad a algún sitio? –Las palabras ya habían salido de mi boca cuando me di cuenta de lo ofensivas que sonaban—. Perdona, qué borde soy. Hay un montón de salidas geniales para el clarinete: bandas de música, orquestas... –Ahora sonaba condescendiente.

–Lily toca la guitarra –dijo Isabel.

–Lo intento. –¿Era ya demasiado tarde para no dejarlos entrar en mi casa?–. ¿Queréis beber algo, chicos?

–Claro –dijo Gabriel.

–Isabel, ven a ayudarme en la cocina.

Ella me siguió, y cuando estaba segura de que los chicos no podían oírme, susurré:

–¿Por qué me haces esto?

Isabel suspiró.

–Pensé que, si no sabías que esta noche tenías una cita, no te daría tiempo a estresarte. Que no practicarías las conversaciones en tu cabeza ni te imaginarías las consecuencias.

–¿Pensabas que mi torpeza es fruto de un plan preconcebido para ser torpe?

–Pues sí.

Me reí.

–Bueno, ya sabes la verdad.

Ella también se rio.

–Supongo que sí, pero, vamos, ¿a que David es adorable? Y no es que haya venido con intenciones indecorosas. Hacéis buena pareja.

Puse los ojos en blanco.

–¿Le das una oportunidad?

Saqué unos vasos del armario y los usé para sacar unos cubitos de hielo de la bolsa del congelador.

–¿Por qué no?

–Perdona por no haberte avisado. De verdad, pensé que sería mejor así.

Yo sabía que sus intenciones eran buenas.

–Está bien. Mira, toma estos dos vasos. Voy a ver qué hacen mis hermanos. Vuelvo en un minuto.

Abrí la puerta del cuarto de la tele. Wyatt y Jonah estaban sestados en el sofá con el conejo en medio.

–Eh, os he dicho que metierais al conejo en la jaula –dije–. Se va a hacer pis y a mamá no le hará gracia.

–Está viendo la serie. Es su favorita. Cuando acabe –dijo Wyatt.

Sonreí.

–Mira que sois raros. –Y a mí me encantaba–. En cuanto acabe. Ni un segundo más.

–Vale –cantaron al unísono.

Volví a la cocina y llené los dos vasos que quedaban con agua. «Muy bien, Lily. Puedes mantener una conversación normal con un grupo de personas sin quedar como una estúpida.» Ahí. Eso sí que era una charla motivadora.

Ya de vuelta en el salón, Isabel había sacado mi guitarra de mi dormitorio y estaba tocando unos acordes inventados.

–Ah, Lily, ven aquí. ¡Siéntate! –dijo, fingiendo que no pasaba nada–. Les estaba diciendo a los chicos que les ibas a tocar alguna canción.

Me quedé paralizada en la puerta con los vasos en la mano. No solo porque quisiera entrar a toda prisa, quitarle a mi bebé y volver a meterlo en su funda... Yo dejaba que Isabel se acercara a mi guitarra, confiaba en ella, pero no quería tocar. Ni un poco. Ya me resultaba bastante difícil hablar con gente nueva, pero tocar era otro nivel. Estaba aprendiendo a tocar la guitarra yo sola para componer canciones. Canciones que tocarían otras personas. Yo no era intérprete.

Isabel me miró a los ojos y supe que comprendía lo que estaba pensando.

–No he dicho nada. Ya sigo tocando yo –dijo enseguida.

–Eh, venga. Isabel lleva meses fardando de ti, Lily –dijo Gabriel–. Tócanos algo.

–Yo... –Los vasos se me estaban resbalando de las manos. Los puse sobre una mesita y me limpié las manos en los vaqueros.

–No tienes por qué hacerlo –dijo David, y le dediqué una sonrisa de agradecimiento.

Isabel se puso de pie.

–Voy a ponerla en su sitio.

–Ya la guardo yo. –Alargué la mano y le arrebaté la guitarra. Una vez que la puse a buen recaudo dentro de su funda y la escondí debajo de mi cama, volví con los demás.

Isabel estaba sentada en el suelo y parecía avergonzada. Yo sonreí para que supiera que no estaba enfadada y me senté a su lado.

–Perdona –dijo en voz baja.

–No pasa nada.

Isabel metió la mano en la caja de Lego que había a su lado.

–Deberíamos hacer un concurso de construcción de barcos.

–Eso –dijo Gabriel–. Yo soy el rey de los Legos.

–¿Ese título te lo ha otorgado alguien o te has autoproclamado tú mismo? – pregunté.

Isabel se rio.

Gabriel fingió sentirse ofendido.

–Me lo han otorgado, por supuesto. –Se sentó con nosotras en el suelo y sacó un puñado de Legos–. Mi padre.

Cuando iba a contestar que los padres no son jueces imparciales, Wyatt entró corriendo en la habitación, sosteniendo algo en alto. Jonah entró detrás de él, llorando y con gotas de sangre cayéndole por la barbilla.

«Oh, no.»

–¡Se lo he sacado! –anunció Wyatt. Tardé un segundo en ver que lo que tenía en la mano era un diente y otro segundo más en darme cuenta de que

era de Jonah.

Jonah lo empujó por la espalda.

–Quería sacarlo yo.

Me levanté de un salto y rodeé el hombro de Jonah con un brazo.

–Eh, vampiro, que tienes que enjuagarte la boca después de comer.

Él se rio mientras lloraba, pero nadie más se estaba riendo. Parecían horrorizados.

–Tenía un diente flojo –aclaré rápidamente–. Wyatt, la próxima vez, déjale el diente en paz.

–Es un gallina. Mamá dijo que, si no se lo sacaba, se lo tragaría mientras dormía.

Justo entonces, el conejo entró en la habitación dando saltitos. Se fue directamente hacia David y procedió a hacerse pis por todo su pie enfundado en un calcetín. No sé si fue un acto reflejo o por el asco, pero el pie de David salió disparado hacia delante y mandó al conejo volando por la habitación hasta casi un buen metro de distancia.

Jonah tomó aire, indignado.

–¡Le has hecho daño! ¡Eres malo! –lloriqueó. Le salió más sangre de la boca y le chorreó por la barbilla al gritar.

Puede que hubiera sentido la necesidad de disculparme por mi hermano, pero la verdad es que estaba de acuerdo con él. ¿Quién le daba una patada a un conejo?

–Wyatt, ocúpate del conejo –dije, y me llevé a Jonah al baño, al otro lado del pasillo, para ayudarlo a lavarse la cara.

–¿Se pondrá bien Bugs Conejo? –gimoteó Jonah.

–No le pasa nada. Tiene mucho pelo. Eso lo protege.

–Dijiste que ibas a ver la peli con nosotros, Lily, pero estás jugando con tus amigos.

–Lo sé, chiquitín. Ahora les digo que se vayan.

Pero no hizo falta: cuando terminé de ayudar a Jonah y fui al salón, ya estaban en la puerta abierta. Isabel le estaba dando caramelos a unos niños, pero Gabriel y David se estaban poniendo los zapatos.

Cuando Isabel cerró la puerta, se retorció la pulsera que llevaba en la muñeca.

–Tenemos que irnos.

David no me miraba a los ojos y parecía tener mucha prisa por marcharse. Estaba saliendo por la puerta de puntillas y con el zapato derecho en la mano.

–Bueno, avísame cuando te salgan los superpoderes conejiles.

Él intentó reírse, pero le salió más bien una tos nerviosa.

«Perdona», dijo Isabel moviendo solo los labios. Yo me encogí de hombros. No la culpaba a ella. Mi familia resultaba muy abrumadora, y eso que solo estábamos allí la mitad. Y, además, me daba igual. Estaba casi segura de que David no sabía ni quién era Benny Goodman, y eso, en mi opinión, era un pecado para un clarinetista.

David era alguien a quien Isabel había escogido para llevar a cabo su misión, y lo único que había conseguido era reforzar mi teoría de que dicha misión era imposible.

CAPÍTULO 12

–¿Alguien ha visto mis alicates azules? –gritó mi madre para toda la casa. Con seis personas viviendo bajo el mismo techo, por lo general era la vía más rápida de comunicación. No daba resultado necesariamente, pero se tardaba menos—. ¿Nadie?

–¡No! –fue la respuesta de Wyatt.

Mi madre asomó la cabeza por mi cuarto. Yo estaba sentada en la cama, en pijama, tratando aún de decidir si quería levantarme o no.

–No los he visto –dije, bostezando.

–¿Quieres venir conmigo hoy?

Una vez al mes o así, mi madre acudía a diversas ferias de artesanía al aire libre o a mercadillos para vender sus creaciones.

–¿Está muy lejos? –pregunté.

–Está en la ciudad. Es el festival de otoño. Tú te quedarías el veinte por ciento.

Eso nos ofrecía siempre para que fuéramos a ayudarla: el veinte por ciento de los beneficios. Parecía un buen trato, salvo cuando solo ganaba cincuenta pavos, que tampoco era algo inaudito. En ese caso, nuestras ganancias por trabajar todo el día eran de diez dólares, pero a veces ganaba trescientos y

podía acabar con sesenta en el bolsillo. Era un riesgo. Un riesgo que estaba dispuesta a correr, porque no solo tenía el incentivo del dinero.

Iba para observar a la gente. Observar a la gente me inspiraba, y no me venía mal un poco de inspiración. Desde que la otra noche estuve garabateando un par de versos muy buenos escuchando a The Crooked Brookes, no se me había vuelto a ocurrir nada decente. El recorte de periódico se burlaba de mí desde la pared, junto a mi cama. Me recordaba que me quedaban menos de dos meses para componer una canción entera: música, letra y todo. Y apenas había conseguido completar unos pocos versos.

–Sí, voy –dije, levantándome por fin.

Mamá asintió.

–Nos vamos en treinta minutos.

* * *

La máquina de palomitas estaba más cerca de nuestro puesto de lo normal, y el dulce olor que inundaba el aire casi compensaba lo que había descubierto al llegar al festival de otoño: que Cade Jennings estaba justo en el puesto de al lado. Su padre tenía una compañía de seguros de mucho éxito y estaban dando presupuestos allí, en medio de todos los puestos de artesanía.

Fruncí el ceño. ¿No había una zona específica para esas cosas?

Mi madre estaba descargando las bandejas sobre la mesa y yo estaba intentando pensar alguna excusa para salir de la caseta.

–¿Voy a por algo de beber? –pregunté.

–He traído unas botellas de agua. –Señaló una bolsa que había debajo de la mesa.

–¿De comer?

–¿Tienes hambre ya?

Eran las nueve de la mañana y habíamos desayunado antes de salir. Era una pregunta legítima.

–No, supongo que no.

–Ahí abajo tienes otro estuche con anillos. ¿Por qué no los sacas?

–Vale. –Levanté la tela de la mesa y saqué las cajas a rastras–. ¿Cómo es que hoy no vendemos lo que ha hecho papá? –Me refería a sus muebles. Los muebles de papá eran muy bonitos, más aún que los collares que intentaba hacer ver que eran mejores que los de mi madre.

–Está trabajando en un encargo por contrato: unos armarios de cocina para una casa en Scottsdale.

–Anda, qué bien. –Con los encargos por contrato se cobraba más y de forma más regular.

Miré hacia la derecha. Cade no me había visto todavía. O al menos eso asumí, dada la ausencia de comentarios groseros. Estaba colocando una especie de panfletos sobre un mostrador de plástico. Nunca lo había visto bien vestido. Llevaba pantalones de vestir, una camisa con botones en el cuello y hasta corbata. Yo me sentí más desaliñada de lo normal con mi falda de flores hecha a mano y mi chaleco vaquero. No iba a sentarme para esconder la parte de abajo de mi atuendo, aunque estaba muy tentada de hacerlo. No me importaba lo que Cade pensara de mí.

Un hombre que no se parecía en nada a Cade se acercó al mostrador de su caseta con dos vasos con tapa en las manos. Le dio uno.

A lo mejor Cade había salido a su madre. O aquel hombre era el socio de su padre. Le susurró algo. Este tiró los panfletos que acababa de colocar sobre la mesa y volvió a llenar el mostrador de plástico con otros distintos.

Mi madre empezó a hablar de la multitud que podía reunirse aquel día con la señora que estaba a nuestra izquierda. La mirada de Cade se encontró

entonces con la mía, como si supiera que había estado mirándolo todo el rato, y una sonrisa se extendió lentamente por sus labios.

–¿Estás tomando nota? –me preguntó–. Así es el éxito. –Repasó con la mirada las joyas que había sobre mi mesa y se fijó en la bandeja de los collares con plumas. Levantó las cejas–. Tal vez te haga falta algo más que tomar nota.

Yo hice como que escribía en una libreta.

–Primer paso: vestir como un señor de cuarenta años. Segundo paso: tratar mal a la gente. Tercero: hacer como que el mundo gira a mi alrededor. ¿Me falta algo?

Cade me dedicó una sonrisa socarrona.

–La verdad es que te has dejado unos cuantos: no finjas que lo sabes todo, no escribas y camines al mismo tiempo, y piensa en los demás de vez en cuando.

–¿Cómo? ¿Que piense yo en los demás? ¿Qué se supone que significa eso?

–No va con segundas.

Entrecerré los ojos. Estaba a punto de decir algo que seguramente no debería cuando mi madre me puso una mano en el hombro.

–¿Vas a clase con ese chico? –me preguntó–. Qué bien. –Entonces, para mi horror, lo llamó–: Hola, encantada de conocerte.

Cade sonrió de una manera que a mi madre podía parecerle sincera, pero en realidad se estaba burlando de ella.

–Hola, vecina de caseta –dijo, y mi madre se rio como si hubiera sido un golpe superingenioso.

–Qué mono –susurró mi madre–. ¿Conoces a mi hija? –Lo dijo en un volumen que él pudiera oír. Sentí un escalofrío.

Cade me miró a los ojos y un destello juguetón iluminó su mirada.

–Sí, vamos al mismo instituto.

–Estupendo. Así, si no hay mucho movimiento hoy, no os aburriréis tanto.

–Lily lo hace todo mucho más interesante.

–Pensamos igual –dijo mi madre como si no acabara de insultarme.

Iba a ser un día horroroso.

* * *

El día no fue tan mal como había pensado en un primer momento: Cade se ocupó de sus asuntos y yo de los míos. Ya no estaba en su caseta. Había salido hacía como una hora y aún no había vuelto. A lo mejor Isabel tenía razón. A lo mejor yo empezaba las discusiones más a menudo de lo que pensaba.

Una mujer con un monedero y varios mechones de pelo de colores estaba frente a nuestro puesto, leyendo las etiquetas redondas con los precios de cada cosa y contando su cambio. En cuanto veía que no le llegaba, pasaba al siguiente artículo. En algún sitio tenía que haber una canción para ese momento: «Si un centavo me da suerte y diez lo que deseo, ¿por qué once centavos no me compran lo que quiero?». Aquella estúpida letra me hizo reír por lo bajo.

–¿De qué te ríes? –preguntó mi madre.

–Ah, de nada.

–¿Lista para el almuerzo?

–Claro.

Me dio un billete de diez.

–Quiero uno de esos burritos vegetales grandes.

–Vale, ahora vengo.

Culebreé entre la multitud de camino a las *food tracks* que había al final de la calle. Llevaba unos minutos en la cola cuando vi a Cade sentado hacia la derecha, en una mesa larga de plástico, con uno de sus amigos del instituto,

Mike. Estaban a tiro de piedra y, aunque no intentaba escuchar, pude oír sus voces perfectamente.

–¿Crees que el entrenador espera que vayamos a todos los entrenamientos además de a los partidos? –estaba diciendo Mike.

–Sí –dijo Cade con un suspiro–. Al menos tú no tienes que pasar las mañanas acá y las tardes allá.

–Cierto. ¿Cuántas más de estas tienes que cubrir? –preguntó Mike.

–Tantas como decida hacer la empresa –contestó Cade.

–No está tan mal. Es un buen sitio para conocer chicas nuevas. No como el club de béisbol.

–¿En serio? ¿Te has fijado en el rango de edad que tienen las clientas aquí? No es que estén en el mío, precisamente.

–Me he fijado en la chica del instituto que estaba en la caseta de al lado de la tuya... ¿Sabes cuál...? ¿Cómo se llama...? Lily. Esa puede ser interesante. Es rara, pero mona.

Me puse tensa.

–¿Lily Abbott? –dijo Cade–. ¿Te parece mona Lily Abbott?

–¿A ti no?

–No.

–Pues a lo mejor voy a hablar con ella.

–Hazme caso, evítala a toda costa. No se merece ni un minuto de tu tiempo. Es una...

Antes de que pudiera oír cómo Cade terminaba esa maravillosa frase, la persona que tenía detrás me soltó:

–¿Vas a pedir algo o solo estás mirando?

–Ah, voy a pedir. –Bastante sonrojada, me acerqué a la ventanilla y le eché una ojeada a Cade para ver si me había visto. Me miró, levantó una ceja y le

dio un trago a su refresco. Yo pedí rápidamente y esperé en el lado contrario, lejos de él.

Mis pensamientos se arremolinaban. ¿Que el tal Mike ese pensaba que yo era rara, pero mona? Eso no me lo esperaba. No creía que los chicos pensarán en mí para nada, pero la respuesta de Cade no me sorprendía mucho.

Yo comprendía por qué Cade me odiaba. De verdad. En su mente, yo había provocado su ruptura con Isabel, y tal vez hubiera podido lidiar con su odio si fuera aquella su única razón. Sin embargo, su actitud hacia mí no era nueva. No era «post-Isabel». Empezó al mismo tiempo que su relación con ella. Su brusquedad fue siempre lo que me hizo querer que desapareciera de la vida de Isabel. Su actitud era precursora de la mía. Él había dado lugar a mi odio con el suyo. Y no me cabía en la cabeza por qué.

CAPÍTULO 13

Antes, Química era la clase que se me hacía cuesta arriba. Ahora era la clase a la que no podía esperar para ir. El lunes parecía extenderse hasta el infinito. Mates no fue nada menos que una tortura; Redacción, que era mi clase favorita de todos los tiempos, me resultó lenta, y en Lengua, la señorita Logan decidió que debíamos dedicar toda la hora a leer *Romeo y Julieta* en voz alta imitando el acento inglés. Unos pocos estudiantes de teatro fueron los únicos que hicieron la cosa medio entretenida. El resto la destrozamos. Quedaban dos clases más para poder leer la nueva nota de aquel día.

Durante la cuarta hora, trabajé como ayudante de oficina; un puesto muy codiciado que por lo general solo ocupaban los alumnos de último curso. Consistía básicamente en tareas que no servían para mucho, pero que me mantenían ocupada, y en no hacer deberes. No era la más noble de las optativas, pero una clase libre era una clase libre, y ayudar a la señora Clark no estaba tan mal.

Me estaba dirigiendo hacia la oficina por los pasillos llenos de gente cuando vi a Lucas delante de mí. Era varios centímetros más alto que todos los que estaban a su alrededor. Dobló la esquina al final del pasillo. Yo la doblé también. Era el momento de decirle algo... lo que fuera.

En cuanto tomé la decisión, mi corazón empezó a latir más deprisa.

«No pasa nada –me dije–. Tú solo di hola, asegúrate de que sabe que existes.»

No sería tan difícil. «Hola» era una palabra inofensiva.

Lucas empujó la puerta que había a su derecha para abrirla, y yo casi entré detrás de él, hasta que se cerró y vi el símbolo azul de un hombre sobre su superficie. Casi me planto en el baño de los chicos. Por lo visto, ahora era una acosadora.

Volví sobre mis pasos y me topé con Isabel, lo cual fue un alivio. Necesitaba una charla terapéutica o, al menos, un sermón acerca de por qué seguir a los chicos en silencio daba muy mal rollo.

Solo que Isabel no iba sola. Había un chico junto a ella: David. Isabel me sonrió entusiasmada.

Suspiré. ¿En serio íbamos a rodar una segunda toma? Isabel no sabía rendirse.

–¡Lily! –dijo Isabel con voz de falsa inocencia–. Mira a quién me he encontrado.

–Hola –dije yo.

–Buenas –contestó David con las manos en los bolsillos–. ¿Qué tal?

–Bastante bien. ¿Pudiste limpiar todo el pis del calcetín?

–Lo tiré.

–Ah. Es otra solución.

Un poco demasiado drástica, en mi opinión, pero quizás oliese peor de lo que yo había imaginado.

Miré a Isabel. Tenía una sonrisa en la cara, como si estuviera siendo testigo de la escena más adorable que había visto en su vida. Isabel era una celestina terrible. Yo esperaba que no hubiera puesto toda su ilusión en dedicarse a ello profesionalmente.

–No pretendía darle una patada, por cierto –añadió David, mirando al suelo–. Al conejo, digo. Es que... no me lo esperaba.

Sonreí.

–Mi hermano se sentirá mejor cuando se lo diga. Aunque quizá deberías evitarlo durante un tiempo. A mi hermano, digo. Ah, y al conejo, supongo. – Ni que David quisiera volver a pisar mi casa de locos en su vida.

–Es broma –aclaró Isabel.

–Sí. Eso. –Seguro que había sonado borde. Me alegré de que Isabel entendiera mi sentido del humor para que pudiera traducirme.

–Y... bueno, lo del trabajo de Química –dijo David, volviéndose hacia Isabel. Me di cuenta de que probablemente habían empezado hablando de eso e Isabel había conseguido así que David la siguiera hasta donde estábamos.

–Puedo ayudarte con él. Lily yo quedamos en la biblioteca los miércoles después de clase para estudiar Química –dijo Isabel. Desde luego que no quedábamos–. ¿Por qué no te vienes esta semana? –añadió.

–Vale. –David sonrió un poco y yo me relajé. A lo mejor solo era tímido y se sentía incómodo. Podía entenderlo y ponerme en el lugar del pobre chaval. Podíamos ser amigos. Quizá su verdadera personalidad afloraría después de algunas conversaciones más.

–El señor Ortega va a acabar conmigo.

–Conmigo también –dije–. ¿Vais juntos a Química? –Miré a David y luego a Isabel.

–No –dijo Isabel–. Yo la tengo a cuarta hora y David, a segunda.

–Yo, a sexta –dije, casi para mí misma. Cada uno estábamos en una de las tres clases de Química de tercero. Las tres únicas que había. Así que mi misterioso amigo por correspondencia estaba en alguna de las tuyas. Uno de ellos tenía que saber exactamente quién se sentaba en mi sitio. Lo único que tenía que hacer era abrir la boca y preguntar... y arruinarme la clase de

Química para siempre. Aquello era lo único que había estado esperando con ganas durante la última semana y media. No iba a estropearlo con mi curiosidad. Ya le había dicho a Isabel que no quería saber quién era mi amigo por correspondencia. Y era verdad.

Entonces sonó el segundo timbre. David, Isabel y yo nos marchamos en direcciones distintas. Sonreí mientras me apresuraba para llegar a la oficina central. Ya quedaba menos para la clase de Química.

* * *

Ya no tenía que mirar debajo de la mesa para encontrar la nota. Mi mano fue directa hacia ella. Me había hecho una experta en abrirla sin hacer ruido y colocarla bajo mi única hoja de papel. Dudaba que Lauren supiera qué estaba haciendo. Contuve la respiración y leí:

La cuarta canción también es mi favorita. Y la octava de Blue también es increíble. Tenías razón, no es para nada deprimente (no lo digo solo porque la guitarrista molona de mi nueva banda imaginaria diga que es la que más le gusta).

Por cierto, no toco la guitarra, así que nadie intentará robarte los solos. Entonces es oficial, ¿no? Ahora necesitamos un nombre para el grupo. Algo empalagoso, como Rainbows & Roses. Y luego, el tono de todas nuestras canciones sería de cabreo. Eso crearía un buen contraste. Yo tengo mucho material para eso ahora mismo: un padrastro terrible, una madre distante y un padre ausente. Está de miedo, ¿eh? Mira, a ver si se me ocurre un buen primer verso... Los padres (una pausa en la letra para que hagas un dramático solo de guitarra) son (pausa para un solo de batería) un rollo. Hum... Bueno, a lo mejor tampoco debería ser el letrista. Mis habilidades musicales no valen para un grupo. ¿Dónde me deja eso? Puedo quedarme en el fondo y bailar. Ah, otra cosa, si el señor Ortega me pilla escribiéndote esta carta, me comprometo a metérmela en la boca y a tragármela. Espero poder contar con que tú harías lo mismo.

Sonreí. Después de tanta expectación durante el fin de semana y de haber estado esperándola durante toda la mañana, me preocupaba que la carta

podiera decepcionarme. No lo hizo. Era adorable, graciosa y un poco triste. Ojalá hubiera algo que pudiera hacer para que se sintiera mejor sobre la parte triste.

Saqué un folio en blanco, porque ahora estábamos contándonos cosas más personales y no quería que nadie se encontrara una conversación larga debajo de la mesa. Si alguien nos descubría, cuanto menos material tuviera, mejor.

¿Ya hemos llegado al nivel de compromiso de tragar papel por el otro? Creo que vas un poco rápido para mí. Y sí, habría que trabajar tus letras un poco más. ¿Cuáles son esas otras habilidades musicales que has mencionado? A lo mejor podemos apañarnos con ellas.

Ese material viene de lujo para escribir letras. Nos saldrá una canción estupenda. Sacar provecho de tus desgracias es genial, ¿verdad? Pero, en serio, lo siento. No sé si puedo ayudar mucho, pero no dudes en desahogarte conmigo. Se me da bien escuchar. Especialmente en las cartas, porque no me queda otra.

¿Quieres escuchar una desgracia? Mi mejor amiga llevó a un chico a mi casa, como organizándome una cita, y él básicamente huyó despavorido. Así de loca está mi familia. ¿Acaso la tuya ha logrado semejante hazaña? Lo dudo.

No estaba segura de que restarle importancia a la situación fuera lo mejor, pero parecía ser el tipo de persona que apreciaba el humor. Y quitarme de encima la frustración del fin de semana me sentó bien. No podía desahogarme con Isabel, porque sabía que me diría que no pasaba nada y que nadie pensaba que mi familia estuviera loca, aunque yo estaba segura de que sí.

Doblé la carta y la puse con cuidado en su sitio. Ahora tenía que esperar veinticuatro horas para recibir la respuesta. Aquello era mucho menos gratificante que mandar mensajes por el móvil.

No, no es verdad. Algo tenían el secretismo, la anticipación y la posibilidad de que nos pillaran que lo hacía mucho más emocionante que los mensajes.

* * *

Al día siguiente, estaba igual de emocionada cuando saqué su respuesta de debajo de la mesa.

No, no puedo decir que mi familia haya conseguido nunca que alguien huya despavorido. Para eso tendrían que estar implicados de verdad en algún aspecto de mi vida. Mis padres se divorciaron hace siete años y mi padre se fue de casa. Se fue para alejarse de mi madre y de mí. Si ella no hubiera mencionado un par de veces adónde se había mudado, yo no tendría ni idea. Además, puede que esté saliendo con una chica cuatro años mayor que yo, y solo lo sé porque mi madre lo gritó mientras hablaba por teléfono hace cosa de un año. Creo que ella volvió a casarse para fastidiar a mi padre, porque no hay forma humana de que le guste el cretino con el que se ha casado. Es imposible de impresionar. Todo tiene que ser más y mejor y perfecto para él.

¿Qué tal el desahogo? Recuerda: tú me lo has pedido. Aunque no sé si me trago eso de que «se te da bien escuchar porque es una carta». Técnicamente, puedes saltártelo, ir directamente al final y fingir que lo has leído. ¿Es eso lo que has hecho? Mira, voy a darte unas palabras clave para que puedas inventarte una respuesta: zona de amortiguamiento que abarca cinco estados, hombre asaltacunas, matrimonio sin amor (parecen letras de canciones. Mira, voy mejorando. Vuelvo a ser candidato a letrista). Iba a llamarlo solo «asaltacunas», pero quería dejar claro que era mi padre, no mi madre. ¿Hay alguna palabra para designar a los hombres de más de cincuenta años que salen con chicas que son prácticamente adolescentes?

Me tapé la sonrisa para que Lauren no se diera cuenta. Mi amigo por correspondencia tenía la habilidad de hacer que hasta las cosas más tristes sonaran graciosas. Levanté la vista hacia el señor Ortega. Tenía que prestar atención durante cinco minutos antes de poder contestar. Era mi método para guardar el secreto: escuchar, escribir, escuchar, escribir...

Creo que se llaman «pervertidos». Y lo siento. Ojalá fuera algo más que una persona que sabe escuchar y que lee las cartas enteras en lugar de solo las partes importantes. Ojalá tuviera algún consejo increíble que darte sobre cómo las dificultades te hacen

más fuerte, te forjan el carácter o algo así, pero sé que eso no ayuda. Así que, si quieres algún consejo, tendrás que buscarte a otra pintamesas. Yo solo haré el tonto contigo.

Me sorprende que hayas conservado el sentido del humor después de todo eso. No has dejado que te amargue ni que te enfurezca. ¿O sí? ¿Vas por ahí dándoles puñetazos a las taquillas o patadas a los animalitos? ¿O escribiendo canciones en tono de cabreo (en serio)? Así es como empezamos a hablar de esto, ¿no? ¡Vamos a aprovechar las injusticias que sufres para escribir unas canciones geniales! Vale, pues la primera se puede titular Abandonado. A ver si se me ocurre cómo podemos meter las palabras «hombre asaltacunas» en ella.

Esperaba que le pareciera bien que yo también intentara bromear con sus desgracias, porque, antes de escribir la última frase, me había quedado mirando el título de la canción durante unos minutos. *Abandonado*. El título que representaba a su padre abandonándolo sin mirar atrás. Se me formó un nudo en el estómago y tuve que deshacerlo.

Doblé la carta y la metí debajo de la mesa.

CAPÍTULO 14

Lo de escribir una canción inspirada en la vida de mi amigo por correspondencia no iba en serio. Se suponía que era como las bromas que hacía siempre con Isabel sobre escribir un libro basado en las cosas que sucedían en sus citas, pero no fue eso lo que pasó. Lo que pasó fue que aquel título, *Abandonado*, junto con sus palabras, me trajo tantas imágenes a la cabeza que aquella noche acabé escribiendo con el cuaderno sobre las rodillas.

Primero llené los márgenes de notas sobre lo que había dicho acerca de su vida. Luego dejé que las palabras inspiraran la letra de una canción.

*He hecho de la espera un arte.
Reconstruí mi corazón y uní sus dos partes,
porque siempre pensé que volverías.*

La puerta se abrió. Ashley entró y se dejó caer sobre su cama con un fuerte suspiro.

—¿Qué te pasa?

—Acabo de hacer el peor y más completo de los ridículos delante del chico que me gusta en el trabajo.

—¿Cómo?

Me enseñó los dientes.

–¿Lo ves?

–No.

–Exacto. Antes tenía un trozo gigante de comida justo aquí. –Se señaló el incisivo–. Y nadie me lo ha dicho. Nadie. Bueno, espera. Me lo ha dicho Mark después de cinco minutos de conversación.

Me reí.

–Tú me lo habrías dicho, ¿verdad? Tricia tendría que haberme avisado. Son las normas entre las chicas. Creo que a Tricia también le gusta Mark. Ese es el problema.

–A lo mejor no lo ha visto.

–Lil, lo ha visto la gente de la estación espacial. Era gigantesco. Y estaba justo en la paleta.

–Pues qué feo por parte de la gente de la estación espacial, que no te han dicho nada.

–Ja. Ja.

–A lo mejor le hizo gracia.

Ashley gimoteó.

–Exacto. Por eso esto es una pesadilla. Si quieres tener una relación seria con un tío, primero tiene que encontrarte misteriosa. Luego fascinante. Luego graciosa. Por ese orden. Si sucede un orden distinto, te quedas para siempre con la etiqueta de amiga.

Fruncí el ceño.

–Es una teoría interesante.

–La he probado y confirmado. Y lo de ser graciosa tiene que ser adrede, siempre hay que evitar quedar como una estúpida.

Ajá. Quizá por eso yo no había tenido ninguna relación de pareja; siempre estaba quedando como una estúpida.

Ashley se bajó rodando de la cama, gateó hacia delante y se sentó en el suelo dándome la espalda.

–Hazme una trenza. Quiero que mañana se me quede el pelo ondulado. Y me hará sentir mejor.

–Hay que ver cómo pides las cosas. –A veces, Ashley parecía la hermana pequeña.

–¿Por favor? Luego te lo aliso yo.

–Tráeme un cepillo.

Se levantó de un salto y salió de la habitación.

Miré el cuaderno.

–Nunca vamos a tener bastante tiempo para nosotros solos, ¿verdad? – pregunté con un suspiro–. Parece que la gente está intentando separarnos.

Mi hermana volvió a entrar balanceando el cepillo como un péndulo entre los dedos índice y pulgar. Llevaba la plancha de pelo bajo el otro brazo.

–¿Con quién hablas?

–Conmigo misma.

–Lo haces mucho.

–Lo sé. Soy la única que me entiende.

Ashley me tiró el cepillo y casi me dio en la pierna, enchufó la plancha y luego se colocó en el suelo junto a mi cama. Yo cerré el cuaderno a regañadientes.

Mi hermana tenía el pelo largo y precioso. Era del mismo color que el mío, pero, en vez de tener unas ondas locas como yo, era completamente liso.

–La gente se tira horas para tener el pelo exactamente igual que tú –dije mientras le pasaba el cepillo.

–Y la gente se tira las mismas horas para tenerlo exactamente igual que tú.

–Supongo que todos queremos lo que no tenemos.

Y como si yo hubiera expresado mi opinión sobre su vida amorosa, Ashley dijo:

–Los chicos son un asco.

–Amén –dije yo.

Ashley echó la cabeza hacia atrás.

–¿Cómo? ¿Estás de acuerdo conmigo? Desembucha.

–¿Quieres sentirte mejor por esa anécdota que supuestamente da vergüenza pero que en realidad le pasa a todo el mundo? –pregunté.

–A todo el mundo, no.

–A todo el mundo se le ha quedado comida entre los dientes alguna vez, pero seguro que el conejo que tienes de mascota no se ha hecho pis en el pie del chico con quien tienes una cita.

Ashley se rio.

–Sí... exactamente –dije.

Ashley no paraba de reírse. Apoyó la frente en las rodillas y me hizo soltar la trenza.

–Tú sigue riéndote.

–Vale, perdona. Lo siento. –Se incorporó. Yo volví a separarle el pelo, empecé de nuevo a hacer la trenza y estalló en carcajadas otra vez.

–Ya no te trenzo el pelo –declaré, inclinándome hacia atrás.

–No, no, no. Perdona.

Le recogí el pelo. Cuando pasaron dos minutos, dijo:

–¿Ahora lo llamas Pies de Pis? –Y prorrumpió en carcajadas.

Le solté el pelo y la empujé.

–Eres una petarda.

Se levantó y suspiró alegremente.

–Tus historias son las mejores, Lil. Tu vida social es graciosísima. Gracias por hacerme sentir mejor.

Y con eso, salió de la habitación.

–Sí, esa soy yo. La chica cuya vida social hace que los demás se sientan mejor con la suya –dije a nadie en particular.

Arranqué el cable de la plancha de la pared, se apagó y agarré el cuaderno. Fui a la última página y la titulé «Sospechosos». Mi vida social no era tan triste: tenía una relación perfectamente normal con un amigo por correspondencia anónimo. Vale, puede que un amigo por correspondencia anónimo no sonase normal, pero prefería ignorar ese detalle. A lo mejor ya iba siendo hora de averiguar quién era.

CAPÍTULO 15

–Señora Clark, ¿usted tenía reglas a la hora de quedar con chicos?

Estaba empezando a preguntarme si era la única chica del mundo que no tenía reglas a la hora de quedar con chicos y si eso era parte de mi problema. Estaba sentada frente a un escritorio de la oficina central, cumpliendo con mis obligaciones como ayudante, que aquel día consistían en pasar a ordenador la lista de clase manuscrita del día anterior.

La señora Clark levantó la vista de la pantalla. Tenía más o menos la edad de mi madre y era guapa, rubia, con el pelo largo y gafas. Casi podía imaginármela de adolescente. Casi.

–¿Reglas? –preguntó la señora Clark con el ceño fruncido.

–Sí, bueno, como «sé misteriosa, pero no demasiado», «no te rías del chico con el que estás saliendo»... Cosas así.

Ella sonrió.

–¿Tienes la costumbre de reírte de los chicos con los que sales?

–Solo cuando hacen algo gracioso.

La señora Clark meditó un segundo.

–Cuando salía con chicos, mis amigas y yo decíamos: «No llores delante de él antes de la tercera cita».

–¿Llorar? –repetí con el ceño fruncido.

–Sí. Los chicos se ponen nerviosos cuando lloras.

–No creo que tenga que preocuparme por eso.

–¿No lloras?

–Nunca llego a la tercera cita.

Ella volvió a sonreír, como si fuera una broma. Lo era. Más o menos.

–Las reglas son una estupidez –dijo–. Sé tú misma y punto.

–Es más fácil decirlo que hacerlo. –Introduje el último dato de la lista en el ordenador y archivé la copia física–. Ya está.

–Ah, bien. –Señaló hacia el otro lado de la habitación–. ¿Puedes tomar las llaves y dejar este paquete en la clase de la señora Lungren?

–Claro. –Me puse en pie–. ¿Para qué necesito las llaves?

–La señora L. cierra con llave durante la cuarta hora. Es su momento para preparar las clases.

–¿Dónde están?

–¿No te he mandado nunca a dejar cosas en habitaciones cerradas?

–No.

Soltó un pequeño gruñido, como si fuera una sorpresa.

–Bueno, eres una chica responsable, así que puedo confiar en ti. –Me guiñó un ojo y se acercó a una vitrina que estaba al fondo del despacho. Sacó unas llaves y me las puso en la mano.

–Superresponsable –prometí con una sonrisa.

Tan responsable que, después de dejar el paquete en la clase de la señora L., acabé en el edificio de Ciencias, en dirección al aula 201. El aula donde tenía Química. Solo iba a mirar por la ventana, me dije. Para ver quién se sentaba en mi sitio. Ciertamente, Isabel tenía Química a cuarta hora. Podría haberle preguntado y ya está. ¿Por qué estaba haciendo aquello? Mi mejor amiga me lo habría dicho si hubiera visto a alguien pasarse toda la clase escribiendo. Ella se fijaba en cosas así. Especialmente porque sabía que me estaba

intercambiando notas con alguien. Mi amigo por correspondencia debía de tener esa clase a segunda hora.

Aun así, quería mirar.

Tenía el corazón a mil cuando llegué al aula, pero estaba a oscuras y cerrada. ¿Por qué? Las llaves se me clavaban en la mano y estuve tentada de usarlas, pero ¿para qué? ¿Para conseguir la nota antes de tiempo? ¿Para ver si la mía había desaparecido ya? Ambas razones me parecieron demasiado vanas como para arriesgarme.

Me di la vuelta y corrí antes de que la señora Clark se diera cuenta de que estaba tardando mucho y me quitara el futuro privilegio de usar las llaves.

* * *

Cuando me tocaba Química, llegué a la puerta y vi que seguía cerrada. El aula estaba vacía. Esta vez me percaté de que había un cartel pegado en la puerta. ¿Estaba ahí antes? Seguramente.

«Hoy, laboratorio en el aula 301.»

El laboratorio. Me había olvidado del laboratorio. Eso significaba que aquel día no habría nota. También significaba que él no había leído la mía del día anterior. No recordaba con exactitud qué había escrito. Me acordaba vagamente de que había intentado hacer un par de bromas. ¿Pensaría que me estaba riendo de él? ¿Estaba poniendo demasiado empeño en ser graciosa?

Daba igual. No estaba intentando salir con él. Aún no sabía ni quién era. No iba a darle muchas vueltas. Además, las reglas eran una estupidez.

–Dice: «Hoy, Laboratorio en el aula 301». –Cade pronunció muy despacio cada una de las palabras del cartel.

Me giré con la intención de clavarle el codo, pero mantuve los brazos prudentemente pegados al cuerpo.

–Sí, lo sé.

–Llevabas tanto tiempo ahí plantada que estaba dudando.

–¿Me estás acosando?

Él levantó las manos y se apartó.

–Solo estaba intentando ayudar. Soy así.

–Deberías reconsiderar tu definición de «ayudar».

Sonrió y empezó a contar palabras con los dedos de la mano derecha.

–Auxiliar, salvar, ser guapo. Creo que las tengo todas.

–Me parece que solo cuentas con la única que ni siquiera encaja en la definición.

–Me alegra que pienses que soy guapo, Lily. Siempre lo he sabido.

Mis mejillas se arrebolaron al darme cuenta de que me había metido ahí yo sola.

Él se inclinó hacia mí.

–Y con esta son doscientas uno... –se señaló a sí mismo–, a tres –me señaló a mí–, ya que las estás contando.

Le di un leve empujón y me alejé.

–Yo llevo por lo menos cinco puntos –murmuré.

Llegué al laboratorio y me senté junto a mi compañero, Isaiah. Sabía que no habría ninguna nota bajo la larga mesa, pero miré de todas maneras. Solo había tubos conectados a los mecheros Bunsen. Seguramente, mi amigo por correspondencia y yo nos sentábamos en sitios completamente distintos en el laboratorio, pero no por eso me sentía menos decepcionada.

Isaiah me dio un par de gafas protectoras y dijo:

–Quizá deba controlar la llama yo. La última vez, casi hiciste saltar la alarma de incendios con el dragón de papel.

–Gracias. –Suspiré y me puse manos a la obra.

CAPÍTULO 16

Fui la primera en llegar a la biblioteca después de clase. Encontré una mesa cerca del fondo y puse la mochila en el medio. Esto estaba empezando mejor que la última vez que quedé con David, porque iba a ser fuera de mi casa. No había Legos por el suelo, ni montones de ropa doblada, ni hermanos con la barbilla llena de sangre ni, desde luego, conejos con problemas de incontinencia.

«Vale –me dije al sentarme en la silla–. Isabel está poniendo muchísimo empeño en su misión autoimpuesta de conseguirte una cita. Tú también puedes poner de tu parte.» No sabía muy bien en qué consistía «poner de mi parte». ¿En no hablar?

Mientras estaba ahí sentada pensando en cómo ser normal, me di cuenta de que estaba mirando fijamente en la dirección aproximada de un chico que estaba dos mesas más allá. No cualquier chico, sino Lucas. Me quedé sin aliento.

Le estaba prestando toda su atención al libro que tenía delante y estaba repasando la página con el dedo. Aquella era mi oportunidad para decirle hola o preguntarle si sabía dónde estaba la sección de no ficción o algo así. Eso podía hacerlo.

Justo cuando me había autoconvencido de que podía hacerlo de verdad, llegó David.

–Buenas –dijo, y dejó su mochila junto a la mía.

–Hola.

Se sentó y sacó unos libros de la mochila. Yo le dirigí una última e inútil mirada a Lucas y luego me senté también. Abrí mi mochila y saqué mi libro y mi cuaderno. Aquello de no hablar estaba funcionando divinamente por el momento, lo cual hacía que la situación fuera menos violenta.

–Estar en silencio es un poco violento, ¿no te parece? –dijo.

Ah. O no.

–No, yo estoy a gusto en silencio. A fin de cuentas, estamos en una biblioteca. Aquí es donde nace el silencio.

–¿La biblioteca es donde nace el silencio? –preguntó David.

–Los libros usan todas las palabras. Eso era lo que pensaba cuando era pequeña; que le decían a la gente que guardara silencio para que los libros no les robaran las palabras. Creía que los libros necesitaban palabras para existir. Bueno, es evidente que las necesitan, pero yo pensaba que necesitaban las dichas en voz alta. Sí... Siempre he sido rara.

–Y yo que pensaba que en las bibliotecas se guarda silencio porque la gente intenta estudiar –susurró David.

–Esa puede ser otra explicación.

Se rio un poco y nuestras miradas se encontraron. Parecía que le había hecho gracia de verdad. Eso era bueno. ¿O era demasiado pronto?

Abrió el libro.

–¿Isabel suele llegar tan tarde?

–«Suele»... es una palabra muy subjetiva. –Especialmente porque nunca había quedado con ella para estudiar en la biblioteca.

–Ah, ¿sí? –Se miró el reloj.

Antes de que tuviera que contestar, Isabel llegó a toda prisa.

–Hola, chicos. Lo siento. Me he entretenido en clase de Mates porque Sasha necesitaba los apuntes de ayer.

–¿Sasha? –dije–. ¿La novia de Cade?

–No creo que Cade y ella estén juntos. ¿Lo están?

–Pensaba que sí. –Miré a David para que me apoyara, pero estaba pasando las páginas de su libro de Química como si no hubiera estado siguiendo la conversación.

–Supongo que puede ser. Nunca me ha dicho nada. –¿Eran celos lo que había en la voz de Isabel? ¿Por qué iba a estar Isabel celosa de Sasha?

–No sabía que Sasha y tú fuerais amigas –dije, sintiendo yo misma un poco de celos.

–En realidad, no lo somos –dijo Isabel, abriendo sus libros–, pero todo el mundo me pide siempre los apuntes a mí. Los tomo muy bien. –Me miró a mí y luego a David–. ¿Habéis empezado, chicos?

Sonreí satisfecha.

–Sí, los que necesitan ayuda en Química ya se han enseñado mutuamente. Ahora se nos da superbién.

Isabel puso los ojos en blanco.

Aún podía ver a Lucas por encima de su hombro. Él levantó la vista con una sonrisita en los labios. ¿Había estado siguiendo la conversación o le había hecho gracia algo de su libro?

Isabel me dio un golpe en el brazo.

–Espero que ya te hayas dado cuenta de que a Lily le encanta hacer bromas –le dijo a David.

–Pues sí.

–Ah, ¿sí? –dije.

–Sí.

Isabel levantó y bajó las cejas al mirarme. Yo la ignoré.

–¿Me recordáis por qué estamos prolongando la tortura de Química más allá del horario escolar? –pregunté al agarrar el boli.

–¿Para no tener que repetir la asignatura el año que viene? –propuso David.

–Bien visto. –Abrí el libro.

–¿Qué vais a hacer este fin de semana, chicos? –preguntó Isabel en lugar de centrarse en la química—. Deberíamos hacer algo juntos.

Miré a David. Me dije si sabía que Isabel estaba intentando juntarnos.

–¿Qué día? –preguntó.

–No lo sé –dijo Isabel—. Cualquiera día que nos venga bien a todos.

Yo no dije nada.

David pasó las páginas de su libro de texto.

–La orquesta va a tocar en el partido que se juega en casa el viernes.

–¿Vais a tocar en el partido de fútbol? –preguntó Isabel con los ojos muy abiertos—. Qué divertido. Pues iremos a verte, por supuesto. ¿A que sí, Lily?

–Eh... Tendré que asegurarme de que no tengo que quedarme haciendo de niñera otra vez, pero claro –dije con vacilación—. Suena divertido.

–¿Y por qué no quedamos también después del partido? –añadió Isabel. Era muy insistente.

David asintió y me miró con timidez. No sabía muy bien qué pensaba. No estaba segura de si quería persuadirme con la mirada o estaba intentando librarse del plan.

Sonreí, por si acaso eso ayudaba, pero en realidad quería decir: «Sí, yo también estoy intentando librarme de esto, pero no conoces muy bien a mi mejor amiga si crees que hay esperanza para alguno de los dos».

–Vamos a marchar durante el intermedio –dijo David por fin, mirando a Isabel.

–¡Me encanta ver marchar a la orquesta! –exclamó Isabel–. Es genial ver todas esas formaciones. ¿Cuánto tiempo tenéis que practicarlas?

–Meses.

–A Lily le encanta todo lo que tenga que ver con la música.

Por lo visto, yo seguía con la estrategia de «no hablar». Al final me encontré la voz.

–Cierto.

David sonrió.

–La música y la química uniendo a las personas.

Me ruboricé por alguna razón. «La música y la química.» ¿Por qué había dicho eso?

Pensé en la página de «sospechosos», al final de mi cuaderno. Hasta el momento, había apuntado dos posibilidades. Una era un chico llamado George, de mi clase de Redacción, que la mañana anterior no había dejado de hablar del divorcio de sus padres y de que iba a escribir una canción sobre ello. Cuando lo oí decir eso, el corazón me dio un vuelco. George no era guapo, pero parecía inteligente y estaba dispuesta a tenerlo en cuenta. El otro sospechoso era Travis, de la clase de Educación Física, al que había oído decirle a su amigo que la psicología inversa funcionaba muy bien con los profesores. El chico que me escribía las cartas había dicho algo sobre la psicología inversa. Supongo que me estaba agarrando a un clavo ardiendo.

No obstante, sentada en aquel momento en la biblioteca, me pregunté si podía añadir un tercer nombre a la lista de «sospechosos»: David.

CAPÍTULO 17

«Por fin», pensé al sentarme en mi sitio en Química el jueves. No pude escuchar al señor Ortega durante los cinco minutos de rigor antes de leer. Desdoblé la nota inmediatamente.

No me había dado cuenta de que ayer teníamos laboratorio. Me sorprendió. Igual debería empezar a prestar más atención en clase. La culpa es tuya por distraerme. El problema es que me haces tener ganas de ir a clase de Química o algo así. ¿En qué mundo de locos tiene uno ganas de ir a Química? ¿Puedes dejar de ser tan divertida? Creo que eso me ayudaría. ¿Has empezado con nuestra primera canción? Abandonado. Es difícil distinguir si alguien está de broma o no en una carta. ¿De verdad compones canciones?

La última frase me hizo detenerme un momento. Yo quería ser compositora, pero en realidad no lo era. Ni siquiera había escrito nunca una canción entera; tenía trozos de letras y melodías incompletas, pero nada terminado. Me deshice de aquel pensamiento y continué leyendo.

Si es así, estoy impresionado. Si no, tal vez deberías hacerlo. Parece que te apasiona la música y se te dan bien las palabras. A veces me gustaría que algo real me apasionara. Algo en lo que supiera que podría tener éxito. Ahora mismo, todos mis sueños están un poquito fuera de mi alcance. Oh, no. El señor Ortega quiere que rellenemos una ficha con nuestro compañero de al lado. Tengo que irme.

Sonreí. Levanté la vista y vi que el señor Ortega estaba escribiendo alguna fórmula infinita en la pizarra. Inmediatamente, saqué un folio nuevo y escribí:

¿Tú te crees que componer canciones es un sueño realista? Era broma, ¿no? Como has dicho, es difícil saberlo en una carta. Pero sí, me apasiona. Ahora, si pudiera componer una canción completa, a lo mejor sí podría decir que soy compositora. De momento, mis sueños son igual de improbables que los tuyos. Y seguramente sigan siéndolo hasta que me vaya de casa. Allí es imposible componer.

Bueno, ¿y cuál es ese sueño que dices que está fuera de tu alcance? ¿Algo que tu vida doméstica te impide realizar, como me pasa a mí? ¿Cómo están las cosas en casa? ¿Ha mejorado algo con tu madre o con tu padre? Has dicho que tu padre se fue y que hace tiempo que no lo ves, pero has hablado con él, ¿no?

Vaya, ahora el señor Ortega nos está pidiendo a NOSOTROS que rellenemos las fichas. Yo también me voy.

* * *

Veinticuatro eran muchas horas en las que pensar cómo respondería mi amigo por correspondencia a mis preguntas. Me sorprendí preocupándome por él durante el resto del día y de la noche, preguntándome cuáles serían esos sueños inalcanzables en los que sentía que no podía creer.

Al día siguiente, su respuesta fue:

Mi padre me llama una vez al año, más o menos por mi cumpleaños. Creo que se ha olvidado de la fecha exacta. El primer par de años fue duro, pero ahora ya me hace un poco de gracia. Hago apuestas conmigo mismo sobre cuánto va a conseguir acercarse a la fecha real. El récord hasta ahora es de dos días. No está mal. El año pasado me comporté como un capullo con él. Me sentí culpable y luego me sentí culpable por sentirme culpable. Si es que eso tiene algún sentido. Lo considero ya un caso perdido. Ahora solo es alguien que antes estaba en mi vida. Y me paga la manutención, lo cual dice mucho de él, ¿no? A lo mejor eso lo hace sentirse mejor consigo mismo. A mí me hizo sentir bien cuando mi madre me dejó comprarme un coche con parte del dinero. El

efecto secundario que lamento de haber tomado esa decisión es que ahora, cada vez que conduzco, me acuerdo de él.

Y ya he lloriqueado bastante en esta carta. Vas a dejar de escribirme si lo único que hago es quejarme. ¿Y dónde estaré, entonces? ¿Escuchando al señor Ortega sin poder escapar? ¿Qué tal tú? Creo que necesito algo más de lloriqueo por tu parte.

Miré la carta con el ceño fruncido. Me dolía el corazón. ¿Su padre se había olvidado de la fecha exacta de su cumpleaños? ¿Qué clase de padre hacía eso? El que se muda a cinco estados de distancia y nunca viene a verte.

Había algo en la forma de escribir de mi amigo por correspondencia que hacía que abrirse con él fuera fácil. Me sorprendí haciendo eso mismo al contestar:

¿Quejarme? Mis quejas parecen poca cosa comparadas con lo que tienes que aguantar tú. Y, de nuevo, no tengo palabras sabias que ofrecerte. ¿Ánimo? Mantén la cabeza alta. ¿Qué otros lemas hay que sean cursis y que no ayuden en nada?

Mi principal queja sobre la vida es que no tengo nada de tiempo para mí misma. Es como si mi familia dirigiera cada segundo de mi vida: cuándo salgo, cuándo como, cuándo pienso. Vivo una vida colectiva. Todo el mundo a mi alrededor decide mi destino, y a veces siento que solo me estoy dejando llevar.

Ya veo lo que querías decir con lo del cupo máximo de quejas por carta. Siento que yo ya he llenado el mío. Necesito escribir algo más ligero. Hoy es viernes. Eso es bueno, ¿no? Aunque, para cuando leas esto, ya será lunes, y los lunes son un asco. Así que esta no es para nada una forma feliz de terminar una carta. ¿Qué te parece el hecho de que solo quedan dos semanas de clase para Acción de Gracias y que luego tendremos una semana de vacaciones? Eso sí que es un pensamiento feliz, ¿o no? No tengo muy claro si preferiría estar en casa o en clase si fuera tú. Lo siento, ahí no he tenido mucho tacto. Esto no se me está dando muy bien. Música. Es la lengua universal, una en la que normalmente no meto la pata. Tienes que escuchar un grupo que se llama Dead's the New Alive. Novena canción de su nuevo álbum. Te ayudará. Al menos, durante tres minutos y cuarenta y cuatro segundos.

Doblé la nota y me sentí un poco deprimida cuando la puse en su sitio. Los viernes eran lo peor. Debía esperar todo el fin de semana para recibir una respuesta. ¿De verdad tenía ganas ya de que llegara el lunes? Estaba siendo masoquista. Debería estar emocionada por el partido de fútbol de aquella noche, ese al que mi madre había dicho que podía ir. David. Sí, podría emocionarme ver a David. Eso haría feliz a Isabel. Y a lo mejor descubriría más pistas para decidir si su nombre debía permanecer en la lista de «sospechosos» o no.

CAPÍTULO 18

Aquella noche fue como a mí me gustaban las noches: hacía bastante fresco como para llevar una chaqueta, pero no tanto como para que no pudiera ser una fina. Eso sí, ojalá no fuéramos a ir a un estadio lleno de fans gritones. Ver un partido de fútbol no era precisamente mi actividad favorita.

Gabriel e Isabel iban del brazo unos pasos por delante y hablaban tan bajo que no podía oír nada. Me pregunté si estarían maquinando lo que íbamos a hacer después del partido para que, según ellos esperaban, David y yo nos enamorásemos locamente.

Isabel se dio cuenta de que me había quedado atrás, aflojó el paso y me agarró del brazo con su mano libre.

–Va a ser genial –dijo cuando llegamos a las taquillas.

–Supongo –dije yo.

Pagamos y entramos subiendo la escalera del estadio. Algunos de los chavales iban engalanados con pintura y pancartas. Me alegré de que Isabel no hubiera insistido en que lo hiciéramos nosotros también. Cuando alcanzamos la parte de arriba, el ruido que me había llegado amortiguado mientras subíamos me golpeó como una fuerza que vivía y respiraba.

–Ahí está la orquesta –dijo Isabel.

Gabriel me miró como si yo tuviera que responder algo.

–Qué sombreros más chulos –fue lo único que se me ocurrió.

* * *

Quedaban cinco minutos para el intermedio cuando Gabriel dijo:

–Deberíamos comprar algo de comer antes de que salga David.

–Id vosotros, que yo estoy bien. –Adoraba a Isabel y a Gabriel, pero necesitaba un descanso de la sobredosis de afecto de la que estaban haciendo gala.

–¿Seguro?

–Totalmente.

Se acercaron a los vendedores de comida. Yo me recosté en el asiento y busqué letras de canciones en las cosas que me rodeaban. «Luces en la oscuridad. Espero el final. Oculto mis emociones. Flirtea un poco más.»

Esa última frase, por desgracia, la había inspirado Cade. Resultó que lo vi charlando con una chica. Cuando se dio cuenta de que estaba mirándolo, me devolvió la mirada y me guiñó un ojo. Uf. Me levanté, decidí que al final sí que quería beber algo y giré hacia el pasillo para alcanzar a Isabel. Casi me empotré contra el pecho de alguien. Aun con todo el ruido de la multitud, estaba tan cerca de él que podía oír el ritmo que salía de los auriculares de Lucas.

Tiró del cable y se los quitó.

–Perdona... Eres Lily, ¿no?

Su presencia me dejó anonadada y muda. Aunque, a decir verdad, parecía que me pasaba siempre. Pero ¿qué hacía en un partido de fútbol? No lo conocía muy bien, pero sabía que no era su estilo.

Intenté contestar, pensar algo ingenioso... o solo... algo que decir, pero tenía la mente en blanco. Conseguí cerrar la boca. Parecía haberla tenido abierta durante un segundo de más.

–¿Estás bien? –preguntó Lucas–. ¿Te he hecho daño?

Negué con la cabeza. Tenía los auriculares colgando de los hombros y estuve tentada de agarrar uno y llevármelo a la oreja para saber por fin qué música estaba escuchando siempre, pero, por fortuna, me contuve. Ya estaba quedando bastante como una loca. «Rápido, cerebro, piensa algo ingenioso que decir.» Mis pensamientos revoloteaban y no podía alcanzarlos.

Lucas sonrió. Una sonrisa perfecta, preciosa y encantadora. Toda la tensión que me aprisionaba los pensamientos se aflojó y abandonó mi cuerpo. Iba a hablar. Iba a decir algo ingenioso y divertido. Por fin. Respiré hondo y abrí la boca.

–Lucas. –Cade apareció a su lado–. ¿Te apetece participar en una apuesta amistosa?

–¿Qué? –La cara de enfado que puso Lucas al mirar a Cade hizo que me gustara aún más.

–Créeme, será mejor que cualquier cosa que pase ahí abajo. –Señaló el campo con la cabeza y, por alguna razón, eso funcionó. Lucas lo siguió, se alejó y me dejó saludándolo levemente con la mano.

Cade acababa de arrebatarme mi primera oportunidad real de hablar con Lucas. Otra razón más para odiarlo.

–¿Nachos? –preguntó Gabriel con una bandeja de patatas con queso derretido en la mano. ¿De dónde había salido?

Isabel me tiró del brazo. Llevaba una bebida en la mano libre.

–Te estás perdiendo el espectáculo.

Ah. Sí. Volví a sentarme e intenté localizar a David en el campo, pero estuve enfadada todo el rato pensando en Cade y en Lucas.

* * *

Cuando terminó el partido, Isabel, David, Gabriel y yo fuimos a un parque que estaba cerca de la casa de Isabel. Gabriel empujaba a Isabel en un columpio, y David y yo estábamos sentados en un merendero.

Agarré el sombrero de la orquesta que David había dejado a su lado. Tenía una pluma negra larga en la parte superior.

–¿Para qué es la pluma?

–Nos hace parecer más altos. –Todavía llevaba el uniforme completo de la orquesta y parecía incómodo y sudoroso, pero estaba mono.

–¿En serio? Entonces puede que tenga que llevar uno de estos todo el rato. –Me lo puse en la cabeza.

–Creo que en realidad tiene algo que ver con la historia de las bandas de música –explicó David–. Las bandas de música se usaban en las guerras. Los músicos llevaban unos uniformes especiales para que el ejército contrario pudiera identificarlos y no les disparase o algo por el estilo.

–Guay. Me alegro de que no te vayan a disparar en una guerra.

David sonrió y sacudió la cabeza.

–Ahora solo es una tradición.

Eché la cabeza hacia atrás para poder ver por debajo del ala del sombrero.

–¿Te gusta estar en una banda de música?

–A veces. Da mucho trabajo.

–Hoy lo habéis hecho muy bien, aunque, en realidad, a ti no te veía. –No estaba segura de que eso hubiera sonado bien–. O sea, que se te da bien... creo. Supongo que lo que quiero decir es que nadie destacó, que es lo que queréis, ¿no? Se supone que tiene que ser todo... uniforme. –¿Cómo es que delante de Lucas no me salían las palabras y con David no tenía filtro?

–Sí. Gracias.

David no era muy hablador, y yo aún no sabía si era porque era tímido o porque en realidad no quería estar allí. Me quité el sombrero, le di un par de

vueltas con las manos y lo dejé sobre la mesa.

–Bueno, no sé nada sobre ti –le solté–. Solo que tocas el clarinete y que odias la química. ¿Qué más hay que saber sobre David...? –Me callé un momento–. No sé ni cuál es tu apellido.

–Feldman.

–Bien, David Feldman, cuéntame un poco tu vida.

–¿Mi vida?

–Pues eso, tu vida en diez frases o menos.

–Bueno, pues... Mis padres están divorciados. Tengo un hermano y una hermana mucho mayores que yo. Los dos están casados y se han ido de casa. Mis libros favoritos son los de Harry Potter.

–Eso cuenta como siete.

–¿En serio?

–No, pero es genial. A mí también me encanta Harry Potter.

David sonrió y decidí que lo que le pasaba es que era tímido.

–Sigue –insistí.

–No me he puesto malo desde los doce años y...

–Espera, eso requiere un poco de explicación. ¿Tienes un supersistema inmune o no has vomitado nunca en todo este tiempo?

–No he pillado un resfriado ni una gripe desde los doce años.

–¿Por qué?

Se encogió de hombros.

–Tomo mucha vitamina C.

–Mándame tu dieta y tus hábitos alimenticios en un mensaje, por favor. – Era broma, pero sacó su móvil como si no lo fuera y me lo dio. Asumí que quería que le escribiera mi número, de modo que así lo hice.

–¿Ya son diez?

–Si has terminado, sí, pero creo que te he interrumpido mientras estabas diciendo una. –Sonreí.

–Solo iba a decir que no he faltado a clase ni un día desde entonces. Uno de los inconvenientes de no ponerse malo nunca.

–Cierto. Además, ¿cómo puedes apreciar la salud si siempre estás sano? Quizá deberías intentar ponerte malo adrede. Ve por ahí besando a gente que esté enferma o algo así.

¿Por qué había dicho el verbo «besar»? Sus mejillas se sonrojaron. ¿Es que nunca había besado? No es que yo tuviera mucha experiencia en el ámbito de los besos, pero ya lo había hecho. Y al menos podía decir la palabra sin ruborizarme.

–¿Y tú? –preguntó.

–Ahora mismo no estoy enferma, así que no puedo ayudarte.

–No... no, me refería a que me cuentes tu vida –tartamudeó.

Parpadeé. Vale, a lo mejor sí me estaba sonrojando un poco.

–Ah. Claro. Tú has estado en mi casa, así que ya te sabrás unas ocho de mis frases. Pero, a ver, aparte de lo de la guitarra, los hermanos y la casa de locos, me gusta coser. Voy de compras a las tiendas de segunda mano y no tengo ningún problema en comprar zapatos usados. Hablo demasiado conmigo misma y en el instituto me llaman...

–Imán –terminó por mí–. ¿Por qué?

–Es una larga historia. Básicamente, el capullo del instituto, que por alguna razón es popular, me bautizó con ese mote porque se me da fatal la Educación Física (mira, otra frase: se me da fatal la Educación Física), y así se quedó.

–¿Quién es el capullo del instituto?

–¿No lo sabes? ¿En serio la gente no lo sabe? Vamos al mismo instituto. –Apreté los dientes al recordar cómo Cade se había llevado a Lucas–. De

hecho, puede que te haya advertido que no te acerques a mí. –Parecía que Cade estaba desempeñando una misión en solitario para ello.

David negó con la cabeza.

–¿Quién crees que puede ser el capullo del instituto? –Levanté de nuevo su sombrero cuando parecía que no iba a responder a la pregunta—. ¿Me estás diciendo que vas por ahí con esto puesto y nunca se han metido contigo?

Se rio.

–¿Te estás burlando de mí?

–No. Oye, yo llevaría este sombrero a clase si pegara con mi ropa.

–Sí, ¿verdad? Pero tú estás muy segura de ti misma.

Tomé aire, sorprendida, y tosí.

–Tiene gracia.

–No parece que te importe lo que los demás piensen de ti –dijo David con gesto serio.

–Que lleve ropa rara no quiere decir que no me preocupe que la gente me juzgue por ello. Pero bueno, deja de intentar evitar la pregunta. ¿Quién es el mayor capullo?

–Pete Wise.

–¿El tipo ese enorme de waterpolo?

–Sí.

Gruñí.

–Vale, pues el segundo mayor capullo.

–Lyle Penner.

–¿En serio? ¿Lyle es tu número dos? ¿Y el tercero?

David abrió mucho los ojos.

–¿Cuánta gente te crees que se mete conmigo?

Me reí.

–No lo sé, pensaba que al menos estaríamos empatados, pero todavía no has nombrado al peor de los ofensores. Se mete con todo el mundo. Si vas por ahí con este sombrero, te ha puesto un mote con total seguridad.

–Solo lo llevo a los partidos, Lily –señaló David.

Me dio la sensación de que ya había hecho demasiados chistes con el sombrero.

–Vale, no importa. Además, se supone que estoy fingiendo que no existe.

–¿Me vas a dejar con el suspense?

Aún no podía creer que no lo hubiera adivinado.

–Cade Jennings.

–¿Cade? ¿Él te puso el mote de Imán?

–Sí. Es un imbécil.

David pareció sopesar ese calificativo y luego dijo:

–Supongo que entiendo cómo ha terminado siendo así. Es un poco vanidoso.

–¿Un poco?

–Y grita mucho y se pasa de la raya, pero nunca se ha portado mal conmigo, como Pete o Lyle.

–Bueno, pues conmigo sí se ha portado mal –dije–. Y siempre cuando hay público. Es de la peor clase de capullos: de los que fingen que te están haciendo un favor cuando te meten en una broma graciosa, pero en realidad te están haciendo a ti el objeto de dicha broma.

David asintió y prácticamente pude ver cómo recorrían su cabeza los recuerdos de todas las veces que Cade le había hecho eso a tanta gente.

Desde el otro lado del parque, donde podía haber jurado que Isabel y Gabriel estaban demasiado ocupados entre ellos como para preocuparse por nosotros, Isabel gritó:

–¡Deja de hablar de Cade, Lily!

–¡Métete en tus asuntos, Isabel! –le grité con una risotada.

–Veo que no es la primera vez que tienes esta conversación –dijo David.

No, no lo era. Y la verdad es que no debería haber estado pensando tanto en ello.

–¿Echamos una carrera hasta los toboganes? –le pregunté.

Él se miró el uniforme.

–Puede que no sea una carrera justa. Este material se convierte en una superficie superdeslizante.

Me reí.

–Estoy dispuesta a probar suerte.

Él sonrió y echó a correr hacia los toboganes, donde, después de unas carreras, me olvidé de verdad de Cade y de cómo me había puesto en ridículo delante de Lucas durante el partido. De todas maneras, a lo mejor un chico con el que no podía hablar no me convenía.

Cuando nos fuimos del parque, Isabel me dejó en casa a mí primero y me pregunté si David me acompañaría hasta la puerta. Me lo había pasado muy bien aquella noche. Sin embargo, David ni siquiera hizo amago de alcanzar la manilla de la puerta cuando se paró el coche. Me bajé y recorrí el camino yo sola.

CAPÍTULO 19

La siguiente fue una semana de notas increíbles en Química y yo llevaba la cuenta de los días con ellas.

La suya del lunes:

Yo escucho a Dead's the New Alive una vez a la semana. No me puedo creer que conozcas ese grupo. Hablamos el mismo idioma musical. ¿Te parece raro? ¿Cuántas personas conoces que hablen el mismo idioma musical que tú? Yo puede que conozca a otra más (eso suena como una canción, ¿no? «Hablas mi idioma musical, nena.» Tienes que admitir que sería una letra genial). Vale, pues como tú me diste una estrategia musical para sobrellevar mis problemas paterno-filiales, aquí viene mi cura para tu familia despótica: la undécima canción de Serendipity. Te hará sentir que estás completamente sola en medio de un bosque.

Contestando a tu otra pregunta: soy provocaciones de Acción de Gracias. Por muy patética que haya hecho parecer mi vida doméstica, unas vacaciones son unas vacaciones. Además, no paro mucho por casa. Salgo con amigos, me voy con el coche, paseo, leo. Eso sí, el día de Acción de Gracias, cuando me obligan a quedarme en casa para celebrarlo, es la risa. Mi madre y mi padrastro piden un montón de comida «casera», vienen mis abuelos y también sus amigos, alguien acaba gritando (normalmente mi padrastro), mi madre acaba bebiendo demasiado vino, y todos acabamos deseando haber fingido que era un día como cualquier otro. ¿Qué tal el tuyo? Espero que tus tradiciones de Acción de Gracias sean mejores que las mías.

Mi respuesta:

¿Estar locos se considera una tradición? Porque esa es la nuestra. Vale, en realidad sí tenemos una: la doble degustación a ciegas. Primero, mi madre y mi padre hacen pasteles de calabaza. Dos diferentes, ojo, pero los dos de calabaza. Luego, los cortan en otra habitación y los ponen en platos distintos. Uno para cada uno. Luego nos obligan (obligan) a comérmolos con los ojos cerrados. Y luego tenemos que decir cuál es mejor. No podemos decir que los dos sabían igual o que estaban igual de buenos. No. Tenemos que ELEGIR bando. Es bastante aborrecible, así que mis hermanos y yo tenemos nuestra propia competicioncilla: siempre intentamos que haya un empate para que alguien tenga que ir y romperlo. Pero bueno, el progenitor que gana farda de ello durante todo el año. Mis padres son raros.

Aparte de eso, hay mucho ruido, es un caos y resulta agotador, pero la comida es casera de verdad y nos reímos un montón. Así que creo que gano yo, pero... ánimo.

Estoy convencida de que hablamos el mismo idioma musical de verdad porque la undécima canción de Serendipity está en mi lista de favoritas (y lo de tu canción sobre nosotros hablando el mismo idioma musical... Como que no). Me pregunto qué porcentaje coincidiría si comparásemos nuestras listas de reproducción. Me gustaría que no fuese el cien por cien, porque entonces serían demasiado similares. Tienes que aportar algo nuevo a la conversación para ayudarme a equilibrar mis gustos musicales o no aprenderé nada. Aunque me has enseñado a The Crooked Brookes, así que creo de momento estamos a salvo.

La suya del martes:

Menos mal que estamos a salvo. No sabía yo que una conversación sobre listas de música podía ponernos en peligro. Necesito enseñarte otra banda para que sigamos a salvo durante un par de semanas más. A lo mejor debería ser al revés. Yo ya he hecho mi parte. ¿Dónde está mi nuevo grupo? Me vendría muy bien. He tenido un par de días malos.

¿Alguna vez has intentado cumplir las expectativas por todos los medios y has fracasado siempre? Eso me ha quedado muy vago y críptico, ¿no? Bueno, pues va por mi padrastro. Es un capullo muy exigente, y siento que, si pudiera hacer o ser lo que él espera de mí, sería más amable con mi madre, o más feliz o algo. Lleva seis años en mi vida y todavía no tengo muy claro qué quiere de mí. Me pide que haga cosas y yo hago

exactamente lo que él dice, pero nunca está satisfecho. Ya sé que has dicho que no se dan bien los consejos de sabios, pero ¿qué harías tú en esta situación?

La mía del martes:

No lo sé. Yo siempre estoy intentando agradar a la gente, así que estaría fatal en esa situación. Parece que tú también. Supongo que, si estuviera intentándolo por todos los medios, no podría hacer mucho más. Pero parece que es su problema, no el tuyo. Si no sabes qué espera de ti, es porque sus expectativas son indeterminadas y, por tanto, imposibles de cumplir. ¿Has intentado hablarlo con él? ¿Preguntarle?

¿Necesitas un grupo nuevo que te ayude a sobrellevarlo? ¿Qué te parece Better Than Yesterday? ¿Volvemos a estar sincronizados o a estos no los conoces?

La suya del miércoles:

Los conozco, y me encantan, por supuesto. Aunque lo de estar sincronizados me recuerda a N'Sync, y espero que no estén en tu lista o habremos terminado.

Preguntar a mi padrastro. He aquí una solución obvia que todavía no he probado. Es que pensaba que, si seguía corriendo tan rápido como él me dijera durante tanto tiempo como él me dijera, al final lo alcanzaría. Pero bueno, no sé por qué me importa tanto lo que piense. Como ya he dicho, se comporta como un capullo con mi madre y conmigo. No debería preocuparme, especialmente porque eso no me ayuda en nada, pero, no sé por qué, su aprobación sigue siendo importante para mí. Aunque me gusta tu consejo. Debería intentarlo. ¿A ti te funciona lo de hablar con tus padres? ¿Eres una encantadora de padres? (Más letras: Es una encantadora de padres y por eso domina el mundo.) Me vendrían bien algunos trucos.

La mía del miércoles:

Oye, yo solo doy los consejos, no los sigo. Trucos para hablar con padres... A ver... Puedes escribir una carta para que tengan que escucharte sin interrumpir. No sé. Yo hablo mucho con mis padres. Por ejemplo: «¿Me pasas la mantequilla?», «¿Puedo quedarme hoy en casa y no ir a clase?», «¿Puedo llevarme el coche?».

No, en serio, a veces hablo con mi madre de cosas importantes. Y eso ayuda la mitad de las veces. La otra mitad, la vida es tan loca que no puede escucharme. No soy la

única que no tiene espacio en mi casa.

Bueno, vale ya de hablar de los problemas menores que tenemos en casa y volvamos a lo que de verdad nos ocupa: encontrar un grupo buenísimo del que nunca hayas oído hablar. ¡Ah! ¿Qué te parecen End Game o Flight and Fight? Y, por favor, deja de inventarte letras. Me estás matando.

Jueves (él):

¿Flight and Fight? Nunca los había escuchado. Por fin has encontrado uno. ¡Eso significa que nuestras listas de reproducción no son idénticas! Estamos a salvo. Sé que en el fondo te gustan mis letras. ¿Cómo pueden no gustarte? Son maravillosas. Y, además, no veo que tú aportes ninguna. ¿No tienes nada que compartir? Has dicho que has escrito trozos de canciones. Deberías incluir alguna letra en una carta para que pueda leerla.

Y lo de escribir una carta para mi padrastro es una idea muy buena. Una que puede que sea capaz de hacer. A ver, yo conozco a una chica que solo se lee las cartas por encima, pero él puede que se la lea entera, no como ella.

Jueves (yo):

Espero que no te estés refiriendo a mí cuando dices que conoces a una chica que se lee las cartas por encima. Me leo por lo menos la mitad, y eso difiere mucho de leerlas por encima. He medido el paso de los días de esta semana en cartas, así que creo que has infravalorado su importancia en mi vida. Bueno, al menos, su importancia en clase de Química. Y ahora que ya es casi viernes, me estoy temiendo el fin de semana sin ellas. No, pero en serio (¿lo digo mucho?), creo que escribirle una carta a tu padrastro es muy buena idea. Deberías intentarlo, y si funciona, dímelo. A lo mejor se convierte en la forma de comunicarme con mis padres a la que recurra a partir de ahora. Hablar está muy sobrevalorado, por lo que veo.

Y no voy a meter la letra de ninguna canción en una carta, de ninguna manera. No comparto mis canciones a medias con nadie. Cuando escriba la canción perfecta, la compartiré.

Vienes, él:

¿No compartes tus canciones con nadie? ¿Nadie ha leído ninguna de tus letras o qué? ¿Cómo se supone que vamos a componer canciones si no quieres que nadie las escuche? Esto lo tenemos que trabajar.

Me han encantado Flight and Fight, aunque solo tienen tres canciones. A no ser que me esté perdiendo algo. Dime que tienen más canciones escondidas en algún sitio. Y estoy contigo en lo de medir la semana en cartas y en lo de la sequía de dos días que nos vamos a encontrar. Ojalá hubiera alguna forma de transportar las cartas más rápidamente a través de algún tipo de aparato electrónico que encriptase los mensajes y los enviase por el aire, pero eso sería una locura.

La mía del viernes:

¿Mandar cartas por el cielo? ¿Como cuando los aviones llevan mensajes en la cola? Pensaba que eso solo se hacía para anunciar las liquidaciones por cierre de las tiendas, pero a lo mejor nuestras cartas también quedan bien allí arriba. Me pregunto cuánto cobrarán por palabra.

No, no hay canciones escondidas de Flight and Fight, por desgracia. Quizá podrías ofrecerles alguna de tus letras para su próxima canción. Con lo geniales que son, seguro que aceptan. Debería dejar de pincharte con eso, teniendo en cuenta que yo no voy a enseñarte ninguna de las mías a ti... ni a nadie. Tienes razón, es algo que tengo que trabajar. La confianza en mí misma. Se me da muy mal. Me da mucha vergüenza. Especialmente con cosas que significan mucho para mí. Siento que, si me aferro a ellas y nunca las comparto, no le doy a nadie la oportunidad de juzgarme.

CAPÍTULO 20

Estaba sentada en la cama, estrangulándole el pescuezo a la guitarra y mirando fijamente la letra que por fin había podido escribir. Estaba intentando encontrar la melodía perfecta para ella:

*He hecho de la espera un arte.
Reconstruí mi corazón y uní sus dos partes
para poder resistir un día más.
Me dibujé una sonrisa torcida
y dejé mis lágrimas tendidas
porque sabía que volverías y no te irías jamás.
Pero mis brazos... están vacíos.
Y mi corazón... hecho pedazos.
Y mi alma... se retuerce.
Y la garganta... me duele.
Porque, al despertar, lo he comprobado:
Sé que me has abandonado.*

La canción no estaba terminada, pero me sentía satisfecha con la primera estrofa y el estribillo. Le di un golpecito al recorte de periódico en la pared.

–Ya estoy más cerca –le dije.

Ahora solo me faltaba tener agallas para dejar que alguien escuchara la canción. Poco a poco.

Una imagen se abrió paso por mi mente mientras escribía. La había inspirado el verso de la «sonrisa torcida». Lucas. La forma en que me miró en el partido de fútbol. Sabía que él no era quien me escribía las cartas (era de cuarto, así que no tenía Química) y, por tanto, la canción no hablaba de él. Sin embargo, su cara me estaba sirviendo de inspiración. Eso y las cartas. Por lo visto, mi amigo por correspondencia me traía suerte. Sus cartas me daban ganas de componer canciones y, a pesar de todas las interrupciones que se daban continuamente en mi casa, si releía alguna de sus cartas, volvía a concentrarme. Era increíble. Hacía que el tiempo pasara volando. Ni siquiera me importó que Isabel no estuviera en la ciudad ni haberme quedado en casa todo el fin de semana. Pude quedarme en mi burbujita escribiendo y soñando despierta.

* * *

¿Me daría alguien una patada si me pusiera a canturrear por los pasillos del instituto un lunes? Los lunes no se canturreaba. Seguramente, lo mejor sería mantener la canción dentro de mi cabeza. Mi corazón también cantaba y me rebotaba por el pecho mientras me dirigía hacia la clase de Química. Cuando entré en el aula, me golpeó una ola de ruido. La gente estaba charlando, mandando mensajes con el móvil y riéndose. Mi mirada viajó hasta la parte delantera de la clase y vi a un profesor sustituto. Luego miré mi asiento. Sasha, que normalmente se sentaba en la segunda fila, se había sentado junto a Lauren.

El corazón me dio un vuelco.

Me recordé que teníamos una tabla donde aparecían nuestros sitios asignados y que el sustituto tendría que consultarla para pasar lista, así que fui a reclamar mi sitio. Sasha y Lauren estaban en medio de una conversación que no pude evitar oír.

–Lo he intentado –dijo Sasha–. No funcionó. ¿Qué más cosas le gustan? Te juro que nunca había tenido que trabajar tanto para que un chico me pida salir.

–¿Por qué no se lo pides tú? –le sugirió Lauren.

–También lo he intentado. Y se rio. Como si fuera una broma.

¿Estaban hablando de Cade? A lo mejor Isabel tenía razón. A lo mejor no estaban saliendo todavía.

Me acerqué a las chicas y carraspeé. Le ofrecí a Sasha una sonrisa cuando levantó la vista hacia mí.

–Ah, hola, Lily –dijo Sasha–. Vamos a cambiarnos de sitio. Mi mesa es la cuarta de la segunda fila.

–Estoy segura de que el señor Ortega le ha dejado la tabla al sustituto.

Ella se encogió de hombros.

–Estamos las dos aquí, así que da igual. No es que vaya a saber quién es quién.

–Ya. –«Yo solo quiero leer mi carta.» Pude ver las palabras escritas con lápiz en la mesa, tan evidentes como si fueran luces de neón. La flecha que señalaba el borde, que básicamente le estaba diciendo que había algo ahí esperando, era más obvia que nunca. ¿Por qué no la había borrado?

Me miró con los ojos muy abiertos.

–¿Qué?

Si decía algo, seguro que descubriría la nota.

–Nada.

Me di la vuelta y me obligué a sentarme en la segunda fila, pensando en lo perfectos que eran Sasha y Cade el uno para el otro.

Volví a mirar por encima de mi hombro. Quizá no tuviera que preocuparme de que encontrase la carta. Era posible que mi amigo por

correspondencia también se hubiera sentado en otro sitio aquel día. Quizá no hubiera ninguna carta.

O quizá Sasha estuviera a punto de encontrarla, porque estaba mirando la mesa y ladeaba la cabeza mientras leía las palabras ahí escritas. El corazón me iba a mil. Lauren le susurró algo y Sasha se rio, desviando su atención. Suspiré aliviada.

Miré por encima de mi hombro tantas veces durante la clase que al final Sasha me hizo saber exactamente cómo se sentía haciéndome un gesto grosero con la mano. No era mi intención que se diera cuenta.

Hacia el final de la clase, la puerta se abrió con un chirrido y entró Cade Jennings. Genial.

–¿Puedo ayudarte en algo? –preguntó el sustituto.

Cade repasó la habitación con la mirada y la posó en Sasha. Ella sonrió y él le guiñó un ojo. Parecía que no tenía de qué preocuparse, después de todo. Cade dio unos pasos hacia delante y se dirigió al sustituto:

–Sí, vengo a informarle de que su clase debe terminar hoy diez minutos antes para que a los alumnos les dé tiempo a llegar a la reunión.

–¿En serio?

Mientras Cade gastaba no sé qué broma que él y sus amigos habían decidido que hacía gracia, pensé que quizá debería escribir a mi amigo por correspondencia, aunque yo no hubiera leído su carta todavía. No tenía por qué ser siempre yo la que contestaba. Le escribiría una carta y luego la dejaría en su sitio al salir.

Saqué un papel mientras el sustituto consultaba sus notas encima de la mesa, intentando confirmar lo que había dicho Cade.

Casi no llego a tiempo. Aún no he leído tu carta. Es una historia muy larga.

¿Recuerdas que hace un tiempo intenté dejarte una nota feliz y acabé hablando de los lunes y del asco que daban... consiguiendo todo lo contrario a lo que pretendía? Bueno,

pues retiro el calificativo que les dediqué a los pobres e inocentes lunes. Esta mañana me he sorprendido a mí misma canturreando de camino a clase. ¿Es ilegal canturrear un lunes? Tú tienes la culpa.

–No veo nada sobre eso –dijo el sustituto.

–Por eso he venido yo a decírselo –contestó Cade con su enorme sonrisa.

–¿Tu nombre?

–Jack Ryan.

Lo dijo en un tono casual, no con la voz grave que indicaría que se estaba burlando del profesor. Sasha soltó una risotada por la nariz detrás de mí y fue entonces cuando el profesor arrugó el ceño.

–Espera aquí un momento, joven.

–Lo haría –dijo Cade–, pero estoy en una misión secreta. –Se dirigió hacia la puerta y saludó a Sasha con la mano al salir. Ella se rio y él se marchó.

El sustituto paseó la mirada por la clase, molesto.

–¿Quién está dispuesto a decirme su nombre?

Nadie dijo ni una palabra. Yo me sentí muy tentada de hacerlo. Quería que Cade sufriera las consecuencias de vez en cuando, pero me quedé callada como el resto de la clase.

Sonó el timbre e hice una mueca. Rápidamente, anoté una despedida en el trozo de papel.

Perdona que sea tan breve. He empezado tarde. Mañana lo compenso.

Doblé la carta y guardé despacio mis cosas. Solo tenía que esperar a que se fuera todo el mundo. Me levanté y casi me di contra la barbilla de Sasha.

–¿Tienes algún problema conmigo? –me soltó.

Retrocedí un paso. Debería haber sabido que pasarme la primera mitad de la clase mirándola no iba a saldarse solo con un gesto grosero.

–No. Ninguno.

–¿Te ha molestado que te haya robado el sitio? No creerás que Lauren es amiga tuya, ¿no?

Eso no me lo esperaba.

–No –contesté con brusquedad.

–Me alegro de que sepas cuál es tu lugar.

–¿Algún problema, chicas? –preguntó el sustituto.

La sonrisa de Sasha apareció por primera vez cuando intentó usarla con el profesor.

–No, solo estábamos hablando para quedar luego. Nos vemos. –Se volvió y sacó sus largas piernas y su pelo perfecto fuera de la clase.

–Tampoco querría teneros como amigas a ninguna de las dos –dije cuando ya era demasiado tarde.

–¿Cómo? –preguntó el sustituto.

–Nada. –Caminé hasta mi sitio habitual y me agaché, haciendo como que me ataba los cordones. Luego intercambié las notas.

Me detuve un momento para observar la mesa; los primeros mensajes que nos habíamos intercambiado. El sustituto estaba ocupado escribiendo en la pizarra, así que saqué un lápiz y borré con la goma rápidamente todo lo que pude.

Doblé rápidamente la primera esquina y me apreté la carta que había recuperado contra el pecho. Era muy agradable tener una distracción. El corazón seguía latiéndome como un loco por el encontronazo con Sasha y la apresurada sesión de limpieza. Desdoblé la carta.

Sí, deberías dejar de burlarte de mis letras. Yo creo que Flight and Fight recibirían con gusto mis sugerencias. Justo ahora me estaba preparando para escribir una canción sobre todas las cosas que odio de Química. Habría sido una canción muy muy buena. Vale, ya paro. A lo mejor. Pero solo si tú empiezas a escribirme alguna de tus letras. Quiero leerlas. Que no te dé vergüenza. Seguro que me encantan. Aunque lo entiendo...

Lo de aferrarte a las cosas importantes. A mí también me cuesta compartir cosas privadas... Excepto contigo, por alguna razón.

Estaba pensando en la tradición de Acción de Gracias sobre la que me hablaste hace unas cartas y en lo divertida que sonaba. Igual es solo que tengo antojo de pastel de calabaza. Igual es solo que tengo antojo de que mi vida familiar sea una locura. Parece que tenemos los problemas opuestos: mi familia me ignora y la tuya está demasiado presente. Quizá podríamos juntarlos a todos y así, de alguna manera, se equilibrarían unos a otros.

Quizá nos equilibraríamos nosotros...

La pared a mi espalda estaba desempeñando una labor magnífica ayudándome a guardar el equilibrio. Me temblaban las piernas. A lo mejor sí que nos equilibraríamos, mi amigo por correspondencia y yo. A lo mejor éramos perfectos el uno para el otro. Sonreí, volví a leer la carta y luego la puse cuidadosamente con las otras que guardaba en mi mochila.

Mi mente se quedó dos segundos en las nubes hasta que me di cuenta de que tendríamos que quedar para que pudiera pasar algo más. Yo no era la misma sobre el papel que en la vida real. O sea, era exactamente igual, solo que menos torpe. Recordé las dos veces en las que había quedado con David y lo horriblemente torpe que había sido. Quienquiera que fuese mi amigo por correspondencia, no querría tener nada que ver conmigo una vez que hubiese descubierto quién era yo. O quizá fuese una buena idea conocer a alguien primero por carta.

Aquello podía salir muy bien... o muy muy mal.

«Vale, cálmate, Lily.» No había propuesto que nos viéramos. Solo había dicho que era posible que nos equilibrásemos. Solo era una observación. Íbamos a seguir como estábamos. No pasaba nada. Nos iba bien. Las cartas eran perfectas.

O... podría hacer de tripas corazón, enfrentarme a mis miedos y quedar con él.

El móvil me vibró en el bolsillo. Era un mensaje de Isabel.

«¿Dónde estás? ¿Vamos a quedar hoy también en algún sitio?»

«Ya voy», contesté.

Los pasillos estaban vacíos cuando me apresuré a encontrarme con Isabel para comer, así que, cuando doblé la última esquina antes de llegar a la puerta, me detuve sorprendida al ver a una persona que estaba sola en el fondo. Lucas. Aquel día llevaba unos vaqueros oscuros y una camiseta. Tenía los auriculares puestos y estaba hojeando un libro de texto. El corazón me aporreaba las costillas mientras me obligaba a mí misma a avanzar. Se me notaría mucho si ahora lo evitaba.

A lo mejor debía decir algo. Podría empezar con algo ingenioso, como: «Estás escuchando música. Guay». Me reí un poco de mí misma. «Qué ingenio tienes, Lily.» No, podría pensar en algo que fuera ingenioso de verdad. Su camiseta. Tal vez fuera la camiseta de un grupo increíble (uno que, a ser posible, yo también escuchara), y así podría citarle un trozo de alguna letra o algo así.

Lo alcancé y miré su camiseta. En la parte delantera tenía el nombre de Metallica en un color azul desgastado. No me resultaba útil. Bajé la vista, decepcionada. Entonces me di cuenta de que tenía un libro de texto de Química en la mano. ¿Iba a Química? Pero si él era de último curso...

Mi cerebro me advirtió de que llevaba demasiado tiempo ahí plantada y en silencio. Levanté la mirada de golpe hacia la suya. Me estaba mirando y se había quitado los auriculares. ¿Cuándo lo había hecho?

–Hola –dije.

–Buenas.

–Estamos solos en el pasillo. –«¿Qué, cerebro? ¿Es eso lo que has decidido escupir? Gracias por nada.»

Sin embargo, cuando Lucas me dedicó una de sus medias sonrisas, decidí que no era el fin del mundo.

–Pues sí –dijo–. Bonitos zapatos.

Levanté el pie como si quisiera ver mis Dr. Martens más de cerca.

–Son de una tienda de segunda mano.

Él se tiró de la camiseta.

–Esto también.

–Genial. Vas a Química –dije.

–Por segunda vez. Una gozada.

–Tienes clase de Química...

El teléfono me volvió a vibrar en el bolsillo. Estaba segura de que era Isabel. Lucas debió de oírlo también, porque le había llamado la atención.

–Isabel me está esperando.

Él volvió a sonreír y asintió como si estuviera intentando escaquearme de la conversación. Ese no era mi propósito, pero sentí que debía seguir adelante con ello.

–Te... te veo por aquí –tartamudeé.

–Claro. –Volvió a ponerse los auriculares mientras me alejaba.

Sentía que todo mi cuerpo se elevaba. De verdad Lucas podía ser... No. No iba a dejar que mi cerebro se inventara un escenario improbable solo porque yo quería que fuera real. Pero... tal vez fuera real. Ahora podía añadir a Lucas a la lista de posibilidades, al menos. Fui a la última página de mi cuaderno y escribí su nombre con las letras grandes y marcadas. Al repasar todas las pistas, me parecía mucho más probable que cualquiera de los otros nombres que había escrito hasta entonces. El corazón me dio un vuelco en el pecho. Podía funcionar. Lo nuestro podía funcionar.

CAPÍTULO 21

A la mañana siguiente, me desperté sonriendo y no paré ni cuando llegué a clase. Estaba decidida a escribir una carta en Química proponiéndole a mi amigo por correspondencia que quedásemos en persona. Él parecía estar mandándome indirectas, y ahora yo también estaba preparada. Sería perfecto. Hasta le diría dónde podíamos quedar después de clase: junto a la sala de ensayo. Aquello sería un símbolo de lo que nos había unido en primer lugar: la música.

Suspiré con alegría al imaginarme a Lucas esperándome junto a la sala de ensayo. Luego seguí clasificando el correo en los buzones de los profesores en la oficina central. Aquella era una de mis obligaciones habituales como ayudante de oficina a cuarta hora; una bastante mecánica, lo cual me daba pie a soñar despierta. Aunque, en realidad, ¿qué no me daba pie a soñar despierta?

La señora Clark entró con una caja de cartón en la mano.

–Lily, necesito que le lleves esto al señor Ortega. Son las actividades de repaso que quería imprimir.

–¿Ahora?

Ella sonrió.

–No, durante la clase siguiente, que es cuando no estás. Claro que ahora.

–Pero el señor Ortega está en clase. La próxima es su hora libre. Tal vez debería llevárselas el próximo ayudante.

La señora Clark negó con la cabeza.

–Las necesita ahora mismo. Va a usarlas. Ahora mismo.

–Ah.

Me las puso en los brazos.

–Date prisa, por favor.

Me puse de pie. La caja me hizo perder el equilibrio momentáneamente. Estaba casi convencida de que mi amigo por correspondencia tenía Química a segunda hora. Aun así, sentí un arranque de nerviosismo.

Salí de la oficina, atravesé los pasillos y llegué al edificio C. Luego entré en la clase de Química y me quedé donde me encontraba, al fondo, sin querer dar un paso más hacia delante. Vi a Isabel en la primera fila. No era una buena zona estratégica para observar. Y, en la última fila, en mi sitio, había un chico escribiendo con la cabeza baja. A lo mejor solo estaba tomando apuntes. Estaba tomando apuntes.

El señor Ortega me hizo un gesto con la mano para que avanzara y señaló su mesa. Acudí rápidamente y dejé la caja encima.

–Gracias –dijo el profesor, y siguió dando clase.

Isabel me sonrió y me saludó con la mano. Intenté devolverle el gesto y eché a andar hacia la puerta. Entonces pude ver de frente al chico de la última fila. El pelo le caía por la cara mientras escribía a toda prisa en su papel. Lo hacía con mucho descaro. ¿Por qué no le llamaba la atención el señor Ortega? Porque solo está tomando apuntes, me dije. Apuntes de Química... muy intensos y... graciosos, por lo visto.

A mí se me daba bien fingir.

También podía fingir que no era Cade Jennings, aunque era igual de obvio que el hecho de que no estaba tomando apuntes.

Tuve que dejar de fingir cuando lo vi doblar el papel en cuatro partes y meterlo debajo de la mesa. Salí corriendo de la clase antes de que me viera y no miré atrás.

CAPÍTULO 22

Cade no podía ser mi amigo por correspondencia.

No podía.

Cade era un capullo insensible, egoísta y arrogante. No era un chico gracioso y reflexivo con un gusto musical extraordinario. Se suponía que mi amigo por correspondencia era Lucas. Me había convencido por completo de ello la noche anterior.

Cade no podía equilibrarme, desde luego. Era quien más me desequilibraba.

«¿Por qué he entrado en esa clase?», me pregunté, furiosa, mientras corría por el pasillo. ¿Por qué no había buscado a alguien que entregase la caja por mí? Ya no podría olvidarlo. Ya no podría volver a recibir cartas perfectas y anónimas. Tenía ganas de llorar. Tenía ganas de gritar. Tenía ganas de volver ahí dentro y decirle a Cade que no podía ser dos personas diferentes a la vez.

Busqué el lavabo más cercano para recuperar el control de mis emociones. Me negaba a llorar. Cade Jennings no tenía tanto poder sobre mí.

Apoyé la espalda contra la pared de azulejos y dejé que su tacto frío se colara por mi camiseta y me tranquilizara. Al otro lado, en la pared opuesta, había un espejo de cuerpo entero. Las ondas de mi pelo eran un desastre aquel día, un poco más rebeldes de lo habitual. Llevaba una camiseta marrón

lisa, unos vaqueros ajustados y unas zapatillas altas blancas de deporte con dibujos hechos a mano. Era uno de mis conjuntos más sencillos. Me quité el collar que llevaba, uno que Ashley me había hecho hacía eones, y miré los colgantitos que tenía: una mariposa, un gato, una flor y una nota musical. Los detalles del collar no tenían significado alguno; simplemente puso todo lo que le parecía mono cuando tenía diez años. Ella se burlaba de mí por seguir llevándolo, pero a mí me encantaba.

Cerré la mano en un puño en torno al collar con la esperanza de que me transmitiera algo de energía positiva. Sin embargo, mi hermana tenía razón: era inútil.

Me deslicé por la pared hasta que me senté y me apreté las rodillas contra el pecho. Odiaba a Cade Jennings. Más que nunca.

«¿Por qué tiene que estropearlo siempre todo?»

Sabía que lo que pensaba no tenía sentido. El hecho de que Cade Jennings hubiera escrito las cartas debería haberme hecho darme cuenta de que no era la persona que yo siempre había pensado. Sin embargo, no entendía cómo la persona de las cartas podía ser la misma que se metía con todos aquellos que consideraba inferiores, la misma que nos había tratado mal a mí y a mi amiga. No lo era. No era la misma persona.

Dos chicas entraron riéndose en el lavabo. Ambas se detuvieron al verme. Me levanté, me sacudí los vaqueros y me fui.

* * *

En Química, saqué muy lentamente su carta de debajo de la mesa. Estaba temblando. Por primera vez, me aterraba leerla.

¿Canturrear un lunes? ¿Habrá sucedido eso alguna vez en toda la historia de los lunes? Asumiré la responsabilidad por ello si la asumes tú por haberme hecho reír en medio de una clase de Química.

Qué pena que no haya una manera de mandarnos cartas durante las vacaciones. Una semana es mucho tiempo. A ver, la idea de que unos aviones nos llevaran los mensajes era buena, pero yo me refería a eso nuevo que hacen los chavales de comunicarse por el teléfono. ¿Qué opinas? ¿O solo soy el chico que te entretiene durante la clase de Química? Que me parece muy bien, por cierto. El entretenedor de Química. No, qué horror. A ti se te ocurrirá un nombre mejor para mí, dado que eres la chica de las palabras. ¿La chica de las palabras? Creo que has hecho bien en prohibirme que escriba las letras.

La carta debería haberme hecho reír, pero solo me hizo querer darle un puñetazo a algo. Volví a doblarla exactamente como él la había dejado y la puse de nuevo debajo de la mesa. Cade no sabía que me estaba escribiendo a mí, así que, que él supiera, la destinataria de sus notas no había ido a clase aquel día. Y no volvería en todo lo que quedaba de año. No iba a contestar una carta de Cade Jennings. Nunca.

Cuando terminó la clase, me levanté para irme.

–Lily –me llamó el señor Ortega–. Tengo que hablar contigo.

Se me paró el corazón. ¿Se había enterado de lo de las cartas? ¿Iba a meterme en problemas por escribir en la mesa y perder el tiempo en clase? ¿Iba Cade a amargarme la vida otra vez? Si hubiera podido, habría recogido la carta que había dejado debajo de la mesa y me habría ido corriendo con ella. No quería que el señor Ortega la leyera. A medida que se vaciaba la clase, me acerqué a la parte delantera, donde el señor Ortega estaba sentado detrás de una larga mesa.

Se aclaró la garganta.

–El sustituto me ha dado un informe no demasiado positivo sobre la clase de ayer. He de decir que estoy muy decepcionado.

–¿Cómo? –pregunté.

–Me ha dicho que no solo estuviste hablando toda la hora con Lauren, sino que le dedicaste a alguien un gesto grosero y que te metiste con otra alumna

después de la clase.

Tardé demasiado en darme cuenta de que el sustituto pensó que yo era Sasha porque nos habíamos cambiado de sitio.

–Ah. Nos habíamos cambiado de sitio –dije–. Me ha confundido con otra persona.

–También dijo que vino un chico al final de la clase para gastar una broma. Era uno de tus amigos, pero no querías decirle quién era.

–No es uno de mis amigos –dije, sonrojada. Pensé en la nota que había metido debajo de la mesa.

–¿Quién era, entonces?

¿Por qué no se lo decía? No le debía nada a Cade. Nada de nada.

–No debería decirlo.

El señor Ortega frunció el ceño.

–Estoy muy decepcionado. Te quedas castigada dos semanas. Será menos tiempo si cambias de opinión, eres sincera y te responsabilizas de tus actos.

–Pero...

–Eso es todo.

* * *

–¿Qué te pasa? –me preguntó Isabel durante la comida.

Lo único que quería era contarle qué había pasado. No podía pensar en nada más. Pero no sabía cómo reaccionaría. ¿Qué le iba a decir? Me imaginé cómo se desarrollaría la conversación:

«–¿Te acuerdas del amigo por correspondencia que te dije que tenía en Química? Pues es tu ex. Me he estado cartearando con tu ex.

»–¿Ese al que odias?

»–Sí, ese con el que rompiste porque me odiaba y yo lo odiaba a él. Ese al que todavía odio. Por lo visto, nos llevamos bien sobre el papel. De fábula, en

realidad. Así que a lo mejor nos hacemos novios por carta para siempre. ¿Te parece bien?

»—Claro que sí. A ver, me he liado con él y nos tiramos meses hablando durante horas, pero, oye, ahora ya es todo tuyo».

No. Eso no era lo que iba a pasar. Lo mejor sería tener esa conversación tan delicada fuera del recinto escolar. Solo por si acaso me ponía a llorar o me pegaba un puñetazo o algo así de dramático.

—¿Podemos hablar luego? —le pregunté—. Después de clase. Tengo que contarte una cosa.

Sus ojos castaños mostraron preocupación.

—Qué enigmática. ¿Estás bien?

—Luego. Luego te lo cuento.

Me dio un apretón en la mano.

—Vale. Luego.

CAPÍTULO 23

El día, que ya me estaba resultando bastante largo, terminó una hora después de lo habitual por culpa del castigo.

Ashley me miró al meter el coche por el camino de entrada de nuestra casa.

–Estás muy mustia hoy. No pasa nada por estar castigada. A mí también me castigaban una vez cada pocos meses o así. Es un buen momento para hacer los deberes.

No quería decirle que aquello no tenía nada que ver con el castigo y todo que ver con que mi mundo epistolar se había hecho añicos.

–Buena idea –murmuré.

–Adivina quién me ha pedido salir –me dijo Ashley alegremente.

Como si me apeteciera saber de su vida amorosa (o la de cualquiera) en ese momento.

–¿Quién?

–Mark. El chico que me vio la comida entre los dientes. Parece ser que ya había superado las dos primeras fases. Menos mal.

–¿Eso te lo ha dicho él? –Miré a mi hermana–. ¿Te ha dicho: «Ashley, al principio me pareciste misteriosa, luego fascinante, y luego, cuando vi que se te había quedado la comida entre los dientes, me pareciste graciosa y adorable. ¿Quieres salir conmigo?»?

Ashley sonrió ampliamente.

–Sí, eso es básicamente lo que me ha dicho.

–¿Cómo?

–Pidiéndome salir.

Agarré la mochila y me bajé del coche.

–Seguramente fue más en plan: «Anda, qué chica más mona. Debería salir con ella, porque a los chicos no nos importa nada más. No nos importan la personalidad ni la intriga». –Percibí la amargura de mi voz, pero no intenté eliminarla.

–Vaya. –Ashley me miró con las cejas en alto–. ¿Te has quedado a gusto?

–Sí, ya he desbloqueado ese logro. He subido de nivel.

–¿Qué?

–Nada. –Me fui a mi cuarto. Necesitaba relajarme con mi guitarra antes de llamar a Isabel.

Llegué al dormitorio. Debería haber sabido que algo iba mal cuando vi que la puerta estaba abierta de par en par y que la funda de la guitarra sobresalía por debajo de mi cama. Debería, pero no lo hice. Saqué la funda, muy calmada. Los cierres estaban abiertos, pero me imaginé que los habría dejado así la noche anterior. Levanté la tapa.

Lo primero que vi fue que todas las cuerdas estaban flojas y que un par estaban rotas. Aquello no me hizo entrar en pánico, solo me enfadó un poco. Las cuerdas se podían cambiar fácilmente. Sin embargo, luego vi el rayón que atravesaba el mástil de la guitarra, cerca del cuerpo.

–No, no, no, no. –La saqué y solo salió el mástil... con el extremo astillado, como si fuera un rastrillo. El resto se quedó dentro de la funda, totalmente independiente. Se me encogió el corazón–. ¡No! ¡Mamá!

Mi madre llegó a mi puerta sin aliento.

–¿Qué? ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

Levanté el mástil sin cuerpo para que lo viera.

Su expresión pasó del pánico a la compasión.

–Oh, no. ¿Qué ha pasado?

–¿Cómo que qué ha pasado? –exploté, sintiendo que las lágrimas amenazaban con salir–. ¡Jonah ha pasado! Te he pedido un millón de veces que no le dejes entrar en mi habitación.

Mamá frunció el ceño.

–¿Ha sido Jonah?

–¿Quién si no? Yo no, desde luego.

–No saques conclusiones precipitadas.

–No tengo que sacar nada. Tengo la conclusión en las manos. –Arrojé la pieza rota al interior de la funda y me tiré de cabeza sobre la cama.

–Bueno, cariño. Ya se nos ocurrirá algo.

–¿El qué? –dije con la voz amortiguada por el colchón–. No os podéis permitir comprarme una nueva. Tardé seis meses en ahorrar para esta. ¿Qué más se nos tiene que ocurrir?

–¿Se puede arreglar?

–Está astillada. No ha sido un corte limpio.

El colchón se hundió cuando mi madre se sentó a mi lado. Me frotó la espalda. Yo me quité la mano de encima. Ella pilló la indirecta.

–Lo siento, Lil. Te daré a ti la oportunidad de venir a todas las ferias –dijo en voz baja–. Te ayudaré a conseguir otra vez el dinero.

Levanté la cabeza y me sequé las lágrimas de los ojos.

–¿Por qué tengo que hacerlo yo? –dije–. ¿No debería ser Jonah el que se pusiera a trabajar en las ferias para comprarme una nueva?

–Tiene siete años.

–Ya es bastante mayor para saber lo que hace.

–Cariño...

–¿Mamá? ¿Puedes irte? Quiero estar sola.

–Vale.

No dije nada mientras se levantaba y salía de la habitación. Oí que llamaba a Jonah al cerrar la puerta. Luego tuvieron una conversación en el pasillo. La escuché con la cara apretada contra el colchón.

–Jonah, ¿has roto la guitarra de tu hermana?

–¿Qué? No.

–¿Has entrado en la habitación y le has roto la guitarra?

–¡No! Yo no he sido.

Ya. Tú dale la oportunidad de decir que no, mamá. Buena estrategia. Tendría que haber dicho: «Sé que le has roto la guitarra». Pero bueno. Daba igual. Estaba rota. Que Jonah lo admitiera no iba a cambiarlo.

El pomo de la puerta traqueteó y mi madre dijo:

–Déjala en paz ahora. Luego hablas con ella.

Mi madre debió de haberle dicho a todo el mundo que me dejaran tranquila, porque nadie vino a molestarme en toda la tarde. Ni uno de ellos. Después de años intentando conseguir un poco de tiempo para mí sola, por fin lo tenía.

Saqué mi cuaderno y miré fijamente la canción que había empezado. Ahora mismo no podía escribirla. Iba sobre él... sobre Cade. Me dio un escalofrío. Solo podía escribir una canción sobre Cade. Pasé a una hoja en blanco y coloqué el lápiz en posición.

*Dices que quieres que sean oídas
y por eso escribes tus palabras vacías.*

Has llenado tu vida de mentiras.

Todo depende de la perspectiva.

*El mundo te vio de una manera,
pendiente de todo lo que dijeras.*

Necesitas toda su atención

*para satisfacer tu adicción.
Tienes dos facetas,
dos rostros,
que escondes con tus tretas
en un lugar y en otro.*

«Y te odio, Cade, porque eres el capullo más grande de la Tierra y deberías irte para siempre y dejar de escribirme cartas estúpidas en las que finges ser bueno y un incomprendido.»

–Pff. –Hasta las canciones furiosas que Cade inspiraba eran mejores que cualquier otra cosa que hubiera escrito antes de él. Taché las palabras con dos líneas marcadas formando una equis. Luego pasé todas las páginas hasta el final y rayé los nombres de todos mis sospechosos. «¿Por qué no podías ser tú?», pensé al descartar el de Lucas.

Levanté la mano, arranqué el recorte de periódico que tenía en la pared y lo arrugué hasta que quedó hecho una bola compacta. Aunque aún pudiera terminar alguna canción, no podría componer la parte de la guitarra, y de ninguna manera iba a usar una canción que tuviese algo que ver con Cade. Tiré el papel hacia el otro lado de la habitación. Me estaba pasando de dramática, pero sentí que, por una vez, estaba justificado. Todo me había salido mal.

Me saqué el móvil del bolsillo y llamé a Isabel.

–¡Hola, Lil! –respondió.

–Hola.

Pensé que podría evitar que se me notasen las lágrimas en la voz, pero supe que no lo había conseguido cuando ella añadió:

–Vale, escúpelo. ¿Qué ha pasado?

–Jonah ha destrozado mi guitarra.

–¡Ay, no! ¿Cómo?

–No lo sé. Dice que no ha sido él, pero está rota. Completamente rota.

–Lo siento mucho –dijo Isabel con suavidad–. Sé lo mucho que te gustaba esa guitarra. Lo que te costó comprarla.

–Ya.

–Seguro que tu madre te compra otra, ¿no?

–No puede permitírsele, Iz. No puede permitirse ni comprarme un carrete de hilo antes de cobrar. –Me volvieron lágrimas a los ojos–. Y esto no es un carrete de hilo.

–Menudo marrón.

–Lo sé.

–Ay, Lil. Todo irá bien.

–Es que esto era lo mío, ¿sabes? –Las lágrimas me cayeron por las mejillas y no pude detenerlas–. Lo único que se me daba bien de verdad. Lo único que me daba una paz y una felicidad perfectas. No necesito muchas cosas, pero esto sí. –Me pregunté si estaba hablando solo de la guitarra.

–Entonces encontrarás la manera de conseguir otra –dijo Isabel con firmeza–. Puede que te lleve algo de tiempo, pero lo harás.

Sabía que tenía razón.

–Sí.

–Si pudiera, te compraría una.

Sonreí a pesar de las lágrimas.

–No aceptaría algo así de tu parte, Iz.

–Lo sé.

Me sorbí la nariz y me la limpié con la manga.

–Bueno, ¿qué era eso que me querías decir durante la comida? –preguntó Isabel después de un momento.

Me paré un segundo y me di cuenta de que quería tener esa conversación en persona.

–¿Estás ocupada? –pregunté–. ¿Puedo ir a tu casa?

–Claro que puedes.

–Vale. Te lo cuento cuando llegue.

Colgué, recogí todas las cartas de Cade y caminé hacia la puerta.

CAPÍTULO 24

Estaba mirando fijamente al Einstein del techo de Isabel porque no era capaz de mirarla a ella. Prefería que me juzgara él.

–Tengo que contarte una cosa.

–Vale... –Isabel se sentó en la silla de su escritorio.

–¿Recuerdas que me estaba carteando con alguien en Química? –le dije a Einstein.

–Sí. ¿La chica esa?

–¿Chica? –Hacía tanto tiempo que había dejado de pensar que mi amigo por correspondencia era una chica que tardé un poco en acordarme de que al principio así lo creía—. No. O sea, sí, pero luego he descubierto que no es una chica.

–¿Cómo lo averiguaste?

–Dijo algo de que era un chico en una de sus cartas. Perdona. Pensaba que te lo había dicho.

–No pasa nada.

Esperé un momento. Esperé a que soltara algún gritito de emoción o murmullo de felicidad. Algo que indicara que pensaba que era algo bueno... que mi amigo por correspondencia fuera un chico. Pero no lo hizo. Se quedó en silencio, seguramente porque yo parecía estar muy alterada.

Me incorporé para mirarla a la cara. Su expresión estaba igual de seria que la mía.

–¿Te acuerdas de que hace años lo dejaste con un chico porque se estaba interponiendo entre nosotras? –pregunté rápidamente.

Ella asintió.

–¿Te refieres a Cade?

–Sí.

Se rio un poco.

–Sí, claro que me acuerdo. –Se calló un momento y luego añadió–: No quiero que pienses que tú fuiste la única razón por la que Cade y yo rompimos. Ambos os quejabais el uno del otro constantemente y me cansé, pero lo mío con Cade no habría funcionado aunque tú no hubieras estado en medio.

Asentí y luego le solté:

–Cade es mi amigo por correspondencia.

Isabel no contestó.

–Cade Jennings –repetí para dar énfasis. Apenas me lo creía yo–. Es él quien ha estado escribiéndome en Química.

Me coloqué el bolso, que había tirado sobre su cama al entrar, sobre el regazo. Luego saqué todas las cartas y se las di a Isabel, pero mi mejor amiga no hizo ademán de cogerlas.

–Y voy a dejar de escribirle. Ya –dije con firmeza–. Hoy no le he escrito, aunque él a mí sí. No voy a volver a escribirle jamás.

Ella seguía sin decir nada, y me di cuenta de que había algo que faltaba en su expresión: sorpresa.

Entonces caí.

Isabel lo sabía.

Le había dicho que tenía un amigo por correspondencia. Y Cade estaba en su clase de Química escribiendo cartas sin la más mínima discreción. Y ella lo sabía. Era muy observadora.

Me puse de pie y volví a meter todas las cartas en mi bolso.

–¿Por qué no me lo dijiste? –quise saber.

–Porque lo odias y parecía que te emocionaba mucho lo de las cartas.

–¿Desde cuándo lo sabes?

–Desde no hace mucho. Lo juro.

–¿Por qué no me lo dijiste? Al verlo esta mañana en mi mesa me he sentido como si me hubieran dado una bofetada. Un avisito no habría estado mal.

Isabel levantó las manos.

–Lo sé. Esperaba que con el tiempo sus cartas te demostrasen que no era alguien con quien quisieras seguir escribiéndote. Porque lo odias.

Fruncí el ceño.

–Lo odio, sí, pero sus cartas son diferentes...

La expresión de Isabel se oscureció un poco.

–Espera, ¿te gusta? ¿Por sus cartas?

El corazón me dio un vuelco.

–¡No! No me gusta. ¿Qué? Para nada.

Isabel asintió. Parecía aliviada.

–Te gusta David, ¿no?

–David... está bien. Es... majo.

Isabel suspiró.

–Seríais perfectos el uno para el otro si os dierais una oportunidad.

–¿Por qué estás empeñada en emparejarme con David? –pregunté, poniéndome las manos en las caderas.

Isabel se encogió de hombros, pero su cara lo decía todo.

–Pensé que sería la mejor opción para ti.

–¿Mejor que quién? –pregunté.

–La alternativa.

–¿Cade?

–¡Sí!

El aire pareció escapárseme de los pulmones y me quedé sin habla. Isabel estaba celosa. No quería que supiera que me estaba escribiendo con Cade porque estaba celosa. Aunque hubiera salido con él hacía dos años y ya no le gustara, seguía celosa.

–Lo siento –dijo otra vez, con la voz más suave–. Pero no debería importarte. Ni siquiera te gusta Cade, ¿no? Sería demasiado violento si tenemos en cuenta la historia al completo. No sé, yo lo dejé por ti hace dos años.

–Pero no lo dejaste por mí... Acabas de decirlo.

Ella miró al suelo y luego levantó la vista rápidamente, pero no antes de que yo supiera la verdad. Sí que rompió con él por mi culpa. Porque no era capaz de llevarme bien con él. Siempre lo había sospechado, pero ella siempre me decía lo contrario. Y ahora ya estaba segura.

–Vale, ya no voy a interponerme –le solté–. Vuelve con él.

Ella tomó aire, sorprendida.

–Ahora estoy con Gabriel. No quiero volver con él.

–Tú solo quieres que yo no lo esté.

–Has dicho que no quieres estar con él.

–Y no quiero. –¿Qué me estaba pasando?–. Tengo que irme –Me dirigí hacia la puerta.

–Lily, espera.

–No puedo con esto ahora mismo.

–Lo arreglaremos, ¿verdad?

–Sí –respondí enseguida–. Pero ahora no.

* * *

Solo eran las ocho y media de la tarde, pero ya estaba en la cama, observando el techo. Nadie me juzgaba con la mirada desde ahí arriba; solo estaba la pared vacía, pero me sentía igual de mal. Suspiré.

¿Por qué me había enfadado tanto con Isabel? Una razón la sabía: porque me había mentido. A propósito. Eso me dolía. ¿Podría volver a confiar en ella?

Pero... ¿había algo más que me molestaba, aparte de la confianza perdida?

Quizá, solo quizá, me habría gustado que me dijera que no pasaba nada si me colaba por Cade.

Pero no era eso. Para nada.

Sin embargo, en cierta manera, podía entender que Isabel fuera tan posesiva. Dos años atrás, yo la había alejado de Cade. No fui una buena amiga.

Los ruidos de la casa resonaban a mi alrededor: mis hermanos se estaban preparando para ir a la cama en el baño de al lado, mi madre les estaba gritando para asegurarse de que se cepillaban los dientes durante dos minutos, Ashley se estaba riendo mientras hablaba por teléfono en el pasillo y mi padre le estaba pidiendo que bajara el volumen. Me obligué a cerrar los ojos y escuché el ruido de mi familia en lugar del de mi cabeza. Mañana sería mejor que hoy. Tenía que serlo.

CAPÍTULO 25

¿Sabes lo frustrante que es sacar una nota esperando una carta de otra persona para que luego solo sea tu propia letra devolviéndote la mirada? Es un asco. Supongo que estarás enferma, lo cual no creo que sea muy bueno para ti, pero piensa dónde me ha dejado a mí eso. Siento que no te encuentres bien. Espero que te mejores pronto.



Eh... vale, eso se parece más a una tortuga deforme o algo así, pero se supone que es un cuenco de sopa. Eso que parece la cabeza de la tortuga es una cuchara. ¿Lo ves ya? ¿No? No volveré a intentar dibujar nada. Mis disculpas por hacerte pasar por esto cuando acabas de recuperarte de una enfermedad.

Vale, una pregunta: ¿Qué música escuchas cuando estás enferma? ¿Es diferente a la que escuchas normalmente? Yo me pongo música sensiblera cuando estoy enfermo. No

sé por qué, porque no me gusta ese tipo de música cuando estoy bien. A lo mejor es que me ayuda a regodearme un poco más en la miseria. Tenemos que pensar algunas canciones sensibleras para que las escuchen nuestros fans cuando estén enfermos. Algo en plan... Pensabas que me iba a sacar una letra de la manga, ¿verdad? He aprendido la lección. No lo haré.

¿Qué tal te va en casa?

Cerré los ojos. No iba a contestar. No iba a hacerlo. Las cartas eran de Cade. Él me odiaba. Y yo lo odiaba a él.

Doblé la carta y la puse en su sitio. Si dejaba de escribir, él acabaría parando. También tenía que dejar de leerlas. Debía hacerlo. No era justo dejar de escribir las cartas, pero seguir leyéndolas. Leerlas, a pesar de que sabía quién las había escrito, seguía emocionándome. Seguía haciéndome asentir con la cabeza cuando estaba de acuerdo y sonreír cuando me hacían gracia.

No quería sentirme identificada con Cade. No quería que me hiciera gracia. Yo conocía su otra faceta y no me importaba por qué se comportaba como lo hacía en público. Ya era bastante mayor para no tratar a la gente como si fuera basura, independientemente de cómo lo hubieran tratado a él su padre y su padrastro.

Y yo ya era bastante mayor para ser honesta y decirle que no podía seguir escribiéndole.

Saqué las dos cartas que había debajo de la mesa, las dejé caer en mi mochila y me quedé mirando el folio en blanco que tenía delante. No quería ser mala. No quería humillarlo ni nada, aunque eso fuera precisamente lo que a él le gustaba hacerme a mí. Yo no iba a caer tan bajo.

No estaba enferma, pero gracias de todas maneras por el cuenco tortuguil. Lo has dibujado tan mal que casi cruza la línea que lo convertiría de nuevo en arte. Casi. He tenido un par de días malos.

Los ojos me escocían por las lágrimas mientras escribía la última frase. Quería decirle todo lo que había pasado. Quería decirle: «Primero me enteré de que tú eras tú, luego mi hermano me rompió la única cosa que me habría ayudado a sobrellevar ese hecho, y luego mi mejor amiga y yo tuvimos la pelea más gorda por la que hemos pasado hasta la fecha, así que ni siquiera ella puede ayudarme a superar todo esto», pero no podía. Me pregunté qué consejos me daría para lo de mi hermano, para lo de Isabel. Era Cade Jennings: él tenía millones de amigos. Refuerzos para los refuerzos. Isabel era mi única amiga.

Me he peleado con mi mejor amiga. Además, mi hermano pequeño ha roto una cosa que era muy importante para mí. Algo que no puedo sustituir. Y estaba tan enfadada que, cuando ha intentado abrazarme esta mañana para pedirme perdón, le he dado la espalda. Y me odio por ello, pero sigo enfadada.

Esta vez se me cayó una lágrima y me la sequé rápidamente. Seguía sintiéndome culpable por haberle dado la espalda a Jonah aquella mañana. Parecía que estaba muy triste, y yo no podía dejar a un lado mi enfado para consolarlo. Y yo no creía que eso fuera mi deber, aunque era obvio que mi madre sí, a juzgar por la mirada que me lanzó. Ese niño se salía siempre con la suya. Quizá le hiciera falta aprender que no todo se puede arreglar con un abrazo. ¿Ves? Ahí estaba de nuevo, intentando justificarme por cómo me había comportado aquella mañana.

Pero luego pienso: solo es una cosa, ¿no? Y mi hermano es una persona. Una cosa no es más importante que una persona...

Y tú, Cade Jennings, no eres más importante que mi amistad. Y te odio todavía más por interponerte entre nosotras. Eso es lo que debería haber escrito. Pero no lo hice. Terminé con:

Pero bueno, no estaba enferma.

Esa no era la nota que había decidido escribir. Se suponía que la nota que había decidido escribir iba a incluir las palabras: «Ya no voy a escribirte más». Esta no las incluía por ninguna parte. ¿Por qué la estaba doblando y metiendo en su sitio, entonces?

Solo necesitaba una más. La última carta. Luego acabaría con ello oficialmente.

* * *

Debía hablar con Isabel. Podíamos arreglarlo; solo teníamos que hablar más detenidamente sobre ello. Me había ido demasiado pronto el día anterior y no había reconocido mi responsabilidad en nada. Me di cuenta de ello al salir de Química. Solo necesitaba decirle a Isabel que sentía haber causado su ruptura con Cade porque por entonces era demasiado inmadura como para lidiar con él (y quizá siguiera siéndolo) y que ella tenía derecho a no querer que yo le escribiera. Esperaba que admitirlo lo arreglara todo.

Solo que Isabel no estaba esperando en el lugar donde nos sentábamos a comer normalmente. Tampoco me respondía a los mensajes. No la encontraba por ninguna parte. Lo más seguro era que me estuviese dando espacio.

Me acerqué a un puesto de comida. Iba a comprar algo y a buscar un lugar tranquilo en la biblioteca para comer y pensar.

David estaba apoyado contra un árbol a mi derecha, así que doblé por la izquierda y tomé el camino largo. Me daba la sensación de que David solo había salido conmigo para hacerle algún favor a Isabel. Para alejarme de «la alternativa». Yo no necesitaba que salieran conmigo por pena.

Había tres colas en el puesto de los sándwiches y yo escogí la menos adecuada. Al principio no lo sabía, pero, después de unos minutos, Cade, Sasha y compañía se pusieron en la fila justo detrás de mí.

Quería irme, pero habría sido demasiado obvio... y de débiles.

Saqué el móvil e hice como que estaba leyendo mensajes.

Escuché una voz detrás de mí.

–Bonitos *shorts*. –Era Sasha. Sabía que se refería a los míos. Eran unos vaqueros que había recortado y a los que había cosido unos parches. No quería girarme y reconocer que estaba hablando de mí, pero, cuando Cade se rio, un torrente de furia me hizo darme la vuelta.

Cade había rodeado a Sasha con el brazo, no como otras veces en las que los había visto juntos y era ella la que se arrimaba a él. Me pregunté qué había cambiado. Lo miré fijamente a los ojos, como si hubiera sido él quien había hecho el comentario, y dije:

–Perdona, ¿qué has dicho? No hablo el idioma de los imbéciles.

Ni se inmutó, solo ladeó la cabeza y dijo:

–Y yo que pensaba que lo dominabas.

No debería haberme dolido. Estaba acostumbrada. Había oído cosas mucho peores. Pero me dolió, sí, y no quería que se diera cuenta. Me salí de la cola sin saber muy bien adónde iba y vi a Lucas sentado con sus amigos, escuchando música. Presente, pero a la vez no.

Caminé hacia él con determinación. Cuando lo tuve delante, le tiré del cable de los auriculares. Se le cayeron al regazo y me miró, sorprendido.

–¿Quieres que hagamos algo? –le solté.

–¿Qué? ¿Ahora?

–No. El viernes... Este viernes. Pasado mañana. Hay un concierto en la sala *light* de Phoenix. Va a tocar un grupo nuevo. ¿Quieres venir conmigo? – Ya me estaban entrando los nervios, anulando toda la valentía que me había

impulsado a ir hasta allí. Todos los amigos de Lucas se habían quedado callados y me estaban mirando. Lucas me estaba mirando.

–Sí, claro –dijo.

–¿Sí?

–Sí, voy contigo. ¿Quedamos allí a las ocho?

–Vale, el viernes a las ocho.

Conseguí no soltar ningún gritito de alegría ni saltar de emoción mientras me alejaba de él.

CAPÍTULO 26

Mientras caminaba hacia clase a primera hora de la mañana siguiente, Isabel vino corriendo hacia mí con la mirada llena de determinación. Cuando me alcanzó, ambas nos paramos.

–Se acabó el tiempo.

Sonreí y me dio unas hojas de papel. ¿Me había escrito una carta?

–¿Qué es esto?

–Lo último en lo que pensé anoche antes de irme a la cama.

Desdoblé los papeles. Eran anuncios impresos de un portal de Internet. «Guitarra acústica con poco uso. Muy buen estado. Cuerdas nuevas. Suena perfectamente. 150 \$. Nuestra mejor oferta.» Había varios más, similares al primero, con diferentes precios.

Sonreí. Aquellos precios eran más asequibles que cuatrocientos dólares, pero seguían pareciéndome imposibles. Levanté la mirada hacia Isabel con timidez, consciente de que aquella era su ofrenda de paz y sintiéndome mal por no tener ninguna para ella.

–Lo siento –dijimos las dos al mismo tiempo. Luego ambas sonreímos.

–Déjame a mí primero –dijo ella–. Debería haberte dicho que era Cade. –Miró a su alrededor y bajó la voz–. Siento no haberlo hecho. Estuvo mal por mi parte y no puedo ni imaginar cómo te sentiste cuando averiguaste con

quién habías estado compartiendo tus pensamientos. Y ni siquiera se me ocurrió que podrías haber estado contándole cosas que no querrías que supiera. Pensaba que solo serían cartas sobre música.

–Yo también lo siento. Debería haberte enseñado las cartas y así lo habrías sabido. Y de verdad que lo siento por haberme metido entre vosotros cuando estabais juntos.

Ella negó con la cabeza con tanto ímpetu que se le meneó el pelo para un lado y para el otro.

–No, no me pidas perdón por eso, de verdad. No puedes entrometerte en algo que no esté ya roto.

Le di un abrazo y decidí pensar que estaba siendo sincera. Aunque ahora sabía que, hasta cierto punto, sí pensaba que había sido culpa mía. Sin embargo, lo reconocí porque sabía que, de algún modo, lo fue.

–Eres la mejor amiga que hay en el mundo. –Levanté los anuncios de Internet en la mano–. Y gracias por esto.

–Sé que no son tu guitarra –dijo Isabel, asintiendo–. Tú habrías ahorrado para una buena, pero algo es algo, ¿no?

–Sí, está genial. A lo mejor dentro de un par de semanas puedo permitirme una como esta. –«Puede que aún tenga tiempo antes de que se termine el plazo del concurso», pensé, sintiendo un rayo de esperanza. Si lo ganaba, podría permitirme una guitarra y más–. Gracias, Iz.

Ella sonrió.

–De nada.

Me metí los papeles en la mochila justo cuando sonó el primer timbre.

–Y... le he pedido salir a Lucas.

Isabel abrió mucho los ojos.

–¿Qué? ¿Cuándo?

–Ayer –dije, sintiendo un torrente de nervios–. Le pedí que viniera conmigo a un concierto este fin de semana. –Me giré hacia ella–. Por favor, dime que Gabriel y tú vendréis conmigo.

–¡Claro! –Isabel me rodeó con el brazo–. No puedo creer que le hayas pedido salir.

–¡Yo tampoco me lo creo! Y me dijo que sí. –Aún seguía anonadada.

–Pues claro que sí. –Isabel me dio un codazo–. Eso es lo que intentaba decirte. No necesitas escribir cartas anónimas cuando eres Lily Abbott.

Me reí y me sonrojé.

–No nos pasemos.

–Bueno, ¿y cómo ha ido?

–¿Cómo ha ido qué?

Me miró de reojo.

–Has dejado de escribirle a Cade, ¿no? Te conozco. Seguro que sentiste la necesidad de explicar por qué en una carta. ¿Qué le dijiste?

Me retorcí las manos.

–Aún no he podido explicar por qué, pero lo haré. Lo haré.

–Sé que lo harás. A ver, es Cade Jennings. Enemigo mortal número uno. – Se rio, me dio otro abrazo, vovió y se fue a su primera clase–. Luego te veo.

Sí, exacto. Enemigo mortal número uno.

* * *

Lo siento. Parecía que estabas peor que enferma: deprimida. ¿Hay algo que pueda hacer? Yo nunca he andado a la gresca con mi mejor amigo, pero no creo que sea muy divertido. Seguro que todo se arregla.

¿Qué ha roto tu hermano? No tengo hermanos pequeños, así que nunca he tenido que preocuparme por esas cosas. Pero ya sabes cómo son los críos. Yo, desde primero, tengo que ayudar a entrenar un equipo deportivo de niños... como «voluntario». Los chavales pueden ser unos niñatos, pero la verdad es que me lo paso muy bien. Son

divertidos. Espera, yo había empezado acompañándote en el sentimiento. Los niños son un asco. Deberíamos nacer ya adultos. ¿Mejor? No, en serio, yo también estaría enfadadísimo si tuviera algo irremplazable y se rompiera. Es normal. No te martirices por haber reaccionado así con tu hermanito. ¿Cuál fue aquel maravilloso consejo que me diste hace unas cartas? Ánimo. Mantén la cabeza alta. Y la canción que me hiciste escuchar hace unas cartas, brutal. Escúchala.

Se acabó. La última carta suya que iba a leer. Así que no pasaba nada si su contenido me hacía sonreír un poquito. Sin embargo, al recordar su «Pensaba que dominabas el idioma de los imbéciles» del día anterior, volví a enfadarme. Luego, al releer la carta, me sentí mejor. Aquello era un lío.

No pude evitar preguntarme qué estaría haciendo. Nos habíamos pasado las últimas cartas hablando de mí. Me pregunté si cada vez que había vacaciones esperaba que su padre lo llamara. Qué mal debía de sentar que alguien que se supone que te quiere te abandone. Y ahí estaba yo, preparándome para abandonarlo.

Sacudí la cabeza. Lo odiaba por hacerme sentir mal por él. Por haberme mostrado un lado diferente de sí mismo. Tenía la sensación de que este (la persona que escribía las cartas) era su verdadero yo. Pero ¿de qué me servía saber eso? Él nunca revelaría esa faceta en público.

¿Sabes? Ese consejo maravilloso tuyo era justo lo que necesitaba. Me estoy animando y, en cuanto he levantado la cabeza, me he sentido un cien por cien mejor. ¿Quién iba a decirme que esos consejos funcionaban de verdad? Y lo de «hacerte escuchar» suena demasiado fuerte. Creo que simplemente te sugerí que escucharas esa canción. Si mis sugerencias te crean un deseo irrefrenable de llevarlas a cabo, es cosa tuya.

No, ya en serio, hoy me siento un poco mejor. Mi amiga y yo hemos hecho las paces esta mañana. Creo que ya estamos bien. Si no del todo, pronto lo estaremos. Mi hermano y yo estamos guardando las distancias. Sé que pronto me ablandaré porque él es el príncipe de la casa y, por muy molesto que sea, lo adoro. Aunque sigue sin confesar que fue él. No soporto que la gente haga una cosa en una situación y la contraria en otra. Cuando se centre, me sentiré mucho mejor.

Vale, estaba siendo muy pasivo-agresiva, pero no podía evitarlo. Tenía que decirlo. Puse la carta en su sitio y fui capaz, de verdad, de centrarme en la química durante el resto de la clase.

CAPÍTULO 27

–Tu castigo me está complicando mucho la vida.

–Hola, Ashley. Yo también me alegro de verte. –Cerré la puerta del coche y mi hermana salió del aparcamiento–. ¿Qué prisa tienes?

–Tengo que ir a trabajar.

–¿Por qué no ha venido a recogerme mamá?

–Tiene no sé qué feria de artesanía fuera de la ciudad.

–¿Un jueves por la tarde?

–No sé todos los detalles. Pregúntale a ella.

Me callé. Se notaba que mi hermana estaba harta. Levanté la mano, me quité la goma elástica que me sujetaba el pelo y me pasé los dedos por los rizos.

–Mamá dijo que alguien iba a ir a recoger a Wyatt dentro de un rato para llevarlo a su primer entrenamiento de béisbol –añadió Ashley–, así que asegúrate de que come algo enseguida.

–Vale.

–Y supongo que de cena habrá lo que tú quieras.

Eso quería decir cereales fríos.

–Vale.

Detuvo el coche el tiempo justo para que me bajara y se marchó otra vez.

–Gracias por el paseo –les dije a las luces traseras.

Dentro de casa, grité hacia el cuarto de la televisión:

–Wyatt, a comer, que tienes béisbol.

Luego fui a mi habitación y me cambié los vaqueros por unos pantalones cortos sueltos, la blusa por una camiseta sin mangas y los zapatos planos por unos calcetines de lana que me llegaban hasta las rodillas (lo de las medias era porque quería vestirme como si fuera verano, aunque técnicamente tirábamos ya para el invierno. El invierno de Arizona, pero invierno, al fin y al cabo). Me sentí mejor hasta que tropecé con la funda de la guitarra. Gruñí y la metí debajo de la cama de una patada. Mi puerta se abrió con un crujido.

–Ay, por favor, llama –dije. Cuando me giré, vi a Jonah de pie en la rendija.

Empujó la puerta para terminar de abrirla, pero no atravesó el umbral. Debería haber abierto los brazos y dejado que viniera corriendo hacia mí, pero no lo hice. Le ofrecí una sonrisa fría.

–¿Sí?

–¿Me haces unos cereales?

–Tú ya sabes hacerte los cereales, pequeñín.

Miró el espacio que había debajo de mi cama con el ceño fruncido.

–Yo no he sido.

Suspiré.

–Jonah. Es importante reconocer nuestra culpa cuando hacemos algo mal. Si no puedes decirme qué has hecho, ¿cómo quieres que me crea que lo sientes?

Hizo un puchero.

–Siento que me odies.

Suspiré.

–Me enfada que mi guitarra esté rota y me enfada que toques mis cosas sin permiso, pero no te odio. Nunca te odiaré.

–Yo no he sido.

Era un caso perdido. Algún día, la verdad saldría a la luz. Y aun entonces, daría igual. Mi guitarra seguiría rota.

–Vale. Vete a comer.

Me senté en la cama, conecté el móvil a unos altavoces y regulé el volumen hasta el nivel más alto que podía aguantar. Escuchar a Blackout no me ayudaba necesariamente a cumplir mi propósito de relajarme, puesto que ahora me recordaban a Cade y a las cartas, pero no iba a dejar que ese chico me arruinara mi banda preferida. Subí el volumen un poco más.

Abrí mi cuaderno y miré el dibujo que había empezado durante la hora de castigo. No sabía muy bien qué era lo que no me gustaba del diseño.

Jonah apareció en mi puerta moviendo la boca, pero solo se oía la música. Apagué la canción.

–Hay alguien en la puerta –dijo.

–Ah, vale. –Me levanté. Me imaginé que sería la madre de alguno de los compañeros de equipo de Wyatt, que venía a recogerlo.

Sin embargo, al doblar la esquina, vi a Cade Jennings de pie en la puerta abierta.

Estoy segura de que el *shock* se me notó en la cara. La expresión de Cade también era de sorpresa total.

Estaba tan estupefacta que, de hecho, le cerré la puerta en las narices.

¿Qué estaba haciendo Cade allí? ¿Había averiguado lo de las cartas? Tenía el corazón a mil. Seguramente ya era tarde para ir corriendo a cambiarme de ropa. Ya me había visto con mis calcetines largos. Di un paso atrás y él llamó tres veces más. Intenté dominarme un poco el pelo alborotado antes de darlo por perdido y volver a abrir la puerta.

La mirada sorprendida de Cade se había suavizado hasta convertirse en su mirada de suficiencia habitual. Me miró el pelo y la ropa.

–Cállate –dije.

–No he dicho nada.

–Tu cara sí.

–¿En serio? ¿Y qué ha dicho mi cara?

–Ya sabes qué ha dicho tu cara.

Él se rio un poco y se encogió de hombros.

–¿A qué has venido? –pregunté.

–Soy el entrenador de Wyatt. Hoy tenemos béisbol.

–Ah. –Puf. ¿Cade era el entrenador de mi hermano? No me extrañaba que se hubiera sorprendido al verme. Seguro que no se había dado cuenta de que era la hermana de Wyatt–. Vale. Tú solo pórtate bien con mi hermano... por favor –añadí.

No habría sentido la necesidad de decirlo si el Cade de la vida real fuera como el de las cartas, pero no lo era, así que lo dije.

Cade se encogió de hombros con una sonrisa socarrona.

–Claro. Él no tiene la culpa de quién es su hermana.

Solté un suspiro de exasperación.

–Vale. Voy a por él.

Esperaba que Cade se quedara en la puerta, pero me siguió hasta la cocina. Sin embargo, Wyatt no estaba allí; solo Jonah estaba sentado a la mesa, comiéndose sus cereales.

Me giré hacia Cade y vi que se estaba mirando las suelas de sus caras zapatillas deportivas. Claramente, había pisado el montón de cereales aplastados que había en el suelo. Genial. Vi cómo se frotaba el pie contra un baldosín de la cocina. Luego se apoyó en la encimera y casi tira un montón de boles que aún seguían medio llenos de leche.

Gruñí para mis adentros. Cade estaba en mi casa juzgándome otra vez y contaba con nuevos criterios que añadir a su lista. Apilé los boles y los puse en el fregadero.

Wyatt entró corriendo en la cocina.

–¡Hola, entrenador! –le dijo a Cade–. ¡Ya estoy!

–Tú debes de ser Wyatt.

Mi hermano asintió y luego me miró.

–¿Qué pasa, Lily? –preguntó–. Pareces enfadada.

–Ah, ¿sí?

–¿Sigues enfadada porque Jonah...?

–¿Se ha comido todos los cereales con nubes? –lo interrumpí rápidamente–. Pues sí.

–¡No me los he comido! –protestó Jonah desde la mesa.

–¿Y dónde están?

Jonah susurró un «No lo sé» y siguió comiéndose sus cereales.

Wyatt arrugó la nariz y seguramente iba a contradecirme cuando dije:

–Será mejor que te vayas, no querrás llegar tarde.

Cade caminó hacia la puerta y yo retuve a Wyatt.

–Oye –susurré–. No le menciones lo de mi guitarra rota a tu entrenador, ¿vale?

–¿Por qué no? –susurró también Wyatt.

«Porque si le da muchas vueltas, puede que se dé cuenta de que lo de mi hermano rompiéndome la guitarra se parece demasiado a cierta carta que ha leído hace poco.»

–Porque no quiero que piense mal de Jonah.

–¿No le caería bien Jonah si lo supiera? –preguntó Wyatt.

–Es solo que no hace falta que hablemos mal de él.

–Vale –dijo Wyatt, y salió corriendo por la puerta.

* * *

Pasé dos horas esperando ansiosa a que mi hermano volviera a casa. Traté de distraerme cosiendo, luego escribiendo y luego dibujando, pero fue todo en vano. Cuando vi que Cade aparcaba el coche sobre las siete y media, abrí la puerta principal y me quedé en el porche mientras Wyatt se acercaba corriendo. Esperé a que se volviera y saludara a Cade. En cuanto este se alejó, dije:

–¿Y bien? ¿Qué tal ha ido?

Wyatt estaba contentísimo.

–¡Ha sido genial! Me encanta el béisbol. Nos han puesto motes a todos. ¿Quieres saber el mío?

Por supuesto que Cade iba a ponerles motes a todos.

–Sí –dije, ya preocupada.

–¡Rayo rosa!

–¿Rayo? ¿Rosa?

Wyatt levantó un pie. En el lateral de la zapatilla de béisbol tenía el símbolo de Nike en un color rosa chillón. Mi madre debía de haberlas comprado en la tienda de segunda mano, como muchas otras cosas.

–Sí. A los demás les hizo gracia cuando lo dijo Cade. Se rieron, pero luego les pareció bien a todos.

Por el bien de mi hermano me tragué el enfado que se me había quedado en la garganta. No quería que se sintiera mal. Aquel era un nombre del que todo el mundo se iba a reír cada semana mientras se recordaban una y otra vez que les parecía bien.

–Qué nombre más gracioso –dije por fin.

–Sí. Está bien.

–Bueno, a la ducha.

Echó a andar y luego se paró.

–¿Lily?

–¿Wyatt?

Bajó la vista y se miró los pies.

–Eh... Da igual.

Fruncí el ceño. ¿Acaso Cade había hecho que se sintiera estúpido? No quería preguntárselo si no era verdad, pero quería que mi hermano pudiera hablar de ello conmigo.

–¿Seguro que no tienes que decirme nada? –le pregunté con suavidad.

Wyatt asintió lentamente.

–Sí, seguro.

Puede que Wyatt no necesitara hablar de ello, pero yo iba a hacerlo. Con el causante.

* * *

El viernes antes de clase lo busqué por los pasillos, aunque no estaba segura de cuál era el horario de Cade por las mañanas. Había visto su coche en el aparcamiento, así que sabía que estaba allí. Normalmente, intentaba evitarlo. Aquel día iba a ser lo contrario. Me ardía la sangre. Tenía calientes hasta los ojos.

Estaba solo junto a su taquilla, mirándola como si se le hubiera olvidado la combinación.

Caminé con decisión hasta él y le toqué el hombro con un dedo.

–¿Cómo te atreves?

Se volvió con una mirada de cansancio en la cara.

–¿Qué quieres?

–¿Has llamado Rayo Rosa a mi hermano? ¿Has dejado que los chavales se burlen de él?

Cade levantó las cejas.

–¿Eso te ha dicho? ¿Que los chicos se estaban burlando de él?

–Sí. Me ha dicho que se rieron de él.

–Durante un segundo.

–Pues no se habrían reído si no le hubieras puesto ese mote –escupí.

–¿En serio? ¿Es eso lo que piensas? ¿Tú has visto las zapatillas que llevaba tu hermano? Yo sabía que se reirían de él. Tenía que pararle los pies.

–¿Haciéndolo tú primero?

–Dándoles una razón de ser. O un significado guay, incluso.

Las palabras que había planeado decir, fueran las que fuesen, abandonaron mi cerebro. Me quedé mirando a Cade.

–De nada –dijo–. ¿Hemos terminado? ¿Has acabado con todas las injusticias que percibes en el mundo? –Se alejó antes de que pudiera responder. Luego se volvió y añadió–: ¿Y quién le ha comprado esas zapatillas? Es a él o a ella a quien deberías estar gritando. –No esperó a que contestara antes de echar a andar otra vez.

Gruñí y luego miré su taquilla. Esa que no había abierto. ¿Se había olvidado porque lo había interrumpido o ya había sacado algo cuando yo llegué? Si ese era el caso, ¿por qué se había quedado ahí mirándola mientras me acercaba? No, no iba a preocuparme por Cade. Él no necesitaba que lo hiciera. Sabía cuidarse bastante bien.

CAPÍTULO 28

Imaginarme la cara de Cade al leer sus cartas me cabreaba y a la vez me resultaba extrañamente satisfactorio. Me cabreaba porque era muy mono y él lo sabía, lo cual me enfadaba. Por otro lado, me resultaba satisfactorio porque era agradable ponerles cara a las palabras. Las hacía más personales.

Aunque la cara en cuestión me cabrease...

¿Habéis hecho ya las paces tu hermano y tú? Ya casi es Acción de Gracias. No sé qué tiene que ver eso con hacer las paces con tu hermano, pero las fiestas siempre parecen ser un buen momento para hacer... Bueno, lo que sea, supongo. ¿Que es el día de la Independencia de Estados Unidos? Pues comemos y reunimos a la familia. ¿Que es Semana Santa? Mejor que hagamos las paces con el vecino que se cargó nuestra valla. ¿Que es el cumpleaños del presidente Washington? Pues compramos un sofá. De hecho, mi madre compró uno la última vez. Yo ni sabía que necesitábamos un sofá. Creo que lo compró simplemente porque era un día de fiesta. En fin, que me voy por las ramas. ¿Qué quiero decir con esto? Que es (casi) Acción de Gracias. Es hora de hacer lo que llevas tiempo pensando hacer. Yo también lo haré.

Y así terminó la carta. De aquella forma tan imprecisa que me dejó muriéndome de ganas de saber qué pretendía. ¿Qué era lo que llevaba tiempo pensando hacer?

Me mordí el labio. ¿No había jurado que no iba a responder? Pero bueno, ¿qué era una carta más? Tal como estaban las cosas...

¿Qué llevas tiempo pensando hacer? ¿Escuchar la discografía entera de Pink Floyd de una sentada? Yo llevo tiempo pensándolo. A lo mejor va a tener que ser eso lo que haga en Acción de Gracias, porque parece que mi hermano y yo ya hemos hecho las paces. O, al menos, ya he aceptado que nunca admitirá lo que ha hecho, pero es mi hermano. Así que, bueno, lo único que nos falta para hacer las paces es el abrazo oficial que lo arregla todo. Tiene que estar presente en todos los procesos de paz, porque los abrazos están llenos de poderes mágicos curativos.

Y no sabía que hubiera que comprar sofás el día del cumpleaños de Washington. Mi familia tiene que ponerse un poco al día. Hablando de ponerse al día... ¿Cómo estás? ¿Va todo bien?

Metí la carta en su sitio, enfadada conmigo misma. Me sentía como una adicta que no podía dejar su droga, y eso me hacía enfadarme aún más con Cade. No obstante, aquel era el último día antes de las vacaciones de Acción de Gracias. Lo más probable era que un descanso de una semana me curase la adicción. Como si me desintoxicara. Y mejor aún que una desintoxicación, pensé con una sonrisa, sería salir con Lucas. En ello estaría dentro unas ocho horas.

* * *

Día cuatro de castigo. Solo me quedaban seis. Hasta entonces no me había ido tan mal, pensé al abrir la puerta para empezar mi hora.

Entonces entré y vi que Sasha estaba donde me sentaba yo normalmente, hacia el fondo de la habitación.

Claro que me iba a robar el sitio. Típico de ella.

Me pregunté qué habría hecho para acabar en el aula de castigo aquel día. Debería haber sido ella la que se hubiera quedado allí tantos días, dado que era yo la que estaba cumpliendo su castigo.

Reclamé un asiento en el lado opuesto de la habitación. Había una chica muy guapa de último curso sentada con Sa-sha. No sabía cómo se llamaba, pero las dos estaban dándole a la lengua. Intenté ahogar su conversación bosquejando en mi cuaderno un diseño para una camisa. Las camisas eran mucho más difíciles de coser que las faldas, pero me sentía preparada para ver cómo se me daban. Se me había ocurrido hacer una blusa corta muy mona con el cuello ancho. Ya había sacado la máquina de coser la noche anterior y había encontrado el material más adecuado entre mis retales. Solo tenía que averiguar cómo juntarlo todo.

Me estaba aislando con éxito de la estridente voz de Sa-sha hasta que la oí decir su nombre: Cade.

Agucé el oído.

—¿Cade y tú estáis juntos ahora? —le preguntó a Sasha la chica de último curso.

Yo también tenía curiosidad. Mi lápiz se detuvo en el arco que estaba trazando.

—Sí —dijo Sasha alegremente.

—¿Y cómo ha sido?

—El otro día me pidió salir, así, de repente. Fue adorable.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué te pidió salir?

—¿Por qué no? Tendrías que preguntarme por qué ha tardado tanto. Por fin se ha dado cuenta de lo que se estaba perdiendo.

Seguí dibujando. Vale. Estupendo. Sasha y Cade estaban juntos. El mundo ya estaba en perfecto orden. Cade había encontrado a su media naranja.

CAPÍTULO 29

El grupo, Frequent Stops, hacía mucho ruido, pero estaba genial. Cuando llegara a casa, me bajaría algunas de sus canciones. Eso seguro. Me pregunté si Cade habría oído hablar de ellos. Tendría que escribirle y decirle que añadiera Frequent Stops a su lista de...

No. No iba a hacerlo. ¿Qué me pasaba?

Miré a Lucas. Su ropa de salir era más o menos igual que la de ir a clase, solo que sin los auriculares: unos vaqueros y una camiseta. Llevábamos allí una hora. Gabriel e Isabel habían venido en coche conmigo hasta Phoenix, e Isabel estuvo hablando todo el rato, como si supiera lo nerviosa que estaba. No tenía muchas razones para estarlo. Lucas me esperaba fuera con su adorable pelo largo alborotado, y me regaló una lenta sonrisa. Le presenté a Isabel y a Gabriel y entramos todos juntos con una pulsera roja en la muñeca que indicaba que éramos menores de edad.

Ahora estábamos todos a unos cuatro o cinco metros del escenario, demasiado cerca de los altavoces como para tener una conversación normal. Me dije a mí misma que no nos había llevado hasta allí adrede.

Iba a demostrarlo hablando.

—¿Te gusta el grupo? —le grité a Lucas.

—¿Qué? —Se puso una mano en la oreja y se inclinó hacia mí.

–¿Te gusta el grupo?

Él asintió.

–¿Escuchas mucha música de este tipo?

–¿Qué?

–¿Son de tu estilo de música? –pregunté cuando se inclinó de nuevo y me rozó el hombro con el suyo.

–Me gusta variar –respondió.

–Me pregunto si nuestras listas de reproducción serán parecidas.

–¿Qué?

–Nada. –A lo mejor sí que nos había puesto allí adrede.

Isabel me tocó el brazo e hizo un gesto de beber con la mano.

–Voy a por agua. Ahora vengo.

–Vale.

Lucas dijo algo que no entendí. A lo mejor debíamos tomar ejemplo de Isabel y empezar a hacernos señas.

–¿Qué? –Me acerqué bastante a él esta vez.

–¿Quieres beber algo tú también? –preguntó, señalando hacia Isabel y Gabriel, que se dirigían a la barra que había detrás de nosotros. No había mucha gente aquella noche, como solía pasar con los grupos menos conocidos.

El vocalista estaba berreando frente al micrófono y le corría el sudor por la sien.

–Estoy bien. A lo mejor en el descanso –le dije a Lucas.

Lucas me oyó o entendió los gestos que hice con las manos, porque también volvió a centrar la atención en el escenario.

* * *

Los oídos me seguían pitando y el pecho me seguía vibrando, aunque ya estábamos todos fuera, en un rincón del aparcamiento que había al otro lado de la calle. La noche estaba tranquila a nuestro alrededor. Los conciertos siempre me hacían vibrar de la mejor manera. Yo no necesitaba estar ahí arriba, tocando bajo los focos. Solo con escuchar a alguien cantando mis letras o tocando mis acordes, dándoles vida y pasión a mis ideas, ya me sentiría muy muy feliz.

Nos habíamos parado junto al coche de Lucas: un Ford Focus azul marino. No me lo había imaginado en un coche así. Le pegaba más ir en un Corolla hecho polvo. No es que a la gente que yo conocía le pegasen sus coches; yo casi siempre iba en el monovolumen de mi madre... Vale, ese me pegaba un poco.

Isabel se tapó y destapó los oídos varias veces con las puntas de los dedos.

–Tendrían que darnos tapones al entrar. –Hablaba en voz muy alta. Seguramente le pitaban los oídos.

–¡Hablas como una abuela! –bromeó Gabriel, pero él también estaba hablando muy alto.

Yo solté una risita.

–Ha estado genial –dijo Lucas con su media sonrisa.

Sonreí.

–Increíble. ¿Los habías escuchado antes?

–No, creo que son de aquí. Llevan poco tiempo.

–Ahora ya podemos decir que los conocíamos antes de que se hicieran famosos.

–Sí. Y estaremos orgullosos de ello, también –dijo Lucas, y yo me reí.

Gabriel asintió.

–A lo mejor, para entonces Lily ya será famosa y se lo podrá tener igual de creído.

Lucas hizo girar sus llaves alrededor de un dedo y las detuvo con la palma.

–¿Estás en un grupo? –me preguntó.

–No. Ni de lejos.

–Toca la guitarra y compone canciones –añadió Isabel.

Yo arrastré los pies.

–Lo hacía... Bueno, lo intentaba. Pero ya no. Se me ha roto la guitarra.

Lucas inclinó la cabeza hacia un lado.

–¿Se puede arreglar?

–No estoy segura. Está muy astillada.

–Conozco a una chica en la tienda de música que repara guitarras. Te pasaré su contacto.

–¿En serio? Estaría genial. Gracias.

Lucas asintió.

–Que se te rompa la guitarra es lo peor.

Me detuve un momento, a punto de mostrarme de acuerdo, y procesé lo que había dicho.

–Espera, ¿tocas?

–Sí.

–Guay.

–Muy guay –dijo Isabel, sonriéndome ampliamente.

–Intentaré darte su contacto esta semana –me dijo Lucas–. Puede que la tienda no esté abierta, con lo de Acción de Gracias y todo eso.

–No pasa nada. Después de esta semana me viene bien.

–Te mando un mensaje si lo consigo.

–¿En plan por el cielo? –dije riéndome.

–No, en plan por el móvil –dijo, confuso.

–Era una broma... Los aviones... Las rebajas... Da igual, sí, por el móvil es estupendo. –«Deja de hacer referencia a tus cartas como si todo el mundo

tuviera que saber de qué estás hablando, Lily.»

Nos intercambiamos los números, él abrió el coche y extendió un brazo. No estaba segura de qué me estaba ofreciendo, pero me deslicé para abrazarlo de lado.

–Gracias por venir. Ha sido divertido.

–Sí que lo ha sido. Nos vemos.

Cuando se fue, le apreté la mano a Isabel y ella apretó la mía. ¡Había tenido una cita con Lucas! Y nos habíamos intercambiado los números. ¡Y nos habíamos abrazado!

Había sido perfecto.

Por fin podía dejar atrás a mi amigo por correspondencia.

CAPÍTULO 30

–¿Qué hace este dentro de casa? –preguntó mi padre, pasando por encima del conejo. Ashley y yo estábamos en el salón, viendo un documental sobre hormigas de fuego (idea suya, no mía) que me estaba pareciendo extrañamente fascinante.

Mi madre, sentada a la mesa y ensartando unas cuentas para hacer un collar, dijo:

–Necesita algo de ejercicio. Si tuviera una jaula más grande... –Le puso ojitos pedigüeños a mi padre.

–No voy a construirle una mansión a un conejo.

–¿Acaso he dicho yo mansión? Chicas, ¿he dicho mansión?

Levanté las manos.

–No nos metáis en esto. Ese conejo es el mal. Estoy de parte de papá.

–Aquí no hay bandos –dijeron mi madre y mi padre a la vez.

Ashley me miró, levantó las cejas y dijo:

–¿Entonces no tenemos que volver a votar? ¿Nunca?

Mi padre se rio.

–Eso son solo juegos divertidos. Preparaos para votar por el mejor pastel dentro de dos días. He mejorado mi receta.

Ashley se levantó.

–Vamos, Lily. Ven a dar un paseo.

–Pero no quiero. Las hormigas de fuego. –Señalé la tele.

Ella me tiró del brazo.

–Venga.

–Vale. Vamos a dar un paseo.

Habíamos recorrido media manzana cuando me dijo:

–¿Por qué has tirado el recorte de periódico?

–¿Qué? –pregunté, aunque la había oído perfectamente.

–Ese que he estado viendo en tu pared durante semanas.

–No lo he tirado –dije–. Sigue en algún rincón de la habitación... hecho una bola.

Ashley me golpeó en la cadera con la suya.

–Pensaba que por fin ibas a vencer tus miedos y a compartir tus canciones.

–Iba a hacerlo, pero mi guitarra está rota, así que ya no puedo. –No mencioné que a lo mejor Lucas conocía a alguien que podía arreglarla. No quería darme esperanzas, por si acaso al final no se podía hacer nada.

–Cómprate una guitarra nueva –dijo Ashley al doblar la esquina.

–Sabes que no puedo permitírmela.

–Alquila una.

–Yo...

Ella le dio un golpecito a un buzón al pasar por su lado, como si se hubiera puesto de su parte en la conversación.

–Eso pensaba. Te has aferrado a la primera excusa que has encontrado para abandonar la competición.

Fruncí el ceño, molesta.

–Ashley, mi guitarra está rota. La que tengo que usar para escribir la mitad de la canción. Creo que es una excusa bastante buena.

–Vale. Si esa es tu única razón, puedes compartir con la familia en Acción de Gracias la letra de la canción en la que has estado trabajando.

Me detuve un momento y dije:

–Vale. Lo haré.

–Bien. Los abuelos también van a estar.

–Lo sé.

–Y la tía Lisa y sus hijos. Y el tío James y sus hijos.

–Ya lo sé –¿Estaba intentando convencerme para que lo dejara o solo quería que admitiera que estaba aterrorizada?

–Y Mark.

–Lo sé... Espera... ¿Quién?

–El chico del trabajo. Vamos en serio.

–¿Sí? –Mi hermana nunca había ido en serio con nadie, así que me sorprendió–. ¿El que te vio la comida entre los dientes?

Ella me empujó por el brazo.

–Cállate.

Me reí.

–Era broma. Está genial, Ash.

–Así que lo he invitado a cenar en Acción de Gracias.

Asentí. Un novio en Acción de Gracias iba a ser una novedad.

–Si te gusta ese chico, mantenlo alejado de casa –dije–. Especialmente los días de fiesta.

Ella se rio como si fuera una broma, pero luego su risa se fue apagando hasta dar paso a una expresión preocupada.

–Oh, no. Tienes razón. He cometido un error.

Asentí.

–Aún no es tarde para decirle que se quede en casa.

–Nuestra familia podrá ser normal durante un día, ¿no? –preguntó Ashley, esperanzada–. No será difícil. Ya hemos sido normales durante cierto periodo de tiempo otras veces. –No sonaba segura.

–Será tu funeral.

–Todo irá bien. –Hizo un gesto con la mano en el aire–. Yo estaré allí para distraerlo.

–No prestes atención al hombre detrás de la cortina.

–No digas cosas así cuando él esté con nosotros.

–¿No puedo citar *El mago de Oz*? Todo el mundo conoce *El mago de Oz*. Y si no lo conoce, deberías dar gracias de que lo hayamos descubierto tan pronto en vuestra relación.

Se puso una mano en la frente.

–Tienes razón. Debe quedarse en casa.

–Exacto.

–Se quedará en casa... pero sigues teniendo que compartir tu canción en Acción de Gracias.

* * *

–¿Que has hecho qué? –Estaba vertiendo salsa caliente en el plato y casi la tiro sobre la encimera. Me salpicó un poco en la muñeca y me lo limpié rápidamente, antes de que me quemara.

–Por favor, Lily –dijo mi madre suspirando–. No te pongas dramática. Pensaba que lo conocías.

–Sí, lo conozco, y por eso precisamente no quiero que venga a cenar en Acción de Gracias.

–Bueno, pues tu hermano lo ha invitado y él ha aceptado.

Ashley se metió una aceituna en la boca.

–¿Wyatt lo ha invitado a la cena de Acción de Gracias? Qué raro.

–¿Ves? Es raro –dije–. Tú llama a Cade y dile que ha habido un cambio de planes.

Porque Cade Jennings, mi enemigo, mi antiguo amigo secreto por correspondencia, no podía plantarse en mi casa por Acción de Gracias.

–¿Quién es Cade? –preguntó la tía Lisa, con un bebé en la cadera, mientras removía unos ñames. Había llegado con sus tres hijos y mis abuelos hacía una hora. Mi tío, su mujer y sus cuatro hijos habían llegado la noche anterior. Y aún estábamos esperando a la otra hermana de mi madre.

Y a Cade, por lo visto.

–Un amigo de Lily –dijo mi madre.

Me ardió la cara.

–No. No somos amigos. Es el entrenador de béisbol de Wyatt. –Dejé la salsera junto a las patatas–. Mamá, esta familia es una locura demasiado grande como para traer invitados –intenté discutir. ¿Y por qué no podía ir Cade a casa de Sasha por Acción de Gracias? ¿No podía ir a torturar a otra familia?

Ashley, que ahora estaba asaltando la bandeja de las verduras, dijo:

–Puede hablar con Mark.

–¿Qué? Pensaba que habías convencido a Mark para que se quedara en casa –dije.

–Pues no. Pero sed normales, ¿vale? ¡Normales! –Ashley salió con aire decidido de la cocina, seguramente para transmitirle la orden de «sed normales» al resto de la familia. Mi familia no sabía qué era ser normal. Tendría que ser un poco más específica.

Me limpié las manos con un trapo y me sorprendí yendo al baño y analizándome en el espejo. Mi análisis concluyó conmigo aplicándome máscara de pestañas, un poco de colorete y algo de brillo de labios. No por Cade, sino porque era Acción de Gracias.

Sonó el timbre, cerré los ojos y me di a mí misma una charla motivadora.

«Me alegro de que Cade pueda pasar Acción de Gracias lejos de casa. Le hace falta. Y puedo soportarlo durante una tarde.»

«¿Verdad?»

Volvió a sonar el timbre.

¿Es que allí nadie sabía abrir la puerta?

De todas maneras, seguramente fuera mejor que abriese yo. Podía mostrarle a Cade lo que lo esperaba o, mejor aún, hacer que se fuera.

Abrí la puerta principal y di un paso adelante mientras Cade levantaba la mano, listo para volver a llamar. Llevaba unos bonitos pantalones y una camisa de manga larga con botones en el cuello. Se había peinado y llevaba un paquete envuelto en la mano.

Él miró la puerta cerrada por encima de mi hombro y luego dijo:

–Me ha invitado tu hermano.

–Lo sé. ¿Te ha advertido de que esta es una casa de locos?

–No.

–Bueno, pues aquí tienes tu advertencia. Aún puedes irte, antes de que nadie sepa que estás aquí, si quieres. –Quería añadir que no estaba segura de que nuestra casa fuese precisamente una buena alternativa a la suya, pero entonces revelaría que sabía que era mi amigo por correspondencia.

–Le dije a tu hermano que vendría –dijo Cade.

–Vale. Pero quiero tener un buen día, así que vamos a pactar una tregua, ¿vale? Hoy no vamos a pelearnos... porque es Acción de Gracias.

–¿Porque es Acción de Gracias? –preguntó con una ceja en alto.

No era mi intención volver a citar una de sus cartas, simplemente me salió, pero él no podría adivinar que lo estaba citando a él. Yo era la última persona con la que pensaría que se estaba carteando.

–A no ser que tanto autocontrol sea demasiado para ti –añadí, intentando cubrirme.

–Ya has roto la tregua con ese comentario –señaló Cade con una media sonrisa.

–La tregua no empieza hasta que entres en casa.

–¿Y termina en el momento en que salga?

–Sí.

–Trato hecho. –Levantó la mano como si tuviera que estrechársela.

Casi me aparto de su mano extendida, pero supuse que debía tomar la iniciativa en lo de ser agradable.

Se la estreché.

–Bien.

Cuando intenté retirar la mano, él me la retuvo.

–Estás muy guapa.

–¿Qué? –espeté–. No hace falta pasarse. He dicho que no nos peleemos, no que tengamos que hacernos cumplidos.

Una sonrisa apareció lentamente en su cara.

–Esto va a ser divertido. Y tengo la sensación de que te va a costar más a ti que a mí.

–¿Porque estás acostumbrado a fingir ser lo que no eres? –Me mordí la lengua antes de decir más.

–No, porque tú pareces incapaz de ser agradable. –Me soltó la mano, abrió la puerta y me dejó en el porche, mirándolo.

Entonces ¿habíamos acordado una tregua o no? Sellar una tregua con insultos no me parecía un inicio prometedor.

Tenía razón: no sabía si iba a poder hacerlo.

–¡Chicos, ha llegado Cade! –grité, caminando tras él.

–¡Entrenador! –Wyatt vino corriendo por el pasillo. Parecía que quería darle un abrazo a Cade, pero, en lugar de eso, levantó la mano para chocarle el puño. Cade se lo chocó. Jonah apareció después y quiso que se lo chocase también a él.

–Soy Jonah. Tengo siete años y serás mi entrenador dentro de dos –le dijo a Cade.

–Tal vez –dijo Cade–. Puede que para entonces me haya ido a la universidad.

–Puedes volver para entrenarme –le aseguró Jonah.

–Espero que sí. Wyatt, llévame con tu madre, que tengo un regalo para ella.

–¿Por qué le has traído un regalo?

–Porque es de buena educación llevarle regalos a la gente cuando te invitan a su casa.

–Yo nunca lo he hecho –dijo Wyatt, pensativo–. Solo en fiestas de cumpleaños, pero esto no es una fiesta de cumpleaños.

Cade le pasó el brazo a Wyatt por los hombros.

–Es verdad.

Se fueron y respiré hondo. Podía hacerlo. Solo tenía que imaginarme a Cade como el chico con quien me había estado carteando, al que admiraba mi hermano, no como el que se metía conmigo en los pasillos y advertía a los chicos para que se alejaran de mí.

Justo cuando iba a ver si madre necesitaba ayuda en la cocina, volvió a sonar el timbre. Me volví y abrí. Había un chico con una botella de sidra espumosa en el porche. Tenía el pelo oscuro alborotado, pero su ropa era elegante y no estaba arrugada, así que supuse que lo del pelo había sido aposta. Teniendo en cuenta cómo lo llevaba yo casi todos los días, debería haberme mostrado más benevolente con lo del pelo rebelde.

–Hola –dije.

–Soy Mark.

El amigo de Ashley... ¿El novio?

–Ah, sí, el de la comida entre los dientes.

Arrugó el ceño.

–¿Perdona?

–Nada. Pasa. Soy Lily.

–Ah –dijo como si hubiera comprendido algún misterio. ¿Qué le había contado mi hermana sobre mí, y cómo podía haber demostrado ya que era cierto con solo dos frases?

–¡Ash! –grité, volviendo a entrar–. ¡Ha llegado tu... chico!

Ashley entró como una exhalación en medio de una nube de perfume y laca. No sabía muy bien para qué necesitaba su peinado la laca, pero se había puesto un montón.

–¡Mark! ¡Hola! Anda, ¿es para nosotros? –Señaló la botella que tenía en la mano–. Gracias. –Entrelazó los dedos con los suyos y se lo llevó.

¿Cuándo se había convertido nuestra casa en un destino para invitados a la cena de Acción de Gracias? ¿Para el tipo de invitados que traían regalos? Aquel iba a ser el día de Acción de Gracias más raro de la historia.

CAPÍTULO 31

El hecho de que nuestros invitados tuvieran cierto conocimiento de las normas de etiqueta no mejoró los modales de mi familia. En cuanto mi padre pronunció la palabra «amén», mis hermanos y primos se tiraron en plancha sobre la encimera en la cual habían dejado toda la comida. Ya estaban escarbando entre trozos de pavo antes de que nadie tuviera la oportunidad de moverse.

La cocina se convirtió en un frenesí de actividad: mi madre quitándole las tapas y el papel de aluminio a todo, mi padre pidiendo los muslos de pavo a gritos, mi hermana sirviendo las bebidas, mis abuelos comandando desde sus asientos en la mesa, mi tía peleando con su hija para sentarla en una trona mientras la niña chillaba como una posesa, sus otros dos niños corriendo en círculos alrededor de la encimera y mi tío dándoles órdenes a sus hijos a voces. Cade parecía que se hubiera quedado pegado a las baldosas y no supiera muy bien qué hacer. Las visitas tenían que venir a mi casa con un manual de instrucciones.

Miré el reloj del horno. Eran las dos y cinco de la tarde. Una hora: eso era lo que iba a durar Cade antes de inventarse una excusa para irse. Me apostaba mi guitarra rota.

Le dediqué una sonrisita de satisfacción.

–Te he avisado. Y si quieres comer algo, tendrás que echarle narices.

Y así lo hizo. En dos pasos, ya tenía un plato y lo estaba llenando con precisión. Zigzagueó entre varias personas hasta que llegó al extremo de la encimera, donde Ashley le extendió una bebida. Entonces, la que se quedó pegada a las baldosas fui yo. La cesta de pan vacía se burlaba de mí por haber esperado tanto, como si fuera nueva. Wyatt tenía tres panecillos apilados peligrosamente en su plato y le robé uno al pasar por su lado.

–¡Oye!

Le acaricié la cabeza, le di un mordisco al pan y luego agarré un plato. La mesa ya estaba llena, igual que las banquetas que había frente a la encimera. Así pues, cuando hube llenado mi plato de comida, salí a la mesa de picnic de fuera, donde uno podía sentarse en noviembre con total comodidad porque estábamos en Arizona: el estado que intentaba asesinar a sus habitantes cada verano, pero que conseguía que se les olvidara porque todos los inviernos eran excepcionalmente agradables.

Dejé caer una judía verde en la jaula del conejo al pasar por su lado. Luego me senté. Pronto llegó Ashley (con su chico). Y luego salió Cade. Se me encogió el estómago. Era el invitado de Wyatt. ¿No debería quedarse dentro con él?

Mark parecía un poco desanimado y su pelo alborotado estaba más lacio que cuando llegó.

–Aquí fuera se está mucho más tranquilo –señaló, mirando a su alrededor, aliviado.

–No por mucho tiempo –dije.

–Bueno, tampoco puedo quedarme demasiado –dijo él.

Vaya, diez minutos y Mark ya estaba diseñando su plan de fuga.

–Ah, ¿no? –preguntó Ashley.

–Te lo dije, ¿verdad? Tengo que ir a ver a mis abuelos en un rato.

Esperé a que Cade dijera algo similar, a que se lanzara sobre alguna excusa fácil, pero estaba demasiado ocupado comiendo.

–Creo que no nos han presentado oficialmente todavía –le dijo Ashley a Cade–. Eres el entrenador de Wyatt, ¿no?

Cade levantó la vista y tragó.

–Y amigo de Lily –dijo guiñándome un ojo.

–¿Vosotros dos sois amigos? –preguntó Ashley. La sorpresa en su voz era un poco insultante.

–Más bien, conocidos –dije con frialdad. Casi añadí «que se odian», pero me detuve a tiempo–. Nos movemos en círculos totalmente diferentes.

La puerta trasera se abrió de golpe y Jonah y dos de mis primos salieron corriendo. Los dos pequeños se fueron directos al césped, pero Jonah se acercó a la jaula del conejo.

–¡Hola, entrenador! –gritó Jonah–. ¿Quieres ver a Bugs Conejo?

–Será Bugs Bunny –dijo Cade.

–No, es un conejo.

Cade me miró y yo sonreí.

–Es un conejo –repetí.

–Claro que sí. –Cade asintió en dirección a Jonah–. Sí, lo veo. Muy chulo. Jonah abrió la jaula y Ashley y yo dijimos a la vez:

–Déjalo dentro.

–Solo quiero sujetarlo –Jonah sacó el conejo y se lo enseñó a Mark y a Cade.

–¿Habéis comido conejo alguna vez? –preguntó Mark–. La verdad es que está bastante bueno.

Jonah se quedó con la boca abierta y Ashley le dio un golpe en el hombro a Mark, riéndose.

–Solo es una broma, Jonah –dijo.

Un segundo demasiado tarde, Mark asintió con la cabeza.

–Sí, era solo una broma. No nos vamos a comer a Bugs Bunny.

–Bugs Conejo –dijo Cade antes de que Jonah pudiera hacerlo. Le rascó detrás de las orejas al animal y Jonah debió de interpretarlo como que quería cogerlo, porque se lo puso en el regazo. Cade soltó un gruñido, obviamente sorprendido, y no consiguió rodear al conejo con los brazos a tiempo. El animal se subió a la mesa de un salto y, no sé cómo, se las arregló para pisar cada uno de los platos en menos de cinco segundos. Todos intentamos atraparlo, pero se nos escapó.

Finalmente, me levanté y lo atrapé, aunque era la primera vez que sostenía aquella mascota maligna y, por lo visto, no sabía cómo hacerlo, porque sus patitas traseras se convirtieron en minihojas de sierra y me apuñalaron con las uñas. Solté un chillido, dejé al conejo en el suelo y este salió corriendo por el jardín.

Me examiné los brazos. La mayoría de los cortes eran solo rasguños, pero uno era más largo y lo recorrían unas pocas gotas de sangre. Cuando levanté la vista, Cade estaba persiguiendo a Bugs con Jonah en los talones.

–En serio, el conejo está bueno –dijo Mark, y se rio por lo bajo de su propio chiste–. Yo lo dejo caer.

Cade se tiró al suelo con los brazos extendidos y consiguió aterrizar perfectamente y capturar al bichillo. Jonah lo vitoreó y los dos primos que se habían unido a la persecución se pusieron a saltar y a aplaudir. Cade se tumbó bocarriba en el suelo y se puso el conejo sobre el pecho. El animal parecía un dócil gatito mientras Cade le acariciaba el pelaje.

–¡Se te va a mear encima! –grité.

Cade se rio como si fuera una broma, con los tres chiquillos sentados en la hierba a su alrededor y acariciando al conejo. No, no era lo más adorable que había visto jamás. Me negaba a admitirlo.

Cade arrancó unas briznas de hierba e intentó dárselas de comer al conejo.

–No le gusta la hierba. Come zanahorias, lechuga y pienso.

–¿Qué son los pellets? –preguntó Cade.

–No lo sé, pero huelen fatal.

Cade se volvió a reír. Era una risa profunda y genuina, y todos los niños se rieron también. Me alegraba que se lo estuviera pasando bien. La carta en la que hablaba de los días de Acción de Gracias normales con su familia no era positiva. Supuse que podía alegrarme por él aquel día. Al siguiente, la cosa sería distinta.

Jonah libró a Cade del conejo y lo metió en su jaula. Ashley y Mark se llevaron los platos contaminados dentro de casa. Mis primitos volvieron a ponerse a arrancar hierbas que parecían flores. Cade se quedó tumbado sobre la hierba con las manos detrás de la cabeza y los tobillos cruzados. Mis pies cobraron vida propia, porque caminaron para ponerse a su lado.

Cade me miró desde abajo con los ojos entrecerrados.

–Tu hermano es una monada.

–Y él lo sabe. Un poco como alguien que yo me sé –murmuré antes de poder callarme.

Cade se rio.

–No estarás hablando de mí, ¿no? Porque estamos en tregua.

Era una broma... más o menos... Pero tenía razón: estábamos en tregua.

–Ahora tienes los pantalones manchados de hierba en las rodillas.

Levantó una pierna y la miró. Luego la bajó y dio unos golpecitos en el césped, a su lado.

–Siéntate.

Yo no estaba dispuesta a obedecer sus órdenes, pero, de nuevo, parecía que mi cerebro no tenía el control sobre el resto de mi cuerpo. Me senté. Cade se puso de lado para mirarme y se incorporó sobre un codo. Luego se quedó

mirándome, simplemente. Tanto rato que empecé a sentirme violenta bajo su escrutinio.

No quería ser la primera en decir algo, pero no pude evitarlo.

–Deberías considerar lo de dedicarte profesionalmente a atrapar conejos.

No se te da nada mal.

Él sonrió.

–Eso sería casi igual de varonil que hacerme vaquero.

Me reí.

–¿Y cuáles son tus planes para el futuro, entonces? –pregunté, y me di cuenta de que nunca habíamos hablado de eso en nuestras cartas.

Cade suspiró.

–Pareces mi padre.

Me fijé en que no había dicho «padraastro», aunque yo asumí que era a él a quien se refería.

–¿Se supone que eso es una respuesta?

–Béisbol. Ese es mi plan, de momento. Aunque, si le ves alguna salida a lo de atrapar conejos, házmelo saber.

Yo reconocía una no respuesta cuando la escuchaba, pero me había acostumbrado a que Cade se abriera conmigo (en sus cartas, al menos) y, aunque no tuviera ningún sentido, me dolía un poco que no quisiera hacerlo ahora, en persona.

Pero claro, no lo haría conmigo, con Lily. Yo no era santo de su devoción. Yo no era quienquiera que él pensase que le escribía las cartas.

–¿Sigues teniendo hambre? –pregunté, cambiando de tema–. Seguro que queda más comida dentro.

–No, estoy bien. De hecho, he comido en mi casa antes de venir.

–Entonces ¿por qué has venido?

–Porque tu hermano me invitó. Es un buen chaval.

Pasé la mano abierta por la hierba, dejando que las briznas me hicieran cosquillas en la palma.

–¿Esa es la única razón? –Quería que me hablara de su casa. Que se desahogara, como en las cartas. Si había tenido una mala mañana, quería que hablase de ello. Tal vez quisiera demostrarle que podía hablar conmigo.

–¿Querías que hubiera otra razón? –Ladeó la cabeza y levantó un extremo de la boca en una media sonrisa. Me di cuenta de lo que había insinuado sin el contexto de las cartas.

–¡No! Cla... claro que no –tartamudeé, esperando que no se me pusiera la cara roja–. Solo me preguntaba por qué tus padres no te han obligado a quedarte en casa. Los míos no me dejarían irme en Acción de Gracias.

Sus aires de confianza parecieron vacilar. Volvió a tumbarse sobre el césped.

–Sí... Seguro que a mis padres también les gusta que me quede en casa. A mi madre le gusta que pasemos tiempo juntos.

–Ah, ¿sí? –Eso no era lo que había dicho... bueno, escrito, en sus cartas.

–Claro. ¿A qué madre no? ¿Verdad?

Este chico tenía la coraza más gruesa de la historia. No sabía muy bien qué podría hacerle falta para que fuera él mismo al margen de sus cartas.

–No todas las madres son buenas madres. O los padres. Cade no se inmutó ni cerró los ojos. Solo volvió la cabeza y me observó otra vez.

–Te sangra el brazo.

Bajé la vista y me vi un par de gotas rojas por el brazo.

–Ah. Ha sido Bugs. No es para tanto.

–Deberías limpiártelo. No es la criatura más higiénica del mundo, precisamente.

Supe que la conversación se había terminado por el modo en que Cade se tapó los ojos con un brazo, como si fuera a echarse una siesta vespertina. Me

dolió más de lo que yo quería que doliese.

CAPÍTULO 32

Eran las cinco y media y Cade seguía en mi casa. Le había dado una hora y llevaba más de tres. Había perdido de lleno la apuesta que había hecho conmigo misma. Mark se había ido hacía un buen rato. No se había quedado siquiera el tiempo suficiente para oír las historias que contaban mis abuelos todos los años sobre días de Acción de Gracias pasados en los que mi madre era adolescente y hacía huelgas de hambre por los pavos de todo el mundo. Y, desde luego, no se había quedado para probar el pastel que estábamos a punto de comernos.

El pastel. El evento que yo había estado tratando de retrasar durante una hora, hasta que Cade se fuera. Él no debía estar allí cuando pusiéramos en práctica la tradición que yo había descrito perfectamente en una de las cartas. Iba a irse en cualquier momento. Tenía que irse. Eso era lo que llevaba pensando los últimos ciento veinte minutos. Minutos en los que mis primitos se colgaron de los tobillos de Cade, sin soltarse cuando este echaba a andar. En los que mi padre le explicó paso a paso cómo construyó la estantería del salón. En los que mi madre utilizó su muñeca para tomar las medidas de una «pulsera de hombre» que estaba haciendo. Se lo dijo en voz alta:

–Voy a hacer una pulsera de hombre. Déjame un momento la muñeca.

Había perdido la cuenta de las veces en las que me había ruborizado. De las veces en las que Cade había parecido estar confuso o divertido. Me pregunté cuántas de esas historias iban a pasar a manos de Sasha más tarde.

–¿Y dónde está Sasha? –pregunté de repente mientras nos sentábamos en sofás opuestos. Cade todavía llevaba el cordón de cuero con el que estaba trabajando mi madre alrededor de la muñeca.

Se encogió de hombros.

–Con su familia. ¿Dónde está Lucas?

–¿Lucas? ¿Cómo lo...? ¿Por qué tendría que saber yo dónde está Lucas?

–Os vi en un concierto la otra noche.

Se me encogió el estómago.

–¿Frequent Stops? ¿Estabas allí? Sabía que... –Me callé antes de terminar con las palabras «te encantarían».

Cade ladeó la cabeza.

–Que sabías ¿qué?

–Que estarías allí. Oí a Sasha decir algo.

–Sasha no fue.

–Ah... Sabría que ibas a ir.

–Sí.

–Lucas y yo... –¿De verdad tenía que darle explicaciones a Cade sobre si tenía una relación con Lucas o no? Especialmente delante de mi madre. Ella sabía que había ido a un concierto con Isabel y Gabriel y un amigo del instituto. Y, por fortuna, no estaba prestando atención en ese momento—. Nos lo pasamos bien –terminé enseguida—. Nos lo pasamos bien.

Mi madre le dio la vuelta a la muñeca de Cade.

–No te muevas. Voy a por el cierre. –Se levantó y, por primera vez en todo el día, la habitación pareció quedarse en silencio.

Habían puesto una película en la otra sala para entretener a los niños. Mis tías, mi tío, mi padre y mis abuelos estaban en la cocina fregando los platos, y no estaba segura de dónde se había metido Ashley.

Señalé la muñeca de Cade con la cabeza.

–Lo siento.

–Es divertido. Van a darme una pulsera de hombre.

Sonreí.

–No creo que puedas quedártela. Solo te está usando como modelo.

–¿Como modelo?

–Es un hecho, no un cumplido.

–Porque, si me hicieras un cumplido, igual te daba un ictus.

Me reí.

–Un ictus a lo mejor no, pero seguro que mi cerebro se rebelaba de alguna manera.

Él no se rio conmigo. Solo se miró el cordón que tenía en la muñeca.

–Venga ya. No hace falta que yo te diga lo guapo que eres para saber que es verdad.

–¿Estás bien? ¿Te ha dolido la cabeza? –preguntó Cade.

Le di una patada en el pie y se rio.

–Entonces ¿crees que soy guapo? –Le brillaban los ojos.

–¿No lo creen todas las chicas?

Me sorprendí al ver que sus mejillas adoptaban un ligero tono rosado. No sabía muy bien por qué aquello podía darle la más mínima vergüenza. Estaba convencida de que ya lo sabía. Se pasó una mano por el pelo. Luego dijo en una voz tan baja que apenas lo oí:

–Tú no eres todas las chicas.

Mi mirada se clavó en la suya. No estaba segura de haber oído bien. ¿Me estaba tomando el pelo como llevaba haciendo todo el día? ¿Qué narices

quería decir con eso? ¿Era un insulto? ¿Se había terminado nuestra tregua?

Mi madre volvió corriendo.

–Perdona, perdona. No lo encontraba. Ya nos quedan menos de cinco minutos hasta que termine la película y nos pongamos con el pastel. –Me guiñó un ojo.

–¡No! –La palabra salió de golpe de mi boca.

Mi madre se paró mientras le ataba el cierre al cordón.

–¿Qué? ¿Qué pasa?

–Todavía no es la hora.

–Sí que lo es. Se está haciendo tarde.

–Normalmente lo hacemos solo en familia.

–Lily –me regañó mi madre.

Aquel fue el momento en el que Ashley decidió materializarse con mi cuaderno en la mano, delante de ella.

–Es la hora –dijo con una sonrisa.

Me había olvidado por completo de que Ashley había prometido hacerme leer una canción. De repente me invadió el terror.

–No. De ninguna manera. –Me levanté, corrí hacia ella y le quité el cuaderno de la mano.

–Me lo prometiste –dijo Ashley.

Ni de broma iba a leer una canción en aquel momento. La única que estaba medio terminada era la que iba sobre Cade. Y él estaba allí.

–He cambiado de opinión.

–Ya lo sabía yo.

–No, iba a hacerlo, pero...

Ashley me lanzó una mirada de decepción y salió de la estancia justo cuando entraban en fila el resto de los miembros de mi familia. Mi padre venía con la venda para los ojos. Rápidamente intenté pensar algo. Aquello

me pondría en completa evidencia. Si seguíamos adelante con ello, Cade sabría con total seguridad que yo era quien escribía las cartas. Y entonces, se horrorizaría. No podíamos hacer esa revelación tan grande delante de toda mi familia para que luego se enteraran de qué pensaba realmente de mí la gente del instituto.

–Esto es algo especial –le dije a mi padre. Estaba levantando la voz por culpa del pánico–. No creo que debamos hacerlo delante de extraños.

–Lily –dijo mi padre, y bajó el entrecejo hasta el nivel que indicaba que desaprobaba mi comportamiento.

–Lo siento mucho –le dijo mi madre a Cade, disculpándose por mí.

Cade se levantó, se quitó el cordón de la muñeca y se lo dio a mi madre.

–¿Sabe qué? No pasa nada. De todas maneras, ya es hora de que me vaya. A fin de cuentas, es Acción de Gracias. Mi madre querrá que vuelva a casa. Muchas gracias a todos por invitarme. Ha estado todo genial.

Era una persona terrible. Estaba echando a Cade porque tenía miedo. Tenía miedo de que mañana volviera a ser el de siempre. De volver a ser yo la de siempre. De que él no fuera la persona que yo creía que era. De que sí fuera la persona que yo creía que era. De que quería averiguarlo. Tenía miedo.

Lo seguí mientras se iba, pensando alguna forma de explicarle por qué estaba echándolo sin tener que contarle la verdadera razón. Llegó a la puerta.

–Entonces ¿la tregua tenía un límite de tiempo? –preguntó sin darse la vuelta–. ¿O ya es la hora en la que vuelves a ser una...?

No terminó la frase, pero yo ya podía rellenar el hueco. Aquello me libró de la necesidad de inventarme una explicación. En lugar de eso, abrí la puerta y dije:

–Tres horas es lo máximo que puedo aguantar cerca de ti. –Lamenté haberlo dicho en cuanto salió de mi boca. Quería decirle que no era cierto. Que, de hecho, había pasado un rato decente con él ese día.

–Eso no es lo que dicen las demás, pero supongo que tú no eres una chica normal, ¿no? –preguntó con una sonrisa irónica.

–Adiós, Cade.

–Lily. –Asintió y se marchó por el camino en sombras hacia su coche. Cerré la puerta principal y apoyé la frente contra ella. Estaba fría, lo cual me hizo darme cuenta de que tenía la cara caliente. Si era por la vergüenza o por el enfado, no estaba segura del todo.

–¡Lily! –me llamó mi madre desde la otra habitación–. Vamos a empezar.

–¡Voy!

El pastel que estuve degustando durante los siguientes quince minutos no me supo tan bien como siempre. Al parecer, la culpa dejaba mal regusto.

CAPÍTULO 33

Era el sábado después de Acción de Gracias y estaba sentada frente a la máquina de coser, que había colocado sobre la mesa de la cocina, terminando una falda. El móvil me vibró en el bolsillo. Lo saqué y vi el nombre de Isabel en la pantalla.

–Hola –contesté.

–¿Quieres venir a casa? –fue su saludo.

Me reí.

–No puedo. Estoy haciendo de niñera. –El microondas pitó–. Espera un momento. –Recogí los materiales que colgaban de la mesa y los tiré sobre la máquina de coser. Me acerqué al microondas mientras volvía a pitar, abrí la puerta y allí estaban los cuatro perritos calientes, abiertos por la mitad.

–Wyatt, los has metido demasiado tiempo.

–Me los voy a comer de todos modos.

Los saqué y los puse en la mesa delante de él y de Jonah junto con un bote de ketchup.

–Van a saber igual –le dije a Jonah antes de que pudiera discutir–. A comer. Y no toquéis eso. –Señalé los materiales de costura que estaban al otro lado de la mesa y volví a centrarme en la llamada telefónica.

–¿Quieres venir tú a casa? –le pregunté a Isabel.

–¡Sí! Ahora mismo voy –dijo, y sonreí ampliamente.

Nos dimos un abrazo cuando llegó, como si lleváramos siglos sin vernos. Y la verdad es que me sentía como si hubieran pasado siglos desde el concierto.

–¿Qué tal te fue Acción de Gracias en casa de Gabriel? –le pregunté cuando entró.

–Bien. Solo pude quedarme allí unas pocas horas. Ya sabes cómo son mis padres con los días de fiesta. –Entramos en el salón y nos tiramos en el sofá.

–Pues sí –dije–. Ya me sorprendió que te dejaran ir. ¿Había mucha gente?

–Sí. Montones de niños. ¿Qué tal tú?

–Cade vino a casa. –Sentía que tenía que decirle cada cosita que tuviera que ver con Cade para que no pensara que le estaba ocultando nada.

–¿Qué? –Su cara expresaba la misma sorpresa que su voz–. ¿Por qué?

–Wyatt lo invitó. –Ella ya sabía que Cade era el entrenador de béisbol de mi hermano esa temporada.

Isabel tomó aire.

–No puede ser.

–Pues sí.

–¿Y? –me instó, abriendo cada vez más los ojos.

–Y Cade se quedó aquí más de tres horas.

Su mano voló a taparse la boca.

–Lo siento. Habrás tenido un día horroroso.

Negué con la cabeza varias veces.

–No. Todo lo contrario. Pactamos una tregua y el día fue agradable.

Se rio.

–Una tregua. ¿Fue idea suya o tuya? Da igual, no sé por qué pregunto. Tiene toda la pinta de ser algo que dirías tú.

La empujé por el brazo.

–¿Qué se supone que significa eso?

–Que eres graciosa, ya está. Así que, vaya, ahora Cade y tú os lleváis bien. Es un milagro. ¿Crees que tendrá algo que ver con las cartas? ¿Sabe que eres tú?

–No, no tiene ni idea. Y cuando el reloj dio las doce... Bueno, cuando se fue... se acabó la tregua. No somos amigos ni de lejos. A fin de cuentas, su novia y él me condenaron a dos semanas de castigo. Les guardo rencor.

–Nunca me has explicado cómo pasó aquello exactamente.

–Un profesor sustituto y un caso de identificación errónea.

Isabel sonrió.

–Parece una novela de misterio.

–Debería serlo. En fin, fue una tontería. Sasha me quitó el sitio y procedió a hacer cosas horribles en mi nombre. –Levanté las piernas y las puse sobre el regazo de Isabel en el sofá–. Pero no pasa nada. Se acabó.

–¿Qué tal las cosas con Lucas? –preguntó Isabel.

Fruncí el ceño al darme cuenta de que no había pensado en Lucas ni una sola vez aquel día.

–No me ha llamado ni me ha mandado ningún mensaje.

–No es para tanto.

–Pero ¡si ha pasado más de una semana! –protesté.

–Pero es el fin de semana de Acción de Gracias. A lo mejor ha salido de la ciudad –dijo–. Todo irá bien.

Tiré de un hilo suelto del cojín del sofá.

–Pero... si no salen bien las cosas con él, tampoco pasa nada.

–¿Por qué lo estás dando ya por perdido, como si no fuera a salir bien?

–No lo estoy dando por perdido.

–Sí que estás haciéndolo. Intentas protegerte quedándote al margen antes de que haya pasado algo siquiera.

–No es eso. Es que... no quiero que te preocupes por mí si al final no sale nada. No necesito a Lucas para ser feliz. Puedo ser feliz con o sin él... o con otra persona.

Isabel levantó sus oscuras cejas.

–¿Otra persona? ¿Quién?

¿Por qué me estaba sonrojando?

–En general. Estaba hablando hipotéticamente.

–Ah. –Asintió, suspiró profundamente y dijo–: Así que... Cade.

–¡No, Cade no, ni de broma! –dije por encima de su siguiente frase, que no pude oír porque me había pasado de dramática con mi protesta–. ¿Qué?

Ladeó la cabeza.

–He dicho: «Volviendo a Acción de Gracias».

–Ah. Sí, Acción de Gracias. ¿Qué pasa? –Aún tenía las mejillas rojas y estaba intentando evitar mirarla. Bajé de nuevo los pies al suelo y apilé las revistas que estaban esparcidas por la mesita de centro.

–¿De qué narices hablasteis Cade y tú? –me preguntó Isabel.

–No lo sé. Del conejo. De mi hermano. De su familia. –Bueno, la última no era verdad, exactamente. Yo intenté hablar sobre su familia y él me cortó de golpe. Aunque sí habíamos hablado de su familia en las cartas, lo cual me recordó una pregunta que quería hacerle a Isabel–. Cuando Cade y tú estabais juntos... ¿hablaba mucho de sus padres?

–¿De sus padres? La verdad es que no. –Isabel se quitó las chanclas y se sentó sobre los pies en el sofá–. Son ricos y viajan mucho, pero eso es lo único que recuerdo. ¿Por?

–¿Su padrastro era majo contigo?

–¿Padrastro? Es su padre de verdad, ¿no? Él lo llama papá. ¿El director de Seguros Jennings? El apellido de Cade es Jennings.

–Tienes razón, pero... –¿Es que no le había dicho Cade a nadie que sus padres estaban divorciados? Supuse que, si su padre de verdad no lo visitaba jamás y él nunca había tenido que ir y venir entre sus padres, no habría tenido que explicar nada si no hubiera querido. Sí que había mencionado en alguna de sus cartas que era muy celoso de su intimidad.

–¿Sabes? Ahora que lo pienso, tienes razón –dijo Isabel ladeando la cabeza–. Alguna vez dijo que era su padrastro, pero como de pasada. A lo mejor su padrastro lo adoptó. ¿Llevará su apellido por eso?

–No estoy segura.

–No creo que conociera muy bien a su padre de verdad. Se divorciaron mucho antes de que se mudara aquí.

«No tanto.»

–Sí... puede.

–¡Todavía no me puedo creer que os hayáis llevado bien durante tres horas! –exclamó Isabel, mirándome–. O sea, cuando yo estaba con él, no podíais estar en la misma habitación más de un par de minutos sin bombardearos con insultos.

–Ya. –Cuando ella estaba con él. Isabel y Cade habían estado juntos. Había pasado de verdad. No era una historia de la antigüedad. Cade había salido con mi mejor amiga de verdad–. No te preocupes, no hemos dejado de insultarnos. Las ranas aún no crían pelo.

Isabel miró por la ventana.

–¿Seguro? Juraría que he visto una en el suelo cuando venía hacia aquí.

–Qué graciosa.

Isabel sonrió y me rodeó el cuello con los brazos.

–Te he echado de menos.

–Yo también te he echado de menos. Déjame que vaya a ver si mis hermanos están listos para irse a la cama y nos ponemos una peli.

* * *

La película iba por la mitad cuando me vino a la cabeza algo que le había dicho a Isabel. La razón por la cual me castigaron. Sasha estaba en mi sitio cuando Cade entró en Química. Él la vio a ella en mi mesa. Eso fue antes de que yo averiguara que era él quien escribía las cartas. Por eso había entrado: no para gastar una broma y sacar de clase a sus compañeros antes de tiempo, sino para ver quién se sentaba en ese sitio. Pensó que su amiga por correspondencia era Sasha.

Me reí.

–¿Qué? –preguntó Isabel.

No me podía creer que Cade pensara que Sasha había escrito esas cartas. No le pegaban para nada. Pero bueno, las cartas de Cade tampoco le pegaban mucho. Me incorporé de golpe y tomé aire. ¿Sería por eso por lo que le había pedido salir por fin? ¿Porque pensaba que las escribía ella? La idea me provocó una inesperada sensación de enfado. Seguro que estaba muy contento de que la autora de las cartas fuera una chica preciosa y popular. Todo le salía a pedir de boca al niño bonito.

–¿Qué? –volvió a preguntar Isabel.

–Acabo de darme cuenta de una cosa. –Le expliqué lo del cambio de sitio y las cartas.

Se quedó mirándome, sorprendida y horrorizada.

–Es terrible.

–Ah, ¿sí? Quizá lo mejor sea que piense que es ella.

–Pero ¿no se enfadará con Sasha cuando dejen de aparecer las cartas?

Me encogí de hombros.

–Quizá piense que ha dejado de escribir porque ya están juntos. Quizá yo lo ayude a pensar eso.

Isabel tomó aire.

–No serás capaz.

–No será difícil. La gente acepta con facilidad las cosas que quiere que sean verdad. Y él quiere que sea verdad. Quiere que quien le escriba las cartas sea Sasha.

A Isabel le cambió la cara, pero no me contradijo.

CAPÍTULO 34

El lunes estaba sentada en Química, rumiando mi plan. Aunque sabía que Cade quería que quien le escribiera las cartas fuera Sasha, en realidad iba a ser complicado convencerlo de ello. Lo único que tenía que hacer él era preguntarle a Sasha algunos detalles. ¿Tenía un hermano pequeño? ¿Le gustaba la misma música que a él? Lo averiguaría enseguida. Ya debería haberse enterado sin que yo tuviera que escribir nada. A no ser...

Sasha vio la mesa con los mensajes el día que se sentó en mi sitio. A lo mejor se había inventado algo. Si Cade le había preguntado por las cartas, tal vez hubiera fingido que sabía de qué estaba hablando. Le habría seguido la corriente.

Metí la mano debajo de la mesa. Pensaba que había superado la adicción después de una semana de vacaciones y de descubrir que quien me escribía era Cade, pero el corazón se me aceleró de todas maneras cuando noté que la carta estaba ahí.

¿Has escuchado la discografía de Pink Floyd de una sentada? Eso sí que es impresionante. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí. No, lo mío tuvo más que ver con lo de escribirle una carta a mi padre. Sé que hablamos de que iba a escribir a mi padrastro, pero cuando me senté a hacerlo me di cuenta de que era con mi padre con quien necesitaba hablar. Puede ignorar una llamada de teléfono, pero sería más difícil ignorar una carta, ¿no? Bueno, pues la escribí y se la mandé durante las vacaciones.

Como he estado carteándome contigo, estoy acostumbrado a esperar las respuestas. Esto me ha enseñado a tener un poco de paciencia. En realidad, no. Me estoy muriendo. Necesito distraerme. He pasado el día de Acción de Gracias con otra familia porque necesitaba dejar de pensar en mi vida (por no hablar de lo malos que te dije que eran mis días de Acción de Gracias). Estuvo bien. Hacía mucho que no veía cómo era una familia de verdad, y esta es el paradigma de las familias de verdad. Era como uno de esos cuadros... ¿Sabes quién es el tipo ese que pinta escenas americanas clásicas que son demasiado buenas para ser verdad? De hecho, creo que pintó una cena de Acción de Gracias. Pues igual. Ha sido el mejor día de Acción de Gracias que he pasado en mucho tiempo. ¿Qué tal el tuyo?

En mi interior se estaba dando una competición entre sentimientos encontrados. Así que se lo había pasado bien en mi casa. Eso me ablandó un poco, pero su forma de describir a mi familia, a esa panda de locos que siempre me tenía al borde de la frustración, me daba ganas de mofarme.

Contesté:

¿Te refieres a Norman Rockwell? Seguro que no pasaste el día de Acción de Gracias con la familia del cuadro de Norman Rockwell. Ninguna familia es perfecta.

Casi escribo «Y mucho menos la mía», pero dudé. ¿Estaría revelándole que pasó el día de Acción de Gracias con mi familia al rechazar la descripción que había hecho de ella? No, él pensaba que la que estaba escribiendo era Sasha.

Me alegro de que haya sido una buena distracción. Entiendo por qué te hacía falta. Ya es difícil esperar un día para recibir la respuesta de una carta, así que no puedo ni imaginarme cómo te sientes al esperar tanto. Tu padre te contestará. Tiene que hacerlo. ¿Hay algo en particular que esperas que te diga? ¿O que haga? ¿O solo quieres saber qué es de su vida? Confío en que no hayas intentado escribirle una canción o no volverás a saber de él ;) No, en serio, tus cartas son irresistibles. Es casi imposible no responderlas.

Al menos, ese era mi caso. No iba a ser capaz de dejar de responderle. No importaba qué supiera yo ni quién pensase él que yo era, porque me había hechizado de una forma que me obligaba a escribirle cartas.

* * *

Las cartas de Cade no solo insistían en ser respondidas, sino que además me llenaban la cabeza de letras. Era un giro cruel del destino que solo se me ocurrieran letras buenas después de intercambiar ideas con Cade. Aquel día no fue diferente. Sentada en el aula de castigo, ya había escrito una estrofa entera.

*Me has hechizado
con los secretos que has contado.
No puedo parar.
No me dejes parar.
Me has hechizado.
Y si supieras la verdad,
me dirías que parase,
y yo no quiero que se acabe.*

Estaba tan concentrada escribiendo que no oí que el profesor se levantaba y salía del aula hasta que cerró la puerta tras él. ¿Había dicho algo de irse? Mi mirada viajó hasta el reloj de la pared. Todavía quedaban treinta minutos. Tampoco oí cómo Sasha, que también seguía castigada, se me acercaba por detrás, así que, cuando me quitó el cuaderno por debajo del brazo, me pilló desprevenida.

–¿Qué estás escribiendo? –preguntó, y empezó a leer en voz alta la letra que había escrito en la página.

El corazón me martilleaba en el pecho y deseé levantarme, arrancarle el cuaderno de las manos y, posiblemente, darle en la cabeza con él. Pero sabía

que eso era lo que ella quería. Sabía que quería que me levantara y la persiguiera por el aula mientras ella leía mi cuaderno al son de las risas de los otros alumnos, que estaban salivando a la espera del espectáculo y mirándonos alternativamente a ella y a mí. Con los años, había aprendido a hablar el idioma de los abusones. Era el resultado de llevar ropa de segunda mano y un pelo alborotado que no supe dominar hasta que pasé a primero. Conocía muy bien esa lengua. Así pues, me quedé sentada, tratando de mantener una expresión facial neutra, por mucho pánico que estuviese sintiendo en mi interior.

Sasha había llegado hasta el último rincón de la clase, pensando que iba a perseguirla. Desde allí, gritó los dos últimos versos entre risas.

–«¡Me dirías que parase! ¡Y yo no quiero que se acabe!»

Me obligué a no sonrojarme. Aquel era el peor de mis miedos. Yo no dejaba que ni mis seres más queridos leyeran mis letras.

La amiga de último curso de Sasha, que seguía sentada al fondo, se rio con ella.

–¿Qué es eso? ¿Un poema? ¿Un poema extraño sobre una acosadora?

Mi mente trajinaba a toda pastilla, tratando de recordar qué más había en ese cuaderno. ¿Había puesto el nombre de Cade en la última canción de cabreo que había escrito cuando me enteré de que era él quien escribía las cartas? No, ¿no?

Oh, no. Lo había puesto.

Lo único que Sasha tenía que hacer era retroceder dos páginas. Solo había dos bocetos de unos diseños entre la página en la que estaba en ese momento y la otra. Pero ¿cuándo iba a volver el señor Mendoza? No podía tardar mucho en volver del baño.

Aún con una sonrisa en la cara, Sasha retrocedió una página. Se me iba a parar el corazón. Si me levantaba de un salto y pasaba por encima de dos

mesas, podía alcanzarla a tiempo. A fin de cuentas, ella llevaba tacones.

Levantó mi dibujo de una camisa para que lo viera todo el mundo.

–Ya sabemos de dónde saca Lily ese gusto tan pésimo para la ropa.

Ya debería haberse aburrido del juego. Yo no había reaccionado en absoluto y los demás tampoco estaban respondiendo muy positivamente. A esas alturas, debería haber tirado el cuaderno al suelo o habérmelo lanzado a la mesa.

–Siempre he querido saber por qué tienes la nariz metida en este cuaderno constantemente –siguió diciendo Sasha–. Pues ya lo sabemos. Por unos dibujos horribles y unos poemas aún peores.

Comprendí por qué mi estrategia de no reaccionar no iba a funcionar: esto venía de muy atrás. Llevaba tiempo preguntándose qué era ese cuaderno. No lo estaba haciendo solo para humillarme, sino para satisfacer su curiosidad. No iba a dejar de mirar.

Se me hizo un nudo en el estómago. Era hora de trazar un nuevo plan.

La mochila de Sasha estaba en el suelo junto a la mesa donde había estado sentada hasta hacía unos instantes. Si tenía el móvil ahí, seguro que hacía un intercambio conmigo.

Retrocedió otra página. Como si estuviera leyendo un libro ilustrado para una clase de niños de guardería, lo levantó de nuevo para que todos lo vieran. Era un boceto a medias de una falda.

Me levanté y, justo cuando iba a por su mochila, la puerta de la clase se abrió y entró el señor Mendoza.

–Señoritas –dijo–, estoy seguro de que existe una razón que justifique por qué no se encuentran en sus respectivos asientos, pero no me importa. Un día más de castigo para cada una.

Pude ver en la expresión de Sasha que no iba a devolverme el cuaderno. Ya estaba volviendo a su sitio y retrocediendo otra página.

–Me ha quitado el cuaderno –dije, girándome rápidamente hacia el profesor.

–Este cuaderno es mío –dijo Sasha antes de que respondiera el señor Mendoza. Estaba leyendo la letra. Sus ojos iban y venían por la página. Debió de llegar al nombre de Cade, porque se paró de repente y su mirada se clavó en la mía.

–Devuélvele el cuaderno a Lily –dijo el señor Mendoza con brusquedad–. Ahora.

Ella no hizo caso, sino que siguió pasando páginas. La vi ladear la cabeza para leer las notas que escribía a veces en los márgenes de las hojas para ayudarme con las letras. ¿Estaba leyendo las que había escrito sobre el padre de Cade? ¿Sobre su vida en casa? Se me heló la sangre.

–¡Sasha! –rugió el señor Mendoza.

Sasha cerró el cuaderno de golpe y me lo tiró. Aterrizó ruidosamente en el suelo, a mi lado. Lo recogí y lo abrí por una de las páginas que estaba segura de que había leído. Aunque había una X enorme sobre algunos versos, la mayoría seguían siendo completamente legibles. Repasé los versos con la mirada. Los versos que hablaban del intercambio de cartas. Si no hubiera añadido aquella perorata innecesaria al final de la letra, ella no habría adivinado a quién se refería. Pero lo había hecho, y ahora ella lo sabía todo. Y yo no tenía ni idea de qué iba a hacer con esa información.

CAPÍTULO 35

Darle un puñetazo a alguien dentro del recinto escolar implicaba ser expulsado de forma inmediata. Yo no quería que me expulsaran. Eso fue lo que me dije a mí misma mientras caminaba desde el aula de castigo hacia el aparcamiento.

Había sido la primera en salir de la clase y tenía que llegar a casa sin ver a Sasha o no sería capaz de controlarme. Llegar al aparcamiento no me sirvió de nada, porque ni mi hermana y ni mi madre estaban esperándome.

Saqué el móvil y le envié un mensaje a Ashley: «¿Va a venir alguien a buscarme?».

–Lily –dijo una voz detrás de mí. Era Sasha.

Me di la vuelta rápidamente para darle la cara. Luego retrocedí un paso, pero las manos se me cerraron en dos puños. Dos puños muy apretados que se morían por entrar en acción.

–¿Qué?

–¿Él sabe que eres tú?

El estómago me dio un vuelco.

Así que había atado cabos. Ahora tenía que pensar cómo responder a esa pregunta. Si decía que sí, ella se encararía con Cade. Si decía que no... ¿Qué

pasaría? ¿Se lo diría? ¿Continuaría siguiéndole la corriente como si fuera ella... si es que era eso lo que había estado haciendo?

Tenía que tomar una decisión.

–No. No lo sabe. –Pero ni de broma iba a decirle que él pensaba que era ella.

Sasha sonrió con suficiencia.

–Eso pensaba. Lauren me ha dicho que escribes y lees cartas en Química casi todos los días. No sabía con quién te las intercambiabas.

Así que Sasha no había atados cabos solo con las letras de mis canciones. Lauren también le había contado lo de mis cartas.

–Si Cade se entera de que eres tú, se muere –siguió Sasha–. Te odia.

–Lo sé. –Se me estaba formando un nudo en la garganta y no sabía por qué. Ella no había dicho nada que yo no supiera ya. ¿Por qué ya no estaba enfadada, sino triste? ¿Por qué había pasado de querer zurrarla a querer meterme en la cama y no salir jamás?

–Si supieras la mitad de las cosas que ha dicho sobre ti, no estarías colada por él –continuó con crueldad.

–No estoy colada por él. Tengo... novio. –La última palabra me salió un poco ahogada. Principalmente porque Lucas no era mi novio, pero en aquel momento me hacía mucha falta considerarlo como tal.

–Esos poemas cuentan una historia muy distinta.

–No estoy colada por él.

–No le diré a Cade que eres tú, pero tienes que dejar de escribirle. Ahora estamos juntos.

–Lo sé.

Alguien tocó el claxon dos veces y eché un vistazo con la esperanza de ver a mi hermana.

En su lugar, vi a Cade.

–Vienen a buscarme –dijo Sasha con una sonrisa tan engreída como el tono de su voz.

Debió de tardar un segundo de más en salir corriendo hacia el coche, porque Cade se bajó y se acercó a nosotras. Aquello iba de mal en peor.

–Hola, señoritas –dijo.

–Vámonos –le dijo Sasha.

Cade me señaló.

–Qué bien llevas hoy el pelo, Lily.

Me obligué a no levantar la mano para peinármelo. Se notaba que me lo había dicho con sarcasmo por aquella estúpida sonrisa suya. Sasha se rio.

–¿Os habéis hecho amigas durante el castigo? –preguntó Cade.

–Qué va –le aseguré, tratando de mantener el control de mí misma. Por suerte, ya no tenía ganas de llorar. Solo estaba enfadada.

–¿Ella también es enemiga tuya? –me preguntó, sonriéndome aún con burla.

–No finjas que no lo sabes –le solté–. Tu novia solo me estaba recordando por qué no me relaciono con personas como vosotros dos.

Sasha se rio.

–No te relacionas con nosotros porque no eres bienvenida, pero buen intento.

Cade parecía estar a punto de decir algo, pero dudó, como si estuviera esperando a que yo respondiera. No lo hice. Estaba harta de ellos.

Me di la vuelta y me alejé a toda prisa. Me permití mirar atrás una vez y, por desgracia, vi que Sasha le había rodeado la cintura con un brazo. Mientras se marchaban, me guiñó el ojo por encima del hombro, como si fuéramos conspiradoras. Como si fuéramos algo. ¿Por qué no le había pegado un puñetazo y punto?

CAPÍTULO 36

Mi madre entró en mi habitación y me puso delante una caja pequeña.

–Lily, necesito que me hagas un favor –dijo.

Distraída, levanté la mirada del cuaderno. Había estado intentando ahogar mis penas escribiendo canciones, pero no me salían. Seguía muy disgustada por lo que había pasado con Sasha después del castigo.

–Eh... Vale –le dije a mi madre. Cerré el cuaderno y me quité el pelo de los ojos.

–Necesito que vayas a entregar esto por mí. –Mi madre señaló la caja con la cabeza.

–¿Qué es?

–Una pulsera.

–Vale. ¿Tienes la dirección? –Me levanté. Mi madre ya me había pedido que entregara pedidos a clientes otras veces—. ¿Van a pagar cuando llegue o han pagado ya?

–No van a pagar. Es un regalo para pedir disculpas.

–No lo entiendo.

–De tu parte.

–¿De mi parte? ¿Por qué?

Mi madre se puso las manos en las caderas.

–Porque el otro día vino un invitado y lo trataste muy mal. No hablamos de ello ese día porque era Acción de Gracias, pero ahora sí que vamos a hablarlo. Ese chico no pudo ser más amable y tú le hiciste sentir que no era bienvenido.

Estaba demasiado horrorizada para hablar, pero al final me encontré la voz.

–Lo sé. Lo siento. –Lo sabía y lo sentía de verdad, pero también tenía muy claro que no quería entregar esa caja y esperé con todas mis ganas que mi madre, al ver que mi arrepentimiento era sincero, no me obligara a hacerlo. Porque, aunque nuestro invitado no se hubiera merecido el trato que le di aquel día, se lo merecía mil veces más por cualquier otro.

Y la novia tan horrible que tenía se merecía algo peor.

–Bien. No te resultará tan difícil, entonces. –Mi madre le dio un toquecito a la tapa de la caja y se alejó.

–¡Mamá! ¡Espera!

Se detuvo.

–¿No se lo puede dar Wyatt el jueves durante el entrenamiento de béisbol? No hace falta que vaya yo ahora con tu coche. –El coche de mi madre estaba hecho polvo y sucio y era muy de madre. Aunque representaba bastante bien la historia de mi vida, intentaba evitar conducirlo a toda costa, especialmente por un barrio superfino en dirección a la casa de un chico que no necesitaba más razones para reírse de mí–. O puedo dárselo en el instituto. –«O puedo no dárselo jamás en la vida.»

–Me gustaría que se lo llevaras ahora, Lily. –Señaló la caja con la barbilla–. Venga. Y asegúrate también de decir las palabras «lo siento» cuando estés allí.

Eso iba a ser imposible.

* * *

Llevaba años sin ir a la casa de Cade Jennings y había esperado no tener que volver a pisarla jamás, pero ahí estaba yo, frente su enorme puerta de doble hoja.

Cuando llamé al timbre, recé para que no estuviera en casa. O para que abriese un mayordomo u otra persona. Entonces podría tirarle la caja y salir corriendo.

Sin embargo, la suerte no estaba de mi parte últimamente. Entre el asunto de la guitarra, lo del castigo y lo de Sasha, no debería haber esperado que las cosas me saliesen como yo quería.

Cade abrió la puerta con su metro ochenta de altura, el pelo ligeramente húmedo y aquella sonrisa suya tan resplandeciente.

–Buenas –dijo, como si fuera lo más normal del mundo que yo estuviera ahí, en su puerta.

–Hola –murmuré con la vista baja.

–Pasa.

¿Le habría dicho mi madre que iba a ir?

Entré en el enorme vestíbulo. Pensaba que lo había exagerado en mis recuerdos, pero, en todo caso, era más grande de lo que yo recordaba. Y más blanco: suelos de mármol, jarrones blancos y un cuadro abstracto enorme que no tenía nada más que líneas blancas.

Le alargué la caja.

–Esto es de mi madre.

–¿Y eso? –Abrió la caja y sacó la pulsera que le había hecho en la muñeca en Acción de Gracias–. ¡Anda! La pulsera de hombre. ¿No habías dicho que solo me estaba usando como modelo?

–Bueno, así era hasta que fui borde contigo –dije–. Es un regalo para decir «siento que mi hija haya sido borde contigo».

–Si es ese el caso, me debe como unas quinientas más. –Había una sonrisa en su voz.

–Qué gracia. En fin, no tienes por qué ponértela. –No tenía plumas, así que, al menos, eso se llevaba—. Puedes dársela a tu madre o algo así.

Él tomó aire, fingiendo estar indignado.

–Es una pulsera de hombre, Lily. Mi madre no es un hombre. Voy a ponérmela. Y cuando la lleve puesta, me recordará que te has disculpado por haberte portado mal conmigo.

–No me he disculpado.

–Ah. –Levantó una ceja—. Entonces ¿tu madre se está disculpando porque tú te has portado mal conmigo?

Solté una corta risotada.

–Sí.

–Pero ¿tú no?

–Vale. Yo también. Hasta luego.

–Espera.

Me disponía a marcharme, pero me detuve.

–Tienes que enseñarme cómo usarla.

–¿Usarla?

–Cómo ponérmela. –Cade se volvió y se alejó. Asumí que eso quería decir que tenía que seguirlo. Pensé no hacerlo, pero entonces seguro que tendría que darle otra pulsera.

Lo alcancé en su gigantesca cocina. Había dejado la caja y la pulsera sobre la isla y estaba en el otro lado, haciéndose un sándwich. Era obvio que lo había interrumpido en mitad de la merienda. Me aseguré de que la isla quedaba entre los dos y me coloqué junto a la caja.

Cade le puso la rebanada de pan de arriba al sándwich y le dio un bocado.

–¿Quieres algo? –preguntó con la boca llena.

–No, estoy bien. –Agarré la pulsera–. En fin, es un cierre normal. Lo abres por aquí y lo enganchas a la anilla.

–Un momento. Déjame que termine de comer y me lo enseñas en la muñeca.

No iba a enfadarme porque, evidentemente, era lo que estaba intentando hacer: enfadarme. Volví a dejar la pulsera en la caja, me apoyé en la encimera y esperé. Por encima de su hombro derecho había una cristalera a través de la cual pude ver la piscina.

Me acordé de la fiesta de su decimocuarto cumpleaños. Después de comernos el cáterin, nos fuimos todos a la piscina. Muchos de los chicos se bañaron y las chicas nos sentamos en el borde, como si fuéramos a derretirnos si nos tocaba el agua. Yo llevaba el bañador puesto, pero no iba a bañarme si Isabel tampoco lo hacía, especialmente porque lo había heredado de mi hermana y me quedaba un poco grande. En un momento dado, hablando con Isabel, me metí la mano en el bolsillo del pantalón corto y noté un trozo de papel. Cuando lo saqué, vi que era un billete de cinco dólares. Hacía mucho que no me ponía esos pantalones, y me sorprendí tanto al verlo que solté un gritito de felicidad y dije:

–¡Es el mejor día de mi vida!

Cade, que en ese momento debía de estar acercándose a nosotras para ver a Isabel, dijo:

–¿Solo necesitas eso para ser feliz? Si te diera cinco dólares cada mañana, a lo mejor serías más agradable.

La banqueta que había a mi lado arañó el suelo y pegué un salto, saliendo del recuerdo. Cade estaba sentado de lado en la banqueta como si llevara ahí todo el día. ¿Cuánto tiempo había estado mirando por la cristalera? Cade había extendido el brazo sobre la isla con la muñeca hacia arriba y me estaba dando la pulsera.

Suspiré, la tomé y le rodeé la muñeca con ella.

–No es difícil, es un cierre normal. Lo abres empujando esta palanquita, lo metes en el círculo y lo sueltas. Fin.

–Tú lo has hecho con las dos manos. ¿Cómo se supone que voy a hacerlo yo con una?

–No lo sé. Apóyate en la encimera. –Le pasé la pulsera y lo observé durante varios minutos mientras intentaba abrocharse el cierre de distintas maneras con una sola mano. Me mordí el labio para no reírme.

–¿Te hace gracia? ¿Puedes hacerlo tú con una mano?

–Sí.

–A ver.

Me pasé la pulsera por encima de la muñeca y la abroché por el extremo.

–Vale. Parece fácil, pero te dedicas a esto, así que habrás entrenado.

Me reí.

–No me dedico a esto.

–Es el negocio familiar.

–Lo dices como si fuéramos una banda criminal.

Había vuelto a intentar abrocharse los extremos en la muñeca. Soltó un gruñido de frustración varios minutos después.

–Trae el brazo. –Di un paso hacia él y al segundo me di cuenta de que me había puesto entre sus rodillas. Las tenía muy separadas, sentado en la banqueta. Habría quedado un poco raro retroceder, como si su cercanía me hubiera afectado, así que no lo hice. Sin embargo, su perfume almizclado no me dejaba respirar con normalidad.

Sujeté los dos extremos de la pulsera y traté de cerrársela en torno a la muñeca. Solo que ahora me temblaban las manos.

–Qué bien hueles –dijo en voz baja.

Cerré los ojos un momento, intentando recobrar el aliento.

–Estate quieto.

–No soy yo el que se está moviendo.

–Para.

–¿Qué hago?

–Me lo estás poniendo muy difícil.

–¿Puedo preguntarte una cosa?

¿Por qué olía tan bien? Esa era la pregunta que iba a hacerle yo cuando él terminara con la suya.

–Sí.

–¿Por qué nos peleamos tanto?

Abrí y cerré la boca, sorprendida.

–No nos peleamos. O sea... Es que... Nuestros antecedentes no son muy buenos.

–Nunca he sabido por qué.

–Me pusiste un mote horrible en medio de una clase en la que ya me estaban humillando.

–Creía que te estaba ayudando. Te estaban cosiendo a balonazos. Pensé que, si hacía una broma con ello, la gente se reiría contigo y no de ti.

–Pues no funcionó.

–Ya lo veo, supongo. ¿Y ya está? ¿Me inventé un mote y me gané una enemiga para toda la vida?

–Se lo haces a todo el mundo –contesté, mirándolo a los ojos–. Los humillas en nombre de la caridad. Luego sueltas borderías y nunca me queda claro si lo haces porque quieres ser gracioso o es que no te das cuenta de que son desagradables, pero lo son. Hoy precisamente te has reído de mi pelo.

–¿Cómo? No me estaba riendo de tu pelo. Tienes un pelo precioso.

Eso me hizo tartamudear un momento.

–Sí, bueno, eh... ¡Además!, lo más importante es que tratabas fatal a Isabel.

–¿Que yo trataba fatal a Isabel? ¿Yo? ¿Y cómo la tratabas tú?

Fruncí el ceño.

–¿Yo? ¿Qué hice yo? Era mi mejor amiga. Sigue siendo mi mejor amiga.

–Hacías cosas muy raras. Te llamaba para quedar, lo cancelabas en el último minuto porque tenías que hacer de niñera y yo tenía que verla decepcionada todo el tiempo.

Esa forma de describirme hizo que me estremeciera.

–Tengo obligaciones familiares que cumplir. Ella lo sabe.

–Y luego me hablabas mal, como si fuera yo el que la dejaba sola en medio de un restaurante o una actividad.

Lo miré a los ojos.

–No, eras tú el que la dejaba sola, hasta cuando estabas con ella. Te daba todo igual. Estabas con el móvil o la ignorabas de alguna otra manera.

Hizo una mueca.

–Por aquel entonces, yo estaba pasando por... algo.

–¿Algo? Tú nunca le contabas nada, ¿no? Nunca le contaste nada sobre ti. No le cuentas nada a nadie, excepto... –Me callé, sorprendida por haber llegado tan lejos. Casi me había descubierto.

Me miró fijamente.

–¿Excepto qué?

–A tu novia. Seguro que a Sasha se lo cuentas todo.

–Deja de llamarla así. No es mi novia.

–¿Eso lo sabe ella?

Su rodilla me rozó la cadera y un escalofrío me recorrió el cuerpo. ¿Por qué seguía tan cerca de él? Posiblemente porque continuaba sujetando los dos extremos de la pulsera con las manos. No estaba segura de si era por el

enfado que me invadía o por pura determinación, pero le abroché enseguida la pulsera y di un paso atrás.

–Disfruta de tu pulsera de hombre.

–¡Me encanta mi pulsera de hombre!

Había algo en lo absurdo de esa frase que me dio ganas de reír. No sabía si Cade quería reírse también, pero una luz brillaba en su mirada. Se levantó y, de pronto, estábamos más cerca que nunca. Mientras lo miraba, me empezaron a llorar los ojos y me di cuenta de que no había parpadeado. Mis ganas de reír desaparecieron completamente. Otro tipo de ganas empezaron a sustituirlas. Ganas que yo sabía que él no compartía. Acababa de decirme básicamente por qué me odiaba, y yo estaba furiosa conmigo misma por los sentimientos que me estaban invadiendo. Me volví y hui.

Cuando llegué al monovolumen, tuve que esperar casi cinco minutos hasta que estuve lo bastante tranquila para conducir.

CAPÍTULO 37

Seguramente lo estaba haciendo para tocarme las narices, para recordarme qué significaba, pero, fuera cual fuese la razón, Cade llevó la pulsera, cuentas y todo, a clase al día siguiente. Y aunque el invierno por fin estaba azotando Arizona con las temperaturas más bajas que habíamos tenido en meses, llevaba una camiseta de media manga e iba sin chaqueta, lo cual hacía que la pulsera se viera mucho más.

Me quedé mirándolo en el aparcamiento del instituto.

Me sonrió, pero no con una sonrisa de verdad, sino con una desafiante.

Decidí aceptar el desafío.

–Bonita pulsera –dije, poniéndome a andar a su paso en lugar de intentar evitarlo, como hacía normalmente.

–Gracias –contestó–. Me la dio una chica que sentía muchísimo haberme tratado mal.

–¿Que lo sentía muchísimo? ¿Eso te dijo?

–Era lo quería decir. Lo vi en sus ojos.

–¿No estarías mirando tu propio reflejo? Eso te pega más.

Se pasó una mano por el pelo y se lo apartó de la frente, pero volvió a caérsele en cuanto la bajó.

–Cierto. Todos valoramos la belleza. Hace poco me dijo que era muy guapo.

–Ajá. Bueno, esperemos que desde entonces haya recobrado el sentido común.

–No, justo esta mañana se le ha notado al verme que me encuentra irresistible.

Me reí, intentando pensar alguna réplica. Sin embargo, por alguna aterradora razón, no se me ocurrió ninguna. ¿Qué me estaba pasando?

Al pasar junto a un grupo de alumnos, estos lo llamaron para saludarlo y él les devolvió el saludo asintiendo.

Negué con la cabeza.

–Tú ganas esta ronda. –Vi a Isabel más adelante y añadí–: Yo ganaré la próxima. –Luego apreté el paso y lo dejé atrás.

Pasé al lado de Sasha, que se estaba dirigiendo hacia Cade, y me dedicó una mirada llena de tanto odio que supe que debía de haberme visto hablando con él.

–¡Buenos días, guapa! –la saludé sin saber muy bien qué mosca me había picado.

Ella me ignoró.

Isabel fue la primera en empezar con nuestro saludo diario.

–Plátanos bañados en chocolate.

–Siempre me das hambre. ¿Por qué siempre piensas en comida antes de irte a la cama?

–Oye, que no puedes responder al mío hasta que me digas el tuyo.

–Pulsera de hombre.

–¿Eh?

–Ayer mi madre me obligó llevarle una a Cade para disculparme por cómo me porté con él en Acción de Gracias.

Ya le había contado a Isabel en un mensaje lo de la catástrofe con Sasha durante la hora de castigo, pero aún no la había puesto al corriente sobre mi visita a la casa de Cade.

Isabel me miró con la boca abierta.

–¿Tu familia está conspirando contra ti? ¿Primero tu hermano lo invita a tu casa y ahora tu madre te obliga a ir a verlo?

–Lo sé. No deben de haber recibido la lista de enemigos que imprimí especialmente para ellos.

–¿Es que hay más gente en esa lista?

–De momento, solo Cade y Sasha, pero está abierta de forma indefinida a nuevas incorporaciones. –Me callé un momento, pensando en las cosas de las que me había acusado Cade el día anterior–. ¿Iz?

–Dime.

–¿Me he portado mal contigo? Perdón por todas las veces que he tenido que cancelar los planes en el último minuto porque me salían obligaciones familiares.

Se puso las manos en las caderas.

–¿Cómo? Venga ya, Lily. No tienes que disculparte por eso. Sé que tienes una familia grande. A veces me frustra que se cancelen las cosas, pero nunca me enfado. Eres una hermana y una hija genial. No soy tan egoísta como para enfadarme por eso.

Relajé los hombros, aliviada.

–¿Te ha dicho Cade algo de eso? –me preguntó con aire de sospecha.

Asentí.

Ella puso los ojos en blanco.

–Puf. No dejes que Cade ponga palabras en mi boca. Nunca.

–Vale. Te quiero.

–Y yo a ti.

* * *

La lista de personas a las que había dicho que no iba a volver a escribir a Cade seguía creciendo cada día: Isabel, yo misma y ahora Sasha. De hecho, después de mis últimas interacciones con él, ese era mi plan. Aquello tenía que acabar.

Entre que él pensaba que quien escribía las cartas era Sasha, que siempre estábamos molestos el uno con el otro, lo de mi posible relación con Lucas y la reacción de Isabel al pensar que existía la más mínima posibilidad de que a mí me gustara Cade... sabía que se tenía que terminar.

Me senté en clase de Química. No quería dejar la carta sin leer debajo de la mesa para que la encontrara otra persona. Especialmente Sasha. Ahora que sabía lo de las cartas, me preocupaba que pudiera interceptarlas. No creía que ni ella ni Lauren se hubieran dado cuenta de dónde las escondíamos, solo de que siempre tenía una.

El señor Ortega levantó un taco de folios.

–Voy a repartiros esto y os voy a dar toda la hora para hacerlo solos o por parejas.

La clase estalló en conversaciones y cambios de asiento inmediatamente. Me alegré de que nos hubiera dado la opción de trabajar solos. Me quedé en mi sitio y vi que Lauren se levantaba y se iba con Sasha. En medio de todo aquel alboroto, con un movimiento rápido saqué la carta de debajo de la mesa.

Me obligué a dejarla sin abrir; solo me la metí en la mochila. Sería más fácil leerla en casa. Además, como no iba a responder, no importaba cuándo la leyera.

No obstante, a los diez minutos me di cuenta de que no iba a dar palo al agua hasta que la hubiera leído. Tapándome con el libro de Química, la leí mientras el resto de la clase estudiaba.

Me has preguntado si hay algo específico que espero que mi padre diga o haga. Es una buena pregunta. No le he pedido nada en la carta que le he escrito (en la que no he incluido la letra de ninguna canción). Supongo que espero que lo deje todo, que se suba a un avión y que venga a verme. Sin embargo, en el mundo real en el que vivimos, solo quiero que descuelgue el teléfono y reconozca mi existencia. Que reconozca que ha cometido errores. Supongo que solo quiero que se disculpe. Bueno, y que se comprometa a esforzarse más. Soy su hijo. Dime que no es mucho pedir. Sé que solo se acuerda de mí cuando mi madre le recuerda que es mi cumpleaños. Creo que mi madre se ha cansado poco a poco de esa tarea. No la culpo.

Hacía muchas cartas que no me quejaba tanto. Me merecía un desahogo, ¿no?

Siempre tengo la sensación de que debo compensar todas estas cosas tan pesadas con algo ligero, pero hoy no estoy de humor. Lo siento.

Dejé la carta sobre la mesa. ¿Por qué tenía que romperme el corazón así? La irritación que sentía por lo de antes se desvaneció. Me alegré de haberla leído, porque necesitaba responder inmediatamente. Coloqué mis fichas de repaso sobre la hoja en blanco en la que iba a escribir la carta. Le estuve lanzando ojeadas al libro todo el rato mientras escribía para que cualquiera que me mirase pensara que estaba copiando algo de ahí. No estaba segura de poder engañar a Sasha, pero me dio igual.

No te disculpes. Me has hecho reír mucho. No eres mi fuente gratuita de entretenimiento ni nada por el estilo. Puedes quejarte todo lo que quieras. Te mereces al menos cien desahogos. Y claro que eso no es mucho pedir de tu padre. Es tu padre. Si al final decide subirse a un avión y volar hasta aquí, ¿puedo pegarle? Tengo muchas ganas. Aunque igual no le viene bien a vuestra relación, así que puedo aguantarme. No sé qué decir, excepto que lo siento.

CAPÍTULO 38

Al día siguiente, me estaba muriendo de ganas de leer la carta de Cade con la esperanza de que fuera una un poco más positiva. La noche anterior estuve pensando mucho en él, preguntándome si tendría que inventarme otra excusa para visitarlo, para ver cómo estaba. Me convencí a mí misma de lo contrario al recordar lo mal que había terminado mi última visita a su casa. No quería que se sintiera peor.

Así pues, cuando me senté en mi sitio en Química, dejé que mi mano fuera inmediatamente hacia la parte inferior de la mesa.

No encontré nada.

Más tarde, una caída de lápiz estratégica dio el mismo resultado. Ese día no había carta. Lo primero que pensé fue que Sasha la había interceptado, pero aún no estaba en clase. Lauren estaba hojeando sus fichas de repaso del día anterior y el señor Ortega, el único sospechoso que me quedaba, estaba escribiendo en la pizarra.

Cade debía de haberse quedado en casa. Consideré varias razones horribles por las cuales pudiera estar ausente, pero me obligué a quedarme con la idea de que lo más seguro era que estuviese enfermo. No había nada de qué preocuparse. A menudo la gente se quedaba en casa porque estaba enferma.

Le escribí una nota deseándole que se recuperase, incluyendo un cuenco tortuguil de sopa. Al día siguiente, todo volvería a la normalidad.

Solo que nada volvió a la normalidad al día siguiente. Seguía sin haber ninguna nota; solo mi carta del día anterior. Me daban ganas de preguntarle a Sasha dónde estaba Cade, pero pensé que sería mejor no hacerlo.

Le dejé otra nota más diciéndole que me estaba estropeando la clase de Química porque había tenido la cara de ponerse enfermo y que esperaba que solo fuera eso.

–Recordad que el examen final es mañana –dijo el señor Ortega justo cuando estaba metiendo mi última nota debajo de la mesa–. Preparaos bien y aseguraos de que os estudiáis las fichas de repaso.

¿Iba Cade a perderse el examen final? ¿Se acordaba de que lo teníamos ya? Sasha se lo diría. No era mi responsabilidad.

Después de clase, mientras Isabel y yo hablábamos de nuestros planes para el siguiente fin de semana, vi que Cade tiraba su mochila dentro de su taquilla y sacaba una bolsa de deporte. El corazón me dio un vuelco.

–¿Había venido hoy? –pregunté en voz alta.

Isabel se giró para ver qué estaba mirando.

–¿Quién?

–Cade. No ha ido a Química.

–Sí que ha venido a Química.

Esa declaración me sentó como un puñetazo en el estómago. Había ido a Química, solo que, al parecer, no me había respondido. ¿Habría averiguado que su amiga por correspondencia no era Sasha? ¿Que era yo, en realidad?

Agarré a Isabel por el codo y la saqué del instituto a empujones antes de que Cade pudiera verme.

* * *

Los ruidos que venían del patio trasero no eran inusuales, pero las voces que los acompañaban sí. Mi madre y mi padre estaban los dos ahí fuera, dándole golpes a algo con un clavo y un martillo.

Abrí la puerta de atrás y vi que tenían una jaula grande a medio montar. No una jaula normal, sino una con dos pisos, rampas, cornisas y un montón de cosas más que harían las delicias de cualquier conejo. El tipo de jaula que sabía que habría diseñado mi padre expresamente para él y que le habría llevado mucho tiempo idear.

Mi padre posó orgulloso junto a la jaula. Yo lo miré y levanté las cejas.

–¿En serio? –dije–. ¿A ti también te ha poseído el amor conejil?

Mi madre se rio, soltó el martillo y le dio unas palmadas en el hombro a mi padre.

–Es que es muy buen papá, nada más.

–Parece ser que en nuestra familia hay sitio para todo aquel que quiera residir aquí –dijo mi padre, estudiando los papeles que tenía en la mano.

–¿Y le has preguntado al conejo si de verdad quiere residir aquí? –Sonreí.

–¿Quién no querría? –Lo decía en broma, pero yo sabía que mi padre creía de verdad que no había nadie en el mundo a quien no le gustaría ser parte de nuestra familia.

Me reí y miré al conejo, que parecía estar supervisando el proceso con muchas ganas desde su antigua jaulita.

Me despedí de mis padres con la mano, volví a entrar y agarré una manzana de la encimera de camino a mi habitación. La casa estaba tranquila ese día. Sentía una pesadez en el pecho y no tenía ni idea de por qué. Bueno, a lo mejor sí sabía por qué, pero estaba intentando convencerme de que no tenía importancia. De que él no tenía importancia.

Saqué mi móvil y bajé por la pantalla hasta que encontré el número de Lucas. No lo había visto por el instituto desde que volvimos de las

vacaciones de Acción de Gracias. Tampoco es que lo hubiera estado buscando.

«¡Hola! ¿Encontraste el nombre de la chica esa que reparaba guitarras?», escribí.

Su respuesta llegó a los pocos minutos.

«Sí. Trabaja en una tienda de música. Podemos quedar allí mañana después de clase, si quieres.»

«Tengo que quedarme castigada. ¿Te viene bien a las cuatro y media?»

«Nos vemos entonces.»

Iba a ver a Lucas al día siguiente. Eso me ayudaría. Tenía que hacerlo.

Saqué la mitad inferior de mi guitarra de la funda. Si sujetaba las cuerdas justo por debajo de la parte rota, podía arrancarle alguna melodía. Estaba horriblemente desafinada y no sonaba ni medio bien, pero aquello me puso de mejor humor.

–«Lo he comprobado. Sé que me has abandonado» –canté en voz baja, compadeciéndome muy bien de mí misma.

Ashley entró en la habitación en ese momento.

–¿Qué estás haciendo?

–Ensayar una canción.

Miró mi guitarra (o su cadáver).

–Es la escena más patética que he presenciado en toda mi vida.

–Gracias.

–Necesitas una intervención fraternal.

–No. Necesito soledad. Quiero estar un rato a solas.

–¿En esta casa? –Se rio y me levantó, tirándome de los brazos.

–Una choza en el bosque. Una cabaña en la cima de un monte. Un submarino a diez mil leguas de profundidad.

–¿Todas las cosas que nunca tendrás? –dijo Ashley–. Venga. Salgamos a comer *pizza*. Voy a decírselo a mamá y a papá.

* * *

Comer *pizza* con Ashley me hizo sentir mejor. No le confié lo de Cade y las cartas, pero me vino bien salir de mi cabeza durante un rato.

Al día siguiente, ya no me importó que no hubiera ninguna carta nueva bajo la mesa, aunque por la mañana hubiera vuelto a ver a Cade en el aparcamiento. «Es lo mejor», me dije. Me estaba haciendo un favor al dejar de escribirme de golpe.

Quizá Sasha le hubiera dicho que era yo quien le escribía y le había dado un chungo. Era yo, después de todo; la chica torpe de la familia de locos y la ropa rara. Las cartas eran una cosa, pero su reputación podía no sobrevivir a más de una conversación ocasional en el aparcamiento con Lily Abbott.

Recogí mis dos cartas que aún seguían en su sitio. El señor Ortega estaba repartiendo el examen final, y yo intenté olvidarme de ellas y de todo lo demás para concentrarme en las preguntas.

El intercambio de cartas se había terminado de una vez por todas. Fin.

CAPÍTULO 39

Me encontraba frente al mostrador de la tienda de música, esperando el veredicto sobre el destino de mi guitarra. Después de la hora de castigo, me fui a casa, agarré la funda y me encontré con Lucas en la tienda. Él estaba en otra sección, mirando correas para su guitarra, mientras yo observaba cómo la dependienta examinaba cuidadosamente la fractura de la mía frente a mí.

–Madre mía. ¿Qué le ha pasado? –preguntó. Era mona, tenía tatuajes en los brazos y llevaba unas gafas de montura negra.

–Un hermano pequeño –expliqué.

–Vaya, hombre –dijo, asintiendo compasivamente–. Cuando el cuello se rompe así, se fastidia la integridad del cuerpo entero. Es una pena que no se haya roto por aquí. –Señaló la parte de arriba, donde estaba el clavijero–. Eso es mucho más fácil de reparar. Aunque no todo está perdido. No puedo garantizarte que vaya a volver a sonar como antes, pero podemos intentarlo. –Le dio la vuelta–. ¿Tienes todos y cada uno de los trozos astillados?

–No lo sé. Recogí todos los que pude.

–Bueno, puedo intentarlo.

Sus palabras me daban esperanza, pero...

–¿Cuánto costará? –Esa era la pregunta del millón.

La chica volvió a observar la guitarra.

–Depende de cuánto tiempo me lleve. Un par de cientos de dólares, como mucho.

Me tragué el nudo que se me había formado inmediatamente en la garganta.

–Vale. Tendré que pensarlo, entonces. –Recogí los trozos, devolví mi guitarra a su ataúd y lo cerré.

–Aquí tienes mi tarjeta, por si decides que quieres seguir adelante. –Me entregó una tarjeta personal simple de color blanco. Me la metí en el bolsillo de atrás de los vaqueros y me dirigí hacia la puerta antes de ponerme a llorar.

Lucas podía encontrarse conmigo fuera.

Unos minutos más tarde, salió con una bolsa de plástico.

–¿Estás bien? –preguntó.

Me encogí de hombros porque no podía hablar de lo cerrada que tenía la garganta.

–¿Qué ha pasado?

Sentí que la funda de la guitarra me pesaba una tonelada.

El minivan de mi madre estaba en la primera fila del aparcamiento, así que lo señalé con la cabeza y nos dirigimos hacia allí. Junto a la tienda de reparación de guitarras había una hamburguesería y un torrente de coches esperando en la cola de los pedidos para llevar. Abrí la parte de atrás del monovolumen, dejé la guitarra y me senté en el suelo del maletero abierto. Lucas se sentó a mi lado. Solo necesitaba un minuto antes de poder hablar. Lucas pareció entenderlo y, por suerte, no dijo nada.

Miré la fila de coches de la hamburguesería, intentando pensar en la letra de alguna canción, como solía hacer cuando observaba cosas. Sin embargo, no se me ocurrió ninguna decente en un buen rato. De todas formas, habría dado igual si me hubiese salido alguna. El concurso estaba ya fuera de mi alcance. Tenía que aceptarlo.

Cuando se me hubo relajado un poco la garganta, dije:

–No sabe si podrá arreglarla. Y yo no sé si podré gastarme el dinero en la esperanza de que pueda.

–Qué mal.

–Pues sí. –Quería hablar para quitarme la tensión que sentía en el pecho, pero no podía. Al mirar a Lucas, me di cuenta de lo poco que lo conocía, de lo poco que me conocía él a mí. No me sentía cómoda contándole nada más que lo que ya le había dicho.

–¿Quieres ir a comer algo? –preguntó, señalando la hamburguesería con la cabeza–. Así te distraes.

Hacía unas pocas semanas, la sola idea de ir a por una hamburguesa y un batido con Lucas habría sido un sueño hecho realidad. Sin embargo, negué con la cabeza.

–La verdad es que no. Solo quiero irme a casa.

–Lo entiendo. ¿Otro día?

Intenté digerir todo aquello. Lucas me había pedido salir y, cuando lo hube rechazado, me lo había pedido otra vez. Debería estar aplaudiendo, pero lo único que sentía era tristeza. Una tristeza que se me había cargado sobre los hombros y que me impedía alegrarme por nada.

Y estaba segura de que aquella tristeza se debía a mucho más que a una estúpida guitarra rota.

–He hecho algo muy estúpido –le solté.

Lucas frunció el ceño.

–Ah, ¿sí?

–Te he pedido salir por las razones equivocadas.

Las dos veces que había encontrado el coraje para hablar con Lucas fueron para fastidiar a Cade. Durante dos años había admirado a Lucas desde la distancia. Me gustaba la idea de él, pero la realidad era que no lo conocía. Y

me di cuenta de que, al menos en aquel momento, tampoco quería hacerlo. Tal vez, cuando alguien que no tenía derecho a estar mi cabeza saliera de ella, mis sentimientos cambiarían.

–Necesito un poco de tiempo –dije, bajando la mirada–. Lo siento.

–¿Qué razones equivocadas? –preguntó Lucas.

–Para no pensar en otra persona.

–Ay.

–Lo siento. –Levanté la vista y lo miré, sintiéndome culpable–. De verdad. Él se encogió de hombros.

–Lo entiendo. Mándame un mensaje cuando esa otra persona haya desaparecido de tu mente para siempre.

–Lo haré.

Lucas me dejó ahí, en el maletero del monovolumen. Lo observé mientras se metía en su coche y se marchaba. No parecía sorprendido ni dolido. Aquello me hizo sentir aliviada y triste a la vez.

Me levanté y me di con el techo en la cabeza. Vi las estrellas y me mareé. Me apoyé en el coche para mantenerme en pie.

Un claxon sonó a mi izquierda y a continuación un coro de gritos. Me volví y vi el BMW de Cade lleno de chicos en la cola de la hamburguesería. Justo lo que necesitaba. Levanté el brazo y bajé la puerta del maletero del monovolumen.

Una puerta se cerró de golpe y luego otra. Cade y uno de sus amigos se estaban cambiando el sitio. Su amigo se puso en el asiento del conductor. Entonces Cade vino trotando hacia mí y se me aceleró el corazón. ¿Por qué ese corazón mío era tan traidor?

–Bonito coche –dijo, dándole una palmada al minivan en un costado.

Quería preguntarle por qué había dejado de escribir. Por qué actuaba como si nada cuando me había dejado de lado durante los últimos días sin darme

ninguna explicación. Se suponía que tenía que ser yo la que dejara de escribir primero. No él.

–Ahora mismo no me apetece verte –dije con los dientes apretados. Cade solo representaba otra cosa que quería y que no podía tener. Y entonces lo supe: quería estar con él. Llevábamos semanas intercambiándonos notas y me había colado por él. Por el chico que escribía las cartas. Y, a veces, hasta por el que no las escribía. No obstante, también sabía que, igual que mi guitarra rota, nunca podría funcionar. Cade había salido con mi mejor amiga. No nos llevábamos bien. Me había tratado mal. Salía con gente completamente distinta. Yo era demasiado rara para él. Era imposible.

–Solo tengo una pregunta –dijo Cade–. Luego te dejo en paz.

Me volví para mirarlo a la cara.

–¿Qué? –le solté.

Él levantó ambas manos.

–Bueno. No hace falta que te enfades conmigo.

–No estoy enfadada contigo. –«Me gustas y eso hace que me enfade conmigo misma»–. ¿Qué?

–Mis amigos quieren pulseras de hombre. ¿Por cuánto las vende tu madre? Necesito unas cuatro más.

Resistí el impulso de poner los ojos en blanco. Claro que había puesto de moda las pulseras de hombre.

–Se lo preguntaré. –Tiré de la manilla de la puerta, pero estaba cerrada. Me metí la mano en el bolsillo, pero estaba vacío. ¿Dónde había puesto las llaves? ¿En el maletero, quizás?

–Oye –dijo suavemente–. ¿Qué te pasa?

–Nada. Estoy bien.

–¿Es por Lucas? He visto que se iba.

–¿Te importaría no hacer eso?

–¿Hacer qué?

–Ser majo en estos momentos. Necesito que seas borde. Me ayuda.

–¿Te ayuda a qué?

«Me ayuda a mantener mis sentimientos a raya.»

–Vete con tus amigos, Cade. Te están esperando.

Se fue, tal como le había dicho que hiciera. Tal como no quería que hiciera. Sin embargo, para cuando hube abierto el maletero, recuperado las llaves y abierto la puerta de la camioneta, ya había vuelto.

–Ya no están esperando. Ah, y... necesito que alguien me lleve a casa.

Nos quedamos cara a cara junto a la puerta del conductor. La envergadura del minivan nos bloqueaba la vista de la cola del autoservicio. Su móvil sonó con un tema de The Crooked Brookes, lo cual me recordó el vínculo que nos unía. Él paró la canción después de que sonaran unas notas, pero no contestó. Mantuve la boca cerrada y no dije que reconocía la canción. De todas formas, solo habían sido unas pocas notas. A lo mejor no era la canción que yo pensaba.

–¿Una tregua de tres horas? –preguntó.

Un sollozo me pilló desprevenida y se me escapó antes de que pudiera evitarlo.

–Se supone que no puedo llorar.

–¿Por qué no?

Esa era la norma de otra persona. Ya no sabía ni de quién. No llores antes de la tercera cita. No importaba: nunca íbamos a tener una tercera cita. De todas maneras, las normas eran una estupidez. No funcionaban.

Él dio un paso adelante. Estaba tan cerca que pude oler de nuevo ese perfume que me robaba el aliento.

–Habla conmigo, Lily.

Me incliné hacia delante, apoyé la frente contra su pecho y me permití estar triste durante un momento por aquello que no podía tener y que estaba justo delante de mí. No dejé que mis brazos lo rodearan como yo quería que hicieran. No dejé que el resto de mi cuerpo se fundiera con el suyo ni que mi mejilla encontrara el camino hacia su suave camisa de algodón. No, solo mi frente y un par de lágrimas.

–Acabaré antes de que se vayan –prometí.

Él se rio por lo bajo y me rodeó con los brazos.

–Tienes tres horas. No hay prisa.

Me acercó más a él, pero yo aún tenía los brazos cruzados delante del pecho, creando una barrera muy necesaria entre los dos. Una vez le había dicho en una carta que los abrazos eran mágicos, y era verdad. Al oír su respiración en mi oído, al sentir su corazón latiendo contra mi frente y la calidez de su cuerpo filtrándose en el mío, un cosquilleo invadió todo mi ser. Él se había inclinado un poco, colocando la cabeza en el espacio que había junto a la mía. Me podía tragar mis objeciones durante tres horas. Vivir en aquel momento perfecto durante tanto tiempo como me fuera posible. No tenía que pensar en el pasado, ni en Sasha ni en Isabel...

No, sí que tenía que pensar en Isabel. Ella era más importante para mí.

Lo empujé con los brazos y él me soltó. Me limpié las mejillas con las mangas.

–Gracias, pero ya estoy mejor.

–Demasiado tarde. Ya se han ido.

Vi cómo su BMW salía del aparcamiento y se alejaba.

–¿Dejas que tus amigos conduzcan tu coche?

–No le tengo tanto apego como te imaginas.

Porque lo compró con el dinero de su padre, recordé que había dicho en una de sus cartas. Sabía más cosas sobre él de lo que se figuraba.

–Vale. Te llevo a casa. –Me sorbí la nariz, avergonzada por el abrazo que acabábamos de compartir.

–¿Podemos parar en un sitio primero? –Rodeó la camioneta y se sentó en el asiento del copiloto antes de que pudiera contestar.

Cuando entré yo también, pregunté:

–¿Tengo elección?

–Tregua. Estamos en tregua.

Conseguí esbozar una sonrisita.

–Está bien. ¿Dónde?

CAPÍTULO 40

–De verdad, tendría que volver a casa en algún momento esta noche.

–Ya casi estamos.

Íbamos escuchando una música horrorosa en la radio. No podía poner la que escuchaba normalmente sin que él se diera cuenta de todo. Estaba oscuro y no tenía ni idea de dónde nos encontrábamos, pero sabía que estábamos al menos a veinte minutos de mi casa.

–Gira aquí, por la séptima –me ordenó Cade.

Giré. La funda de la guitarra se deslizó por el maletero y golpeó la pared.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó.

–El cadáver que tengo ahí escondido.

–Bien. –Señaló–. Vale, ve por ahí delante y luego gira a la izquierda hasta la calle principal.

–¿Donde el Land's End? ¿Me estás llevando a un hotel? Yo no soy de ese tipo de chicas. –Se rio.

–No te estoy llevando al hotel... Bueno, te estoy llevando al hotel, pero no es por eso.

Me dijo dónde aparcar y apagué el motor del monovolumen.

–Ahora, sígueme –susurró Cade–. Si alguien nos para, deja que hable yo.

–¿Lo que vamos a hacer es ilegal?

–No mucho.

–Esa respuesta no me tranquiliza.

–¿Quieres algo que te tranquilice?

No respondí, pero lo seguí. En algún punto, debió de decidir que yo estaba caminando demasiado despacio, porque retrocedió, me agarró de la mano y tiró de mí. El tacto de su piel hizo que el corazón me diera un salto.

Entramos por la puerta principal del hotel. Solo había un trabajador en la recepción, pero estaba ocupado hablando por teléfono y ni siquiera nos miró. Atravesamos múltiples y elegantes salas y pasillos hasta que salimos del hotel por la parte de atrás.

Cade me llevó junto a una enorme cascada con luces hecha de rocas, subimos una escalera y atravesamos más caminos hasta que llegamos a una puerta cerrada que decía: «PROHIBIDO EL PASO FUERA DE HORARIO». Había una ranura encima del picaporte para meter una tarjeta. Supuse que estábamos claramente fuera de horario. Cade no debía de haberse dado cuenta de que estaría cerrado.

Esperé a que se volviera y me llevara a otro sitio, pero miró por encima de su hombro, saltó la verja y abrió la puerta desde dentro.

–Así que a esto te referías con «no mucho». –Suspiré profundamente y atravesé la puerta. Anduvimos por un camino de cemento hasta que llegamos a lo que supuse que era nuestro destino: un patio grande que daba a un enorme campo de hierba y árboles y a un paisaje desértico.

–Eso es el campo de golf –me explicó Cade–. Por el día se ve mejor.

Admiré las vistas.

–¿Vienes aquí a menudo?

–Mi padrastro me trae a jugar al golf de vez en cuando. Odio el golf, pero me encanta subir y sentarme aquí.

–El apellido de tu padrastro es Jennings, ¿no? El de la compañía de seguros.

–Sí.

–¿Y tu apellido es Jennings?

Él se pasó la mano por la frente.

–Es una larga historia que tiene más que ver con querer fastidiar a mi padre que con apreciar tanto a mi padrastro como para ponerme su apellido.

–Entiendo.

Quería preguntarle si su padre le había contestado ya a la carta. Si iba a preguntarle alguna vez a su padrastro por qué era tan duro con él. Pero no lo hice. Me apoyé en la barandilla y observé las luces. La verdad es que era un lugar precioso.

Había algunas sillas y mesas apiladas en el borde del patio. Cade agarró dos sillas, las llevó hasta donde yo estaba y colocó una detrás de mí. Me senté y él hizo lo propio.

–¿Por qué estás haciendo esto? –pregunté.

¿Por qué había decidido actuar más como la persona de las cartas, ahora que había renovado mi juramento de alejarme de él y recordado su pasado con Isabel?

–¿Por qué estoy haciendo esto...? –Se giró la pulsera en la muñeca varias veces antes de levantar el puño—. Por esto.

–No entiendo.

–Esta pulsera. Me la puse para hacerte enfadar y lo único que conseguí fue acordarme de la conversación que tuvimos en mi cocina. Cuando me explicaste mis defectos con todo detalle. Me he dado cuenta de que me merezco tu desprecio, aunque siempre haya pensado que era injustificado.

Vaya. Nunca pensé que oiría a Cade decir esas palabras.

–No te lo merecías... No te lo mereces –dije–. Nunca he dudado en atribuirte intenciones todos estos años. Se me da bien.

Se encogió de hombros.

–Un poco sí me lo merecía. Yo siempre me decía que te estaba tratando como tú me tratabas a mí, pero era solo una excusa. No me he portado bien contigo. Como en el festival de otoño. Sabía que estabas escuchándome mientras hablaba de ti con Mike, así que dije lo que dije a propósito. No era cierto. Fui un capullo. En fin, supongo que de lo que me ha hecho darme cuenta esta pulsera es de que yo también te debo una para pedirte disculpas. Solo que yo no tengo una madre que me obligue a hacer estas cosas.

Extendí una mano.

–¿Y dónde está?

Se rio.

–Metafóricamente hablando.

–¿Tú me das una pulsera para pedir disculpas metafóricas y yo te doy una de verdad? Qué injusticia. –Bajé la mano con una sonrisa.

–Lo sé. Las palabras no valen tanto como los actos, ¿no?

–A mí me encantan las palabras –dije demasiado rápido, pensando en sus cartas, en letras de canciones, en libros y en todo aquello que las palabras hacían posible. Él levantó una ceja–. Y Lucas –añadí.

Su ceja descendió.

–¿Cómo?

–Te portaste fatal conmigo cuando estaba hablando con Lucas.

–¿Cuándo?

–En el partido de fútbol. Te lo llevaste y seguro que le dijiste que no se molestara en hablar conmigo.

Cade negó con la cabeza varias veces.

–No. Estaba intentando ayudarte. Por tu cara parecía que estabas paralizada. Pensé que estabas incómoda.

–¿Me estabas salvando?

–Pensaba que sí. Parece ser que no.

–La gente no siempre necesita que la salves, ¿sabes?

Bajó la vista hacia sus manos, que había juntado.

–Pero a veces sí, ¿no?

Como yo no respondía, él continuó:

–No pasa nada por necesitar que te ayuden de vez en cuando... Por pedir ayuda.

–No necesito ayuda. Y no necesito a nadie que ayude a los demás para sentirse importante.

Me estremecí. ¿Por qué había dicho eso? ¿Por qué siempre tenía que arremeter contra él?

Sabía por qué. Porque me preocupaba por él. Y estaba empezando a resultarme obvio que él se preocupaba por todo el mundo. Le gustaba ayudar a la gente, y esa era la verdadera razón por la cual estaba sentado delante de mí en aquel momento. Él pensaba que me estaba ayudando, pero en realidad me lo estaba poniendo mucho más difícil.

–Lo siento –dije.

–Puede que tengas razón –dijo con un suspiro–. En gran parte, intento ayudar a la gente para sentirme... –Su voz se apagó y no tenía ni idea de cómo iba a terminar aquella frase.

–¿Sentirte cómo?

Se encogió de hombros.

–No lo sé. En fin, ¿por qué estabas antes tan disgustada?

Tragué saliva con dificultad.

–He perdido algo importante para mí. Y luego me he dado cuenta de que Lucas y yo no somos realmente compatibles. –«Más que nada porque he descubierto que me gustas mucho, pero no puedo tenerte.»

–¿Compatibles? Si parecéis perfectos el uno para el otro.

–¿Eso ha sido un insulto? –Normalmente no me lo habría tomado como tal, pero, viniendo de Cade, lo parecía.

–No. Solo quería decir que él no es como los demás. Es un poco diferente. Y parece que eso te gusta.

–Pues sí.

–Entonces, ¿cuál es el problema?

–Ninguno. No era el momento, supongo. No tiene mayor importancia. De verdad.

–Tiene la suficiente como para llorar por ello.

No lloraba por Lucas. Por mi guitarra, sí. Por mi relación imposible con Cade, también. Pero no por Lucas.

–No era por eso. Estaré bien.

–Pero, si alguien te gusta lo suficiente, intentas esforzarte.

Me reí un poco.

–Y ahí está el problema. Que no nos gustábamos lo suficiente.

–¿Porque te gusta otra persona?

Mi mirada se clavó en la suya. ¿Me había delatado de alguna manera? Tenía que cambiar de tema antes de que la verdad saliera a la luz.

–¿Qué tal tú? –pregunté rápidamente–. ¿Cómo has estado?

–¿Desde cuándo?

–No sé. Desde Acción de Gracias, cuando una borde te echó de su casa.

Sonrió.

–Bien. El béisbol me mantiene ocupado.

Oí el ruido estático de un *walkie-talkie* y me levanté a toda prisa.

–Viene alguien –susurré.

Cade no parecía creermelo al principio, pero luego nos llegaron unas voces desde el sendero que hablaban de investigar a qué se debía el alboroto. Refiriéndose a nosotros. Nosotros éramos el alboroto.

Me levanté de un salto y arrastré a Cade hacia la única puerta que había en el patio. Nos metimos en lo que pensé que sería una habitación que nos conduciría lejos de allí, pero que resultó ser un armario lleno de más sillas. Nos encajamos en su interior y Cade cerró la puerta detrás de nosotros, sumiéndonos al instante en la oscuridad.

Debió de moverse hacia la izquierda, porque su pie descendió sobre el mío. Tomé aire entre dientes.

–Perdona –susurró–. ¿Dónde estás?

Estaba tan cerca de él que podía sentir su calor corporal, así que no sabía muy bien por qué no sabía dónde me encontraba. Levanté ambas manos pensando que iba a tocarle la espalda, pero en realidad le estaba tocando el pecho.

–Aquí.

Colocó sus manos sobre las mías, contra su pecho.

–Ya no te piso.

–Podemos decirles que somos huéspedes y que nos hemos perdido –sugerí.

–¿Y que tuvimos que saltar una valla? Me temo que me reconocerán y echarán a mi padrastro del club de golf. Sabrán que no me he perdido.

–¿Lo echarían por una cosa tan tonta?

–Digamos que lo más seguro es que estén buscando una excusa. No es el ser más agradable del planeta.

Asentí, aunque Cade no podía verme en la oscuridad. Al otro lado de la puerta, pude oír las voces. Me costaba distinguir lo que decían, aunque fuera en voz alta, así que no me preocupaba que Cade y yo nos susurrásemos.

–¿Te llevas bien con él? –pregunté.

–¿Con mi padrastro?

–Sí.

–No. –Y eso fue todo lo que dijo. Asumí que eso significaba que no quería hablar de ello.

–¿Has faltado a alguna clase esta semana? –pregunté.

–No, ¿por?

–Ah. –No iba a dejar que esa información hiriese mis sentimientos. No importaba. Me recordé que me alegraba de que no me hubiera escrito.

–¿Por? –volvió a preguntar.

–No te he visto mucho, eso es todo.

–¿Me estabas buscando? –Podía oír la sonrisa en su voz.

–Más quisieras.

Se rio suavemente y noté el movimiento de su risa bajo mis manos. Cerré los ojos y las obligué a estarse quietas, a no moverse ni a explorar como se morían por hacer.

–Sasha me lo ha contado.

Esa afirmación eliminó mi problema con las tentaciones.

Mi respiración se volvió superficial. Se lo había contado. ¿Por qué se lo habría dicho? ¿Qué esperaba conseguir con ello? Pero era obvio que iba a decírselo.

Así que eso resolvía el misterio de por qué había dejado de escribirme. Se sentía decepcionado.

–Ah, ¿sí? –fue todo lo que pude decir. Había perdido el aliento. Tenía la cara roja. Me sorprendía que no estuviera brillando en la oscuridad. Intenté bajar las manos, pero él las estaba sujetando contra su pecho—. ¿Cuándo?

–El martes, después de nuestra conversación sobre la pulsera de hombre.

Claro. Tenía sentido. Nos vio hablar, me dirigió aquella mirada asesina y se fue derecha a contarle la verdad.

–Ah –fue todo lo que se me ocurrió decir.

–Por eso me he alegrado de encontrarme contigo antes. Solo quería aclarar las cosas.

–Las has aclarado. Están claras y relucientes.

–Ah, ¿sí? Porque a mí me parece que siguen un poco turbias.

–Entonces más vale que las digamos alto y claro. ¿Qué te ha dicho Sasha, exactamente?

–Que me odias.

–Sí... Espera, ¿qué?

–No era nada nuevo, teniendo en cuenta la conversación que habíamos tenido en mi casa, pero esperaba que pudiéramos pasar página. Hablarlo. Ser amigos.

–No.

–No podemos ser amigos.

–No, sí, sí que podemos. –Estaba anonadada–. Yo no le he dicho eso. Ella me dijo lo mismo de ti.

–Ah, ¿sí? ¿Entonces no me odias?

–¡No! No te odio. Antes sí. Pero ya no. –Lo dije demasiado alto. Lo sabía. Y ya era tarde para cerrar la boca, pero lo hice de todas maneras. No importaba. La puerta se abrió y un hombre nos apuntó directamente a los ojos con una linterna.

–¿Cade Jennings?

–El único e inimitable –respondió Cade.

–Acompáñame.

CAPÍTULO 41

La noche acabó mal. Cade fue al calabozo del hotel. Bueno, solo era la oficina de seguridad, donde lo obligaron a llamar a sus padres para que fueran a recogerlo. Y a mí me dejaron ir. No quería marcharme, pero él no dejaba de decir:

–Lily, en serio, no pasa nada. Estoy bien. Vete. –Me estaba salvando otra vez.

Así que me fui, aunque seguramente debería haberme quedado. No, no debería haberme quedado. Tenía que irme antes de que Cade consiguiera gustarme más todavía. Lo estaba sacrificando sobre el altar de la amistad, me dije. Isabel era más importante.

Me marché a casa y por fin fui capaz de terminar el resto de la letra de *Abandonado*. Una canción que técnicamente no podía grabar porque no tenía guitarra. Y aunque tomase alguna prestada, no podría usar esa canción. Hablaba de Cade. No estaba segura de que fuese a parecerle bien el hecho de que yo ganara un concurso de canciones con un tema basado en su vida, dado que él prefería mantenerla en privado. Como si él fuese a querer que el mundo supiera lo de su padre ausente, si ya le resultaba bastante difícil escribir sobre ello desde el anonimato.

Al sentarme en la cama con mi cuaderno, me reí de mí misma. De la idea de que aquella canción pudiera ganar. De que se hiciera mundialmente conocida porque la hubiese presentado a un concurso. Las posibilidades eran escasas, tirando a ninguna. Sin embargo, aun con esas expectativas, no podía hacerle eso a Cade. Me gustaba demasiado.

* * *

Me pasé la mañana del lunes buscando a Cade con la mirada. Quería verlo para cerciorarme de que todo había salido bien con el hotel y con su padrastro. Como ya no me escribía cartas, solo podía contar con verlo en persona para comprobar cómo estaba, pero no lo vi ni una vez. En clase de Química, esperé y recé por que hubiera una carta. Ahora que habían terminado los finales, me escribiría y me diría que sentía haber dejado de hacerlo, pero que había estado demasiado ocupado estudiando, con cosas de clase o algo así. Alguna excusa realmente buena que justificase por qué había parado de escribir.

Sin embargo, mientras mi mano buscaba una carta debajo de la mesa sin encontrarla, el corazón se me encogió aún más. O bien había descubierto que era yo con quien se escribía y me estaba mandando una enorme indirecta sobre cómo se sentía al respecto, o bien estaba simplemente pasando página. Cade siempre había tenido una capacidad de atención limitada.

No importaba. Cade no importaba.

* * *

—¿Qué quieres comer hoy? —preguntó Isabel.

Tiré de la cremallera, que se me había quedado atascada en la parte de abajo de la chaqueta.

–No lo sé. Algo caliente. Tengo frío.

–Deberían poner un puesto de sopa. Estaría genial.

–¿En Arizona?

–Vale. Deberían poner un puesto de sopa durante el mes de diciembre.

–Estoy de acuerdo.

Gruñí. Mi cremallera se negaba a ceder. Iba siguiendo a Isabel a ciegas hacia donde fuera que me estuviera llevando, mirando de reojo sus zapatos mientras me peleaba con la cremallera.

–¿Qué crees que querrá Sasha?

–¿Eh? –Levanté la vista y vi a Sasha caminando directamente hacia nosotras con una mezcla de tristeza y enfado en la cara. No estaba muy segura de qué hacer al respecto. Sasha llevaba un montón de papeles en la mano derecha. Tardé un momento en reconocerlas, pero supe que eran mis cartas antes de que llegara hasta mí. Eran todas las cartas que le había escrito a Cade. ¿Cómo las había conseguido?

–Esto es increíble –gruñó Sasha–. Eres demasiado rara. –Me tiró las cartas a los brazos y algunas se cayeron al suelo–. Yo no puedo ser así.

Isabel me ayudó a recoger las que estaban por el suelo mientras Sasha se alejaba con paso firme.

–¿A qué ha venido eso? –preguntó Isabel, sorprendida.

–Estas son mis cartas.

–¿De dónde las ha sacado? ¿Se las habrá dado Cade?

Se me hizo un nudo en el estómago. No tenía ni idea.

Abrí mi mochila y empecé a meter mis cartas junto con las de él que tenía ahí guardadas. Me detuve, recogí tanto las mías como las suyas y se las di a Isabel.

–¿Puedes quedártelas? ¿Hacemos luego una fogata, al salir de clase?

Me sonrió con tristeza.

–Si es eso lo que quieres...

–Sí.

Abrió la mochila y las dejó caer todas en su interior. Necesitaba sacar a Cade de mi vida de una vez por todas.

* * *

Cade estaba de pie junto al minivan, hablando con mi madre a través de la ventanilla abierta mientras yo me acercaba. Notaba que tenía la misma cara de enfado/tristeza que le había visto antes a Sasha.

–Buenas, Lily –dijo Cade cuando abrí la puerta por el lateral.

–Buenas. –Entré y la cerré.

Él parecía confuso.

–Bueno, encantado de hablar con usted, señora Abbott. Wyatt, te veo el jueves.

–¡Vale! –dijo Wyatt.

Luego Cade me miró a mí.

–¿Se acabó la tregua?

–Sí. –Podía hacerlo. Podía volver a ignorarlo, cuando lo que quería hacer en realidad era preguntarle si había tenido problemas con sus padres la noche del viernes, después del incidente en el hotel. Si habían echado a su padrastro del club de golf. Si él estaba bien.

Cade se apartó lentamente del coche y mi madre subió la ventanilla mientras arrancaba.

–No tengo ni idea de qué tienes en contra de ese chico, Lil –dijo mi madre–, pero se tiene que acabar.

Asentí.

–Se ha acabado.

CAPÍTULO 42

Me presenté en casa de Isabel media hora después. Me había puesto una camiseta negra en señal de no sabía muy bien qué. Sin embargo, cuando Isabel abrió la puerta, su expresión mostraba algo que no entendí: culpabilidad mezclada con tristeza, mezclada con algo que parecía esperanza.

–Lo siento –dijo.

–¿Cómo? ¿Por qué? –Estaba empezando a darme un tic en el ojo derecho. ¿Qué me iba a confesar ahora?

–Las he leído. No debería haberlo hecho. Eran algo privado. Pero lo he hecho.

Exhalé.

–Iz, no sabía que era él cuando las escribí.

–Lo sé. –Me tomó de la mano y me llevó a su cuarto, donde había apilado ordenadamente mis cartas sobre su escritorio–. No podemos quemarlas.

–¿Qué? Pero si voy de negro.

Se rio.

–Estas cartas, Lil... No me sorprende que te hayas colado por él.

–No me he... –Empecé a protestar, pero no podía mentirle–. Ya.

–¿Él no sabe que te estaba escribiendo a ti?

–No.

–¿Creía que esa era Sasha? –dijo señalando las cartas.

–Estoy casi segura.

–Entonces es que es idiota. No suenan nada a Sasha. Esas cartas son muy tú. Él se ha colado por ti.

Se me hizo un nudo en la garganta.

–No se ha colado por mí.

–Pues a mí me parece que sí.

–Aunque eso fuera verdad, que no lo es, no importa. Te elijo a ti. Nos elijo a nosotras. Me he vestido de negro.

Ella sonrió y me abrazó.

–¿Puedo contarte una cosa?

–Claro.

–Siempre me disteis envidia Cade y tú.

Me aparté de ella para poder verle la cara.

–¿Envidia? ¿De nuestras peleas?

–Sí. Siempre ponía más pasión a la hora de hablar de algo que hubieras hecho tú que de cualquier otra cosa que hubiéramos hecho o dicho nosotros. Nunca te he contado que siempre pensé que teníais una especie de conexión que ambos os negabais a reconocer.

–Iz. –Sabía lo que estaba haciendo y no quería que sintiera que era su obligación.

–Escúchame. –Apiló las cartas y me las puso en las manos con suavidad–. Quiero que te las quedas.

Sonreí.

–Y yo te quiero por ello, pero él no quiere estar conmigo, sino con ella. La chica de aquí. –Levanté las cartas–. O, al menos, antes lo quería. Ha dejado de escribirme y no tengo ni idea de por qué. A lo mejor porque pensaba que era Sasha. No lo sé.

–¡Entonces dile que eres tú!

–Me da miedo.

–Si no lo intentas, nunca lo sabrás.

–Isabel...

–Por favor, Lil. –Me miró a los ojos–. He sido una egoísta. Nunca fue mío. En ningún momento. Intenté echarle la culpa a ti, pero no eras tú. Éramos nosotros. Cade y yo. No éramos adecuados el uno para el otro. Pero vosotros... –Colocó sus manos sobre las mías, que seguían sosteniendo las cartas–. Vosotros podríais... ¿Cómo lo dijo él en una de las cartas? ¿Equilibraros a la perfección? ¿Algo así? En fin, estoy de acuerdo con él. Lo haríais. Lo hacéis. Lily, dale una oportunidad.

Aquella súplica fue tan sincera, tan sentida, que lo único que pude decir fue:

–Lo pensaré. –Y también–: Gracias.

* * *

Cuando entré en mi habitación aquella noche, había algo sobre mi almohada. Lo primero que pensé fue que Jonah había vuelto a entrar y a toquetear mis cosas, pero no era eso. Sobre mi almohada estaba el recorte de periódico del concurso de canciones. Lo habían alisado todo lo posible.

–No te rindas –dijo Ashley a mi espalda–. Siento haber sido tan dura contigo.

Me volví y vi a mi hermana en la puerta y las cabezas de mis hermanos asomándose detrás de ella.

–¿Habéis sido vosotros? –pregunté.

–Eres buena, Lil –dijo Ashley–. Puedes hacerlo. Solo tienes que creer en ti misma.

Agarré el recorte de periódico para releer la fecha límite de inscripción y un destello plateado me hizo volver a mirar. Debajo del recorte, en medio de la almohada, había dinero: un fajo de billetes y algunas monedas sueltas.

–Sé que no es bastante para cubrir todo el coste de una guitarra nueva –dijo Ashley–, pero es un comienzo.

–Yo he puesto las monedas –dijo Jonah con orgullo.

No podía hablar. Se me escapó un cálido reguero de lágrimas de los ojos. Mis hermanos entraron en la habitación y me rodearon en un abrazo grupal.

–Os quiero, chicos –dije entre sollozos–. Gracias.

–Hemos echado de menos la música por aquí –dijo Ashley.

–Sois los mejores.

–Lo sabemos –dijo Wyatt.

–¿Qué es ese olor? –dijo Ashley.

Jonah se rio por lo bajo.

–¡Qué asco! –Ashley se separó, nos dispersó a todos y salió corriendo detrás de Jonah, pegando agudos chillidos. Tenía la mejor familia del universo.

CAPÍTULO 43

A la mañana siguiente, me desperté con una inmediata sensación de pánico. El corazón me iba a mil, me ardían los pulmones y me escocían los ojos. Me aterraba la idea de contarle a Cade que quien escribía las cartas era yo. Todavía no sabía con seguridad por qué había dejado de escribirme, pero no me pareció una buena señal que ni mi versión epistolar ni mi versión real nos llevásemos demasiado bien con él en aquel momento.

No iba a decírselo.

No, iba a decírselo. Si se lo decía, al menos podía acabar con ello y seguir con mi vida.

Me puse de lado en la cama. El montón de dinero que me habían dado mis hermanos (casi cien dólares) estaba encima de mi mesilla y me dio fuerzas. Podía hacerlo.

* * *

Si la cooperación por parte de mi pelo era un buen indicador de cómo iba a ir el día, me esperaba lo peor. Mi pelo se negaba a ser dominado. Cuando me presenté en el instituto, mis rizos estaban hechos un completo alboroto.

Busqué a Isabel con urgencia para ver si había cambiado de opinión, si se sentía rara ante la posibilidad de que Cade y yo estuviéramos juntos. Estaba

buscando una buena excusa para no hacerlo. Estaba buscando una buena excusa para no admitir que Cade me gustaba desde hacía ya mucho tiempo.

Sin embargo, cuando encontré a Isabel, su sonrisa era aún más radiante que la de la noche anterior.

–Parece que vas a vomitar –dijo, dejando de lado nuestro saludo habitual.

–Creo que voy a vomitar. Y, por cierto, eso también fue lo último que pensé antes de irme a la cama anoche.

Se rio.

–Asumo entonces que has tomado una decisión.

–Sí.

No tenía que preguntarme cuál. Ella ya lo sabía.

–Tú relájate. He leído las cartas, Lil. Nunca le he oído hablar así a nadie. Todo irá bien.

* * *

«Todo irá bien. Todo irá bien.»

Al principio, pensé en ir directamente hasta él y decirle quién era, pero eso no era propio de mí, de nosotros... Aunque no había un «nosotros».

En algún momento de la cuarta hora, supe que tenía que contárselo en una carta y meterla cuidadosamente debajo de la mesa en Química. Así tendría tiempo para procesarlo, para pensarlo. No tendría que reaccionar de forma inmediata. Quizás aquella fuera solo otra manera de protegerme, pero sentía que debía hacerlo así.

No obstante, no iba a arriesgarme a que Sasha me viera escribir esa carta, de modo que saqué una hoja en blanco ahí mismo, en el despacho en el que se suponía que tenía que estar clasificando el correo en los buzones de los profesores, y comencé a escribir la carta. La empecé como nunca había empezado ninguna de estas cartas: con su nombre.

Cade:

Hola. Como puedes ver, sé quién eres. Hace un par de semanas, fui a entregarle unas cosas al señor Ortega y te vi escribiéndome. Me sorprendí muchísimo y, sinceramente, me horroricé. Si supieras quién soy, lo entenderías. No nos llevamos muy bien. Más que nada porque te guardaba rencor. Aunque, por lo visto, todo se debía a un malentendido (hace poco que lo averigüé). Supongo que quiero empezar diciendo que lo siento. Te he conocido primero a través de tus cartas, que siempre me han llenado de tanta alegría que debería haber sabido que quien las escribía iba a ser alguien que me desafiaría y me comprendería a partes iguales. Luego te conocí al margen de ellas y me llevé una sorpresa. En muchísimos buenos sentidos. No sé muy bien por qué has dejado de llevarte mis cartas o de responderme, pero espero que te lleves esta, o tendré que ser valiente y decirte todo esto a la cara. No me obligues a hacerlo. Pero espero que, fuera cual fuese la razón por la que dejaste de escribir, solo sea otro de nuestros malentendidos. (Por ahí se intuye una canción. ¿Quieres ver cómo se te daría escribirla?) Y ahora es cuando te digo quién soy para que puedas horrorizarte.

Lily Abbott

Doblé la carta sin releerla, porque entonces no se la daría. Me la metí en el bolsillo e intenté olvidarme de ella hasta la clase de Química.

En Química, no tardé ni un minuto en deshacerme de ella. Esperé a que ni Lauren ni Sasha me estuvieran prestando atención y la coloqué en su sitio. Al sacar la mano, sentí el borde de un nuevo trozo de papel. Tomé un poco de aire y lo solté. Una carta. Después de una semana, me había escrito una carta.

Al intentar abrirla con cuidado, rompí una esquina. Me obligué a dejar las manos quietas, terminé de abrirla y alisé el papel sobre la mesa.

Siento no haberte escrito. Me pasa lo siguiente: me gusta mucho escribirte. Eres genial, divertida e inteligente, pero ha empezado a gustarme una chica, una chica que me desafía como ninguna otra lo ha hecho antes, y al escribirte sentía que le estaba poniendo los cuernos. Aunque no estemos juntos. Y tú y yo tampoco estamos juntos. Pero bueno. Empecé a sentir que no estaba siendo fiel ni a mí mismo ni a ella. Debería habértelo dicho la semana pasada en lugar de soltarte esto de sopetón. Ella todavía no

*está muy convencida de que yo sea un buen tipo, pero espero que lo esté pronto.
Deséame suerte.*

La sangre se me retiró lentamente de la cara. Esta carta podía significar dos cosas. Una era que yo le gustaba a Cade. Yo. Mi versión real. Sí que habíamos estado pasando algo de tiempo juntos, ¿no?

Pero luego estaba la otra posibilidad: que se hubiera enamorado de alguien completamente diferente. Después de todo, las cartas eran yo. Y si se hubiera enamorado de mi yo real, ¿no tendría que haberse enamorado también de mi yo epistolar?

No me decidía. ¿Recuperaba mi carta y esperaba unos días más para comprobar si lo veía con otra chica? ¿O la dejaba ahí y me ponía a rezar por que todo saliera bien, pasara lo que pasase?

La dejé ahí, a pesar de las protestas de mi acelerado corazón, porque, si le gustaba otra chica, aquella era mi mejor oportunidad para conquistarlo.

Después de clase, le enseñé a Isabel la última carta y pegó un chillido.

–Entonces ¿tú crees que esto es algo bueno? –pregunté.

–Le gustas. Ve a hablar con él.

Moví rápidamente la cabeza, pensando, por lo que había dicho, que él andaba por los alrededores. No estaba, y suspiré aliviada.

–Estará en béisbol –dijo Isabel–. Creo que hoy empezaban a entrenar para la próxima temporada. Ve a buscarlo. Espéralo.

–Le he dejado una carta. La leerá mañana. Hasta entonces, voy a comerme un cubo entero de bombones de caramelo y a entrar en un coma alimentario.

–¿Los bombones de caramelo provocan comas alimenticios? Tanto azúcar causaría lo contrario, ¿no crees? –preguntó, como si de verdad fuera a comerme un cubo entero de bombones.

–Todo lo que sube tiene que bajar.

–Pero eso tardaría mucho.

–Tienes razón. Menos mal que me has hecho entrar en razón.

–Otro motivo para no alejarte de mí.

–Uno entre un millón.

Me apretó la mano.

–Mañana. Mañana va a pasar algo muy grande.

CAPÍTULO 44

Vi a Cade en el aparcamiento a la mañana siguiente. Iba hablando y caminando junto a un amigo suyo, con una sonrisa tan radiante que podía detener el tráfico o los corazones, siendo el mío prueba de ello. ¿Cómo iba a seguir viéndolo si el día terminaba mal?

–Ahí está Cade. –Ashley lo saludó, pero él no la vio, así que empezó a bajar la ventanilla.

Yo la agarré del hombro.

–No, por favor.

–¿Qué pasa?

–Nada. ¿Podemos esperar un poco para hablar con él?

–¿Esperar hasta cuándo? –Entonces abrió mucho los ojos–. ¡Ah! ¿Te gusta el entrenador de Wyatt? ¿Estás en la fase de «ser misteriosa»?

Gruñí, pensando en la carta que esperaba a ser leída debajo de la mesa.

–Estoy en la fase totalmente opuesta a la de ser misteriosa.

–Entonces no lo estás haciendo bien.

–Lo sé. Seguro que fracaso estrepitosamente. He incumplido todas las reglas. –Salí del coche, ahora que Cade ya había pasado de largo–. Te veo después de clase.

* * *

Química. La mesa esperaba frente a mí como una lápida en una película de zombis. Me quedé plantada en la puerta, mirándola, sin saber muy bien si en esa metáfora de los zombis yo sería la chica que carga contra ellos pico en mano. Seguramente sería la que sale huyendo en dirección contraria.

–¿Vas a seguir andando o a taponar la entrada? –dijo Sasha detrás de mí, intentando pasar por mi lado y golpeándome en el hombro con el suyo. Me tropecé hacia delante, pero no me caí. Aquello me dio el impulso necesario para seguir caminando.

Me senté, conté hasta tres y busqué la carta. Mi mano solo encontró un chicle recién masticado. Así pues, se trataba de la opción número dos: le gustaba otra suertuda. Y ahora él sabía que era yo. Al menos, se lo había dicho por carta y no había tenido que ver cómo se horrorizaba. Se me cayeron las esperanzas a los pies, más hechas polvo de lo que creía.

De todas maneras, ¿cómo se me había ocurrido que a un chico popular como Cade podría gustarle una chica tan fuera de lo común como yo?

Las lágrimas me enturbiaron la vista y volví a despejarla pestañeando con fuerza un par de veces. Por primera vez en bastante tiempo, me obligué a tomar apuntes decentes, aunque hacía mucho que el señor Ortega había dejado de pedírmelos al final de la clase.

Cuando por fin sonó el timbre, librándome de aquel sufrimiento, el señor Ortega me llamó.

–Espera un momento, por favor.

Sasha me dedicó una sonrisa de satisfacción, así que me pregunté si se las habría arreglado para meterme en problemas otra vez. En cuanto se fue todo el mundo, el señor Ortega me enseñó una nota doblada.

–¿Es esto lo que estabas buscando antes? –preguntó.

Mi corazón empezó a latir con fuerza. El señor Ortega tenía mi esperanza en la mano y yo quería abalanzarme sobre él para recuperarla. Asentí.

–¿Cade y tú os creéis que estoy ciego?

Los hombros se me tensaron. ¿Eso quería decir que también había robado mi nota del día anterior? ¿La que había escrito para decirle a Cade quién era?

–No.

–Me alegra oírlo, porque vuestros actos indican lo contrario.

–Lo siento.

–Se acabó lo de escribir cartas en clase.

–La última no la escribí en clase –dije, aunque sabía que no importaba.

–Da lo mismo.

–¿Puedo llevármela ya? –pregunté, señalando con la cabeza la carta que él sostenía en su mano como si fuera un trofeo que no podía ganar.

–Voy a guardármela. Cuando tenga tu nota de Química, te la devuelvo. Hasta entonces... –Abrió el cajón de su mesa y la dejó caer en su interior—. Es mía.

Necesité toda mi fuerza de voluntad para no arrodillarme y suplicarle que se apiadara de mis pobres y exhaustos nervios. Recogí mi mochila y me dirigí hacia la puerta. Los pasillos estaban vacíos. Todo el mundo se había ido ya a comer. Si Cade me hubiera escrito una respuesta positiva al descubrir mi identidad, ¿no debería estar ahora mismo en el pasillo con esa increíble sonrisa suya, diciéndome que quería casarse y tener hijos de música *rock indie* conmigo? A no ser que no hubiera recibido mi carta y que aún no supiera quién era yo.

Recordé las últimas palabras del señor Ortega una y otra vez. Vi cómo la carta caía en el cajón abierto de la mesa. Necesitaba esa carta. Iba a recuperar esa carta. Con ella sabría si Cade había recibido la mía. Sabría si tenía que evitarlo para siempre o no.

* * *

Le mandé un mensaje a mi hermana durante la última clase para decirle que iba a volver a casa en coche con Isabel. Luego le mandé otro a Isabel, esperando que estuviera de acuerdo con el plan. Y añadí: «¿¿Quieres ayudarme a robar unas llaves de la oficina central después de clase para que pueda rescatar la carta??».

Le había contado lo que había sucedido durante la comida. Estaba igual de escandalizada que yo. Su solución era que se lo dijese a Cade a la cara y ya está. La mía podía ahorrarme una vida entera de humillaciones, dependiendo del contenido de la carta.

Entonces me devolvió el mensaje: «Claro que sí. Yo distraigo y tú rescatas».

Y ahí estaba yo, entonces: rescatándola.

Podía oír la voz de Isabel junto a la mesa principal mientras hablaba con la señora Clark. Yo me había colado por la puerta de atrás de la oficina central y me estaba acercando a la mesa larga. La tarea de Isabel era complicada: no solo tenía que distraer a la señora Clark mientras yo robaba las llaves, sino que tenía que seguir con ello todo el rato que tardara en volver para que pudiera ponerlas de nuevo en su sitio sin que se diera cuenta de que habían desaparecido. Le había prometido a Isabel que me daría toda la prisa que pudiera. También le había prometido una copa de helado con sirope, pero pensar en ello no me servía de ayuda en ese momento.

El señor Ortega no tenía clase a séptima hora, así que sabía que se habría ido hacía tiempo. Solo esperaba que no hubiera cerrado con llave el cajón de la mesa, además de la puerta.

Las llaves eran fáciles de conseguir; ya las había usado antes, porque era una persona responsable y de fiar. Estaba casi segura de que me cargaría esa reputación yo solita si la señora Clark me descubría en ese momento. Me

metí las llaves en el bolsillo para que no hicieran ruido y salí a toda prisa. Una vez fuera, subí el ritmo hasta que empecé a correr. Yo no corría mucho, no me gustaba, pero corrí como si la vida me fuera en ello.

Quizás, al final debería haberme apuntado al club de campo a través, porque no se me daba nada mal. Durante un tramo de acera, más o menos. Para cuando llegué al edificio de Ciencias, no solo había maldecido al equipo entero de campo a través, sino todo el deporte en general. Me había dado un calambre que me estaba mandando una ola de dolor hacia la parte de arriba del costado y apenas podía respirar.

Frente a la puerta de la clase de Química, me doblé por la cintura para tomar aire. Luego me acordé de que Isabel seguía hablando con la señora Clark, me incorporé y comencé el proceso de eliminación para encontrar la llave.

Había probado ya cinco de las que parecían quinientas llaves cuando la puerta del final del pasillo se cerró de golpe. Metí otra llave, quiso la suerte que girara y me puse a salvo en el interior de la habitación.

La clase estaba a oscuras, con las persianas bajadas, y mis ojos tardaron un momento en adaptarse. Avancé lentamente con las manos extendidas delante de mí. Ya había llegado a la última fila de mesas cuando se abrió la puerta y me giré, tomando aire de golpe y pensando cómo explicarle al señor Ortega qué estaba haciendo allí.

Pero no era el señor Ortega. Era Cade, con esa deslumbrante sonrisa suya que iluminaba la habitación. La puerta se cerró tras él con un golpecito seco.

—¿Te he iniciado en la senda del crimen? —preguntó.

Traté de recuperar el aliento.

—¿Estás intentando atribuirte el mérito de esto?

—Te he llamado fuera, pero corrías como si alguien te persiguiera.

—Estoy entrenando para hacer campo a través.

–Ah, ¿sí?

–No, qué va. Correr es lo peor que hay. ¿Por qué la gente lo hace a propósito?

Sonrió.

–Ese calzado no es precisamente el más adecuado para ello.

Bajé la vista hacia mis Dr. Martens moradas. Tenía razón: pesaban demasiado para correr.

Eché un vistazo alrededor de la clase.

–Bueno, ¿qué haces?

–¿No tienes béisbol? –Me sequé una gota de sudor de la sien.

–Estaba yendo para allá cuando te he visto.

–¿Te hacen correr en béisbol?

–A veces.

–Pues lo siento.

Cade sonrió.

–Sé que no soy la persona más observadora del mundo, pero me da la sensación de que no quieres responder a mi pregunta.

Me reí.

–¿Qué te hace pensar eso?

–Ah, pues no sé...

Isabel iba a matarme si no me deshacía de él pronto y seguía con la misión.

–¿Has cambiado de opinión? –preguntó.

–¿Cambiar de opinión? ¿Sobre qué?

–¿Has contestado y ahora quieres retirar lo que sea que hayas dicho?

Mi mirada, que había conseguido evitar la suya con bastante éxito hasta ese punto, se clavó en sus ojos. Sabía que era yo quien escribía las cartas. Así que sí había recibido la mía, después de todo. Ahora él llevaba ventaja, porque sabía que me gustaba y yo no tenía ni idea de cómo se sentía al

respecto. Era posible que me hubiera escrito una estupendísima carta diciéndome cómo pensaba que podíamos ser grandes amigos.

–No.

–No, ¿qué?

–No, no te he contestado. O sea, lo habría hecho, probablemente, tal vez, pero no he recibido la tuya. El señor Ortega me la ha robado.

Una sonrisa recorrió lentamente sus labios.

–¿En serio?

–Cade, por favor, no te regodees en mi pánico.

Se rio.

–Es que es muy divertido.

Di un par de pasos de lado, intentando rodear la última fila de mesas para llegar a la del señor Ortega.

–Solo voy a rescatar la carta del cajón y ya hablaré contigo cuando termine de leerla.

Me di la vuelta, pasé junto a mi mesa... nuestra mesa... y casi había llegado al pasillo cuando él me detuvo con un:

–Lily.

–Tú espera, ¿vale?

–Lily. –Ya estaba detrás de mí, me puso las manos en los hombros y me hizo darme la vuelta para mirarlo a la cara. El calor de sus manos parecía filtrarse en mi piel, caldeándome—. No tienes que forzar el cajón. Puedo contarte lo que dice la carta. La he releído un millón de veces, así que me la sé muy bien. –Esa última frase la dijo en voz baja.

Las cartas eran seguras. Eran palabras: fáciles de leer si las disfrutabas y de dejar de leer si te hacían daño. Las cartas no me miraban fijamente como estaba haciendo Cade en ese momento, lleno de ardor.

–Tengo miedo –dije.

–No lo tengas. –Se aclaró la garganta–. Querida Lily –empezó a decir, y su intensa mirada no vaciló–. He sabido que eras tú quien escribía las cartas desde que fui a recoger a Wyatt para llevarlo al entrenamiento de béisbol hace varias semanas. Oí la música que estabas escuchando. Una canción que solo nosotros, y quizás unas cien personas más, como mucho, conocemos.

La respiración se me atascó en la garganta.

–¿Qué? –lo interrumpí–. ¿Lo sabías antes de Acción de Gracias? ¿Por qué no me dijiste nada?

–¿Por qué no me dijiste nada tú?

–Porque me odiabas.

–Pues esa misma razón tenía yo: porque me odiabas. Pensaba que dejarías de escribir si averiguabas que era yo.

Mi mente repasó nuestros encuentros de las últimas semanas. Cómo levantó las cejas cuando mencioné que teníamos que llevarnos bien porque era Acción de Gracias; una referencia a nuestras cartas que pensé que él no había comprendido.

Acción de Gracias. Él supo durante todo el día que era yo. Y luego lo eché de mi casa. No me sorprendía que pensase que lo odiaba.

Sin embargo, aún había algo que no lograba comprender.

–¿Y Sasha?

–¿Qué pasa con ella? Te he dicho que no estamos juntos.

–¿Y lo estabais antes?

–No. Me pidió salir. Sentí que tenía que darle una oportunidad... Es amiga mía. Lo hice. No éramos... ¿Cuál era la palabra que usaste tú? ¿Compatibles?

Asentí.

–Pero ¿cómo? ¿Por qué? Ella tenía las cartas que te escribí.

–Ah, ¿sí? –Suspiró–. Las tenía guardadas en la guantera del coche. Debí de encontrarlas. Lo siento mucho.

–No pasa nada. Pensaba que pensabas que ella era yo.

–¿Pensabas que pensaba que la que escribía las cartas era ella? –Su voz mostraba la misma sorpresa que su expresión–. ¿Sasha?

Me reí.

–Sí.

–No. Nunca lo pensé. Ni por un segundo. Ni siquiera cuando entré en Química y la vi sentada en nuestro sitio. Le diré que me devuelva las cartas.

–Me las ha dado a mí.

–¿Sí? Eso no es propio de ella.

–¿Qué quieres decir?

–No se puso muy contenta cuando le dije que no éramos compatibles. Me sorprende que no las usara en nuestra contra.

No lo había pensado antes, pero también me sorprendía.

–¿Qué suerte?

–En serio. Ahora, calla, que estoy intentando leerte una carta. –Seguía sujetándome por los hombros. Yo seguía sintiendo el calor que salía de mi interior.

–Adelante, pues.

–Aquel día me sorprendió descubrir que eras tú, pero, cuanto más lo pensaba, menos me sorprendía. Luego me frustré, porque esa chica tan increíble que había conocido sobre el papel era la única en todo el instituto que no quería tener nada que ver conmigo.

–¿La única en todo el instituto? Para mí que estás exagerando un poco.

–No interrumpas las cartas. Si estuvieras leyéndolo, no podrías interrumpirme.

–Pero me habría parado en esa parte para mofarme.

Él se rio e hizo que se me acelerara el corazón.

–Así pues –continuó–, pensé que, si me conocías a través de las cartas sin saber quién era en la vida real, quizás estarías dispuesta a dejar mis errores de lado. Luego me volví a sorprender al descubrir que tú habías estado haciendo lo mismo. Así que aquí estamos, en una encrucijada.

Esperé a que continuara, a que terminara. No lo hizo. Hablé más alto:

–¿«Aquí estamos, en una encrucijada»? ¿Es así como la terminaste? ¿Así de críptica?

Dio un paso adelante, aunque no quedaba sitio. Mis piernas golpearon una mesa.

–Creo que había una posdata –dijo.

De nuevo no podía respirar, solo que aquella vez no tenía nada ver con haber corrido: tenía que ver con lo cerca que estaba; con su voz, que se había vuelto más baja, y con sus ojos, que no se habían apartado de los míos desde que llegó.

Yo también bajé la voz.

–¿Una posdata? Nunca la hemos puesto.

–Me pareció que hacía falta.

–Pues sí, hacía falta.

–Posdata –prosiguió mientras me apartaba un mechón de pelo de la mejilla–: Me gustas. Mucho.

Estaba respirando de forma superficial y los ojos me empezaron a llorar por mantener la mirada fija durante tanto tiempo.

–Es una posdata estupenda.

–Para ser la primera, me pareció que está bastante bien.

No necesité mucho más porque estaba muy cerca. Lo único que tuve que hacer fue ponerme de puntillas, y nuestros labios se encontraron. Sabía a chicle de menta y a todos mis sueños y esperanzas. Bueno, a todos no, pero a muchos sí. Sus manos pasaron a mi espalda y me apretaron contra él. Él

profundizó el beso. Mis brazos se deslizaron por debajo de los suyos hasta que también encontraron su espalda. ¿Por qué habíamos esperado tanto tiempo para hacer eso? Su aliento era cálido y su beso, tan intenso como lo había sido su mirada.

Algo se cayó al suelo con un estrépito y apenas me di cuenta de que eran las llaves que llevaba en la mano. Mi cerebro estaba demasiado confundido y no lo registró durante otro maravilloso momento entre sus brazos. Luego me acordé de Isabel.

Tomé aire y me aparté. Demasiado rápido. Me di un golpe con una silla en las pantorrillas.

–¡Ay!

–¿Estás bien?

–Sí. Las llaves. Isabel. Tengo que irme. –No sé cómo, me escurrí de entre sus brazos, recogí las llaves del suelo y salí corriendo.

–¡Lily!

–¡Luego hablamos! ¡Tú también me gustas! –Me volví y caminé de espaldas un momento, sonriéndole—. Por si no era ya bastante obvio. –Luego me fui.

Correr era divertido, liberador... Muy fácil.

CAPÍTULO 45

–Yo conduzco. Tú hablas –fue lo primero que me dijo Isabel cuando nos subimos a su coche.

Me las había arreglado para devolver las llaves a su sitio en la oficina y di gracias a la suerte que había hecho que la señora Clark e Isabel se pasaran todo el rato hablando. Luego entré por la puerta principal de la oficina.

–Ahí estás –le dije a Isabel como si hubiera estado buscándola por todo el campus.

Ella se volvió al oír mi voz con una mirada llena de instinto asesino. Yo también intenté transmitirle con los ojos que lo sentía. Me agarró del brazo y dijo:

–Encantada de hablar con usted, señora Clark. Gracias por la información sobre las normas de vestimenta.

–De nada, cielo. Hasta luego.

Después salimos en silencio, como si nos estuviera siguiendo un espía, sin mediar palabra hasta que llegamos a la seguridad del interior de su coche.

–Lo siento –dije, abrochándome el cinturón.

–¿Por qué? ¿Qué ha pasado? –Salimos del aparcamiento.

Una sonrisa se extendió por mi cara.

–Nada... Todo. Ha aparecido Cade. Supongo que me vio correr y me siguió.

–¿En serio?

–Sí. Y lo sabía. Sabe que era yo quien escribía las cartas desde hace semanas, pero pensaba que lo odiaba y no quería decírmelo.

Isabel se rio, confirmando sus sospechas.

–Así que estabais siendo los dos unos lerdos.

–Sí. ¿Cómo has conseguido que la señora Clark hablara durante tanto tiempo, por cierto?

–¿Qué? No. ¿A quién le importa? ¿Por qué me estás preguntando eso si no has terminado de contarme la historia?

Me reí.

–Vaya, pues sí que podría hacerme de rogar con esto para fastidiarte.

Ella me agarró de la mano y apretó.

–Pero no lo harás, porque me debes una muy gorda después de lo que acabo de hacer.

–Cierto. Muchísimas gracias.

–No necesito que me des las gracias. Necesito el resto de la historia. Cuéntame.

Apreté los labios para no volver a reírme. Isabel estaba retratando a la perfección cómo me sentía por dentro: llena de emoción y felicidad compulsiva.

–Vale, perdona, perdona. A ver, ¿por dónde iba? Bueno, pues él me ha recitado la carta, que por lo visto había memorizado, y no me ha dejado sacarla del cajón. Básicamente, me ha dicho que le daba miedo no gustarme cuando descubriese quién era y que se sintió aliviado cuando supo que yo había estado haciendo lo mismo. Entonces me ha dicho que yo le gustaba.

Así que lo he besado. Pero luego he recordado que me estabas esperando y he salido corriendo.

–Espera, ¿qué? –gritó Isabel con la mirada fija en la carretera después de que el coche virara un poquito–. ¿Mencionas casualmente que lo has besado y luego sigues como si nada?

No quería mencionar casualmente que lo había besado. Quería entrar en detalles, pero, de repente, con Isabel al lado apretándome la mano, recordé algo en lo que no había caído mientras lo besaba: que ella también lo había hecho.

–No –dijo como si me hubiera leído la mente–. No pienses en eso. Los dos hemos besado a más personas desde entonces y estoy segura de que no es lo mismo, ni de lejos. Éramos jóvenes. Yo ni siquiera lo estaba pensando, Lil. Te lo juro. Sois adorables. Lo mío con Cade no se puede ni comparar. Así que escúpelos.

Solté un suspiro de felicidad.

–Ha sido perfecto.

Isabel metió el coche en un aparcamiento y me di cuenta de que quería cobrarse la deuda del helado con sirope en aquel instante.

–Esta historia va a ser todavía mejor con un helado –dijo.

* * *

Eran las siete en punto cuando sonó el timbre. Yo ya estaba en pijama y me había desmaquillado. Apenas había oído la puerta porque acababa de escribir varios versos para una canción. Una que no se aprovechaba de la trágica vida de Cade.

*Es fácil juzgar en la ignorancia,
sin atravesar los muros contruidos.
Es difícil borrar los hechos de la infancia,*

pero al fin las fortalezas han caído.

Y ahora te veo a ti.

Eres muy dulce, y sé que tienes miedo.

Y ahora me ves tú a mí.

Tengo esperanza, pero también un terror ciego.

Un toque en mi puerta me sacó de la canción.

–¿Sí?

La puerta se abrió y apareció el rostro de mi madre.

–Hola, tienes visita.

–Ah, ¿sí?

No me dio la oportunidad de hacer otra pregunta, solo terminó de abrir la puerta y vi a Cade. Estaba de pie, con las manos juntas en una postura reservada, con los hombros bajos y la cabeza un poco gacha, como si no estuviera seguro de cómo lo recibiría.

–¡Hola! –Me levanté de un salto y se me puso una sonrisa en la cara al instante–. Entra.

Él miró a mi madre para asegurarse de que no pasaba nada.

–Dejad la puerta abierta –fue todo lo que dijo al respecto. Luego se marchó.

–No tengo tu número de teléfono –dijo, echando un vistazo a mi habitación. Escogió la silla del escritorio que estaba al pie de mi cama como zona de aterrizaje–. Quería verte.

Volví a hundirme en la cama sin que se me inmutara la sonrisa en la cara.

–Te lo daré, y así me preparo mejor la próxima vez que vengas. –Me di unos golpecitos en el pelo y me tiré de la camiseta.

–Estás adorable. –Hizo rodar la silla alrededor de la cama hasta que estuvimos rodilla con rodilla–. Eres adorable. Quiero darte un beso. Ahora puedo, ¿no?

Solo llegué a mover un poco la cabeza para decir que sí antes de que me la tomara entre las manos y me atrajese hacia él. Dada la urgencia que había en su mirada, pensé que nuestras bocas iban a chocar, pero, justo antes de que eso ocurriera, se detuvo, aspiró mi aliento y rozó lentamente mis labios con los suyos. Se me cortó la respiración, lo agarré por la pechera de la camisa y tiré de él hacia mí. El beso no duró lo bastante antes de que él volviera a apartarse.

–Solo quería asegurarme –dijo Cade con una sonrisa–. Por cómo te has ido hoy, no sabía muy bien cómo habíamos quedado.

–¿Tú te crees que voy por ahí besando a la gente por diversión?

–No sé qué pensar de ti. No dejas de sorprenderme. De verdad, pensaba que me esperarías después del entrenamiento de béisbol.

Hice una mueca.

–¿Querías que me quedara esperándote por el instituto durante más de una hora?

Se rio.

–No, qué va. Qué aburrimiento.

–¡Oh! –dije, dándome cuenta de repente de una cosa–. Es lo que han hecho otras chicas. Lo siento. Puede que hubiera sido una buena forma de demostrar cuánto me gustas o algo así.

–No lo sientas. Sé que tu vida no gira en torno a esto. –Nos señaló a los dos y yo le agarré el dedo.

–¿Qué quieres decir con esto?

–Nosotros.

–¿Nosotros? Me gusta lo que tenemos.

Me besó la mano con la que seguía agarrándole el dedo.

–A mí también.

CAPÍTULO 46

Si echaba la vista atrás, hacia las últimas semanas, podía recordar los días exactos en los que estuve más inspirada escribiendo canciones. Fueron los días en los que alcancé alguna cumbre emocional; días en los que la carta que encontré en Química era graciosa, sentida o triste, o cuando descubrí que quien las escribía era Cade. Aquellos fueron los días en los que los versos parecieron salir a raudales de mi interior en una ola de sentimiento.

Ahora, solo días después de haber besado a Cade por primera vez, pero a falta de menos de una semana para acabar un tema para el concurso, la tensión era un sentimiento que, definitivamente, no me estaba ayudando en nada. Mi hermana tampoco me estaba resultando de mucha ayuda: estaba cantando a todo pulmón unas canciones pop que le encantaban y, al mismo tiempo, me estaba diciendo que tenía que intentar que mi canción se pareciera más a la que fuera que estuviese cantando ella.

–Por favor, te lo suplico. ¿Puedes callarte? –Me había comprado una guitarra de segunda mano por Internet con el dinero que me había dado y me sentía muy desagradecida por querer echarla de la habitación. Ya había dado con la que me pareció que era una buena melodía, y lo único que conseguía ella cantando era desconcentrarme. Solo tenía que terminar la letra.

–Si me dejas sola durante una hora, te lavo la ropa durante una semana.

–Me encogerás todas las cosas a propósito para poder ponértelas tú –dijo Ashley.

No era una mala idea. Me levanté, la agarré por los brazos para ponerla de pie, lo cual fue más difícil de lo que pensaba, y la deposité fuera de la habitación.

–Una hora.

No se resistió, y la oí cantar mientras andaba por el pasillo. Me hundí en la cama y volví a tomar la guitarra. Se suponía que el silencio debía inspirarme, pero tenía la mente en blanco. Agarré el móvil y mandé un mensaje rápido:

–*Necesito inspiración.*

Cade me respondió con una selfi poniendo una cara seductora y me reí.

–*Ya. Eso no funciona.*

–*Es lo único que tengo –contestó–. Mala suerte. ¿Estás escribiendo una canción?*

–*Lo intento. Me queda una semana.*

–*Seguro que lo consigues. ¿No tenías un cuaderno entero lleno de letras de canciones? ¿Habrá algo ahí que puedas utilizar?*

Me quedé mirando el cuaderno que tenía en la mesilla de noche. Mi canción favorita era la que había escrito sobre él: *Abandonado*. No podía usarla. No tenía derecho a asignarles sentimientos y palabras a sus experiencias.

–*Algo se me ocurrirá –respondí–. Y ahora, déjame en paz, ¡que estoy intentando escribir!*

Me mandó otra selfi con cara de modelo, me reí y guardé el teléfono.

* * *

El lunes, Cade se me acercó por detrás en el aparcamiento del instituto y me levantó del suelo en un abrazo. Solté un chillido de sorpresa. Él me dio un

beso en la mejilla y me bajó. Sentí que me ardían las mejillas cuando me agarró de la mano y seguimos caminando.

–¿Te ha dado vergüenza? –preguntó.

–No, solo me ha sorprendido.

Él estudió mi expresión durante un momento.

–¿No te parece bien que lo hagamos público?

A mí me estaba preocupando más que él no quisiera. A mí no me importaba.

–Claro que me parece bien.

–¿No te estoy estropeando el rollo hípster?

Me reí.

–¿El rollo hípster? No sabía que lo tuviera.

–Ah, pues sí. Eres guay sin esforzarte. Diferente y original. Y es obvio que te lo estoy echando a perder. –Se señaló a sí mismo. Su sonrisa hacía que pareciese una broma, pero me pregunté si estaría preocupado de verdad.

Me paré, me volví hacia él y lo besé en medio del aparcamiento lleno de gente.

–Eres mi chico normal preferido en el mundo entero. Que no se te olvide.

Esta vez se sonrojó un poco.

–Bien. Porque no estoy nada mal. Solo quería asegurarme de que lo apreciabas. –Me guiñó un ojo, recuperando la confianza.

Puse los ojos en blanco y tiré de él hacia delante, a mi lado.

–Sí, lo aprecio.

–¿Has encontrado la inspiración este fin de semana?

Gruñí.

–Bien, ¿no?

–He escrito y borrado cinco versos.

–¿Cuándo voy a poder escuchar tus canciones?

–Cuando Blackout me dejen escribir para ellos.

Él se rio.

–Tengo una idea para ver si te inspiras. ¿Por qué no te vienes hoy al encuentro de motivación?

–¿Al encuentro de motivación del instituto? ¿Ese que hacen en el gimnasio con gente gritando, cantando himnos y celebrando el espíritu estudiantil? Y... oye, ¿cómo sabes tú que yo no voy a esas cosas?

–Me fijo en ti, Lily Abbott.

Sonreí.

–Aun así, no voy a ir al encuentro de motivación.

–Solo hoy. Van a hacer algo guay para el equipo de fútbol y luego van a presentar los deportes de la temporada de después de Navidad. Ahí entro yo. Querrás apoyarme y todo eso, ¿no? De hecho, espero que vengas a alguno de los partidos de béisbol en primavera.

–Yo te apoyo muchísimo. Allí estaré. En el encuentro y en tus partidos. Ya verás. Voy a ser la mejor novia de la historia –dije la palabra sin darme cuenta y enseguida di marcha atrás–. Bueno, no hace falta que sea novia. Rollo. Persona con la que sales. Persona con la que vas por ahí... y te besas... y lo siento. Sigo siendo rara.

–Eres adorable. Y no pensaba que hiciera falta preguntarlo. Creía que lo dábamos por hecho, pero te lo voy a preguntar. –Entonces hizo lo que más corte da en el mundo entero: levantó las manos en el aire al acercarnos al comedor y gritó–: ¡Lily Abbott, ¿quieres ser mi novia?!

–Después de eso, no –dije.

–¿En serio?

–Claro que quiero. Ahora baja las manos y deja de...

–¿Ser normal?

–Dar voces.

Se rio y me dio un beso rápido.
–Te veo en el encuentro, novia.

* * *

Si sonreía un poco más en el instituto, la gente podía empezar a pensar que de verdad me gustaba estar allí. Me senté en mi sitio en Química y me embargó una nueva sensación de aprecio por la clase. Tal vez debiera esforzarme un poco en ella como pago por todo lo que había hecho por mí. Iba a mejorar mis notas. Isabel me ayudaría.

Mi mano fue inmediatamente a la parte de abajo de la mesa, aunque Cade y yo sabíamos que el señor Ortega estaba pendiente de nosotros y habíamos quedado en no volver a escribirnos. Mi sonrisa se ensanchó cuando noté que había algo allí.

–Así que Cade y tú, ¿eh? –dijo Lauren a mi lado. Yo pegué un brinco. Me puse la carta en el regazo para que no la viera.

–Supongo –contesté–. O sea, sí. Cade y yo. Yo y Cade. No pegamos mucho, pero... –¿Por qué le estaba dando explicaciones a Lauren?–. Sí. –Me obligué a dejar de hacerlo.

Ella miró por encima de mi hombro y asintió. Eché un vistazo yo también y vi a Sasha de espaldas, caminando hacia su sitio. Me sorprendía que no hubiera dicho nada. Seguramente le daría vergüenza. Ya había dicho bastantes cosas durante las últimas semanas. Me alegraba que fuera a lamerse las heridas en silencio.

Esperé varios minutos (hasta que el señor Ortega hubo empezado con la clase y Lauren estuvo ocupada tomando apuntes) para abrir la carta. La letra con la que estaba escrita me devolvió la sonrisa.

Hola. Sé que no íbamos a escribirnos más, pero no he podido evitarlo. Estoy pensando en ti. Además, esta mañana se me ha olvidado decirte una cosa. Recuérdame luego. Ahora, atiende, o el señor Ortega se quedará con esto.

Saqué el móvil de la mochila y le envié un mensaje rápido.

¿Sabes que hay una cosa que atrapa las palabras por arte de magia, las manda por el aire y se las entrega a su destinatario? Es bastante nueva, así que no sabía si habías oído hablar de ella, pero se usa para ahorrar tiempo.

Me contestó inmediatamente.

¿Como los aviones que se enganchan mensajes en la cola? Pensaba que eso solo se usaba para anunciar rebajas y esas cosas. Me pregunto cuánto cobrarán por palabra.

Me dolían las mejillas. Él debía de haber leído mis cartas tantas veces como yo las suyas.

Eres mi persona favorita, contesté.

Necesito que me devuelvas tus cartas, por cierto. Son mías, respondió él.

La clase se había quedado callada y maldije en silencio. Levanté la vista para comprobar si todos me estaban mirando, pero no. El señor Ortega solo estaba escribiendo algo en la pizarra. Era mi día de suerte.

Me vino a la cabeza la letra para una canción: «Eres mi pasatiempo preferido/pero el tiempo siempre se para cuando estoy contigo». Busqué mi cuaderno dentro de la mochila para escribirla, pero no lo encontré. Me lo habría dejado en la mesilla la noche anterior. Era una sensación nueva y algo estimulante. Sonreí un poco y apunté los versos en una esquina de un trozo de papel. El reloj me decía que quedaban treinta minutos de clase. Luego estaba el encuentro de motivación. Otra cosa que jamás pensé que esperaría con ganas.

CAPÍTULO 47

Hacía eones que no iba a un encuentro de motivación deportivo. Había mucho jaleo.

Isabel se inclinó hacia mí mientras nos sentábamos en las gradas.

–Las cosas que hacemos por tu novio –dijo con una sonrisa.

–Eso mismo estaba pensando yo.

Habíamos llegado al momento del encuentro en el que acababan de dar la enhorabuena al equipo de fútbol por haber hecho una temporada fantástica. Los equipos deportivos hacia los cuales teníamos que dirigir todos nuestros esfuerzos como fans estaban repartidos por todo el escenario. Cade me había llamado la atención y le sonreí.

Uno de los entrenadores dio un toquecito en el micrófono y preguntó:

–¿Está encendido esto? –Era evidente que sí.

Sasha, que debía de hacer tenis, natación o algún deporte de la temporada de primavera, atravesó el escenario hasta llegar al entrenador que sostenía el micrófono. Le dijo algo en voz demasiado baja y no pudimos escucharlo.

–Nadie me había dicho nada de eso –contestó el entrenador sobre el micrófono en voz alta y clara.

Ella le dijo algo más.

–¿Un concurso de poesía?

Sasha se acercó al micrófono para que también pudiéramos oírla a ella.

–En este instituto no solo nos centramos en los deportes, ¿no? Se supone que tenemos que anunciar el ganador del concurso de poesía.

–¿De qué habla? –preguntó Isabel.

Me encogí de hombros.

–Ni idea. A lo mejor es la presidenta de algún club de poesía. –Aunque no me cuadraba mucho.

–Eso no está en el programa –dijo el entrenador–. Siéntate, Sasha, por favor.

–Entrenador Davis –respondió Sasha, subiendo la voz–, no quería que hubiera un escándalo en las redes sociales porque en el Instituto Morris solo se preocupan por sus equipos deportivos.

El entrenador miró a su alrededor como si esperase que alguien lo rescatara. Como nadie lo hizo, le pasó el micrófono a Sasha.

–Que sea rápido.

Ella sonrió ampliamente y se dirigió a todo el gimnasio.

–¡Hola, Instituto Morris!

Aquello levantó un fuerte griterío.

–Como muchos de vosotros sabréis si leéis el periódico del instituto, este primer semestre hemos organizado un concurso de poesía. Estoy aquí para leeros el poema ganador. Os va a encantar a todos. –Fue entonces cuando se quitó una mochila que yo no había visto antes y sacó mi cuaderno de su interior. Lo reconocí desde el otro extremo del gimnasio por los dos tonos de morado y verde y por mis dibujos negros por todas partes.

El estómago se me encogió de miedo.

«Nooooo.»

Isabel tomó aire. Era obvio que ella también había reconocido mi cuaderno.

–Este poema lo ha escrito Lily Abbott, de tercero, dedicado a Cade Jennings.

Era como si la sala entera hubiera soltado un «ooh» colectivo.

–¿Qué vas a hacer? –preguntó Isabel.

Yo estaba paralizada, medio preparada para saltar y lanzarme sobre Sasha, medio preparada para salir corriendo del gimnasio. Mi mirada se clavó en Cade como un dardo. Tenía una sonrisa confusa en la cara.

–Lo sé –continuó Sasha–. ¿A que es mona? Bueno, lo que muchos de vosotros no sabéis es que el padre de Cade los abandonó a él y a su familia hace varios años. Una verdadera tragedia. Y Lily ha escrito un poema increíble sobre ello.

Era una pesadilla.

No había escrito el nombre de Cade en ninguna de las páginas, salvo en la que ella ya había leído en el aula de castigo. Estaba asumiendo que esa canción iba sobre Cade. Por las otras letras. Por todas las notas que había escrito en los márgenes. Lo estaba asumiendo porque quería hacerme daño... y probablemente a él también.

Negué con la cabeza mirando a Cade y formé en silencio la palabra «detenla» con los labios. Él estaba mucho más cerca de Sasha que yo. Estaba en el escenario con ella, pero no me miraba a mí, sino a Sasha. Parecía estar igual de paralizado que yo. No podía dejar que aquello sucediera.

Me levanté y empecé a bajar por las gradas, entre los alumnos y por encima de las mochilas, pero Sasha ya estaba leyendo la letra de *Abandonado* en voz alta. La vida privada de Cade resonaba por el gimnasio, que de repente se había quedado en completo silencio.

Cuando llegué al suelo y me dirigía hacia el escenario, Sasha ya estaba leyendo los dos últimos versos. Mis palabras hacían eco por el gimnasio lleno de gente. Gente que, como pude comprobar, parecía absorta en ellas. Me

detuve mientras Sasha terminaba. Estaba sola en medio de la cancha de baloncesto, sobre el ojo de la mascota del instituto que había allí pintada: un toro.

–Y aquí la tenemos –dijo Sasha con una voz dulcísima–. Chicos, echadle una mano. Sube a recibir tu premio, Lily.

Subí, en efecto, porque quería recuperar mi cuaderno, llevarme a Cade de allí y explicarle todo, pero no sucedió así. Cuando subí los cinco peldaños del escenario en medio de un estruendoso aplauso, Cade se había ido.

–Eres cruel –le dije a Sasha en voz baja. Le arranqué el cuaderno de las manos–. No se lo merecía.

Ella sonrió, me abrazó y susurró:

–Los dos os lo merecáis.

Sasha quería que yo reaccionara. Quería que le diera un puñetazo o que la empujara y que todo el instituto viera que yo era una imbécil y que la había tratado fatal después de que ella me hubiera cubierto de elogios. Además, si hacía como si tuviera importancia, haría que cobrara importancia. La gente pensaría que Sasha acababa de revelar algo sobre Cade que no debía saberse. No quería hacerle eso, así que sonreí, dije un tembloroso «gracias» frente al micrófono, me alejé del escenario lo más rápido que pude y salí para buscar a Cade, pero no lo encontré.

Durante los siguientes treinta minutos, le envié lo que me parecieron cien mensajes, y todo decían algo como:

Me ha robado el cuaderno.

No he presentado eso a ningún concurso.

Lo siento.

¿Dónde estás?

¿Podemos hablar?

Esto ha sido su venganza. Lo sabes. Por favor, yo no quería que pasara esto.

No me respondió. A ninguno de ellos. Se había terminado. Habíamos terminado antes de empezar siquiera.

Di una segunda vuelta por el campo de béisbol con la esperanza de que hubiera aparecido por ahí en algún momento mientras yo lo buscaba en el vestuario de los chicos y en la cocina de la cafetería. Entonces me vibró el móvil. Sentí un rayo de esperanza hasta que vi que el mensaje era de Isabel.

¿Dónde estás?

En el campo de béisbol –respondí, abatida.

Llegó en tres minutos.

–¿Le damos la paliza ahora o luego? –preguntó Isabel con los ojos brillantes.

Me apreté las sienes con las palmas de las manos.

–Estoy preocupada por él.

–Tranquila. Estará bien. La canción era muy buena, por cierto. Todo el mundo está hablando de ella.

Sentí una ola de orgullo en mi interior como la que había sentido durante una milésima de segundo en medio de aquel gimnasio mientras mis palabras lo inundaban todo. Reprimí ese sentimiento.

–Isabel –dije con la voz rota–, Cade lo guardaba todo en secreto y ahora el instituto entero lo sabe por mi culpa y por la de esa estúpida letra.

–Por tu culpa no. Por la de Sasha.

–No debería haber escrito nada sobre su vida, para empezar.

–Pero ¡si él metió todas esas notas sobre su vida debajo de una mesa! – señaló Isabel–. ¡Cualquiera podría haberlas visto! Podría haber sido cualquiera, Lily, no tú. Alguien que no fuera amable, leal y de confianza

como tú. Tuvo suerte. Esto podría haberle pasado hace semanas y habría sido culpa suya.

–Pero no pasó. Ha sucedido ahora y por mi culpa.

–Bueno, pues ve a explicárselo.

Volví a mirar el teléfono.

–No me contesta.

–Pues ve a buscarlo. –Se sacó las llaves del bolsillo y me las dio–. Le diré a Gabriel que venga a recogerme.

No dudé. Agarré las llaves, abracé a Isabel y salí corriendo.

CAPÍTULO 48

Había ido a todas partes: a casa de Cade, al campo de béisbol de los niños en el parque, a la hamburguesería, a todos los restaurantes de comida rápida en los que lo había visto alguna vez, a otros en los que nunca lo había visto... No estaba por ningún lado. Ahora simplemente daba vueltas con el coche, buscándolo. Porque era evidente que estaba en algún sitio, y me mataba pensar que, al parecer, no lo conocía tan bien como para saber dónde se encontraba ese sitio.

Las clases habían acabado hacía mucho. Yo le había mandado un mensaje a mi hermana para que no fuera a recogerme. ¿Habría vuelto al instituto para entrenar? ¿Se habría ido a algún sitio para pensar? Me fui a casa. A lo mejor estaba allí; mi casa le gustaba.

Su coche no estaba frente a la casa cuando llegué, pero de todas maneras miré en todas las habitaciones y en el jardín trasero. No estaba allí. No sabía por qué había pensado que vendría corriendo a buscarme cuando era bastante obvio que era de mí de quien estaba huyendo.

Dejé las llaves de Isabel en el suelo de mi habitación y me derrumbé sobre la cama, sin saber muy bien qué hacer. ¿Esperaba simplemente a que me mandara algún mensaje? Sentía que ya habíamos esperado lo suficiente en lo

que a nosotros respectaba y no estaba segura de que pudiéramos sobrevivir a otra sesión de espera.

La cabeza de Wyatt apareció por el resquicio de la puerta.

–Hola.

–Buenas.

–¿Puedo hablar contigo? –Dio un pasito hacia el interior de la habitación, pero se quedó en la puerta.

–Claro, entra. –Le dejé un hueco en la cama, aún tumbada bocarriba, y di unos golpecitos a mi lado. Mi hermano se acercó a mí, se tumbó a mi lado y miró al techo. Como no decía nada, pregunté–: ¿Qué pasa?

–Espero que no me odies.

Me incorporé sobre el codo, preocupada.

–No te odio. ¿Qué pasa?

No podía mirarme. Estaba observando el techo como si no fuera solo una superficie vacía y blanca. Como si de verdad estuviera diciéndole algo. Juzgándolo. Al fin, lo escupió:

–Fui yo quien te rompió la guitarra. Lo siento.

Suspiré y me dejé caer de nuevo.

–Ahora me odias.

–No, no te odio. Nunca podría odiarte. Estoy cansada. Es solo que he tenido un día muy largo.

–¿No estás enfadada?

Estaba enfadada, triste, frustrada y me sentía culpable por haber acusado a Jonah durante tanto tiempo de algo que no había hecho.

–Tenemos que pedirle perdón a Jonah, ¿no te parece?

–Sí.

–¿Juntos? –Levanté la mano y Wyatt puso la suya contra la mía. Sus dedos eran casi igual de largos que los míos. ¿Cuándo había sucedido eso?–. ¿Y

cómo la rompiste? –Quizá no debería haber preguntado. La historia podía reavivar las llamas de la ira y no tenía energía suficiente para eso en aquel momento.

–Me caí encima.

–¿Qué? ¿Estaba fuera de la funda?

Wyatt parecía avergonzado.

–Quería aprender a tocar... como tú.

Sonreí y le alboroté el pelo.

–¿Quién te ha enseñado la regla de hacer la pelota?

–Papá.

Lo agarré del brazo y lo ayudé a bajar de la cama.

–Venga. Antes de que aprendas a tocar, tienes que escuchar toda la música del mundo.

–¿Toda? Eso es mucho.

–Bueno, tienes que averiguar qué te gusta más. Primero vamos a hablar con Jonah y luego te daré unos temas para que empieces.

El pie de Wyatt entró en contacto con las llaves sobre la alfombra y salieron volando hasta que golpearon la pared. Las recogió y me las dio.

–¿Por qué tienes el coche de Isabel?

–Tenía que hacer algo importante.

–Ah. ¿Tienes que irte?

Me metí las llaves en el bolsillo.

–Luego. Esto también es importante.

* * *

Estaba de nuevo en el coche. Wyatt le había pedido perdón a Jonah, yo había encontrado unas canciones perfectas para Wyatt y le había escrito una carta a Cade. Era lo único que se me ocurría. Ahora iba a dejársela en su casa.

En la carta le decía cuánto lo sentía y lo mal que lo había juzgado durante todos esos años; cómo entendía por qué se había comportado como lo había hecho en su fiesta de cumpleaños (que estaba esperando a que lo llamara su padre y que le dolió que no lo hiciera). Comprendí por qué intentaba ayudar a los demás desviando la atención y haciendo reír a la gente cuando creía que les estaban haciendo daño: porque así era como él lidiaba con sus problemas. Terminé la carta diciéndole que no iba a alejarme de él. Que no podría librarse de mí tan fácilmente.

Agarré el volante con fuerza. La carta estaba sobre el asiento del copiloto, esperando a ser leída. Ojalá hubiera estado Cade ahí en su lugar.

Estaba a medio camino de su casa cuando me di cuenta de que había un sitio donde no había mirado. El único sitio al que él me había llevado: el hotel con el campo de golf.

Crucé tres carriles de la carretera para dar media vuelta, por lo cual una camioneta negra me tocó el claxon durante varios segundos. Le hice una señal con la mano, pero no miré al conductor a los ojos.

Cade estaría allí. Tenía que estar.

Llegué al hotel, aparqué y seguí el camino por donde él me había llevado la otra noche. Tuve que dar la vuelta unas cuantas veces, pero finalmente encontré la puerta. La que Cade había saltado. Estaba cerrada, igual que la otra noche. La luna brillaba con fuerza, y el camino que había al otro lado de la puerta estaba mejor iluminado que la otra vez que estuvimos allí.

Me apoyé en la puerta y volví a sacar el móvil.

¿Estás en el hotel? –escribí—. Si lo estás, yo también, y dentro de 5 minutos voy a saltar por encima de esta puerta, aunque seguro que me pillan... y, además, no sé si seré capaz de saltar por encima de una puerta. Y llevo falda. Por favor, no me obligues a saltar por encima de la puerta.

Me puse de puntillas e intenté ver, aunque fuera un poco, el patio donde nos habíamos sentado. Solo pude distinguir las coloridas hojas más altas de una planta que había en una maceta. Tiré de los barrotes. La puerta no iba a abrirse. La parte de arriba era plana. A diferencia de otras muchas puertas que había visto, esta no tenía pinchos de esos que pueden empalar a una persona, lo cual era bueno, pero no había barrotes horizontales que cruzasen los verticales que llegaban hasta la parte superior. ¿Cómo se habría subido Cade aquella noche?

–Puedo hacerlo –susurré–. A fin de cuentas, ahora soy la mejor corredora del mundo. Esto debería ser fácil. –Apoyé el pie entre un par de barrotes para darme un primer impulso.

–¿Estás hablando sola?

El alivio me inundó por dentro al oír su voz al otro lado de la valla. Saqué el pie sin demasiada elegancia de entre los barrotes y vi su rostro familiar a través de ellos. Quería rodearlo con los brazos, pero la valla nos separaba.

–Lo siento muchísimo.

–¿Por qué? –preguntó con su sonrisa habitual–. Yo hablo solo bastante a menudo.

–No. Ya sabes por qué. –Agarré los barrotes con ambas manos para apoyarme.

Él negó con la cabeza.

–No lo sientas. Fue Sasha. –No parecía enfadado, pero tampoco se había movido para dejarme entrar.

–¿Vas a abrir? Necesito abrazarte. Puedo abrazarte, ¿no?

–Si puedes saltar esa valla, puedes hacer lo que quieras, guapa –dijo con voz seductora, y me guiñó un ojo. Sabía qué estaba haciendo. Se estaba escondiendo detrás de su coraza. Y lo odiaba. Odiaba que sintiera la necesidad de hacer eso conmigo.

–No.

–No, ¿qué?

–No me trates como tratas a todo el mundo. No te escondas de mí.

–¿Y tú no has estado escondiéndote de mí? –Ahora su voz sí sonaba un poco enfadada.

–¿A qué te refieres?

–A la canción. ¿Cuándo ibas a enseñármela? ¿Cuando ganara el concurso?

–¡No! Claro que no. No iba a presentarla al concurso.

–¿Por qué no? Es muy buena.

–No tenía que escucharla nadie. Y mucho menos el instituto entero.

–Creo que quieres decir «y mucho menos tú».

Empecé a negar con la cabeza, pero tenía razón. Nunca había querido enseñarle esa canción.

–¿Aún no confías en mí?

–Sí que confío.

–Sigues pensando en mí como el tío que trató mal a Isabel. Como el tío que también te hará daño a ti algún día. No estás dispuesta a abrirte del todo conmigo.

–No. Eso no es cierto. Cade, te he contado más cosas a ti que a nadie. –Se me cerró la garganta–. De hecho, me has ayudado a encontrar mis letras. Mi voz. Pero no sentía que la letra de esa canción fuera mía. No sentía que tuviera derecho a usarla. –Saqué la carta que había escrito de debajo de la goma de la falda y la metí entre los barrotes.

Se rio en voz baja.

–¿Otra carta?

–Hace mucho que no recibes ninguna.

La recogió de donde había aterrizado delante de él.

–Tuya, no.

Levanté las cejas.

–¿Te ha estado escribiendo cartas otra persona? –Cuando no dijo que no inmediatamente, tomé aire, sorprendida—. Espera. ¿Tu padre?

Su mirada se clavó en la mía. Todo el dolor que había estado ocultando desde que llegué estaba ardiendo en ella.

Bajé la voz.

–¿Me dejas entrar, Cade? ¿Por favor?

Dio un paso adelante y abrió la puerta. Yo la atravesé corriendo y le eché los brazos encima.

–Me iba a poner a leer una carta –dijo cerca de mi oreja—. Eres muy pegajosa.

Sonreí.

–Para de hacer bromas y déjame estar aquí contigo.

* * *

Nos sentamos en el patio que daba al campo de golf. Los dos teníamos una carta en las manos. Yo tenía la que Cade había recibido de su padre y él tenía la que yo le había escrito antes.

–No tengo por qué leerla –repetí– si es demasiado personal.

–Quiero que lo hagas. Necesito que me des un punto de vista objetivo.

–Vale. –Inspiré y abrí el sobre.

Saqué una única hoja de papel que estaba doblada en tres partes y la abrí con cuidado. Parecía escrita de forma apresurada, pero no conocía la letra de su padre, así que, que yo supiera, podía haber puesto todos sus esfuerzos en ella.

Cade:

Hijo mío, me alegra saber de ti. Estoy seguro de que la vida no nos ha dejado parar a ninguno de los dos.

Me dio la sensación de que su padre estaba intentando quitarse culpa. Dejé de leer y le puse una mano a Cade en la rodilla. No levantó la vista. Tenía la mirada fija en la carta que le había escrito yo. Seguí leyendo.

Tengo un nuevo trabajo en el que debo volver a aprender a utilizar un sistema operativo entero y que me mantiene la mente ocupada. Entre eso y mis obligaciones familiares, parece que el tiempo se me escapa todos los días.

Eso dolía. Como si Cade no fuera una de esas obligaciones familiares.

Seguro que ya sabes a qué me refiero, dado que ya eres prácticamente un hombre hecho y derecho. ¿Qué tal las clases? ¿El béisbol? ¿Tienes planes para la universidad? A ver si puedo ir a visitarte en algún momento el año que viene para que nos pongamos al día como es debido. Mientras tanto, seguro que ambos podemos esforzarnos más para mantener el contacto. Te quiero.

Papá.

Cerré los ojos un momento y esperé a que Cade terminara de leer mi carta. Cuando acabó, me sonrió y me dio un beso.

–Lo necesitaba –dijo.

Volví a doblar la carta de su padre y la metí en el sobre antes de ceder al impulso de romperla en mil pedazos.

–Lo siento –susurré al devolvérsela.

–No. No lo sientas. Tiene razón. Podría haberme esforzado más.

–No dejes que te eche la culpa a ti.

–¿Qué hago? –dijo Cade con un suspiro.

–O lo llamas, o lo dejas ir.

Cade me atrajo hasta su silla y enterró la cara en mi cuello. Me abrazó con fuerza. Ojalá hubiera estado antes a su lado. Ojalá no lo hubiera apartado de mí durante tanto tiempo. Pero ahora estaba allí, y no había nada de malo en necesitar a alguien a quien aferrarse.

–¿Me has puesto aquí para poder liarte conmigo? –pregunté.

–Pues sí.

Me dio un beso y yo se lo devolví.

–Creo que voy a llamar –dijo entre beso y beso.

Sonreí.

–¿Puedo quedarme?

CAPÍTULO 49

Entré en la cocina y vi a Cade examinando atentamente dos collares que había sobre la encimera. Mi padre estaba sentado a la mesa, fingiendo que la cosa no le interesaba.

–Papá, no. –Tomé a Cade de la mano y me lo llevé.

–¡Es un juez imparcial! –gritó mi padre a nuestras espaldas.

Cade le devolvió el grito:

–Lo siento, señor Abbott. Me han secuestrado.

–Más bien, salvado –dije en voz baja.

–Tus padres son muy divertidos.

–Sí que lo son. –Abrí la puerta de mi habitación y agarré la guitarra—. Ahora, necesito tu ayuda. Tú eres el letrista de nuestro grupo, ¿vale? Necesito terminar esta canción en dos días y se me ha acabado la inspiración.

Cade sonrió ampliamente.

–Creía que habías dicho que yo te inspiraba.

–Cuento con ello. Ahora, siéntate ahí, donde pueda ver tu linda cara, y ayúdame a pensar una letra.

Se sentó en la silla con su preciosa sonrisa a punto.

–Vale. Manos a la obra.

* * *

Una hora más tarde, dejé la guitarra a un lado.

–Se te da igual de mal que a mi hermana –gruñí–. Tus letras no son mejores en persona que por carta.

–Qué buen verso: «No eres mejor en persona que sobre el papel».

Me reí.

–Para ya. Venga. Sé que puedes ayudarme con esto de verdad. Solo me hace falta que el estribillo fluya mejor.

Mi cuaderno estaba a mi lado, sobre la cama. Había estado usando papeles en sucio para ver si sacaba la canción en lugar de escribir los versos en el cuaderno para luego tacharlos.

Cade se inclinó hacia delante y lo agarró.

–¿Puedo mirar?

Se me aceleró el corazón. Podía hacerlo. Lo peor ya había pasado. Sasha había leído mis letras delante de todo el instituto y a la gente le habían gustado. Poco sabía ella que, en realidad, su intento de hacerme daño había terminado dándome un chute de confianza.

–Sí.

Cade sonrió como si supiera lo duro que me resultaba aquello.

–Gracias.

–No te burles de mí.

–Pero si se me da muy bien.

–Ah, y hay una canción con mala leche sobre ti. Estaba enfadada.

Se rio y se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la cama de Ashley, delante de mí.

–Claro que sí. –Comenzó a pasar las páginas mientras yo seguía escribiendo–. ¿Monstruos en los árboles?

Bajé al suelo y me senté contra mi cama, estirando las piernas y dejando que se entrelazaran con las tuyas.

–He dicho que no te burles de mí.

Se rio entre dientes y el sonido me cortó la respiración. Lo observé mientras leía: tenía la mandíbula relajada, el pelo caído sobre la frente y los dedos colocados para pasar otra página. Y empecé a escribir.

Las palabras fueron nuestro nexo y casi nuestra separación.

Tú me contaste tus secretos y luego me robaste el corazón.

Dicen que el amor es crudo como...

–¿Qué es crudo? –pregunté.

–¿Cómo? –Levantó la vista de la página y me miró.

–Dime cosas que sean crudas.

–¿La carne?

Me reí.

–Nos parecemos más de lo que crees.

Su mirada se suavizó mientras me observaba.

–¿El amor?

Sonreí y le empujé la rodilla con la mía.

–Ya he usado el amor. Estaba intentando compararlo con otra cosa. –Di unos golpecitos en el papel con el lápiz y me mordí el labio.

Cade volvió a mirar el cuaderno.

–Esta es muy buena.

–¿Cuál?

–Ya sabes cuál. Tienes que presentarla al concurso.

–No puedo, Cade. Es tuya.

–Es dura. Es real. Es perfecta. ¿Le has puesto música?

Asentí nerviosa. La melodía me vino inmediatamente a la cabeza.

–¿Puedo escucharla?

Me sonrojé.

–En realidad, no toco delante de la gente. Solo compongo. Esta letra siempre ha sido para que la cante otra persona.

–¿Puedo escucharla? –repitió.

Extendí la mano para pedirle el cuaderno y me lo dio.

–De hecho, tengo una segunda estrofa que no está ahí. –Saqué una página del cajón de mi mesilla y enseguida me entraron los nervios por compartirla.

–No te miro, si eso te ayuda –dijo Cade, como si me estuviera leyendo la mente.

Agarré la guitarra que estaba encima de la cama.

–Sí, me ayuda.

Sin embargo, cuando empecé a tocar, no pude evitar mirarlo, y cuando sus ojos se encontraron con los míos, resultó que lo único que hacían era tranquilizarme. Canté la letra de memoria:

*He hecho de la espera un arte.
Reconstruí mi corazón y uní sus dos partes
para poder resistir un día más.
Me dibujé una sonrisa torcida
y dejé mis lágrimas tendidas
porque sabía que volverías y no te irías jamás.
Pero mis brazos... están vacíos.
Y mi corazón... hecho pedazos.
Y mi alma... se retuerce.
Y la garganta... me duele.
Porque al despertar, lo he comprobado:
sé que me has abandonado.*

Al empezar la segunda estrofa, la emoción hizo que se me cerrara un poco la garganta y que la voz se me pusiera un poco ronca.

*Ya me he cansado de esperar.
Puede que mi corazón ya nunca sea igual.
Pero es hora de vivir y seguir adelante.
Quizá todo esto me haya hecho ser más fuerte.
Aunque puede que haya sido cuestión de suerte.
Creo que has hecho bien en separarte.
Ahora... extendiendo los brazos.
Y mi corazón... está sanando.
Y mi alma... está esperanzada.
Y mi garganta... está gritando.
Porque al despertar, por fin he comprobado
que no puedo sentirme abandonado.*

Pasé a la estrofa que unía los estribillos mientras su tierna mirada me animaba a continuar.

Te necesitaba. Te quería. Intentaba complacerte, pero esa no es forma de vivir. Ahora solo depende de mí, y si vuelvo a verte pronto, tal vez te quedes conmigo...

Paré de tocar y dejé que reinara el silencio durante un momento antes de cantar el final.

*Ahora, mis brazos... son más fuertes.
Y mi corazón... sigue latiendo.
Mi alma... alza el vuelo.
Y mi garganta... está hablando.
Porque, al despertar, por fin he comprobado
que no voy a sentirme abandonado.*

Las últimas notas resonaron en el aire durante unos segundos antes de que todo quedara en silencio. La garganta se me cerró todavía más a causa de los nervios.

Cade no había apartado la mirada, pero aquel brillo juguetón había vuelto a sus ojos.

–Creo que te quiero.

Mi corazón se subió por las nubes.

–Te... tendríamos que reservarnos esas declaraciones tan importantes para las cartas –tartamudeé.

–O las canciones.

–Sí, eso quedaría bien en una canción.

–Voy a escribirla –dijo–. Y será buena.

Me reí.

–No, en serio. ¿Quién te ha dicho que no vales para tocar en público? Se te da genial.

Se me arrebolaron las mejillas.

–Y esa canción, Lily. Preséntala, por favor. Es perfecta. ¿La presentas al concurso?

Suspiré profundamente. Sin embargo, antes de que pudiera contestar, Jonah irrumpió en la habitación.

–¡Wyatt me ha robado el dinero del Ratoncito Pérez! –gritó.

–¡Mentira! –dijo Wyatt entrando tras él a la carrera–. Lo ha perdido.

Luego apareció Ashley.

–¿Puedo entrar ya en mi propio cuarto?

Sonreí a Cade en medio del caos.

–¿Vas a presentarla al concurso? –articuló con los labios entre tanto ruido.

Asentí. Iba a hacerlo. No podía esperar. Ni siquiera importaba si la canción ganaba o no. Solo saber que podía hacerlo, que iba a hacerlo, ya era un gran paso para mí.

Y entonces, dije:

–Creo que yo también te quiero.

AGRADECIMIENTOS

Cualquiera pensaría que esto se vuelve más fácil con cada libro que una publica, pero, en mi opinión, cada vez es más difícil. Será porque ahora reconozco plenamente cuántas personas me han ayudado a lo largo de este viaje. Será porque, cuanto más lejos llego, más gente hay implicada en este proceso. No sé, será porque me siento muy afortunada de seguir escribiendo y de que la gente siga leyendo lo que escribo. Sea cual sea la razón, estoy muy emocionada y agradecida, y me aterroriza no sentir ni de lejos ninguna de esas dos cosas con la intensidad que debería. En cualquier caso, voy a intentar expresar la cantidad adecuada de gratitud en el par de páginas que me dan para ello.

Primero, quiero darle las gracias a mi familia. Cabría pensar que se habrían cansado de mis fechas de entrega, de mis noches locas y de mis a veces semanas de aislamiento vital para terminar un borrador, pero no. Son comprensivos, me apoyan y me ayudan a disfrutar al máximo cuando no tengo ninguna fecha de entrega en ciernes y no tengo que encerrarme. Así pues, a mi marido, Jared, y a mis hijos, Hannah, Autumn, Abby y Donovan: os quiero muchísimo. Lo sois todo para mí.

A continuación, me gustaría darle las gracias a mi agente, Michelle Wolfson. Es una auténtica estrella del rock. Se lee mis manuscritos a la

velocidad de la luz y tantas veces como haga falta. Me da unos consejos excelentes y me mantiene cuerda. Gracias, Michelle. Eres la mejor.

He podido trabajar con Aimee Friedman para escribir este libro y es una editora increíble. Era como si tuviese acceso directo a mi cerebro. Teníamos la misma visión de futuro, lo cual contribuyó a que trabajar juntas fuera fácil y divertido. Me alegro mucho de contar con ella. Gracias, Aimee, por hacer que este libro sea mejor de lo que habría sido de no ser por ti. Eres genial. Y gracias al resto del equipo de Scholastic (David Levithan, Emily Rader, Yaffa Jaskoll, Ingrid Ostby, Janelle DeLuise, Anna Swenson, Ann Marie Wong, Tracy van Straaten, Monica Palenzuela, Bess Braswell, Lauren Festa y muchísimos más) por todo lo que habéis hecho: una cubierta divertida, una corrección y una promoción estupendas, etcétera, etcétera.

En la vida he tenido la suerte de tener unos amigos que son de los mejores. Ayuda tener amistades tanto dentro como fuera de la industria editorial. Como escritora, es estupendo poder desahogar algo de estrés con amigos que te entienden. También es estupendo tener amigos que te ayudan a leer, a corregir, y con todas esas cosas que a veces salen en el último minuto. Saber que puedo contar con gente a la que quiero y en la que confío para que me ayuden con estas cosas no tiene precio. Esas personas que tengo en mi vida son Candi Kennington, Jenn Johansson, Renee Collins, Natalie Whipple, Michelle Argyle, Bree Despain y Julie Nelson. Os quiero, chicas. Muchísimo. Por otra parte, tener amigos que no escriben me ayuda a mantener un equilibrio. Las encantadoras señoritas que me hacen salir de mi propia cabeza son Stephanie Ryan, Rachel Whiting, Elizabeth Minnick, Brittney Swift, Mandy Hillman, Jamie Lawrence, Emily Freeman, Misti Hamel y Claudia Wadsworth.

También quiero daros las gracias a vosotros, mis lectores. Significa mucho para mí que haya gente de todo el mundo interesada en leer lo que escribo.

Sigue pareciéndome muy surrealista. Me invento cosas y la gente quiere leerlas. ¿A que es increíble? Es el trabajo más guay del universo (aparte de colonizar Marte) y es el mío. Me encanta. Y me encantáis vosotros por hacerlo posible. ¡Gracias!

Y por último, aunque no por ello menos importante (más que nada porque son demasiados como para ser lo «menos importante» de nada), a mi enorme familia. La gente suele preguntarme cómo (y por qué) meto familias tan grandes y locas en mis libros: porque tengo una familia grande y loca. Así que allá va, una larga lista con los nombres que componen mi familia (gente que veo a menudo, por cierto; no son familia solo por el nombre): Chris DeWoody, Heather Garza, Jared DeWoody, Spencer DeWoody, Stephanie Ryan, Dave Garza, Rachel DeWoody, Zita Konik, Kevin Ryan, Vance West, Karen West, Eric West, Michelle West, Sharlynn West, Rachel Braithwaite, Brian Braithwaite, Angie Stettler, Jim Stettler, Emily Hill, Rick Hill y los veinticinco niños que existen gracias a todas estas personas. Os quiero muchísimo a todos.

Tu opinión es importante.

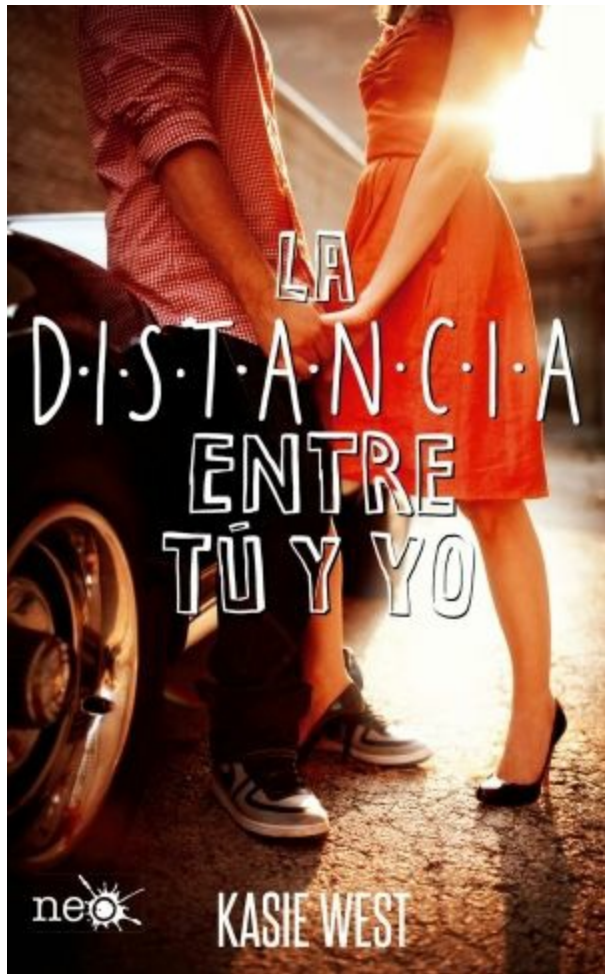
Por favor, haznos llegar tus comentarios a través de nuestra web y
nuestras redes sociales:

www.plataformaneo.com

www.facebook.com/plataformaneo

Plataforma Editorial planta un árbol
por cada título publicado.





neo

KASIE WEST

La distancia entre tú y yo

West, Kasie

9788416620784

311 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Caymen Meyers aprendió de muy pequeña que no se puede confiar en la gente rica. Y después de años estudiándolos detrás de la caja registradora de la tienda de muñecas de porcelana de su madre, nada le demuestra lo contrario. Un día Xander Spence entra en la tienda. Es alto, guapo y extremadamente rico. A pesar de su encanto y el hecho de que parezca ser la única persona que la comprende, Caymen sabe que su interés por ella no va a durar. Porque esa es precisamente una de las cosas que aprendió de su madre: la atención de los ricos se desvanece rápidamente. Pero justo cuando la lealtad y el afecto de Xander están a punto de convencerla de que ser rico no es un defecto, Caymen se da cuenta de que el dinero jugaba un papel mucho más importante en su relación de lo que pensaba. Con tantos obstáculos en su camino, ¿serán capaces de recorrer la distancia que los separa?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

ALEXANDRA ROMA

EL CLUB
de los
ETERNOS

27



neo

El club de los eternos 27

Roma, Alexandra

9788417114534

472 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

"Caí en la cuenta de que había una cosa que no había experimentado. Lo único que solo probamos una vez en la vida. Aquello que nadie sabe cómo es porque no se puede explicar después." La fama siempre tiene un precio. Julien Meadow era el chico de la eterna sonrisa, el que cantaba en el garaje con su hermano y el que se enamoró de unos ojos valientes ocultos tras una mecha rosa, los de Crysta. Nunca hubiera esperado que, a raíz de un vídeo subido a YouTube, le llegaría la fama. De repente, su voz inunda el mundo y su cara protagoniza todas las noticias. Julien debe hacer frente a un nuevo universo lleno de altibajos, lujo, descontrol y poder. Uno en el que te vuelves adicto a focos que queman y a palabras que muerden. Uno en el que echas de menos el abrazo de un gigante o que te besen con brochazos de pintura. Todo el mundo sabe que Julien Meadow es el cantante con más éxito del planeta. Solo algunos recuerdan que fue una persona.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

MIKE LIGHTWOOD

EL HIELO DE MIS VENAS



neo

El hielo de mis venas

Lightwood, Mike

9788417002053

428 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Vivir con culpa no es tarea fácil, y eso es algo que Darío sabe muy bien. Después de todo, el que solía ser su mejor amigo vive un auténtico infierno tras confesarle lo que sentía por él, y lo peor es que Darío no puede hacer nada para arreglar la situación. Atormentado por unas oscuras pesadillas, Darío se enfrenta cada día a su peor enemigo: él mismo. El problema es que es demasiado difícil aceptar lo que siente, sobre todo cuando hacerlo significaría que tal vez no sea la persona que siempre ha creído ser. El hielo de sus venas se extiende cada vez más, y dependerá solo de él conseguir que se derrita o dejar que se extienda hasta congelarlo por completo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

neo

Felices
por
siempre jamás



Stephanie Perkins
Autora de *Un beso en París*

Felices por siempre jamás

Perkins, Stephanie

9788416256099

400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Enamorarse en la ciudad más romántica del mundo es fácil para la soñadora Isla Martin y el enigmático artista Josh Wasserstein. Pero a medida que avanza el último curso en la School of America de París, Isla y Josh se ven obligados a afrontar la desgarradora realidad, porque, quizá, su historia no acabe con un «felices por siempre jamás». ¿Seguirán juntos cuando los días en el instituto se acaben? ¿Será su amor más fuerte que la distancia? Su romance se convertirá en un apasionante viaje por Nueva York, París y Barcelona, acompañados de sus amigos Anna, Étienne, Lola y Cricket.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El
VALLE
OSCURO
Andrea Tomé

neo

El valle oscuro

Tomé, Andrea

9788417114213

502 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

«En este libro conocerás a una niña que lanzaba mensajes al mar y a un joven sepulturero que contaba los silencios; a un soldado que amaba el olor del humo y a un muchacho que llamaba hogar a las estrellas.» Okinawa, Japón, Segunda Guerra Mundial Momoko Akiyama es la temperamental hija de un matrimonio de intelectuales para la que la guerra siempre ha sido una molestia lejana. Sus únicas preocupaciones son, por orden de aparición: los disidentes políticos que llegan a su casa de noche y se van de noche, las escapadas de su hermano Takuma los miércoles de madrugada y el acoso escolar. Jun Kobayashi, la hija del sepulturero, es violentamente tímida y a duras penas puede pronunciar una frase sin tartamudear..., un opuesto casi perfecto de la fanfarrona Momoko. Pero, para bien o para mal, son las personas más importantes en la vida de la otra, y todo lo que creían de su mundo pronto cambiará para siempre. Con una carta de alistamiento. Con una mentira. Con una traición. Con un hombre escondido en un arcón. Con la guerra llamando a sus puertas." Andrea Tomé es una de las mejores voces literarias de nuestra generación. En *El valle oscuro*, mitología japonesa, una ambientación histórica impecable y personajes inolvidables se combinan de una manera mágica." Alba Quintas, autora de *La chica del león negro* y *La flor de fuego*, entre otras." Andrea crea vida, la quita y la transforma. Hay historias que solo caben en grandes libros, y me alegro de que haya decidido

escribir uno que va a estar conmigo para siempre." Clara Cortés, autora de *Al final de la calle 118* y *Cosas que escribiste sobre el fuego*. "La literatura de Andrea Tomé es poderosa, diferente y firme como una caricia frente a una sociedad en guerra." Daniel Ojeda, autor de *Cómeme si te atreves*. "A partir de la ficción, Andrea Tomé sabe hablar como nadie de la realidad. Pero no solo eso. El verdadero valor de Andrea es que a partir de su ficción mejora nuestra realidad." Iria G. Parente, coautora de las sagas *Marabilia* y *Secretos de la luna llena*.

[Cómpralo y empieza a leer](#)